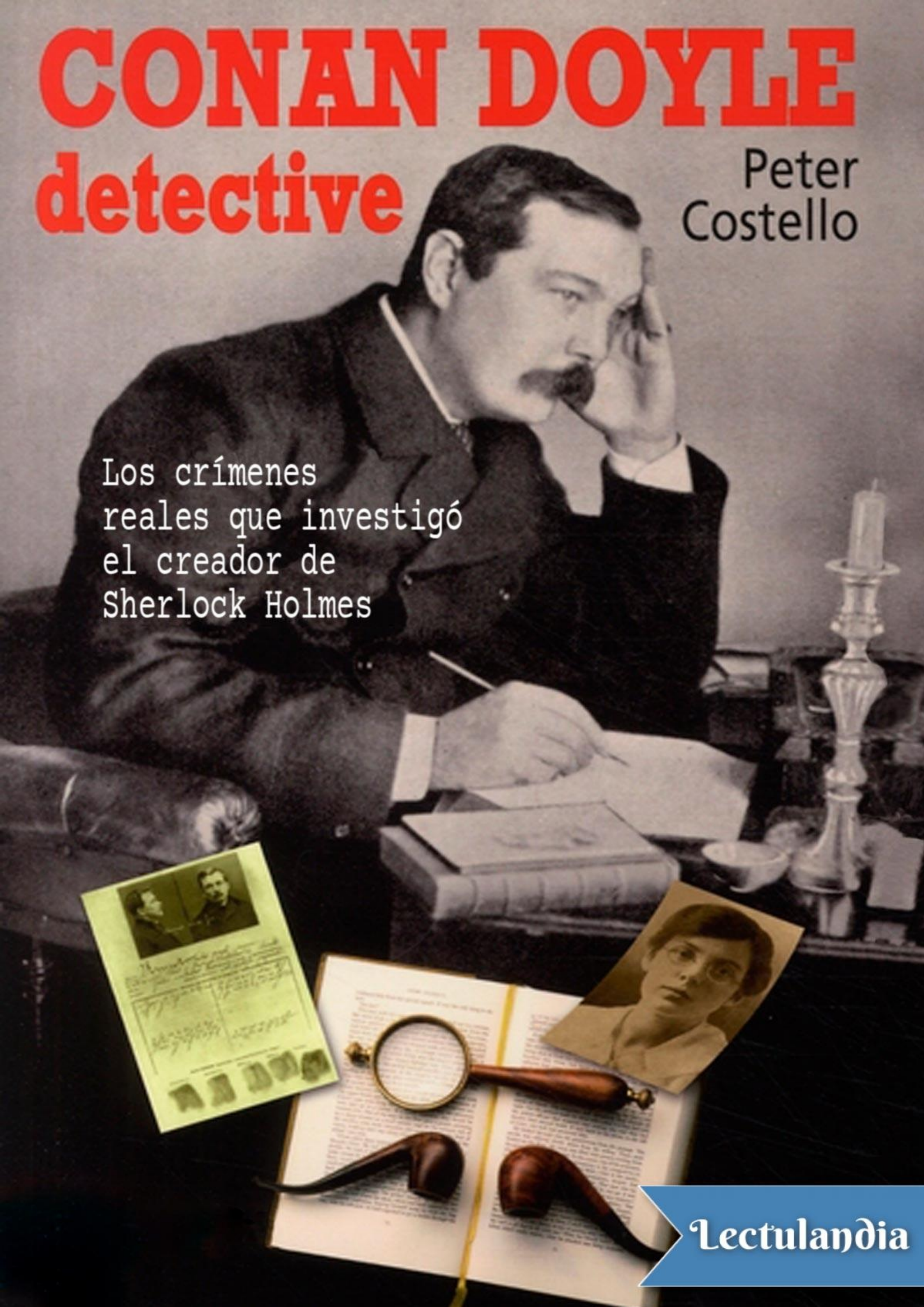

CONAN DOYLE
detective
Peter
Costello
Los crímenes
reales que investigó
el creador de
Sherlock Holmes
Lectulandia

Arthur Conan Doyle no dependía únicamente de su imaginación para forjar las inquietantes tramas y enigmas con los que se enfrentaba su más célebre personaje, Sherlock Holmes. Muchas veces fue la propia realidad la que inspiraría su obra de ficción, pues lo cierto es que, requerido por periodistas o por la policía, y a veces por personas acusadas de algún delito, si no por iniciativa propia, intervino en la investigación de muchos casos criminales no sólo en Gran Bretaña, sino en Estados Unidos y Sudáfrica. La mayoría de ellos fueron muy nombrados en su tiempo, y algunos han pasado a la posteridad: los crímenes de Jack el Destripador, la misteriosa desaparición de Agatha Christie en 1926, la ejecución —a todas luces sin pruebas— de Sacco y Vanzetti en 1927, el caso de George Edalji, recientemente novelado por Julian Barnes o el caso del robo de las joyas de la corona irlandesa en el que se vio envuelto el hermano del famoso explorador Shackleton.

En *Conan Doyle, detective*, Peter Costello realiza un gran trabajo de investigación para rastrear minuciosamente los episodios de la vida del escritor relacionados con el crimen o con la labor de detective, y, con la misma amenidad que un relato detectivesco de Sherlock Holmes nos ofrece una amplia visión de su particular interés por los falsos culpables y las condenas erróneas. Ya fuera con la lógica deductiva de Sherlock Holmes o, en la última época de su vida, mediante el recurso a mediums y videntes, Conan Doyle contribuyó a esclarecer un variado repertorio de misterios que rivalizan con los de sus creaciones novelísticas.

Peter Costello

Conan Doyle, detective

Los crímenes reales que investigó el creador de Sherlock Holmes

ePub r1.0

Titivillus 26-04-2024

Título original: *Conan Doyle, detective*
Peter Costello, 2008
Traducción: Gregorio Cantera

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Más libros,
Más libres
XI
epublibre
11.º Aniversario

Índice de contenido

Para Bernard Heuvelmans (*Sherlock au Zoo*) (1916—2001),
añorado maestro y amigo

Prólogo

A lo largo de su vida, *sir* Arthur Conan Doyle nunca ocultó su interés por aclarar innumerables delitos. A pesar de la enorme popularidad que alcanzaron sus relatos de detectives, muchas veces se pasa por alto que el creador de Sherlock Holmes fue también un eminente criminólogo, y que no pocas fueron las ocasiones en que actuó como asesor detectivesco, rasgo sobresaliente del que dotó a su inmortal personaje.

Conan Doyle bien podría haberse descrito a sí mismo con estas palabras que pone en boca de Holmes en *El signo de los cuatro*: «En la investigación, soy la instancia definitiva, el tribunal supremo al que apelar. Cuando Gregson, Lestrade o Athelney Jones andan perdidos —cosa que, por otra parte, les sucede con frecuencia—, vienen y me plantean el caso. En calidad de experto, examino los datos y emito mi opinión como especialista. En tales ocasiones, nunca busco reconocimiento. Mi nombre no aparece en los periódicos».

Cuando Holmes y Watson se conocen en el laboratorio del Hospital de Bart (St. Bartholomew's Hospital), el joven Stamford se refiere a Holmes como «un almanaque viviente de delitos». Pasado el tiempo, ya en Baker Street, Watson nos informa que Holmes parecía «estar al tanto de las circunstancias en que se había desarrollado cada crimen de su época». Conocimientos que Holmes debe a su creador, porque Conan Doyle disponía de una biblioteca de criminología y era un erudito en la historia delictiva de diversos países: «Hubo un caso similar en Riga, en 1854», afirma el propio Holmes.

En este libro se recogen algunos de los casos que han quedado inscritos en los anales del crimen y que, en privado, investigaba Conan Doyle, entre ellos algunos que tuvieron especial resonancia en su época, desde Jack el Destripador a Sacco y Vanzetti, desde los asesinatos del doctor Crippen a la misteriosa desaparición de Agatha Christie.

No se trata de un ensayo más sobre Sherlock Holmes ni de una biografía al uso de Conan Doyle. Quizá, como título, resultase más adecuado el de «Un estudio en escarlata»; trata de esclarecer hechos del pasado, desde el comienzo de su vida hasta el final, tirando del hilo escarlata del asesinato y el crimen que la acompañan. Es posible que muchos de los que consideran a Conan Doyle un autor de relatos insustanciales se lleven una sorpresa al descubrir que, en 1929, tan sólo unos meses antes de su muerte, cuando recorría el lugar en que se había cometido un brutal asesinato con connotaciones sexuales, acaecido en Sudáfrica, disfrutaba de la investigación que llevaba a cabo tanto como cuando, siendo un estudiante de quince años, fue a ver las figuras que pueblan la Cámara de los Horrores del conocido Museo de Cera de Madame Tussaud, aprovechando unas vacaciones en Londres en 1874.

Sus biógrafos tradicionales no han prestado demasiada atención a este aspecto de la fecunda y rica vida de Conan Doyle, aunque nunca hayan dejado de referirse a los titánicos esfuerzos que hizo para demostrar la inocencia de George Edalji y Oscar Slater.

He tratado de elaborar un informe detallado de todos los casos relativos a los crímenes que reclamaron su atención —muchos proceden del propio Conan Doyle, otros se apoyan en la documentación que él manejaba— para tratar de ofrecer una nueva perspectiva de aquéllos en los que participó directamente. En lo fundamental, se atienen a su punto de vista, lo que significa que, en muchas ocasiones, no coinciden necesariamente con otras versiones, pero la documentación que los acompaña permitirá a los lectores que así lo deseen profundizar en sus indagaciones. Estoy seguro de que una gran parte del material reunido en este volumen resultará novedosa, o poco conocida, incluso para los admiradores más entusiastas de Sherlock Holmes.

Peter Costello
Dublín

1. Visita de un detective

En marzo de 1885, Arthur Conan Doyle ejercía como médico en Southsea, un suburbio de Portsmouth, importante base naval de la costa sur de Inglaterra. Tenía veinticinco años; hacía cuatro que había obtenido la titulación correspondiente en la Universidad de Edimburgo, y era un profesional de escasos recursos y no muchos más pacientes.

A eso de las diez de la noche del viernes 27 de marzo, tras un día realmente agotador, él y un viejo amigo suyo de la Marina, a quien se refiere como «el capitán Whitehall», regresaban al domicilio de Conan Doyle, en el número 1 de Bush Villas, en Elm Grove, un lugar próximo al centro de la ciudad. Junto a la placa de latón en la que figuraba el nombre de Conan Doyle, bajo la lámpara roja, distintivo de la consulta de un médico, un hombre fornido y de pobladas patillas esperaba en los escalones que había tras la verja.

—¿Es usted el doctor Doyle, señor? —preguntó el hombre.

Conan Doyle asintió.

—Soy uno de los detectives de la comisaría local. Me han ordenado que investigue el reciente fallecimiento de un joven que, por lo visto, ha acaecido en su casa.

En la vida de todo escritor siempre se produce algún incidente que permite que se materialicen lo que, hasta ese momento, no eran más que vagas aspiraciones y ambiciones.

Aunque sus biógrafos nunca lo hayan mencionado, creo que aquella inquietante visita de un detective de la policía a un joven Conan Doyle desembocó en la creación del personaje de Sherlock Holmes y en la permanente fascinación que ejercieron en su vida los misterios que rodean el crimen y la investigación forense.

Recordando esta circunstancia algunos años más tarde, mientras escribía esa novela autobiográfica, hoy casi olvidada, titulada *The Stark Munro Letters* [*Cartas de Stark Munro*] (publicada en septiembre de 1895), Conan Doyle confesaba que aquella visita había sido «como un relámpago que surca un

cielo azul»; las investigaciones policiales siempre resultan incómodas, sobre todo si se es inocente.

Invitó, pues, a pasar al detective. ¿Tenía el policía algún inconveniente en que estuviera presente su amigo y compañero, el capitán Whitehall?: la misma pregunta que se repetirá una y otra vez a lo largo de las aventuras de Sherlock Holmes y del doctor Watson.

Una vez acomodados en el cuarto de estar, que daba a la calle y donde también pasaba consulta —la mayor parte de la casa aún estaba sin amueblar—, Conan Doyle se percató de que el policía era una persona discreta y de trato correcto. La comisaría de policía a la que pertenecía el detective estaba en Albert Road, en el extremo oriental de Elm Grove, no lejos de allí. El funcionario comenzó a hacerle preguntas (el diálogo que sigue no es inventado, lo he extraído de lo que dejó escrito Conan Doyle; tan sólo me he limitado a recuperar los apellidos reales en aquellos casos en que me ha sido posible).[1]

—Como se imaginará, doctor Doyle —comenzó el policía—, es usted lo bastante conocido en la ciudad para que alguien se tome en serio una cosa así. —Hizo una pausa—. Lo cierto es que esta mañana nos ha llegado una carta anónima en la que se nos informaba de que ese joven había muerto ayer en circunstancias sospechosas, y que hoy, a una hora poco habitual, se celebraría el entierro.

Ambos sabían al dedillo que las cartas anónimas dirigidas a la policía daban pie, por lo general, a las más sorprendentes investigaciones criminales.

—Murió anteayer —repuso Conan Doyle—, y lo han enterrado hoy, a las ocho de la mañana.

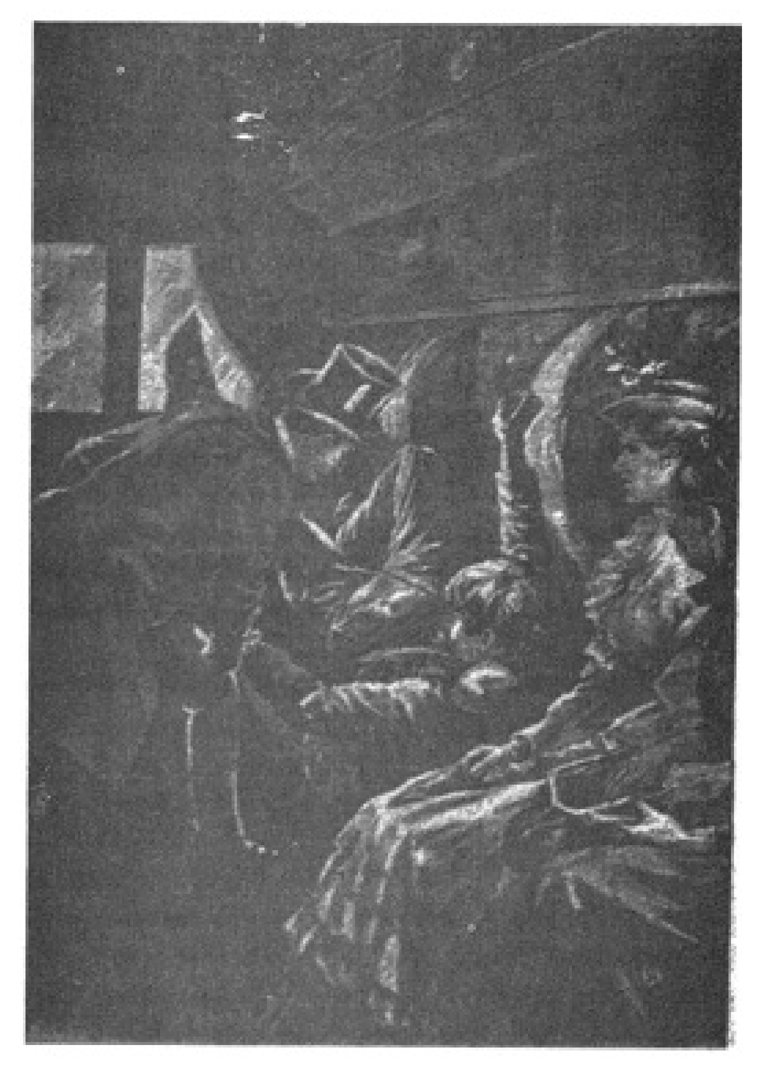
A continuación, le contó al detective todo lo que sabía, desde el principio.

Conan Doyle se había mudado a Southsea hacia finales del mes de junio en el verano de 1882, y tuvo que hacer frente a las dificultades normales con que se encuentra un médico joven a la hora de abrir consulta en una ciudad que no conoce. Su vecino, un médico de buena reputación, William Royston Pike, diez años mayor que él y que vivía al final de Yarborough Road, a unos cien metros, le dispensaba un trato amable. Algunos días antes, Pike le había pedido consejo para emitir un diagnóstico de un caso difícil. Deseaba saber qué opinión le merecía el estado de un joven paciente, llamado John Hawkins, hijo de una viuda, que había llegado a Southsea el mes de octubre del año anterior.

Ambos médicos fueron a ver a la familia, que residía en el número 2 de Queen’s Gate, al final de Osborne Road, en un edificio con vistas al mar.

Además de la madre y del hijo de veinticinco años, había una hermosa muchacha, un poco más mayor, llamada Louise.

Nada más verlos, Doyle cayó en la cuenta de que ya se había cruzado con ellos con anterioridad: habían hecho un viaje en tren en el mismo compartimento. El joven había sufrido un ataque de epilepsia, y Conan Doyle había echado una mano a las dos mujeres para atenderlo. Tras administrarle el bromuro que llevaba su madre, el muchacho no tardó en encontrarse mejor. La señora Hawkins le comentó que iban de Gloucester a Southsea, le entregó una tarjeta de visita y le pidió que fuese a verlos si alguna vez pasaba por Southsea. (Tal es, al menos, el resumen de los hechos tal como se recogen en *The Stark Munro Letters*). Pero, en aquel momento, abatidas por la evolución de la enfermedad de Jack, no le habían reconocido; sólo más tarde había recordado Louise el rostro del joven médico.



La escena del tren, en *The Stark Munro Letters* (*The Idler,* 1894)

Era un caso que no ofrecía dudas. Jack tenía meningitis, y el ataque que había sufrido en el tren podría haber sido una manifestación temprana, un síntoma premonitorio. En aquellos días, en que todavía no había antibióticos, sólo cabía esperar un desenlace fatal; era cuestión de tiempo. En efecto, en aquel momento la meningitis era todavía una enfermedad desconocida, cuyo desencadenante no se descubriría hasta 1887. Algunos días después, madre e hija fueron a ver a Conan Doyle. Estaban preocupadas. La enfermedad de Jack incomodaba al dueño de la pensión y no podían seguir atendiéndolo allí.

Como la casa de Conan Doyle estaba vacía (la compartía únicamente con su hermano menor, Innes, y un ama de llaves que vivía en el sótano), éste se ofreció para que trasladasen al joven a su domicilio, algo muy similar a lo que hizo el señor Blessington en la aventura de Sherlock Holmes que lleva por

título *El paciente residente*. Una vez instalado en el número 1 de Bush Villas, el joven empeoró. Teniendo en cuenta que su hermana moriría más tarde de tuberculosis, es probable que fuera cosa de familia y que la enfermedad de Jack tuviera rasgos tuberculares. Al chico le suministraban bromuro de potasio para aliviarle síntomas como los de aquellos terribles espasmos que había sufrido en el tren. Conan Doyle añadió un tratamiento muy común por entonces y le administró un medicamento que contenía un poco de doral.

Conan Doyle era completamente consciente de las limitaciones del tratamiento. Disponía de dos volúmenes de materia médica, de los que no se desprendería nunca. Uno de Alexander Milne, profesor suyo en la facultad de Medicina, en el que había intercalado por su cuenta algunas listas de medicamentos, con sus correspondientes dosis. El otro era de Alfred Garrod. Ambos eran manuales de medicina estándar en aquella época. En cualquier caso, había que poner especial cuidado a la hora de administrar doral. Aunque utilizado con frecuencia como sustitutivo de la morfina en el tratamiento del *delirium tremens,* el baile de San Vito, el tétanos y la tos ferina, se trataba de un remedio que requería mucha cautela. En un manual de medicina de la época podía leerse que su «acción depresora […] sobre el corazón lo hacía peligroso» (Pepper, 1886, I, 834). En determinados individuos, una dosis excesiva, más que curarlos, podía costarles la vida. Dixon Mann, reconocida autoridad en el campo de la medicina forense, no dudaba en afirmar que «los efectos nocivos del hidrato de doral se manifiestan de forma muy diversa» (Mann, 1898, 542), para dar cuenta de que una dosis tan reducida como tres granos había bastado para acabar con la vida de un niño.

El doctor Pike se había pasado por su casa el martes, 24 de marzo, y Conan Doyle le había rogado que subiese y examinase al paciente. Con el paso del tiempo se dio cuenta de que aquel nimio detalle había sido uno de los momentos más trascendentales de su vida. Un simple favor pero, como siempre insistía el doctor Joseph Bell, su antiguo profesor de la Universidad de Edimburgo, en ocasiones, esas trivialidades llegaban a adquirir una importancia capital. Sólo la casualidad propició que el doctor Pike se pasase por allí y fuese a ver al muchacho enfermo. De no haber sido así, la historia de la ficción detectivesca sería muy diferente.

La fiebre había remitido hasta 38 º, y Jack pudo conciliar el sueño aquella noche. Pero esto no era un signo de tranquilidad, sino un aviso. A las ocho de la mañana (del miércoles 25 de marzo), el ama de llaves le subió el arruruz que se le había prescrito la noche anterior, según la dieta líquida recomendada en aquellos casos. Conan Doyle se despertó al oír un grito desabrido. El joven

había muerto. Ya sin dolor, el rostro de Jack parecía distendido: mostraba una apacible sonrisa en la que Conan Doyle apenas pudo reconocer los rasgos febriles de la víspera. En la universidad, en las clases de anatomía, le habían explicado que aquella expresión se debía a una relajación *post mortem* de los músculos faciales. Pero a él le dio por pensar que quizá anduviesen errados: las caras de los muertos revelaban síntomas importantes. Acababa de escuchar la primera nota de la idea que se apoderaría de él en los últimos años de su vida, en los que se dedicó al espiritismo y a la comunicación con los muertos.

Tras dar la noticia a la familia, llegó el momento de rellenar el certificado de defunción, obtener el permiso de enterramiento, hablar con la funeraria, adquirir una parcela y organizar las exequias. Aquella misma mañana, después del funeral al que Conan Doyle había asistido acompañado por el capitán Whitehall, hubo de cumplimentar una serie de formalidades oficiales, ingratas obligaciones que le habían robado cierto tiempo, a pesar de contar con la ayuda de su amigo.

El detective escuchó con atención todo lo que le contó, tomando notas acerca de los hechos más pertinentes.

—¿Quién firmó el certificado? —preguntó.

—Lo firmé yo —repuso Conan Doyle.

Aunque eso era lo normal en tales casos, el detective alzó levemente las cejas.

—En ese caso, ¿no hay nadie que pueda confirmar sus declaraciones? —preguntó.

—Claro que sí. El doctor Pike vio al paciente la noche antes de que falleciese. Estaba al corriente del caso.

El detective cerró de golpe el cuaderno de notas. El doctor Pike había sido funcionario médico del departamento de Sanidad de Southsea y era un personaje de sobra conocido por la policía, en su calidad de médico honorífico del Royal Hospital de la ciudad.

—Nada más, doctor Doyle. Como es natural, tendré que ir a ver al doctor Pike. Pura formalidad. Si su opinión coincide con la suya, le ruego tenga a bien disculpar esta intromisión.

El detective se fue, seguido de una serie de imprecaciones subidas de tono a cargo de aquel amigo de la Marina de Conan Doyle acerca del bribón que había escrito la carta anónima. Si llega a caer en sus manos… «Por todos los santos, amigo mío, ése sí que es un problema de verdad al que hay que prestar atención». Pero lo cierto es que jamás llegó a saberse nada de aquel vecino

hostil que había presentado una denuncia anónima ante la policía en contra del doctor Doyle.

Como ya he apuntado, los hechos que he referido aparecen en la novela *The Stark Munro Letters*. Había firmado el certificado, como era su obligación, pero se le olvidó precisar, como tendría que haber hecho, cuánto tiempo había durado la enfermedad. Un error de procedimiento quizá, pero que revela hasta qué punto Conan Doyle no era consciente de las graves consecuencias que podía acarrear a un médico que estaba empezando una declaración a la policía en tales términos. En Plymouth tenía un amigo perturbado, el doctor George Turnavine Budd —en el que, al decir de muchos, se inspiró para el personaje del profesor George Challenger—, cuyo declive profesional comenzó al enterarse de los malintencionados comentarios que hizo un juez de primera instancia tras el fallecimiento de uno de sus pacientes.

Las diligencias *post mortem* siempre tenían graves consecuencias para la reputación de un médico; las familias del fallecido no querían volver a verlo. En tales casos, era necesario proceder a exhumar el cadáver, algo que sólo podía realizarse con una orden especial del Ministerio del Interior, lo que equivalía a echar por tierra una carrera profesional. Cualquier muerte trágica podía convertirse así, de la noche a la mañana, en un delito de asesinato. Porque, según la expresión jurídica clásica a la que se recurre en Inglaterra, Conan Doyle podría haberse convertido en «un colaborador en las indagaciones de la policía».

Por otra parte es posible que, en aquellos momentos, Conan Doyle se sintiese atraído, más allá de la estricta compasión, por Louise, la hermana de Jack, «una muchacha muy afable y simpática». Había cuestiones de dinero que guardaban relación con el fallecimiento del joven; el incremento de la participación de Louise en la herencia de su padre, por aquella circunstancia, alcanzaba la cifra de cien libras anuales, una suma considerable para un médico con escasos recursos económicos y cuyos ingresos no iban más allá de las doscientas setenta libras al año.

Si el doctor Pike no se hubiese pasado por la casa aquella noche, probablemente se habría procedido a la exhumación del cadáver, en cuyo caso habrían aparecido rastros del doral que le había administrado, una circunstancia que, en manos de un abogado artero o por las habladurías de la gente, hubiera sido la puntilla. Sin olvidar que el menor indicio de sospecha habría bastado para arruinar su modesta, pero prometedora, consulta. «Qué espanto las cosas que nos acechan en los vericuetos de la vida, dispuestas a

venírsenos encima cuando transitamos por ellos», dice el protagonista de la novela, el doctor Stark Munro.

Conan Doyle no había cometido ningún delito. Como mucho, si acaso, podría imputársele un error profesional. Pero haber sido víctima de una carta anónima, que las inocuas circunstancias de una muerte normal, aunque trágica, pudieran verse distorsionadas por la simple presencia de un medicamento y de cuestiones genéticas, y que todo el empeño que había puesto con su mejor intención llegase a convertirlo en el principal sospechoso, todos esos hechos dejaron profunda huella en él.

Aunque en la novela describiera este incidente con gran sensibilidad, dejándose guiar por sus propias emociones, no podemos olvidar el profundo significado que encierra: Conan Doyle se había percatado de lo culpable que puede llegar a parecer una persona inocente.

Por otra parte, aquélla fue la primera vez que tuvo que vérselas con un detective, circunstancia que cambiaría su vida por completo.

Obsesionado, me imagino, con la inquietante duda de que pudiera haber precipitado en realidad el fallecimiento de Jack Hawkins por negligencia, la acendrada caballerosidad de Conan Doyle lo llevó a erigirse en protector de la hermana del difunto. Se comprometió con Louise, o Touie, como él la llamaba, no tanto por amor como por sentido del deber. Sabía que no estaba enamorado de ella. Cuando, años más tarde, conoció el amor de verdad, se percató de que se trataba de un sentimiento muy distinto. Por Touie sentía cariño, como le confesaría a su hermano Innes mucho tiempo después. Pero Louise no colmaba una parte importante de su vida íntima. Ese vacío emocional quedó subsanado en cuanto conoció a Jean Leckie, su segunda esposa, con quien mantuvo una larga relación hasta que pudieron casarse, tras el fallecimiento de Louise. Para cuando Arthur y Louise sellaron su compromiso, todo eso formaba parte de un remoto futuro.

Unos cuantos meses más tarde, el 6 de agosto de 1885, en la iglesia parroquial de Thornton—in—Lonsdale, entonces en Yorkshire (hoy condado de Cumbria), se celebraron los esponsales del caballero Arthur Conan Doyle, doctor en medicina, con la señorita Louise Hawkins, «hija menor del difunto Jeremiah Hawkins, hacendado de Minsterworth, condado de Gloucester», según la nota de formato considerable que la familia insertó en *The Times* de Londres.

Louise Hawkins había nacido el 10 de septiembre de 1857, veinte meses, pues, antes que el propio Conan Doyle, y era hija de Jeremiah y de su esposa, Emily, de soltera Butts, originaria de Prasebrook Cottage, Dixton, en

Monmouthshire. La familia Hawkins llevaba establecida en Minsterworth desde mediados del siglo XVIII y pertenecía a la burguesía acomodada, aunque sus recursos habían menguado en los últimos tiempos. De ahí que, tras la muerte del padre de Louise, se retirasen a la costa sur en busca de alojamientos más baratos.

Hacía poco más de cuatro meses que Jack había fallecido, de modo que no parece que la familia Doyle, ni la familia Hawkins, guardasen luto mucho tiempo. Sólo ocho meses más tarde, en marzo de 1886, en el primer aniversario de la muerte de Jack Hawkins y de la inquietante visita de aquel detective, en la misma casa de Southsea y en la misma sala de consulta en la que había sido interrogado acerca de una sospecha de asesinato, Conan Doyle comenzó a escribir *Estudio en escarlata*, su primer relato detectivesco. Ése fue el camino elegido para conjurar los miedos que lo obsesionaban.

En esta novela corta, la sala de consulta, el detective de policía que sigue una pista falsa, el amigo bravucón, la joven asustada, incluso la muerte por envenenamiento, recibirán un sorprendente tratamiento gracias a la ficción.

Había nacido Sherlock Holmes.

Study in Scarlet

Ormond Sacker – ~~from Soudan~~ from Afghanistan
Lived at 221 B Upper Baker Street
with
I Sherrinford Holmes –
The Laws of Evidence
Reserved –
Sleepy eyed young man – philosopher – Collector of rare Violins.
An Amati –
Chemical laboratory
I have four hundred a year –
I am a Consulting detective –
What rot this is" I cried – throwing the volume
petulantly aside – I must say that I have no
patience with people who build up fine theories in their
own armchairs which can never be reduced to
practice –
Lecoq was a bungler –
Dupin was better. Dupin was decidedly smart –
His trick of following a train of thought was more
sensational than clever but still he had analytical genius.

Notas manuscritas para *Estudio en escarlata*

2. El doctor Doyle y el señor Holmes

Se conservan todavía las notas manuscritas que Conan Doyle redactó en marzo de 1886, cuando se sentó a escribir su relato de detectives. Y no deja de llamar la atención que, a pesar de algunos titubeos iniciales relativos a la trama y al título, los rasgos esenciales del doctor Watson y de Sherlock Holmes queden perfilados desde el primer momento.

Estos dos personajes inmortales de la literatura —¿acaso hay alguien, en alguna parte del mundo, a quien haya que aclarar quiénes eran?— son la cristalización del profundo ímpetu creativo de Conan Doyle, y ambos reflejan aspectos contrapuestos de su personalidad. No son personajes trabajados, sino fruto de la inspiración. Razón de más para dejar constancia de nuestro agradecimiento a aquel detective anónimo de la policía de Southsea.

Una sospecha de asesinato y el miedo que todos sentimos cuando debemos hacer frente a una investigación oficial constituyen el germen de un proceso creativo que culminó en *Estudio en escarlata*. Más adelante nos extenderemos sobre el trasfondo biográfico y literario en que se desarrolló la redacción de este relato; ciñámonos, por el momento, a los aspectos psicológicos.

Durante toda su vida, Conan Doyle fue plenamente consciente del estrecho margen del que se sirve el destino para velar por los inocentes, de que hasta el más leve atisbo que se desprende de una prueba basta para dejar en libertad, o conducir a la horca, a un acusado. Es algo que está presente en toda su obra, que se pone de manifiesto en su forma de interesarse por el delito y en la investigación de éste, así como en su profunda y permanente preocupación por las víctimas de la injusticia.

Es más que evidente que el doctor Doyle y el doctor Watson se parecen como dos gotas de agua. «Soy un hombre como tantos otros», decía Conan Doyle de sí mismo, y no otro es el papel que desempeña Watson en los relatos de Holmes. La sencillez sin dobleces de Doyle, su integridad, su watsonidada carta cabal nos proporcionan, al decir de algunos de sus biógrafos, otras tantas claves para entender la historia de su vida.

Aunque Conan Doyle se inspirase en otros modelos de la vida real, como en su propio secretario, el mayor Herbert Wood, no cabe duda de que el personaje del doctor Watson es en gran medida un trasunto del propio Doyle. Para empezar, ambos son médicos, de una edad similar y aficionados a los deportes. Ambos son francos y campechanos. Los dos son conservadores, defensores de la idea de imperio y hombres de acción más que de pensamiento. El doctor Watson comparte no sólo el cariño que Conan Doyle siente por Southsea, sino hasta sus gustos literarios: a los dos les gustan los relatos marineros de William Clark Russell. Al contrario que su amigo, tan reacio al trato social, el doctor Watson (¡escritor, a fin de cuentas!) es un personaje al que le gusta estar en contacto con la gente. Al igual que el doctor Doyle, se casa como Dios manda con una muchacha a la que conoce en uno de los casos en los que interviene. Como ya hemos apuntado, el doctor Watson debía guardar incluso un cierto parecido físico con el doctor Doyle: ambos andaban cerca de los treinta, si bien Watson era unos años mayor que él.

Muy distinto es el Conan Doyle que cede su perfil a Sherlock Holmes[2]. Durante el tiempo que permaneció en Southsea, Doyle se refiere muchas veces en sus cartas a la vida bohemía que llevaba, forma de vida que concluyó, como es natural, al contraer matrimonio con Louise Hawkins. Doyle disponía de la parafernalia química en la que Holmes llevaba a cabo sus hediondos experimentos. Suya era también la destartalada vivienda que compartía con un compañero de trato agradable (su hermano Innes), abarrotada de recuerdos, álbumes de recortes de prensa y documentos sobre crímenes. El personaje de la señora Hudson, de Baker Street, toma como modelo en la vida real al ama de llaves escocesa (una vieja criada de la familia Doyle) que atendía a Innes y a Conan Doyle en Southsea. Antes de convertirse en rasgos distintivos de Holmes, la bata de color púrpura, la pipa cebada con picadura de tabaco y las largas horas de meditación en solitario acerca del significado de la vida también formaban parte de los hábitos de Conan Doyle.

Aunque no morfina ni cocaína, como Sherlock Holmes, Doyle también tomaba drogas, si bien de otra clase, y a modo de experimento. «He de ser precavido, porque manejo una gran cantidad de venenos», dice Holmes. Una de las primeras publicaciones de Conan Doyle fue una reseña en el *British Medical Journal* (20 de septiembre de 1879), «El gelseminum como veneno», en la que daba cuenta de los efectos de dicha droga en su propio organismo, sin lugar a dudas un procedimiento cuando menos arriesgado.

Como Holmes, Doyle era celoso de su vida privada, pero estaba siempre disponible para cualquier consulta. Si bien dotó a Holmes de sus habilidades como boxeador, la afición a tocar el violín debió de llegarle de otra parte al reputado detective.

Antes de que Sherlock Holmes lo hiciera, Conan Doyle ya recomendaba a sus amigos la lectura del libro de William Winwood Reade, *The Martyrdom of Man* [*El martirio del hombre*] (1872), como «uno de los mejores que se hayan escrito».

«Audaces especulaciones», pensaba Watson, pero es que Holmes reconocía la lección que había aprendido a cuenta de Winwood Reade durante la persecución de los misteriosos fugitivos de *El signo de los cuatro*. Las propias reflexiones de Doyle sobre su alejamiento de la fe católica en su juventud, decisión en la que tuvo algo que ver la lectura de Reade, quedan reflejadas en la ficción.

A principios de la década de 1880, antes de escribir *Estudio en escarlata*, cuando vivía en Southsea y aún estaba soltero, Conan Doyle era un hombre de carácter indolente, inquisitivo, cerebral, complicado y, casi siempre, muy poco convencional.

Sherlock Holmes representa, en consecuencia, la faceta menos conocida del carácter de Conan Doyle, y en los relatos de Holmes escritos con premura y poco tiempo para pararse a pensar, pone de manifiesto sentimientos que se exponen de forma mucho más hermética en algunos escritos más elaborados. Samuel Rosenberg, en su entretenido análisis *Naked Is the Best Disguise* [*El mejor disfraz es la desnudez*] se adentra, desde un punto de vista eminentemente literario, en algunos de los aspectos más recónditos de estos relatos. Pero, más allá de lo literario, los personajes de Conan Doyle y Sherlock Holmes se prestan a otros muchos enfoques.

Conan Doyle, al igual que el doctor Watson, fue un personaje político, a quien se le distinguió con el título de caballero, que se presentó como candidato al Parlamento, y valedor de la política británica en Irlanda, en el conflicto con los bóeres y durante la Primera Guerra Mundial.

Como Sherlock Holmes, sin embargo, Conan Doyle era un radical encubierto que abominaba de los títulos nobiliarios, y un defensor de las víctimas de la injusticia y de la persecución por motivos políticos, tanto en su país como en el extranjero. Al mismo tiempo que, desde una perspectiva próxima a la de las esferas oficiales, escribía la historia de las contiendas del frente occidental en 1916, maniobraba entre bastidores para evitar la

ejecución de *sir* Roger Casement y librarle de una condena a muerte por traición[3].

Según su biógrafo John Dickson Carr, la identificación de Conan Doyle con Holmes fue la broma que mejor supo guardar el escritor en toda su vida. Para Adrián Conan Doyle había algo más: no le cabía duda de que su padre era, en lo fundamental, «el auténtico Sherlock Holmes», y rebatió con contundencia a aquellos que opinaban que el personaje estaba inspirado en otra persona; no hay que pasar por alto la larga discusión que mantuvo con el novelista norteamericano Irving Wallace sobre el particular. Aunque su padre siguiera publicando relatos protagonizados por Holmes hasta 1927, lo cierto es que Adrián Conan Doyle nació en 1910, bastante después de lo que normalmente se considera la época de mayor éxito. Y nos ha dejado como testimonio algunas escenas realmente sherlockianas, relativas a la vida privada de su familia en la década de 1920.

> Mis recuerdos de muchacho están jalonados por repentinos períodos de silencio, en los que, tras recibir una carta o la visita de algún desconocido angustiado, mi padre se refugiaba en su estudio dos o tres días seguidos. No lo hacía por petulancia, sino como expresión de una concentración mental que lo llevaba a verificar y contrastar, sopesar y examinar con detenimiento, hasta dar con la respuesta precisa a algún enigma que, como última instancia a la que recurrir, le habían planteado con urgencia. La silenciosa forma de andar por casa que adoptábamos todos, la bandeja de comida sin tocar en el umbral de la puerta, la sensación subconsciente de tensión que imperaba tanto en la familia como entre la servidumbre, no eran sino el reflejo del cerebro, la lámpara y la carta que representaban un secreto drama al otro lado de aquella puerta tapada por un cortinaje.

Baker Street, en su acepción más plena. En mi opinión, la palabra clave de este pasaje es «secreto», porque sospecho que no tenemos noticia de muchos de los casos en los que intervino Conan Doyle para exponer su opinión y, en ocasiones, incluso para ofrecerse a colaborar en persona, como detective asesor. Adrián Conan Doyle nunca dejó de sorprenderse de la capacidad de su padre a la hora de sacar conclusiones acerca de desconocidos, al más puro estilo de Sherlock Holmes.

> Nunca he conocido a nadie que pudiera igualársele en lo que a capacidad de deducción se refiere. Tan sorprendente don también desempeñaba un papel en la vida privada de Conan Doyle. Cuando recorríamos las principales ciudades del mundo, algunos de los buenos ratos que con mayor impaciencia esperaba se producían cuando iba con mi padre a un buen restaurante, y escuchaba los comentarios que hacía acerca de las peculiaridades, profesiones y otros rasgos propios de cada uno de los comensales allí presentes, algo que para mí era un verdadero misterio. Aveces no podíamos corroborar la exactitud, o como queramos llamarlo, de sus deducciones, como cuando se daba el caso de que el sujeto en cuestión era un desconocido para el maestresala; pero si el encargado del restaurante los conocía, la precisión de las intuiciones de mi padre resultaba sobrecogedora.

Aseveraciones confirmadas por la propia *lady* Doyle cuando, en 1934, cuatro años después del fallecimiento de Conan Doyle, escribía: «Lo que la gente no sabe es que mi marido estaba dotado del cerebro de Sherlock Holmes y que, en ocasiones, en privado, resolvía enigmas que llevaban de cabeza a la policía. Gracias a sus increíbles dotes de inducción y deducción, era capaz de localizar a personas cuyos familiares ya daban por muertas o desaparecidas».

Nada de esto puede sorprendernos. El propio Conan Doyle señaló una vez que «ningún hombre puede concebir un personaje que haya salido de su propia cabeza, y que resulte tan real como la vida misma, a menos que, en su fuero interno, posea algunos de los rasgos que haya conferido a dicha creación».

En uno de sus primeros relatos, *The Recollections of Captain Wilkie* [*Los recuerdos del capitán Wilkie*] (publicado en 1895), Conan Doyle esboza un personaje que ilustra lo que Adrián apuntaba: se dedica a observar a la gente con la que va en el tren, recurriendo a una habilidad que había aprendido de «un profesor de Edimburgo», algo de importancia crucial a lo que nos referiremos en el capítulo siguiente. Pero dicha cualidad no podría haberla llevado a la práctica con los resultados apetecidos de no haber existido una disposición innata para hacerlo, el talento de quien ha nacido detective.

Muchos de sus anteriores biógrafos han abundado hasta la saciedad en establecer comparaciones entre Conan Doyle y Watson: personaje eminente, médico en la guerra de los bóer, historiador, polemista en cuestiones religiosas, etcétera.

Al contrario que ellos, en este trabajo nos ceñiremos a Conan Doyle como Sherlock Holmes; nos detendremos más en el Conan Doyle íntimo, secreto, que en el personaje campechano; nos fijaremos más en el escritor, como detective, y en el literato, como criminólogo.

3. La Cámara de los Horrores

La pretensión de Conan Doyle de escribir un relato de corte detectivesco debió de suponer un nuevo reto para él, allá por marzo de 1886; pero su interés por los crímenes y la investigación forense databan de mucho antes, aunque no era tan importante en la primera parte de su vida como lo sería más adelante.

Había nacido en Edimburgo el 22 de mayo de 1859, de padres de buena posición, venidos a menos, irlandeses, católicos y con inclinaciones artísticas. Desde niño formó parte, pues, de tres colectivos excluidos y al margen de la sociedad británica. Supo desde entonces lo que significaba arrostrar prejuicios y antipatías, al igual que aprendió a mantenerse firme y a resistir. La cercanía que mostraba por los oprimidos era algo que le salía de dentro. Por fortuna para él, el joven Arthur llegaría a identificarse con algunos de aquellos caballeros andantes que poblaban las obras de *sir* Walter Scott, su escritor preferido. Si todo lo que tenía de imaginativo se lo debía al temperamento fantasioso de su padre, la alta estima en que su madre tenía los valores de la caballería medieval no dejó de pesar sobre él a lo largo de toda su vida.

Su pasión por el mundo del crimen llegaría más tarde. En el Edimburgo de su niñez, los crímenes, si bien no infrecuentes, parecían algo remoto. Sabemos que su padre, Charles Altamont Doyle, dibujaba para el *Illustrated Times* los personajes envueltos en los crímenes más sonados que se veían en los tribunales de Edimburgo, y hasta es posible que hiciera los retratos de los célebres envenenadores Madeleine Smith (1857) y el doctor Pritchard (1865). Se dedicaba también a ilustrar libros, como así lo atestigua la veintena de ilustraciones que realizó para *Queens of Society* [*Reinas de sociedad*], en 1860.

Conan Doyle pasó los años más felices de su infancia en una casa de campo llamada Liberton Bank, propiedad de la señorita Mary Burton. Su sobrino, William Burton, era por entonces su mejor amigo; a él está dedicada *The Firm of Girdlestone* [*La sociedad Girdlestone*]. El padre de William, John Hill Burton, era funcionario de prisiones en Escocia. Aunque ahora se le

recuerda más por *The Book—Hunter* [*El coleccionista de libros*], John Burton publicó asimismo, en 1852, un volumen que viene más al caso, titulado *Narratives from Criminal Trials in Scotland* [*Relatos de juicios penales celebrados en Escocia*], además de otras obras sobre derecho y estudios penitenciarios. Su nombre quizá sea el que inspiró el adoptado por el doctor Watson en la tarjeta de visita que utiliza en *The Illustrious Client* [*La aventura del cliente ilustre*], en la que figura un tal doctor Hill Barton, y es posible que su libro fuera el desencadenante de la pasión por coleccionar libros sobre crímenes que Conan Doyle desarrolló con el paso del tiempo.

Aunque la literatura y el crimen fueran tal vez tema de conversación en el hogar de los Burton, habrán de pasar algunos años, concretamente hasta que Conan Doyle sea residente en el internado de los jesuitas de Stonyhurst, para que podamos seguir el rastro que nos conduzca hasta Sherlock Holmes.

Unas Navidades —parece ser que fueron las de 1872—, se vio obligado a pasar las vacaciones en el internado por dificultades surgidas en su casa. Fueron unas fiestas inolvidables, en las que no faltaron conciertos, fiestas y obras de teatro. En una animada carta que el joven Arthur escribió a su familia, les informaba que los alumnos habían asistido, durante diferentes veladas, a las representaciones de *The Road to Ruin* [*Camino de perdición*], comedia en cinco actos, y de *The Courier of Lyons, or The Attack on the Mail* [*El correo de Lyon, o el ataque a la diligencia*], «una obra estupenda (cinco asesinatos)».

Las interpretaciones de *The Courier of Lyons*, a cargo de la saga de actores Irving, padre e hijo, en el doble papel de Lesurques—Dubosq, obtuvieron un clamoroso éxito. Se trataba de una adaptación hecha por el novelista Charles Reade de un drama de intriga francés que había causado sensación en París en 1850. En Londres se representó por primera vez en 1854, con gran éxito de público y frecuentes reposiciones. La obra está inspirada en el robo de la diligencia de Lyon, que se perpetró el octavo día del mes de Floreal del año IV (27 de abril de 1796), a manos de cuatro salteadores de caminos que se hicieron con un botín de más de tres mil libras en billetes y monedas, tras asesinar al cochero y al empleado de postas. Por dicho crimen el rentista Joseph Lesurques fue condenado a morir en la guillotina. Más tarde, se llevó a cabo la detención del «verdadero culpable», Jean—Guillaume Dubosq, que guardaba un sorprendente parecido con Lesurques, que igualmente fue condenado y ejecutado. ¿Había participado Lesurques en el robo, o era inocente, como aún mantenía su familia allá por 1868?

En París se representaba el drama en el momento en que se debatía dicho caso en la Cámara de los Diputados y, si bien se trastocaba un poco la realidad de los hechos, llegó de tal forma a los espectadores que consiguió que el relato del suceso se mantuviese presente en la imaginación popular. En la obra se daba por sentado que Lesurques y Dubosq eran dobles, y que un hombre inocente pagó por los crímenes cometidos por su sosia. Se trataba de un melodrama trepidante que cautivó a los espectadores hasta finales de siglo; se representaba hasta en colegios, como Stonyhurst.

Como apunta el historiador Charles Omán «los espectadores abandonaban la sala con la sensación de que bastaba un poco de mala suerte para condenar a muerte a un inocente después del correspondiente proceso. A pesar de respetar escrupulosamente los procedimientos legales, en ocasiones se cometen errores judiciales, que pueden culminar en un asesinato». Fue una lección que jamás olvidaría el alumno Conan Doyle. La posibilidad de encausar a un inocente es un tema recurrente a lo largo de toda su actividad como escritor, detective y criminólogo. Llama la atención, sin embargo, lo temprano que esto se le quedó grabado en la cabeza, por mor de las circunstancias de la vida y la literatura.

Señalemos de pasada que Charles Omán, en su breve pero certero examen de las pruebas, no cree en ningún modo en la inocencia de Lesurques ni en que se pareciese a Dubosq siquiera. ¡Fíese usted de los historiadores, capaces de echar por tierra un espléndido argumento!

Gracias a su feraz imaginación, el joven Conan Doyle era fácilmente impresionable. Las tres semanas de vacaciones que disfrutó en las Navidades de 1874 las pasó en Londres con unos parientes de su padre. Salía del taller de su tío Richard, en Finborough Road, Brompton, y se iba a ver todo lo que le interesaba: a Henry Irving, en el papel de Hamlet, en el Lyceum (¡otro drama de intriga y asesinato!), la catedral de San Pablo, la abadía de Westminster, o la Torre de Londres, con sus colecciones de armas, «potros de tormento, empulgueras y otros instrumentos de tortura».

Y, cómo no, el Museo de Madame Tussaud… Las afamadas figuras de cera se encontraban entonces en los locales del Baker Street Bazaar, en la parte izquierda de Baker Street. Como es de suponer, antes incluso de darse una vuelta por los despojos de las guerras napoleónicas y la estudiada gravedad de los personajes célebres que atestaban el resto de las salas, nuestro imaginativo joven se dedicó de lleno a la Cámara de los Horrores. «Lo que más me gustó fue la Cámara de los Horrores —escribía a su madre en 1874— y las reproducciones de los asesinos». En una cena con motivo del centenario

del museo, en 1902, evocaría el sobrecogedor estremecimiento que había experimentado al contemplar aquellos monstruos de la infamia: «Me sentía tan cautivado como horrorizado». La pasión por el crimen aparece durante la adolescencia y, con mayor frecuencia, en quienes no son capaces de cometer tales actos. Es un proceso que tiene que ver con la imaginación, con cierta inclinación por el lado oscuro de la naturaleza humana, más que con un placer sádico relacionado con el dolor o el miedo.

Gracias al catálogo del museo de aquella época, hoy sabemos lo que Conan Doyle contempló en la Cámara de los Horrores. Allí estaban representados los descuartizadores Burke y Haré, «el modelo de Burke, realizado tres horas después de su ejecución, y el de Haré, del natural, durante su confinamiento en la cárcel de Edimburgo». Allí aparecían otros asesinos escoceses, como el famoso doctor Edward Pritchard, que envenenó a su esposa en 1865 y que fue la última persona ahorcada públicamente en Escocia, ante cien mil espectadores. Menos conocidos quizá sean John Stewart y su mujer, Catherine Wright, ahorcados en Edimburgo en 1829, por envenenar y robar a un pasajero, de nombre John Lamond, a bordo del barco *Toward Castle*, en el curso de una travesía entre Tarbert y Glasgow.

Había también auténticas reliquias, como la cuchilla y el cepo de la guillotina original en la que murieron decapitadas veintidós mil personas durante la Revolución francesa, entre ellas el rey Luis XVI, María Antonieta y Robespierre. Había también una complicada maqueta de Stanfield Hall, donde James Blomfield Rush, «el asesino de la niebla», acabó, en noviembre de 1848, con la vida del ilustre abogado Isaac Jermy, juez de lo penal de Norwich, y la de su hijo: en ella se reproducía la imagen del propio Rush, ataviado con la misma ropa que había llevado durante el juicio. Estaba el cuchillo auténtico del que se sirvió James Greenacre para descuartizar el cadáver de Hannah Brown, en la Nochebuena de 1836, «cuyos restos depositó en diversos lugares de la capital». También se recordaba la anécdota de cuando alguien le preguntó en un ómnibus por el contenido de la caja, de cartón que llevaba encima de las rodillas; sin pestañear siquiera, Greenacre respondió: «Una imponente lombarda». Era la cabeza de la infortunada Hannah.

No faltaban tampoco, en su horrenda mudez, degolladores, sacamantecas, asesinos, regicidas, lunáticos y médicos criminales. Sin olvidar la última novedad, que causaba sensación. Se llamaba Mary Ann Cotton. «Los asesinatos a sangre fría cometidos por esta mujer infame, y por los que fue ahorcada en la mañana del lunes 24 de marzo de 1873, son crímenes para los

que no se halla castigo adecuado en la historia del derecho penal. Al pequeño que arrullaba un día en sus rodillas, lo envenenaba al día siguiente. No conseguía casi nada con tales crímenes, pero arrebató la vida a maridos e hijos con la misma indiferencia con que una granjera mata una gallina. El público aún conserva fresca en la memoria la historia de sus crímenes», aseguraba el catálogo.

La Cámara de los Horrores era un espectáculo escabroso para aquella época. Las cabezas de los ejecutados, que la propia *madame* Tussaud había modelado durante la Revolución francesa, eran tan reales como inquietantes. Aunque cabe la posibilidad de que las expresiones inertes y vacías de las figuras, utilizadas como recurso para marcar distancias con la realidad, permitieran que su contemplación resultase más llevadera.

No hay duda de que aquel museo del crimen de Baker Street constituyó un estímulo para la imaginación de Conan Doyle.

Con el cambio de siglo, escribiría prolijas descripciones de al menos tres de los hechos que había contemplado en aquel lugar: los piratas del *Flowery Land*, en 1899, y ya en 1901 la historia de William Godfrey Youngman y la de George Mullins, de quien se decía que había asesinado a la señora Ermsley —se exhibía también una maqueta de su casa— en 1860. Pero no se trataba más que de crímenes, de la sencilla patología de la muerte, que poco tenían que ver con una investigación. Eso aún estaba por llegar.**[4]**

Después de Stonyhurst, la familia del joven Arthur le envió a estudiar el último curso en el colegio que los jesuitas regentaban en Feldkirch, en el Tirol austríaco, a orillas del lago Constanza, antes de matricularlo en la facultad de Medicina de la Universidad de Edimburgo; habían decidido que cursase esos estudios. Tenía entonces diecisiete años. En Austria se dedicó con ahínco a la química y a las matemáticas, materias que habrían de venirle muy bien en la universidad, gracias a los libros que desde Inglaterra le enviaba el doctor Bryan Charles Waller, un amigo de la familia que velaba por él como un padre. Entre esos libros, había también alguna que otra lectura de esparcimiento, como un volumen de cuentos de Edgar Allan Poe, probablemente de la edición publicada en cuatro volúmenes, la primera que había aparecido en Inglaterra aquel mismo año, editada por A. & C. de Edimburgo, a cargo de J. H. Ingram.

Para aquel admirador de Scott y Macaulay fue como un revulsivo, una inesperada revelación literaria. Como a cualquier adolescente, lo encandiló no sólo por lo extravagante y sorprendente, por esa ficción demasiado realista de Poe, sino por el razonamiento deductivo. La lógica que en *El escarabajo de*

oro permite descifrar el mapa del tesoro del capitán Kidd es un antecedente claro de esos criptogramas que tachonan los relatos de Holmes, como aquél con el que comienza *El valle del terror*.

Pero lo que más nos interesa fue la inmediata seducción que ejercieron sobre él aquellos cuentos de Poe, los primeros del género en los que se lleva a cabo una investigación, protagonizados por el caballero Auguste C. Dupin: *Los crímenes de la calle Morgue*, *El misterio de Marie Roget*, *La carta robada*. La mayoría de ellos eran el fruto de una combinación de misterio, violencia y crimen. Como confesaría el propio Conan Doyle más tarde, ningún otro escritor influiría tanto en sus gustos o en su inclinación por la literatura. Al igual que Baudelaire, estaba convencido de que Poe era uno de los mejores escritores del mundo. Y es probable que Edgar Allan Poe fuera el escritor que más influyese en Conan Doyle. Siempre lo consideró uno de sus modelos de excelencia literaria. Aparte del lenguaje y de la espléndida recreación de ambientes, lo más relevante de los cuentos de Poe reside en la aplicación de la lógica a una observación meticulosa. Para el caballero Dupin, ningún detalle era lo suficientemente trivial para pasarlo por alto.

Siendo ya estudiante de Medicina en la Universidad de Edimburgo, en 1876, Conan Doyle seguía interesado por la literatura detectivesca que se escribía entonces, aunque muchas veces se olvide que este género de ficción literaria tan particular fue el mismo que eligieron otros muchos escritores entre Poe y él. Y llegó a la conclusión de que también a él le gustaría practicarlo. Aunque relegado por sus biógrafos, disponemos de un testimonio sobre este particular que reviste especial importancia. Uno de los estudiantes de su promoción en Edimburgo, el doctor George Hamilton, que más tarde ejercería como cirujano en Liverpool, recordaba que, en aquella época, «Conan Doyle, aunque tremendamente interesado por los cuentos de detectives de Poe, y reconociendo, al mismo tiempo, que eran como caviar para el público en general —en palabras de Hamilton—, tenía la idea de dedicarse a escribir ese tipo de literatura siguiendo las pautas establecidas por Poe pero de forma mucho más sencilla y al alcance de la gente corriente».

¿Cómo era la literatura detectivesca de aquella época y en qué se diferenciaba de «las pautas establecidas por Poe»? A Edimburgo le cabía el honor, reconocido por todo el mundillo literario de la ciudad, de ser la cuna de algunas de las primeras novelas policíacas. A comienzos de la década de 1860, James McLevy, un detective de la policía de Edimburgo, de ascendencia irlandesa, publicó dos libros en los que relataba las experiencias que había vivido, *Curiosities of Crime in Edinburgh* [*Curiosidades acerca de*

crímenes acaecidos en Edimburgo] y *The Sliding Scale of Life* [*La pendiente resbaladiza de la vida*]. Ambos gozaron de cierta notoriedad antes de caer en el olvido, porque su autor era poco más que un cazador de rateros avezado. Al igual que ocurre en la mayor parte de la literatura sensacionalista de la época, el detective real no aparece por ningún sitio. El hecho de que en un relato figure un investigador no basta para considerarlo ficción detectivesca. En 1878, cuando Conan Doyle aún era un estudiante universitario, se publicó una novela titulada *Brought to Bay; or, Experiences of a City Detective* [*Arrastrado hasta la bahía, o experiencias de un detective de ciudad*], de un escritor que decía llamarse James McGovan, a la que seguirían *Strange Clues; or, Chronicles of a City Detective* (1881) [*Pistas sorprendentes, o crónicas de un detective de ciudad*], *Traced and Tracked; or, Memoirs of a City Detective* (1884) [*Detección e investigación, o memorias de un detective de ciudad*] y *Solved Mysteries; or, Revelations of a City Detective* (1888) [*Enigmas resueltos, o confesiones de un detective de ciudad*]. Sólo de *Traced and Tracked* llegaron a venderse veinticinco mil ejemplares, y fue traducida al alemán y al francés. James McGovan era el seudónimo de William Crawford Honeyman, que falleció en 1919[5]. Le gustaban las chaquetas de terciopelo y lucía una barba oscura artísticamente perfilada. Honeyman era una autoridad reconocida en el violín, instrumento que tocaba, innegable recordatorio en la sombra de Sherlock Holmes. La casa en la que vivía llevaba el nombre de Cremona, en recuerdo de la ciudad en la que desempeñaron su tarea Stradivarius y Amati. Recordemos que Holmes tenía un Stradivarius (aunque, según las primeras notas de 1866, Conan Doyle sostenía que se trataba de un Amati). Y Holmes también era un «colmenero» (*honeyman*), ¿o acaso no se retiró para dedicarse a la cría de abejas en los South Downs? Esta puntualización guarda cierto regusto a chanza indescifrable a costa de algún conocido personaje de Edimburgo.

Dado que este tipo de libros comenzaron a aparecer cuando Conan Doyle estudiaba en Edimburgo, no es de extrañar que pasasen por sus manos y que influyesen en lo que habría de escribir en el futuro. Aunque la inspiración les sobreviniera en Edimburgo, tanto Conan Doyle como Robert Louis Stevenson prefirieron ubicar sus escritos en Londres para atraer a una mayor audiencia. Por ejemplo, no existe en Londres un emplazamiento que se corresponda con el número 3 de Lauriston Gardens, como se menciona en *Estudio en escarlata*, lugar en el que aparece el cadáver envenenado de Enoch J. Drebber; pero sí existe un Lauriston Place en Edimburgo, al otro lado del

parque que había frente a su casa, y que era el lugar al que el joven Conan Doyle acudía a misa.

La formación que recibió el muchacho revela aspectos muy sugerentes. No hay duda de que, en Edimburgo, conoció a un profesor de la universidad a quien todo el mundo considera «el inspirador de la figura de Sherlock Holmes», el doctor Joseph Bell. Para la creación del nuevo detective recurrió a algunos aspectos de su propia personalidad y a los recuerdos que conservaba de Bell. Cuando, en la década de 1890, el personaje de Sherlock Holmes se hizo tan popular, el doctor Bell no ocultaría su disgusto por que lo considerasen «el verdadero Holmes». Pero pensamos que hay que tomarse dicho descontento con cierto escepticismo, ya que disfrutaba con la sagacidad del detective, y escribió artículos y hasta un prefacio para *Estudio en escarlata* (lo que contribuyó más al éxito del libro de lo que Conan Doyle hubiera podido imaginar).

Son de sobra conocidas las proezas de Bell en el terreno del razonamiento deductivo o, más bien, inductivo, y hay numerosos ejemplos sobre el particular en todos los libros que se han escrito acerca de Holmes. La señora Jessie Saxby, en un elogioso perfil del doctor Bell publicado en 1913, trató de dejar claro que ni uno solo de los rasgos del carácter del profesor tenía que ver con la forma de ser de Holmes, tal como ella se lo imaginaba, es decir, un cazador de hombres despiadado, calculador y frío. Aunque el caso es que Holmes (cuyas aventuras, al parecer, no había leído jamás) no era así. La dama pone de relieve cómo Bell ayudó a volver al camino recto a muchas almas perdidas. Pero no olvidemos que eso mismo hizo Sherlock Holmes. Saxby soslaya, sin decir nada, el cargo que desempeñaba Bell como inspector médico de la policía de Edimburgo. Por lo visto, su opúsculo no es muy conocido en los círculos de los entusiastas de Holmes, y a muchos de los admiradores de Conan Doyle no les ha hecho ninguna gracia enterarse de que también el doctor Bell tenía algo de detective.

El caso en el que esta circunstancia se pone más claramente de manifiesto es el referido a un misterioso suceso acaecido en Ardlamont, donde el joven Cecil Hambrough fue asesinado a tiros por su tutor, Alfred Monson, que le había suscrito un seguro de vida. La sentencia de un tribunal escocés concluyó que «no había pruebas»; pero el doctor Bell prestó declaración sobre las características de las heridas producidas por los disparos en la cabeza. Según los ensayos que había efectuado por su cuenta, el fusil había sido disparado con ensañamiento.

Esto ocurría en 1893, un momento en el que Holmes ya gozaba de una enorme popularidad. Desde mucho antes el doctor Bell se había ganado una buena reputación como forense en Edimburgo, gracias a las investigaciones que había llevado a cabo acerca del caso Chantrelle en 1877, cuando Conan Doyle todavía era estudiante de la facultad de Medicina de aquella ciudad. Eugene Marie Chantrelle había estudiado Medicina en París, y había regresado a Edimburgo diez años antes, donde había adquirido un considerable prestigio como maestro. Tras seducir a Elizabeth Dyer, una de sus alumnas, se casó con ella dos meses antes de que naciese el primer hijo de ambos. La muchacha sólo tenía quince años. Su desmedida afición a la bebida no tardó en deteriorar la estabilidad familiar, y Chantrelle empezó a pegar a su esposa, a amenazar con envenenarla y a pasarse la mayor parte de su disoluta vida en los burdeles de la ciudad.

En octubre de 1877 contrató un seguro de vida para su delicada esposa por valor de quinientas libras. El día de Año Nuevo de 1878, Elizabeth Chantrelle cayó enferma y hubo de guardar cama. Al día siguiente por la mañana, la criada oyó a la señora que se quejaba en su habitación. Al lado de la cama tenía medio vaso de limonada, unos gajos de naranja y unas pocas uvas. La sirvienta avisó a Chantrelle, y ella misma fue en busca de un médico. Cuando regresaron, el vaso de limonada estaba vacío y la fruta había desaparecido. Chantrelle le explicó al médico que su esposa había sufrido las consecuencias de un escape de gas, por lo que el galeno envió al instante una nota a Henry Littlejohn, funcionario médico del departamento de Sanidad de Edimburgo: «Si desea ver un caso de envenenamiento por gas ciudad, pásese por aquí cuanto antes». Littlejohn se presentó en compañía de su amigo el doctor Bell. Como la paciente había sido trasladada a la Enfermería Real, ellos se quedaron para examinar el dormitorio de la enferma. Tanto en el almohadón como en el camisón advirtieron la presencia de pequeñas manchas de vómito de un tono marrón verdoso. Aquel descubrimiento alertó sus sospechas y, cuando Elizabeth murió pocas horas después, analizaron el vómito y vieron que contenía opio sólido mezclado con pepitas de uva: esto coincidía con las pequeñas cantidades de la misma mezcla que aparecían en el estómago de la fallecida. Se procedió a detener a Chantrelle, aunque éste insistía en que habían sufrido un escape de gas. El doctor Bell no cejó en sus indagaciones y descubrió que Chantrelle había comprado treinta dosis de opio hacía poco. El caso estaba cerrado.

Pero Chantrelle seguía insistiendo en lo de la fuga de gas. Los inspectores de la compañía del gas descubrieron que detrás de una contraventana la

tubería estaba rota, y la criada confirmó que olía a gas cuando había vuelto a casa con el médico, pero que no había olido nada con anterioridad. El jurado tardó poco más de una hora en emitir un veredicto de culpabilidad, y Eugene Chantrelle se convirtió en el primer reo ahorcado en Edimburgo, tras la aprobación de una ley por la que la aplicación de la pena capital quedaba en manos del director de la cárcel. Se cuenta que, ya en el patíbulo, Chantrelle dio una última calada a su cigarro y que dijo: «Adiós, Littlejohn. No olvides saludar a Joe Bell de mi parte. Ambos habéis hecho un excelente trabajo hasta verme en el cadalso». Aunque apócrifo, dicho comentario pronto pasó a formar parte de la jerigonza habitual de los médicos de Edimburgo.

En el otoño de 1877, antes de que la universidad abriera sus puertas para dar comienzo a un nuevo curso y de que se celebrase la vista del caso que acabamos de referir, Conan Doyle se había llevado la sorpresa de encontrarse con el doctor Bell en la isla de Arran, lugar en el que, pocos años más tarde, en 1889, se produciría el sonado asesinato de Edwin Robert Rose a manos de John Watson Laurie (un caso en el que también habría de verse envuelto el doctor Littlejohn). El doctor Bell no dudó demasiado en elegir a Doyle entre la avalancha de estudiantes y convertirlo en su ayudante o auxiliar personal y, en calidad de tal, disfrutó el joven de la posibilidad de observar al afamado médico en acción. Aunque es de suponer que estuviera al tanto de las «incursiones del doctor en el mundo del crimen», por decirlo de alguna manera, el propio Bell reconocería más tarde que Conan Doyle, ya en su juventud, había dado muestras de unas excepcionales dotes para la observación.

Durante y después de sus años de formación como médico, Conan Doyle tuvo ocasión de trabajar con una serie de colegas en diferentes localidades inglesas. Se alistó como médico en un barco ballenero en el que realizaría la travesía del Ártico y, más tarde, en un carguero mercante dedicado al comercio en la costa occidental de África. Luego pasaría una temporada con su colega y amigo George Budd en Plymouth, pero se separaron en términos poco amistosos, y Doyle se mudó a Southsea. Y allí fue precisamente, como ya hemos apuntado, donde alumbró el personaje de Sherlock Holmes.

Podemos rastrear el proceso de elaboración de *Estudio en escarlata* gracias a los cuadernos de anotaciones que dejó y que aún se conservan. «De Gaboriau he leído *Lecoq the Detective* [*Lecoq, detective*], *The Gilded Clique* [*El zueco dorado*] y otro relato sobre el asesinato de una anciana, cuyo título ya se me ha olvidado». En un posterior repaso, añadió *The Lerouge Case* [*El caso Lerouge*]. «Muy buenos. Un paso más allá de Wilkie Collins».

Dichos títulos fueron publicados en su día por Henry Vizetelly, que alcanzó cierta notoriedad gracias a la publicación de literatura continental subida de tono, un género que, si bien no de gran altura literaria, nos permite hacernos una idea de su olfato para hacerse con títulos de carácter provocativo y sensacionalista. Buen ejemplo de ello son las novelas de Émile Gaboriau y Fortuné Du Boisgobey.

El catálogo de Vizetelly de septiembre de 1887 los presentaba en volúmenes dobles, encuadernados en tela de color escarlata, a un precio de dos chelines y seis peniques o media corona. Había también una edición más barata, a nueve peniques, de los folletines sensacionalistas de Gaboriau, con cubiertas de cartón de color escarlata también, que serían los que fueron a parar a manos de Conan Doyle. A propósito de *The Lerouge Case*, el periódico *The Hampshire Advertiser*, que Conan Doyle debió de leer en Southsea, publicaba el siguiente comentario: «Gaboriau es un escritor brillante y dotado, capaz de captar la atención y el interés de los lectores, hasta el punto de que no se saltarán ni leerán con descuido ya no una línea, sino ni una sola palabra». Vizetelly también publicó *My First Crime* [*Mi primer asesinato*], de Gustave Macé, «antiguo jefe de la Süreté, brigada criminal de París», de la que un crítico dijo: «Una narración de un crimen real hecha por un Lecoq de verdad es toda una novedad entre la avalancha de novelas de ese estilo que se ha abatido sobre el mundo, desde que el gran Gaboriau iniciase el género […], una novedad interesante dentro de un tipo de literatura que está de capa caída últimamente» (*Saturday Review*). Las novelas de Du Boisgobey, como *The Crime at the Opera House* [*El crimen de la Opera*], contenían mucha más paja que las otras, debido a que habían salido a la luz en forma de folletines de periódico, pero no por eso gozaban de menos éxito.

La novelita de Conan Doyle no representó, pues, ninguna novedad para sus primeros lectores; no era más que un breve opúsculo en un océano de literatura sensacionalista, gran parte de la cual procedía de Francia. En *The Wrong Box* [*La caja equivocada*], Robert Louis Stevenson pone en boca de uno de los personajes, que había escrito una historia de detectives titulada *Who Put Back the Clock?* [*¿Quién atrasó el reloj?*]: «La musa de la novela policíaca […], dama de procedencia francesa con toda probabilidad». Lo que diferenciaba los relatos de Conan Doyle del resto fue el espléndido acabado de la creación del personaje de Sherlock Holmes; por eso sus obras nunca llegaron a cubrirse de polvo en las librerías de las estaciones.

Las novelas de Gaboriau mantenían una estructura claramente definida. Siempre en dos partes. En la primera, la policía investigaba el crimen hasta que se producía una detención. En la segunda, daba un paso atrás en el tiempo para relatar, desde el punto de vista de los protagonistas, los motivos que los habían llevado a cometer el delito. Fue esta doble estructura, precisamente, la que adoptó Conan Doyle en *Estudio en escarlata*, aunque mucho más breve en extensión: se sigue la pista de unos asesinos en Londres, tirando del hilo de algo que les había sucedido a los mormones en Norteamérica, lo que conduce al esclarecimiento del crimen. La extensa serie de novelas protagonizada por Sherlock Holmes mantendrá esa forma dual, incluso *El perro de los Baskerville*. Dicha estructura era, pues, una imitación clara de Gaboriau.

Lecoq representó asimismo un verdadero estímulo en otros aspectos. Conan Doyle garrapateó en la cubierta interior de uno de sus cuadernos de anotaciones: «La manga de la chaqueta, el pantalón por la rodilla, las callosidades de los dedos índice y pulgar, la bota, cada uno de estos detalles podría indicarnos algo, pero que todos ellos ensamblados no arrojen alguna luz a un observador perspicaz; es increíble». No otra era la forma de ver las cosas del sagaz detective de Gaboriau, pero las palabras que acabamos de citar son de Joe Bell. La capacidad deductiva de Bell, el papel desempeñado por Bell como detective asesor de la policía de Edimburgo, incluso su aspecto personal, eran detalles que tenía en la cabeza Conan Doyle.

Su detective convertiría la investigación en una ciencia exacta. En eso consiste su novedoso enfoque, una perspectiva que, sin embargo, se practicaba con asiduidad en otros centros especializados en ciencia forense como el de Edimburgo. No hay que olvidar, sin embargo, que la piedra angular de esta especialidad, la obra del médico austríaco Hans Gross, *Handbuch für Untersuchungsricher als System der Kriminalistik* [*Manual para uso de jueces instructores y sistematización de la medicina forense*] no vería la luz en Alemania hasta 1893. La primera edición inglesa disponible en Londres (aunque traducida e impresa en Madrás, India, en 1906) salió a la calle en 1907. Formado en una magnífica escuela, Conan Doyle iba, pues, muy por delante de la policía a la hora de tener en cuenta los detalles más triviales.

Pero tampoco podemos olvidar la influencia que sobre él ejerció la ficción detectivesca inglesa de la época, de forma especial las obras de Stevenson y Wilkie Collins. Había leído libros sobre detectives escritos con anterioridad. En el curso de una conferencia que pronunció en Southsea ofreció a los asistentes su propia solución a la novela inacabada de Charles Dickens, *The*

Mystery of Edwin Drood [*El misterio de Edwin Drood*] (1870), un ejercicio de investigación literaria en el que se proponía desvelar las pistas que el autor había diseminado, o eso daba la impresión, en los capítulos que había dejado escritos.

Estaba también, por supuesto, el éxito del momento, la novela del australiano Fergus Hume, *El misterio del coche de punto*. Pero no prestó demasiada atención a este éxito de ventas (la novela de detectives más vendida de cuantas se han escrito, llegó a decirse más tarde), como le comentaría a su madre en marzo de 1888: «¡*El misterio del coche de punto*, menudo timo! Una de las novelas más flojas que he leído, sólo se vende gracias a la propaganda». Claro está que, para entonces, ya había aparecido *Estudio en escarlata*. Recibió una buena acogida por parte de la crítica, pero las ventas fueron exiguas, a pesar de las entusiastas, como no podían ser menos, recomendaciones del editor. En cualquier caso, había vendido los derechos de autor por veinticinco libras en noviembre de 1886. Fergus Hume, mientras tanto, vendía su novela por millares, lo que tuvo que incomodarle bastante.

En 1889, Conan Doyle recibió el encargo de escribir *El signo de los cuatro*, que se publicó en *Lippincott's Magazine* en febrero de 1890. En aquel momento, ya tenía la cabeza en otros proyectos ambientados en la Edad Media y estaba escribiendo *La compañía blanca*. No obstante, mudarse a Londres a unos apartamentos de Devonshire Place, a un paso de Baker Street, para abrir consulta como oftalmólogo, le permitió disponer de tiempo libre; pocos fueron los pacientes que lo importunaron. Escribió un relato que su agente envió al director de una nueva revista llamada *The Strand* y se lo aceptaron. Fue el momento elegido para ensayar una nueva fórmula, consistente en escribir una serie de narraciones breves en torno a la figura de Sherlock Holmes. El protagonista ya estaba lo suficientemente perfilado, por lo que ya no era preciso presentarlo en el primero de esos relatos, *Escándalo en Bohemia*. Se lo envió a su representante el 3 de abril de 1891. Al contrario que en los folletines por entregas, tan propios de los periódicos y revistas de la época, daba igual que el lector se perdiera alguno de los episodios, porque cada uno contenía una historia completa. Tal fórmula fue uno de los factores clave del enorme éxito que consiguió *The Strand* y, como no podía ser de otro modo, el director de la publicación, H. Greenhough—Smith estaba encantado. Era lo que andaba buscando, ni más ni menos.

Le encargaron más relatos y, en el otoño de 1891, Sherlock Holmes y Conan Doyle ya eran nombres que sonaban en todos los hogares. El doctor

Doyle había dejado de ser un personaje desconocido, y abandonó el ejercicio de la medicina para dedicarse por entero a escribir. En 1892 publicó una nueva serie de relatos con Holmes como protagonista, sin concederse un momento de reposo. Comenzaron a proliferar otros escritores que lo imitaban, con sus respectivos «competidores» de Sherlock Holmes. Había sonado la hora de que aquel prodigio de originalidad encontrase la muerte en las cataratas de Reichenbach. Sherlock Holmes, pues, «perdió la vida» en el número de diciembre de 1893 de *The Strand*.

Para sus lectores, sin embargo, se trataba de un personaje inmortal, de gran calado. Cuando, a finales de 1895, Conan Doyle y su esposa llegaron a Egipto, se sorprendieron al enterarse de que los relatos de Holmes habían sido traducidos al árabe por encargo del Gobierno del virrey turco, y que los habían seleccionado como libros de texto para la realización de las tareas de investigación que llevaba a cabo la policía. Efectivamente, Conan Doyle se sorprendió y también se molestó cuando, en una ocasión, un joven agente de la policía egipcia, tras examinar los rasgos de su rostro de forma minuciosa, al estilo de Sherlock Holmes, tal y como lo había interpretado en el manual, llegase la conclusión de que mostraba «tendencias criminales».

Más adelante, también se recurrió a estos relatos en Hong Kong para adiestrar a la policía.[6] Hubo incluso particulares que no fueron ajenos a dicho influjo: en diciembre, un joven de nombre Rea que había leído *Las aventuras de Sherlock Holmes*, pensó que también él podría «realizar una labor parecida a la de Sherlock Holmes» y encargó unas tarjetas de presentación en las que se autocalificaba de investigador. Se le impuso una multa de diez libras. Nueve años más tarde aún continuaban produciéndose situaciones que traslucían una fijación con el personaje de Holmes: se llegó incluso a decir que ésa había sido la causa del suicidio de otro joven en 1914.

Los relatos de Holmes ejercieron también cierta influencia en los medios policiales. Sherlock Holmes llegó a ser considerado el padre y uno de los profetas de la investigación criminal forense. En opinión de Macdonald Hastings, como detective de ficción contribuyó a definir el concepto de detective forense, y los detectives jefe comenzaron a «actuar en consonancia». Pero en el aspecto funcionarial las cosas iban más despacio. En Scotland Yard no se creó un departamento de huellas dactilares hasta 1901, es decir, treinta años después de que se hubiera propuesto la idea de utilizarlas como herramienta de identificación personal. Hasta 1912 no se designó ningún fotógrafo oficial de la policía, a pesar de que en muchos expedientes, al menos en Irlanda, se guardaban fotos policiales desde 1860. Y habría que

esperar hasta 1924 para que Inglaterra, siguiendo la senda emprendida por Austria, Alemania y Francia, se decidiese a crear un departamento de policía científica, con un laboratorio forense y una unidad de formación. Así fue como «detectives asesores», ajenos a Scotland Yard, como el patólogo Bernard Spilsbury; el médico especialista en toxicología, William Wilcox; el doctor Roche Lynch, de análisis clínicos, y Churchill, experto en armas de fuego, empezaron a convertir en realidad los conceptos ficticios expuestos por Doyle.

Pero las cataratas de Reichenbach no fueron el final que Conan Doyle hubiera deseado para su aclamado detective.

Desde agosto de 1901 *The Strand* decidió publicar por capítulos una novela corta que había escrito anteriormente, *El perro de los Baskerville*, para lo que contó con la importante ayuda de Bertram Fletcher Robinson. No tardaron en seguirle otros relatos breves, la tercera serie, a partir de septiembre de 1903, presentados como *El regreso de Sherlock Holmes*, en los que Holmes resucita realmente de entre los muertos. Otra novela, *El valle del terror*, que discurre casi toda en Norteamérica, vio la luz en 1915. En años posteriores se produjo un descenso notable de los relatos de Holmes, hasta que la serie concluyó en 1927 con la publicación de *La aventura de Shoscombe Old Place*. Estas últimas narraciones fueron recogidas en *Su último saludo* (1917) y *El archivo de Sherlock Holmes* en 1927.

No deja de ser sorprendente que el propio Holmes tomase la decisión de retirarse en 1903 a South Downs para cuidar de sus colmenas, retiro que sólo interrumpió a raíz de una última investigación que realizó poco antes del comienzo de la Gran Guerra, y sólo como respuesta a una petición que le había formulado el Gobierno. Todos los demás relatos de la saga se desarrollan antes de 1903. Esta circunstancia ha llevado a afirmar a Trevor Hall, crítico de la investigación paranormal y profundo conocedor de las figuras de Sherlock Holmes y su creador, que algunos de los últimos relatos, sin duda de segundo orden, desarrollan ideas o manuscritos que había apartado por poco aprovechables en años anteriores. En opinión de Hall, Conan Doyle andaba ya tan volcado en el espiritismo alrededor de 1920 que era imposible que dispusiese de tiempo para enjaretar «nuevos» relatos centrados en la figura de Sherlock Holmes, habida cuenta en especial de que la mente racional de Holmes despreciaba lo sobrenatural, precisamente aquello a lo que su creador se dedicaba en ese momento. Conan Doyle atendió, pues, a las peticiones que le hacían editores y lectores con material antiguo procedente de sus archivos.

Fuere cual fuere la causa que desembocó en la creación de Sherlock Holmes, parece claro que su fundamento hay que buscarlo en la afición que el propio Conan Doyle tenía por el crimen. En 1903, este interés cristalizó de una manera distinta. Sherlock Holmes podía dar por concluida su labor detectivesca; Conan Doyle estaba en los albores de comenzar la suya.

4. Con cada carta, una petición de ayuda

La fama universal que adquirió Sherlock Holmes en las décadas posteriores a 1890 tuvo una consecuencia inesperada para Conan Doyle: comenzaron a lloverle cartas de admiradores. Esta correspondencia no le importunaba; tampoco prestaba mucha atención a misivas de desconocidos, con encabezamientos de lo más llamativo, que no dudaba en calificar de «cartas de lunáticos». En numerosas ocasiones, tales cartas no iban dirigidas al doctor Conan Doyle, sino directamente al señor Sherlock Holmes, del número 22IB de Baker Street. La estafeta de correos de Londres, con la inveterada buena disposición que la caracteriza, se las reexpedía a Conan Doyle que, por aquel entonces, vivía en Upper Norwood.

En 1892 le comentó al doctor Bell algunos ejemplos del Upo de personas que se dirigían a él. Así, un joven de Glasgow, que le escribía desde el sur de Portugal, le indicaba el momento exacto en que había redactado la carta, las siete y catorce minutos de la tarde; una señora norteamericana le contaba que padecía una desviación de columna; un tendero de Liverpool afirmaba que «ardía en deseos de conocer a Jack el Destripador», y alguien le aseguraba que sus vecinos «estaban matando de hambre a sus tías solteronas, que tenían encerradas en desvanes bajo siete llaves» (misivas alentadas, sin duda, por el caso de Louis Stanton, quien, junto a su amante, su hermano y su cuñada, fue condenado por haber dejado morir de hambre a su esposa, Harriet).

Poco antes, en febrero de aquel mismo año, Harry How había publicado una de las primeras entrevistas en profundidad con Conan Doyle; en ella admitía que, gracias a las cartas que le enviaban los lectores, se le ocurrían infinidad de ideas para nuevos relatos: «La mañana en que fui a verlo, los implicados en un caso de envenenamiento, del que había tenido noticias desde Nueva Zelanda, le habían hecho llegar el día anterior un voluminoso legajo con documentos sobre una disputa por una herencia que habían recibido en Bristol. Es prácticamente imposible atender a peticiones de tal índole». A su debido tiempo volveremos sobre el caso de Nueva Zelanda, cuando nos ocupemos de las andanzas de Conan Doyle por aquellos parajes. Aunque aún

no aclarado por completo, es posible que el asunto de Bristol, si bien con grandes modificaciones, siguiese la estela dejada por alguna de las aventuras de Sherlock Holmes. Sospecho que aquellos documentos quizá guardasen relación con el intento de estafa llevado a cabo por Tom Provis en torno a las propiedades de la familia Smyth, que terminó con un escandaloso juicio en 1853, asunto cuyas salpicaduras revisten dimensiones comparables a las de la demanda Tichborne[7*]. Rara vez se inspiró Conan Doyle en un hecho que tuviera que ver con la vida real. Era un escritor lo bastante capaz para limitarse a reescribir los escándalos que, a diario, se leían en los periódicos.

Muchas de las cartas que recibió debieron de ser realmente conmovedoras. Un año más tarde, Conan Doyle admitía que tanto el doctor Bell como él «no dejaban de recibir cartas de personas angustiadas, en las que les pedían ayuda para desenmarañar algún misterio relacionado con sus familias, para que pusiesen todo su empeño en localizar a algún familiar desaparecido, o para que entregasen a la justicia a algún delincuente al que la policía no había conseguido capturar. Dichas cartas, a veces, resultan divertidas y, en muchas ocasiones, ofrecen detalles y pormenores tan precisos que uno se queda boquiabierto». Lo que no difiere de lo que solía apuntar Holmes al doctor Watson: que muchas veces los crímenes más truculentos no son más que una perogrullada, mientras que los misterios de menor envergadura suelen ir acompañados de las más extraordinarias circunstancias. Pero la mayoría de las veces se trataba de sujetos perturbados, como atestiguan las cartas de un tal William Sharp, en las que proclamaba que no sólo era un investigador desaprovechado, sino que él era «el verdadero Sherlock Holmes» y que no habría de pasar mucho tiempo antes de que el mundo se quedase asombrado con sus proezas.

Por aquellas fechas, Conan Doyle había tomado la decisión de pasar un buen rato a costa del correo que recibía, y sólo conservó unas pocas cartas, un error que llegaría a lamentar más tarde. Hasta que no le quedó otro remedio que aceptar que los lectores lo identificaban con el personaje que había creado. Desde San Francisco hasta Moscú no dejaban de llegarle casos intrincados, que sólo él sería capaz de resolver. «Jamás se me había ocurrido pensar que la vida encerrase tantos misterios».

En aquella época, siempre se negó a estudiar los casos que le llegaban, porque le parecía que su resolución «no se vería retrasada por esa razón». Era de la opinión de que la proliferación de tantas cuestiones sin resolver, de tan numerosas desapariciones y de las vueltas tan raras que da la vida no eran más que un reflejo de las limitaciones policiales.

Durante años, tras el frustrado fallecimiento de Holmes y mientras se prolongó el conflicto con los bóeres, Conan Doyle siguió recibiendo cartas de ese tenor. Pero a su regreso de Sudáfrica, en 1901, en un momento en que volvió a interesarse por el mundo del crimen, comenzó a tomarse un poco más en serio a los remitentes de aquellas misivas. Cuando en 1904 dio a conocer, por fin, que Holmes se retiraba «definitivamente», Conan Doyle estaba encantado con las cartas que recibía, que le ofrecían tanto los servicios de un ama de llaves como los de un avezado colmenero.

En aquel momento se produjo un hecho que podría presentarse como paradigma de los casos con los que tendría que lidiar. Como le comentó a un periodista, se trataba de un asunto intrigante, «pero su seguimiento es más de la incumbencia de Scotland Yard que de las páginas de *The Strand*». El caso guardaba relación con una carta, datada en el Canadá occidental el 23 de mayo de 1901, que se recibió en las oficinas de Whitaker, en la sede del famoso *Almanack*; iba dirigida a uno de sus redactores, un tal señor Rome, que había fallecido dos años antes. Al abrir el sobre comprobaron que no contenía más que tres folios en blanco. En el sobre, por fuera, podía leerse «Confl Films» y «Report Sy».

Intrigado por tan enigmática misiva, Cuthbert W. Whitaker pidió que se la enviasen a Conan Doyle, por si podía sacar algo en limpio. Incapaz de poner nada en claro, Conan Doyle la envió a Scotland Yard en septiembre, pero sus investigadores especializados tampoco dieron con nada. No había grafía secreta, ni supieron descifrar el galimatías que figuraba en el sobre. Conan Doyle tuvo que reconocer que había fracasado. Tal vez la carta tuviese algo que ver con las prospecciones que se llevaban a cabo en las Montañas Rocosas de Canadá, ya que la editorial de Whitaker contaba con un amplio catálogo de libros, entre ellos algunos sobre minería. Lo que estaba escrito en el sobre significaba sin lugar a dudas «Confidential Films» y «Report of Survey» (negativos fotográficos confidenciales e informe de situación), lo que me sugiere que algo tenía que ver con la minería o con la especulación de terrenos. ¡Pero quizá ésta sea una ocurrencia demasiado watsoniana para ser cierta!

Conan Doyle siguió recibiendo cartas así durante toda su vida. Hoy se reciben cada semana unas cincuenta cartas para Sherlock Holmes, en el 221B de

Baker Street, una dirección que ahora coincide con la de las oficinas centrales de la Abbey National Building Society. En 1951, dado el volumen de correspondencia que llegaba, la empresa tomó la decisión de asignar personal para atender la secretaría de Sherlock Holmes. Aquel año, con motivo de una exposición organizada para el *Festival of Britain* por la Biblioteca Marylebone, en la que podía contemplarse la sala de estar de los apartamentos de Baker Street, se proporcionó a la estafeta de correos de Londres una dirección a la que enviar la correspondencia destinada al famoso detective.

Se ha publicado una selección de estas cartas en una edición al cuidado de Richard Lancelyn Green. Muchas son una broma, como es de suponer. Otras las enviaron niños, para quienes Sherlock Holmes representaba una alternativa plausible de Santa Claus. Pero hay otras muchas en las que aún se percibe el lamento de corazones solitarios, enfermos y angustiados, para quienes Sherlock Holmes era la personificación de su última esperanza. Hoy, como en 1892, tan conmovedoras cartas constituyen la triste apostilla a la ayuda oficial que recibían sus remitentes.

La sensibilidad de Conan Doyle siempre estuvo de parte de los oprimidos. En 1896 se vio en la necesidad de ejercer ese privilegio tan propio del inglés que se siente ultrajado y escribió a *The Times* formulando una petición pública de clemencia en nombre de una dama norteamericana que había sufrido un mal encontronazo con la justicia británica. A finales del mes de septiembre de aquel año, un importante hombre de negocios de San Francisco, Walter Michael Castle, había llegado a Londres en compañía de su esposa, Ella, y de su hijo. Se alojaron en el Hotel Cecil, en el *Strand*, con la idea de regresar a Estados Unidos en barco el 7 de octubre siguiente. La señora Castle se dedicó a ir de compras por las principales tiendas, sobre todo peleterías. Su forma de comportarse debió de despertar alguna sospecha y, desde uno de los comercios, se avisó a la policía. Cuando el 5 de octubre la policía acudió al hotel se encontró en la *suite* de los Castle no sólo un montón de prendas de piel, sino también dieciocho peines de carey, siete pares de manguitos, dos pieles de marta cibelina, nueve peinetas, diecisiete abanicos, dieciséis broches, cinco pares de gafas, dos bandejas bañadas en plata para tostadas y una jarra para crema. Muchos de los objetos todavía llevaban la etiqueta con el precio. Al ver a la policía, la señora Castle se apresuró a cerrar un armario en el que había escondido algunas compras más. Tras hacerse con una llave, los agentes procedieron a abrir el armario, y se detuvo a los Castle bajo los cargos de robo e intento de huida del Hotel Cecil.

Tras presentar la denuncia formal los dejaron en libertad con cargos, previo pago de una fianza de cuarenta mil libras. Durante el juicio, celebrado en Clerkenwell el 7 de noviembre, el señor Castle se declaró inocente y quedó libre de toda sospecha; resultaba claro que no estaba al tanto de la cleptomanía que padecía su esposa. La señora Castle, que había permanecido en la cárcel una semana, estaba histérica y no fue capaz de articular palabra. Su abogado, Edward Clarke, confirmó que era culpable de los siete cargos, y presentó declaraciones de médicos para demostrar cómo la había afectado su corta estancia en prisión. A los quince años había sufrido una crisis nerviosa y, después de un resfriado que había cogido con anterioridad aquel mismo año, había vuelto a recaer en aquellos viejos síntomas, de forma que «había períodos» (según el peculiar lenguaje empleado en aquellos días) en que no era del todo responsable de sus actos. Fue declarada culpable y, a pesar de la comprensión expresada por el juez, condenada a tres meses de cárcel sin trabajos forzados.

Al día siguiente Conan Doyle, que por entonces vivía en Greyswood Beeches cerca de Haslemere, empuñó su pluma estilográfica Parker y escribió:

> Muy señor mío:
>
> Me permito suplicarle que no dude en echar mano de toda su influencia a favor de una desdichada dama norteamericana, la señora Castle, condenada ayer a tres meses de cárcel por un delito de robo. Dejando a un lado las declaraciones médicas presentadas, resulta inconcebible que una mujer de su posición, en su sano juicio, robase hasta dos y tres veces los mismos objetos, como cuatro bandejas para tostadas, si no recuerdo mal. Se hallaron, asimismo, en su baúl, otros pequeños objetos de plata, grabados con el anagrama del hotel, que no pueden ser revendidos ni utilizados. Es innegable que, cuando menos, se planteen dudas sobre su responsabilidad moral, pero si tales dudas existen, el beneficio de ellas ha de concederse a la persona que, tanto por su sexo como por su condición de visitante de nuestro país, tenía doblemente derecho a exigir una mayor consideración por nuestra parte. Antes que a una celda, habría que obligarla a acudir a la consulta de un médico.

Al día siguiente, consciente de la posición de los Castle en Estados Unidos y de que muchos periódicos de allí habían seguido el caso día a día, el ministro del Interior tomó la decisión de intervenir. Idéntico interés había manifestado la Embajada norteamericana, al igual que muchos hombres influyentes de la City. Tras consultar con la policía y con los médicos de la cárcel que habían examinado a la señora Castle, se ordenó su puesta en libertad bajo la custodia de su marido, con la promesa de que se la llevaría de vuelta a Estados Unidos lo antes posible. Una vez en San Francisco, la señora Castle se sometió a una intervención quirúrgica para tratar de poner remedio a su penosa situación. El abogado de la señora Castle admitió que, en otras circunstancias, le habría sugerido que alegase enajenación mental, pero que, desde la aprobación de la ley de 1883, ya no era posible aducir tal eximente. Por eso le había aconsejado que se confesase culpable, con la esperanza de que se dictase una sentencia benevolente.

Incluso en nuestros días, habría resultado poco creíble alegar la reacción histérica que había sufrido la señora Castle, a pesar de tratarse de algo que hoy consideraríamos un síntoma claro de síndrome premenstrual. El doctor Doyle demostró ir muy por delante de su tiempo al tomar en consideración las afecciones periódicas que sufren las mujeres, igual que al recurrir al prestigio que su reconocimiento literario le otorgaba para ponerse de parte de unas personas inocentes y ultrajadas. Los Castle eran muy conocidos en la sociedad de San Francisco, y es poco probable que olvidasen la caballerosa intervención de Conan Doyle a favor de una pareja de «parientes norteamericanos».

El interés demostrado por Conan Doyle en el caso de la señora Castle hizo que fueran muchos los que acudiesen a él, a finales de la década de 1890, por diferentes motivos y solicitando su apoyo para las más variopintas iniciativas. Una de esas causas sería el escándalo Dreyfus.

El novelista David Christie Murray, amigo de Conan Doyle, estaba convencido de que eran falsas las pruebas que habían bastado para condenar al capitán del ejército francés en el juicio celebrado en 1895. Murray era escritor aficionado desde hacía cuarenta años, y estaba seguro de que Dreyfus, quien, por entonces, cumplía condena en el penal de la isla del Diablo, era inocente. Trató, pues, de recabar apoyos para la causa de Dreyfus entre eminentes personajes públicos de Inglaterra y, a finales de 1897, entre otros, escribió a Conan Doyle. He aquí la respuesta de Doyle:

Mí querido Murray:

No me ha sido posible ir a verle el fin de semana, porque hemos recibido innumerables visitas. Confío en que cuando pueda se acerque usted, y me cuente todo con más detalle. Me han interesado mucho sus puntos de vista acerca del caso Dreyfus. Me imagino que su Gobierno debe de disponer de pruebas que no se atreve a airear (espionaje o delación de un traidor) sobre su culpabilidad, y lo han condenado con un documento falso.

Atentamente,

Conan Doyle

El 30 de enero de 1898 Murray pronunció una conferencia en el Egyptian Hall ante una nutrida audiencia, en la que proyectó en una pantalla ampliaciones de la caligrafía de Dreyfus y del mencionado *bordereau* (documento). Consiguió poner de su parte a muchos de los allí presentes, antes convencidos de que Dreyfus era culpable. Todo esto ocurría meses antes de que Zola escribiese su famosa carta abierta al presidente de la República, *Yo acuso*, publicada en *L'Aurore*, y que sirvió como detonante del lento proceso que culminaría con la rehabilitación del capitán.

Sin embargo, años más tarde, Conan Doyle no se mostraría tan optimista sobre la buena fe de las autoridades británicas, tras caer en la cuenta de lo que eran capaces en casos como los de Edalji y Slater.

En la Colección Doyle hay documentos de la correspondencia que mantuvo sobre un allanador, en torno a 1895, con el mayor Arthur Griffiths, famoso escritor de historias de crímenes, asesinos y cárceles. Asimismo, figuran cartas de 1903 intercambiadas con Francis Galton, que había luchado por el reconocimiento de la dactiloscopia.

Encontramos alusiones a otros casos también de esa época, como el muy sherlockiano «caso de las joyas del marqués», habladuría que refiere Charles Higham, biógrafo de Conan Doyle, aunque no siempre fiable, pero escritor muy bien relacionado con las esferas más selectas de la alta sociedad londinense. El incidente tuvo lugar durante la velada del día 9 de septiembre de 1901, la noche del estreno del gran éxito teatral que obtuvo Conan Doyle, gracias a la adaptación de los relatos de Holmes que hizo William Gillette.

A la primera representación en Londres acudió Eduardo VII. Al caer el telón, el público asistente puesto en pie rompió en una insólita y prolongada ovación. La obra, que había gozado ya de una enorme aceptación en Nueva

York, constituyó un gran éxito en Londres, donde alcanzó las doscientas dieciséis representaciones. Según cuenta Higham, la noche del estreno coincidió con una historia real, propia de Sherlock Holmes. Henry Paget, quinto marqués de Anglesey, se encontraba entre el muy selecto público que abarrotaba el patio de butacas. Con veintitantos años, el marqués era, sin duda, uno de los personajes más celebrados del momento. A diferencia de sus antepasados, sus gustos se inclinaban más por el arte que por la vida castrense. Era sobre todo conocido por la escasa atención que prestaba a sus tierras, por el volumen de deudas que había contraído desde que heredase su fortuna en 1898 y por la extraordinaria colección de joyas que poseía, la famosa Colección Anglesey, valorada en ciento cincuenta mil libras. Según un malicioso comentario aparecido en *The Times*, mostraba un anormal «interés por el teatro», aunque, por suerte para él, nunca suscitó las iras de una policía poco sensible como en el caso de Oscar Wilde.

Mientras el marqués, embelesado, seguía la representación, en el Lyceum Theatre, su ayuda de cámara, un joven francés de nombre Julian Gault, ayudaba a una prostituta a robar unas cuantas joyas de la habitación del hotel. Gault había salido a dar una vuelta y por el camino se había encontrado con una muchacha francesa en cuya tarjeta de presentación sólo figuraba el nombre de «Mathilde». Al enterarse del estupendo empleo que tenía el joven, lo había convencido para que robase las joyas del marqués, y volver juntos a Francia para casarse. Gault regresó al hotel, se apoderó de unas cuantas joyas y volvió al piso que ocupaba la joven en Halsey Street, en Belgravia. Ésta llamó a un perista —otro de sus amantes, probablemente—, que le entregó cien libras por las joyas. Cuando saltó la alarma, Gault trató de huir a Francia, pero fue detenido en el muelle de Dover. La señorita Mathilde se había esfumado en la niebla londinense. Gault fue llevado a juicio, confesó y lo condenaron a cinco años de cárcel. Las joyas seguían sin aparecer. Un atribulado marqués, al decir de Higham, se puso en contacto con Conan Doyle para pedirle ayuda.

Como si de un caso real de Sherlock Holmes se tratase, Conan Doyle lo ayudó a encontrar algunas joyas que habían sido vendidas en Londres. Trabajando en estrecha colaboración con el inspector detective Dew, de Scotland Yard, consiguió identificar al perista. De la mujer nunca más se volvió a saber nada. Gault salió en libertad y regresó a Francia. En 1911 cometió un asesinato durante un allanamiento de morada, y acabó en la guillotina. El marqués falleció en 1905, poco después de que los alguaciles del juzgado se presentasen en su casa de campo de Beaudesert Hall para

proceder a la subasta de sus tesoros. Tan luctuoso suceso supuso un inmenso alivio para sus más sensatos y cabales familiares.

El actual marqués de Anglesey, eminente historiador, me comentó en 1985 que nada sabía de tal asunto y que ni siquiera estaba al corriente de que se hubiera producido un robo. Tampoco le sonaban de nada los supuestos contactos con Conan Doyle. Pero no tenía forma de confirmar tales hechos, porque su abuela, *lady* Hester Paget (fallecida en 1930), había puesto todo su empeño en destruir cualquier documento que hubiera pertenecido al quinto marqués, de quien abominaba. Otros documentos de la familia se perdieron más tarde en un incendio. Después de todos estos años, el marqués me confirma que no se ha producido ninguna novedad.

Uno de los ejemplos de que muchos de los casos en que se vio envuelto Doyle no trascendieron a los periódicos y de los que no conservamos más que escasas pistas es el asunto del «estafador fugitivo». El 16 de enero de 1905 Conan Doyle estaba leyendo un periódico cuando se topó en la quinta página con una crónica titulada «Un deudor asediado», acerca de un individuo de Bristol que se había apoderado de unos bienes de forma fraudulenta. El asunto le llamó la atención al instante. Al día siguiente por la mañana envió una carta al director del periódico, con la indicación de «particular» en el sobre, en la que le explicaba que en la crónica «se describen al detalle las tácticas utilizadas por un tipo detrás del que ando», al tiempo que rogaba al periodista si tendría la bondad de decirle de dónde había sacado aquella información o el nombre de la persona que pudiera ofrecerle datos más precisos.

«Un tipo detrás del que ando» es una frase tan rutinaria de un detective privado en el ejercicio de su profesión que uno se queda asombrado. Más que de una copia conservada por Doyle o su secretario, se trata de una de las muchas cartas que Adrián Conan Doyle compraría a su destinatario para integrarlas en el archivo de Doyle. Pero carece de toda indicación de sus fuentes, y tampoco revela nada más. Probablemente sería el típico caso en el que madre e hijo pensarían cuando hablaban de las tareas que, como detective privado, llevaba a cabo Conan Doyle. Por desgracia, no he sido capaz de conseguir más información del caso, o de los resultados de las pesquisas particulares que pudiera haber hecho el escritor. Podría tratarse de un asunto sin importancia, contemporáneo de alguno de los famosos casos que se traía entre manos, pero incluso tales minucias podían albergar cuestiones de vida o muerte.

Hay quien duda de que Conan Doyle fuese en realidad el infatigable investigador que presentamos aquí. Pero lo dicho constituye una prueba que

no deja lugar a dudas, un testimonio real del permanente interés, de la atención continuada que prestaba a esos casos. No debemos pasar por alto ni el más insignificante indicio de sus tareas como detective, como tendremos ocasión de comprobar al referirnos a algunos de los crímenes que vamos a comentar.

Llegados a este punto, no estaría de más que aludiésemos a algunos de los casos que, sin llegar a aclararlos por las limitaciones de sus respectivos trabajos, mencionan de pasada algunos biógrafos de Conan Doyle. Me refiero a aquellos asuntos en los que, a pesar de suscitar su interés, prefirió no intervenir.

Uno de ellos se lo planteó nada menos que un personaje de la talla de Rudyard Kipling, que fue a ver a Conan Doyle a Windlesham; abordaron el asunto en la sala de billar, el mismo lugar en el que tantos otros crímenes había abordado con amigos y visitantes. Se trataba de una sorprendente muerte que había tenido lugar en Mussoorie, un pueblo de veraneo de las montañas del norte de la India, en 1911. Una dama inglesa, muy bien relacionada, la señorita Garnett—Orme, apareció muerta en la cama de la habitación cerrada con llave que ocupaba en el Hotel Savoy. En el momento en que se produjo el suceso, la principal sospechosa, su amiga y compañera, la señorita Eva Mountstephen, se encontraba en otra localidad. Pero el fiscal planteó formalmente la posibilidad de que la señorita Mountstephen hubiera recurrido a procedimientos como la autosugestión o el hipnotismo para que su amiga tomase una medicina, previamente envenenada, en un determinado momento. Ambas eran adeptas al espiritismo y la adivinación. Asimismo, el fiscal llegó a la conclusión de que, tras haber convencido a su amiga de que su vida tocaba a su fin, la señorita Mountstephen no dejó de insistir a la señorita Garnett—Orme para que redactase un testamento en el que la designase beneficiaría. La señorita Mountstephen fue absuelta del cargo de asesinato. Pero, en Inglaterra, la familia Garnett—Orme impugnó el testamento, y la señorita Mountstephen perdió el caso. El juez del Tribunal Supremo de la India afirmó que nunca llegaría a resolverse el misterio del fallecimiento de la señorita Garnett—Orme. Cómo había sido asesinada, si tal hecho se produjo, es algo que sigue sin esclarecerse todavía, y el caso constituye un claro ejemplo de los «misterios indescifrables» de la vida real.

Rudyard Kipling pensaba que se trataba de un asunto en el que concurrían las más insólitas circunstancias, y se ofreció para poner en contacto a Conan Doyle con un miembro de la familia Allen, dueños y editores de los periódicos indios que habían publicado algunos de sus primeros escritos,

como fuente fidedigna de cualquier información. Pero, habida cuenta de que la señorita Mountstephen había sido absuelta, el hecho de escribir algo sobre el particular habría colocado a Conan Doyle en una situación muy delicada frente a una posible demanda por libelo.

Como valedor de la idea del imperio, Conan Doyle siempre mostró interés por la India, y estaba al tanto de cómo iban las cosas en aquel país gracias a lo que le contaba su íntimo y viejo amigo, el doctor James Ryan, que había vivido muchos años en Ceilán, y entre cuyas obligaciones figuraba, además de otras muchas, la de ser la persona «encargada de investigar los casos de muerte repentina». A pesar de que Sherlock Holmes se vio envuelto en crímenes acaecidos en la India, desde *El signo de los cuatro* hasta *La singular aventura de los hermanos Atkinson en Trincomalee*, una ciudad de Ceilán —caso del que, por desgracia, no queda ningún vestigio—, Conan Doyle optó por desentenderse de asuntos como el planteado por Kipling.

En otra de las peticiones que recibió por correo se le rogaba que, fueren cuales fueren sus honorarios, se trasladase a Polonia para investigar el asesinato de un aristócrata, el príncipe Wladyslaw Drucki—Lubecki, que se había cometido en una de sus fincas, cerca de Varsovia. La carta, que llegó a manos de su destinatario en octubre de 1913, la había remitido un tal Félix de Halpert y en ella se le pedía a Doyle que acudiese en defensa del hombre acusado del crimen, el barón Jan de Bisping, rico hacendado y socio comercial del príncipe. Conan Doyle no aceptó el encargo, ya que, por si fuera poco, el asunto Bisping no era un simple asesinato, por decirlo de alguna manera, sino el resultado de oscuros tejemanejes urdidos por espías del Imperio ruso. Por aquel entonces, Polonia era una provincia más de Rusia. Los rusos sospechaban que el príncipe y Bisping estaban en posesión de informaciones secretas sobre la estratégica fortaleza de Grodno, y planearon la forma de acabar con ellos. El asunto coleó durante años, hasta que, en 1926, cuando Polonia recuperó la independencia, Jan de Bisping fue exonerado de todos los cargos. Según algunos escritores que han vuelto sobre el caso recientemente, hoy sigue siendo uno de los crímenes más misteriosos de la historia de aquel país, con muchos flecos pendientes todavía.

Para Conan Doyle aún no había llegado el momento de embarcarse en peripecias por el extranjero. En su patria, Inglaterra, había crímenes suficientes, pasados y presentes, para recabar toda su atención.

5. Inquietantes apuntes del natural

> Tenía los puños apretados y los brazos extendidos, pero cruzadas las extremidades inferiores, como si hubiera sufrido una dolorosa agonía. En su rostro rígido podía leerse una expresión de horror y, a mi entender, de odio como jamás he observado en ningún ser humano […]. He contemplado la muerte de muchas maneras, pero nunca se me había presentado bajo un aspecto tan pavoroso como en aquel lúgubre y oscuro aposento que daba a una de las principales arterias de un suburbio londinense.
>
> *Estudio en escarlata*, I, 3 (1867)

Estas frases fueron pronunciadas, sin embargo, por boca de otro médico, el doctor Arthur Conan Doyle, sentado en aquella estancia de mal agüero en su casi desierta consulta en Southsea.[8] A diferencia de muchos otros que han escrito sobre crímenes —y no son pocos los que se dedican a tal menester—, él sí había contemplado «la muerte de muchas maneras». Fuere cual fuere el resultado final de las agudas deducciones de Sherlock Holmes, el asesinado, en definitiva, no era más que un cadáver retorcido, el de un ser humano llevado a la muerte por otro ser humano.

Por lo que hemos visto, entre las muchas maneras de presentarse la muerte que Doyle había contemplado hasta aquel momento, ya fuera en salas de hospitales o en su consulta privada, no se contaba ninguna víctima de asesinato. Sin embargo, a lo largo de toda su vida aflora, como una hebra escarlata, la fascinación por el asesinato, por los crímenes no aclarados, por la mente tortuosa de los asesinos. No otro es el hilo que nos proponemos seguir a lo largo del ovillo de este libro.

Conan Doyle trató de deshacerse de Holmes en diciembre de 1893. Pero eso no significaba que fuese a renunciar a su interés por el crimen. Tras comenzar escribiendo relatos de corte detectivesco, abrió paso a la formación clínica que había recibido de joven y se centró en la psicología criminal. Se

sumergió de nuevo en la historia del crimen y, en concreto, en tres casos acaecidos en la década de 1860, acerca de los cuales redactó minuciosos estudios. Los bautizó como «Inquietantes apuntes del natural», y se publicaron en *The Strand*, entre marzo y mayo de 1901. Si bien había pensado escribir una serie de doce, material suficiente para un libro, descorazonado por las características del asunto que se traía entre manos, no tardó en renunciar al proyecto original. «Creo que nunca me he sentido tan poco seguro como con esto», le diría a Greenhough—Smith, el director de la revista, y se negó a seguir adelante.

No está nada claro cuál fue el motivo de que prestase atención a estos casos en concreto en un primer momento. Cuando se produjeron los hechos, él no era más que un niño y, si bien alcanzaron notoriedad, no se cuentan entre los crímenes más sonados de la época victoriana. No hubo de resultarle difícil ponerse al tanto de las circunstancias en que se habían producido, puesto que los tres tuvieron un amplio eco en la prensa de la época y quedaron ampliamente reflejados en el *Annual Register* [*Anuario*], aunque los detalles no siempre coincidan con estas fuentes. Otros escritores de aquel momento, como Joseph Forster, narraron también tales crímenes. El trabajo de Forster lleva por título *Studies in Black and Red* [*Estudios en rojo y negro*] (1896), con el subtítulo «Estudios de psicología criminal, en los que la moral adquiere un significado más profundo que en muchos sermones».

El holocausto de Manor Place

Para el primero de sus casos Conan Doyle se remontó a 1860, el mismo año en que vio la luz *La dama de blanco* de Wilkie Collins. En las puntualizaciones que ofrece a modo de exordio se percibe algo similar a la arrogancia del conde Fosco, el canalla de aquella novela.

> Cuando se profundiza en la psicología criminal se llega a la conclusión ineludible de que no hay mente más peligrosa que la del ser humano, egoísta en extremo. Es un hombre que ha perdido todo sentido de la mesura. Sus caprichos, sus propios antojos han sofocado la forma de percibir las obligaciones que tiene contraídas con sus semejantes. La falta de juicio, la envidia y la sed de venganza son prolífico caldo de cultivo para

> el crimen, pero la locura que conduce al egoísmo es la más peligrosa, la más repulsiva de todas.

El hombre que se considera tan pagado de sí mismo no se detiene ante nada, y ahí radica el peligro tanto para él como para los demás.

Por aquellas fechas vivía en Wadhurst, en el límite entre los condados de Sussex y Kent, un próspero labrador llamado Samuel Streeter que tenía una hija, Mary. Como estaban bastante cerca de Londres, la muchacha tenía amigas en la ciudad, y allí fue donde conoció a William Godfrey Youngman, un sastre de veinticinco años. Estaba tan loco por ella que un día por la noche se acercó hasta Wadhurst y, aunque no dio muchas explicaciones de cómo se ganaba la vida, al padre de Mary le pareció que era un chico como es debido. Finalmente, se hicieron novios.

El asunto comenzó el 28 de julio, con una carta que Youngman le envió a Mary, invitándola a ir a Londres para conocer a su familia. La carta contenía una extraña recomendación: «Trae contigo o quema todas las cartas, querida. Que no se te olvide…». Eran quince misivas en total, en las que había alusiones diversas a cuestiones de dinero, sobre todo acerca del seguro de la muchacha. Young no dejaba de apremiarla para que se hiciera un seguro de vida. Aunque ya estaban comprometidos, le pidió que no dijese nada a sus amigas. Mary podía ser un alma cándida, pero no quemó las cartas. Y el lunes 30 de julio, a las diez menos cuarto de la mañana, llegó a la estación de London Bridge. William Youngman había ido a buscarla y la llevó a casa de sus padres, en el número 16 de Manor Place, en Walworth.

> Las viviendas de Manor House llamaban la atención. Aún no había arraigado entre los arquitectos ingleses el concepto de edificio de pisos, pero la gente había llegado a una solución parecida gracias a otros procedimientos. El propietario de un edificio de dos alturas vivía en la planta baja, y alquilaba los pisos primero y segundo a otras familias. Ésa era la solución que se había adoptado en el número 16 de Manor Place: el señor James Bevan vivía en el bajo; el señor y la señora Beard, en el primero, y la familia Youngman, en el segundo. Los techos eran endebles y todos utilizaban la misma escalera, por lo que es de suponer que cada inquilino estuviese muy al tanto de lo que pasaba en casa de sus vecinos. De modo que el señor y la señora Beard, los del primero, sabían que el joven Youngman había llevado a su prometida a casa, y, a través de

> las puertas entreabiertas, lograron verla y declarar que el chico la trataba con cariño.

La familia Youngman la componían el padre, John; dos chavales pequeños, Thomas, de once años, y Charles, de siete, y la madre, Elizabeth, que estaba sola en casa para recibir a la muchacha que llegaba del campo. Comieron juntos a mediodía y, a continuación, la pareja se fue a dar una vuelta por la ciudad.

Dos son los incidentes que se recuerdan de aquel día. Mary fue a ver a un amigo de su padre, un tal Edward Spicer[9], que regentaba el Creen Dragón, en Bermondsey Street, para presentarle a su prometido. Spicer hizo un aparte con la muchacha y le musitó al oído que más le valdría echarse una soga al cuello y ahorcarse que casarse con aquel sujeto. Spicer había advertido en Youngman algo que no le gustaba, pero Mary hizo caso omiso de aquel consejo. Al anochecer, la pareja fue al teatro a ver una obra en la que intervenía el famoso actor William Macready, y no regresaron hasta las once de la noche. Para entonces, el señor Youngman y los chicos ya estaban en casa, y la familia ya había cenado. Sólo disponían de dos dormitorios; Mary, la señora Youngman y el más pequeño se acostaron en el de la parte de atrás, mientras que el padre, William y el chaval de once años se acomodaron en el otro. El señor Youngman se despertó antes de tiempo, vio a su hijo William al lado de la cama, le comentó, todavía adormecido, lo temprano que se había puesto en pie, y el muchacho volvió a meterse en la cama. A las cinco de la mañana, el señor Youngman se levantó y se fue a ejercer su oficio de sastre. Lo que sucediera a continuación son sólo conjeturas.

> Los motivos y la mente de un asesino constituyen siempre materia interesante para cualquier estudioso de la naturaleza humana; pero podemos dejar de lado la infame relación de las atrocidades que haya cometido, una vez que la justicia se ha servido de ellas para cumplir con su cometido.

Poco después de las cinco y media, a la señora Beard, la del piso de abajo, la despertaron unos ruidos que parecían de niños corriendo de un lado para otro. Le pareció raro y obligó a su marido a levantarse; ambos oyeron un grito y un golpe sordo. Beard echó a correr escaleras arriba y no tardó en darle un grito a su mujer:

—¡Ven corriendo, por el amor de Dios! ¡Un asesinato!

El propietario del inmueble, James Bevan, acudió junto al señor Beard, que estaba en la escalera; desde el rellano vieron un revoltijo de cuerpos vestidos de blanco que yacían en el pasillo; había tres cadáveres por lo menos, y alguien andaba por el dormitorio. De repente, William se asomó a la puerta de la habitación con una camisola blanca ensangrentada y una de las mangas destrozada.

—Por el amor de Dios, señor Beard, vaya en busca de un médico. Creo que algunos están vivos todavía. —Cuando se disponían a irse, les gritó a sus espaldas—: Ha sido mi madre. Ha matado a mis dos hermanos y a mi prometida, y he tenido que acabar con ella para defenderme.

Bevan y Beard regresaron con un cirujano y un médico, además del agente John Varney, de la policía, que estaba de guardia en la esquina de la calle.

—¡Mire, señor guardia! ¿Qué voy a hacer? —preguntó el joven, al percatarse del uniforme.

—Haga el favor de vestirse.

—He tenido que apuñalar a mi madre en defensa propia. ¿Acaso no habría hecho usted lo mismo?

El agente de policía Varney se llevó detenido a Youngman. Declaró que había acuchillado a su madre. Confesó que era suyo el cuchillo que se había encontrado en el lugar de los hechos. Pero la brutal fuerza empleada para infligir unas heridas como las que presentaban las víctimas indicaba que no había sido la madre quien lo había hecho. William Godfrey Youngman fue juzgado por los asesinatos. El único motivo parecía haber sido la exigua cantidad de dinero en la que estaba asegurada la vida de la desdichada Mary. En el transcurso de la vista, salió a relucir que había habido casos de demencia en ambas ramas de aquella familia, y Conan Doyle apostilla: «En estos tiempos más científicos y humanitarios, podríamos quizá albergar dudas acerca de si Youngman debería ser ahorcado o no; pero, en 1860, nadie dudó nunca de cuál habría de ser su destino». En el juicio se aportaron pruebas de que había tenido el cuchillo en su poder durante cierto tiempo. El mesonero Edward Spicer prestó también testimonio. Sus declaraciones sacaron de quicio a Youngman, que lo amenazó con cortarle la cabeza, si llegaba a ponerle las manos encima. El acusado mantuvo su versión hasta el último momento, incluso delante de su padre y del capellán de la cárcel; tan lejos llegó en su atrevimiento que increpó a su padre, llegando a decirle que maltrataba a la familia.

El martes, 4 de septiembre de 1860, ante treinta mil personas, se procedió a la ejecución en la horca de William Youngman, a las puertas de la cárcel de Horsemonger Lane. Conan Doyle nunca fue partidario de la pena de muerte, pero puntualiza que, en aquella ocasión, no se alzó ninguna voz en contra.

> Y así, entre el chasquido de una trampilla y el chirrido de una soga, se puso fin al más sangriento, y uno de los más injustificables, episodios de los anales del crimen en Inglaterra. No parece que haya lugar a dudas sobre la culpabilidad de aquel sujeto; pero también hay que reconocer que las pruebas circunstanciales nunca pueden admitirse como pruebas de cargo, y que sólo quien se dedica a estudiar desapasionadamente casos como éste llega a darse cuenta de la frecuencia con que una ligera modificación induce a interpretar de una manera totalmente distinta una serie de pruebas acusatorias.

Resuena aquí la clara voz de Sherlock Holmes.

El lance amoroso de George Vincent Parker

> A la hora de clasificar los casos de los que suele ocuparse, un estudioso de los anales del crimen descubrirá que las dos causas más plausibles que inducen al ser humano a cometer un asesinato son la codicia y el rencor de un desengaño amoroso. Esta última, precisamente, es la menos frecuente, pero también la más interesante de las dos, porque exige sutileza y una mayor penetración psicológica. La inteligencia no casa bien con la avaricia y el egoísmo descamados que empujan a quitar una vida por dinero; el arrebato que guía a un hombre cegado por los celos y el dolor hasta un estado transitorio de enajenación violenta es de índole más intelectual. En lenguaje científico, diríamos que en eso consiste el crimen pasional, muy distinto de aquel que responde a una llamada instintiva. Si bien ambos crímenes son castigados con idéntica severidad, algo nos dice que los dos no revisten la misma sordidez y que ninguno de nosotros puede decir cómo reaccionaría si, de repente, se viera

> brutalmente ultrajado en sus sentimientos o en su dignidad. A la hora incluso de emitir un veredicto es posible que sintamos un pálpito de compasión por el criminal. Su delito no es producto del egoísmo ni de la sangre fría, sino la consecuencia, por monstruosa y desproporcionada que nos parezca, de una causa de la que otros son responsables.

En el caso de William Godfrey Youngman, Conan Doyle se había ocupado de un asesinato por avaricia desmedida. En esta ocasión, sin embargo, centra su atención en un *crime passionnel*, casi de la misma época; pero «para no causar un sufrimiento innecesario a los parientes que aún están vivos», optó por cambiar el nombre de George Victor Townley por el de George Vincent Parker (porque un parque es, naturalmente, una pradera, un campo, en medio de la ciudad).

Cuando menciona de pasada el «lenguaje científico», Doyle se refiere a los trabajos del criminólogo italiano Cesare Lombroso, a cuyos estudios sobre la psicología y la fisiología de los criminales se prestaba una enorme atención en aquel momento. Según Lombroso era posible definir la tipología del criminal y, así, apartar de la sociedad a individuos que respondiesen a tales características.

George Victor Townley era hijo único de un conocido notario de Manchester. Tenía buen oído para la música, gustos literarios refinados, cierta facilidad para los idiomas y se sentía atraído por la pintura. «En pocas palabras, era un hombre de temperamento artístico, con todos los desequilibrios nerviosos y temperamentales que eso implica», es decir, sin olfato para los negocios. En Londres habría podido relacionarse con personas que compartiesen sus mismos gustos, incluso haberse abierto camino en el mundo del periodismo o de la crítica, pero en las Midlands se le consideraba una especie de bicho raro.

Gozaba, sin embargo, de cierta aceptación entre las mujeres. George conoció a Elizabeth Goodwin en una velada musical organizada por un tío de la muchacha, que era médico. Entablaron amistad y no tardaron en hacerse novios, aunque la manifiesta hostilidad de que hacían gala ambas familias los obligase a ocultar su relación, que continuó con altibajos hasta que, en el verano de 1863, que Bessie estaba pasando en casa de su abuelo, en Wigwell Grange, cerca de Wirksworth, se enamoró y se comprometió con un joven clérigo. El 14 de agosto Bessie Goodwin escribió a George Townley para pedirle que diese por finalizada su relación.

Townley, angustiado y fuera de sí, le escribió anunciándole su visita.

Querida Bessie:

Sólo quiero confirmarte que llegaré en el tren que me recomendaste (a las 11.37 de la mañana del viernes), con la esperanza, querida Bessie, de que todo este asunto no te incomode en lo que a mí se refiere. Para mi tranquilidad, te diré que deseo verte, y confío en que no te lo tomes como una muestra de egoísmo. Du reste[por lo demás], sólo puedo repetirte lo que ya te he dicho. Lo único que quiero es que me digas qué quieres tú, y actuar según tus deseos, ya que tengo el suficiente *savoir faire* para no indignarme por algo que no tiene remedio. Que no sea yo la causa de una discusión entre G. P. **[10*]** y tú.

Con el cariño de siempre,

G. V. T.

Doyle pensaba que esta carta era sumamente esclarecedora. «Igual que el profesor Owen es capaz de recomponer un animal enteramente a partir de un solo hueso, esta carta pone de manifiesto con toda claridad cómo era aquel hombre. Esas expresiones en francés, la alusión premeditada a su *savoir faire* y esas rimbombantes afirmaciones que no quieren decir nada son otras tantas pinceladas de un sutil autorretrato».

Elizabeth había decidido no acudir a aquella cita, pero la carta que le envió se cruzó con la del joven, de modo que, el 21 de agosto, Townley llegó a Wigwell Grange a las seis menos veinte. Para evitar el mal rato de un encuentro con el abuelo, la pareja se fue a dar un paseo por los senderos que partían de la mansión.

Poco después de las ocho y media, un operario oyó un débil gemido y, en medio del polvo, apareció una muchacha a la que identificó como la nieta del capitán Goodwin.

—Lléveme a casa. Lléveme a casa. Ese caballero que viene por ahí ha intentado matarme.

En ese instante Townley llegó hasta donde estaban, y reconoció que había apuñalado a la muchacha; entre los dos levantaron a una Bessie ya inconsciente y la trasladaron hasta la casa. Al llegar a la verja, el operario los dejó solos y echó a correr para ir a avisar al viejo Goodwin. Cuando regresó, Townley trataba de contener con el chal que llevaba puesto la muchacha el

chorro de sangre que salía a borbotones del cuello de ésta. Llegó a decir en un susurro: «¡Me muero!», y falleció en sus brazos.

Hizo acto de presencia el capitán Goodwin, y preguntó: —¿Quién le ha quitado la vida a mi nieta?

—He sido yo —con toda tranquilidad, Townley aclaró—: me había abandonado, y la mujer que me deje tiene que morir; le dije que la mataría. De sobra sabía ella cómo era yo.

Visto desde fuera, no deja de sorprender que la muchacha aguantase con vida tanto tiempo, porque le había seccionado la arteria carótida.

En el transcurso del juicio nadie puso en duda la culpabilidad de George Townley; a fin de cuentas, había reconocido el crimen que había cometido. Todo giró en torno a su salud mental. Según los testimonios aportados por el capellán de la cárcel y dos especialistas (uno de ellos era el reconocido Forbes Winslow, médico especializado en enfermedades mentales), la capacidad de discernimiento moral del señor Townley se encontraba disminuida; pero el juez del caso, el barón Martín, dictaminó que en el momento del asesinato era plenamente consciente de que no estaba bien lo que estaba haciendo y lo condenó a la horca.

No obstante, el juez Martin era un hombre de conciencia escrupulosa y, la mañana después de celebrado el juicio, escribió al ministro del Interior, cargo que entonces ocupaba George Grey, comunicándole que se arrepentía de la decisión que había adoptado. Grey trasladó su responsabilidad a los miembros de la Comisión de Dementes y, la víspera de la ejecución, llegó a sus manos un informe de los funcionarios de la prisión de Derby en el que aseguraban que Townley mostraba diversos signos de locura. La ejecución quedó en suspenso y se nombró una segunda comisión para que emitiese un informe sobre el estado de salud mental del condenado. Llegaron a la conclusión de que «George Victor Townley no padece ningún trastorno». Pero nunca se ejecuta a un reo cuya ejecución ha sido suspendida una vez y a Townley le conmutaron la pena por la de cadena perpetua, «una decisión —en palabras de Doyle— que sobre todo sería bien recibida por la opinión pública». Sea como fuere, un año después de ser encarcelado en la prisión de Pentonville, George Victor Townley se ausentó del oficio religioso dominical, fue a dar una vuelta por las barandillas de la galería y se lanzó de cabeza contra el suelo empedrado que se extendía a seis metros por debajo de él.

Al igual que en el caso de William Godfrey Youngman, Doyle lanzaba una sutil andanada en contra de la pena capital. La existencia de una «duda razonable» acerca del delito en sí o de la salud mental del inculpado, debería

ser motivo suficiente para prohibir la pena de muerte. Opinión que dejó aún más patente en el siguiente y tercer caso.

El dudoso caso de la señora Emsley

> En medio de la acalorada indignación popular que suscita todo delito de sangre, se pone de manifiesto cierta actitud, que comparten jueces y jurados, tendente a dejar de lado o a considerar fuera de lugar aquellas dudas que en principio son uno de los privilegios de que disfruta todo acusado. Al considerar que un jurado tiene razón al emitir un veredicto con pruebas que consideraría definitivas en cualesquiera circunstancias de la vida, *lord* Tenterdeen ha echado abajo toda la teoría de la duda. Pero cuando uno echa la vista atrás y recuerda cuántas veces ha estado completamente seguro de algo que, más tarde, ha resultado ser una equivocación, algo que nos parecía imposible en aquel momento, nos damos cuenta de que, si tales fueran los principios en los que se fundamenta nuestro derecho, el código penal llegaría a convertirse con toda probabilidad en el más formidable asesino de toda Inglaterra.
>
> Más vale pecar de prudentes, y aceptar que es preferible que noventa y nueve culpables salgan en libertad antes de que un solo inocente pague por algo que no ha hecho; en consecuencia, si es posible afirmar que existe una posibilidad entre ciento a favor del acusado, éste tiene derecho a quedar absuelto. Es indudable que, si el veredicto de «por falta de pruebas» vigente en Escocia, que ni condena ni absuelve, fuese aplicable en Inglaterra, no otra habría sido la sentencia pronunciada en muchos casos que, bajo leyes más severas, han concluido en el cadalso.

Para cualquier criminólogo aficionado, los casos dudosos son el verdadero meollo de la cuestión. Esa precipitación de la que habla Doyle es la que ha acabado con muchas personas en el patíbulo o en la cárcel. Inmediatamente se nos vienen a la cabeza casos como el de Timothy Evans (rehabilitado en 1966 de la acusación de haber asesinado a su esposa, tras la posterior confesión de John Christie) o el de James Hanratty, víctima de pruebas circunstanciales y

de una identificación defectuosa, que aún espera un postumo perdón. El caso al que recurrió Doyle como paradigma de este asunto fue el de la misteriosa muerte de la señora Mary Emsley, asesinada en agosto de 1860.

El marido de la señora Emsley, constructor, había edificado innumerables viviendas para la clase trabajadora. Gracias a ellas llegó a amasar una fortuna considerable que, tras su fallecimiento, era suficiente para el sostenimiento de su viuda. Si bien en situación desahogada, la señora Emsley siguió llevando la misma vida austera en el número 9 de Grove Road, Stepney, una casa situada en medio de las tierras que había heredado. Para el cuidado de las viviendas prefería encargar el trabajo a unos cuantos obreros temporeros antes que tener a uno a jornada completa. Entre estos trabajadores en precario estaban Walter Thomas Emms, que se dedicaba a hacer chapuzas, y George Mullins, yesista. La señora Emsley vivía sola, tenía miedo a las visitas y, sólo con mucha cautela, abría la puerta a desconocidos. La vivienda era pequeña, un piso bajo con dos plantas superiores, además de un huerto minúsculo y descuidado. «Una forma sorprendente y muy poco natural —en opinión de Doyle— de sobrellevar la vejez».

La señora Emsley fue vista por última vez al anochecer del lunes 13 de agosto de 1860. A eso de las siete de la tarde, dos de las vecinas de enfrente la vieron sentada junto a la ventana de su dormitorio. Al día siguiente por la mañana, un mozo de la tienda de telas llamó a la puerta, pero nadie le abrió. Más o menos a las diez, uno de los hombres que trabajaban para ella fue a verla también, pero tampoco salió nadie a abrir. Tampoco otras personas que desfilaron por allí a lo largo del día habían llegado a ver a la señora Emsley. Lo mismo ocurrió el miércoles y el jueves. Acostumbrados a sus rarezas, los vecinos no le dieron importancia. El viernes por la mañana, Emms, que ayudaba también a la señora Emsley a cobrar la renta, pasó por su casa. Al ver que no salía nadie, fue a avisar al abogado de la señora, el señor Rose, y a uno de sus parientes, el señor Faith. De camino a casa de la señora Emsley, pasaron por la comisaría de policía y el agente Dillon los acompañó.

La puerta delantera estaba cerrada con llave, pero lograron entrar en la casa por la parte de atrás y se dirigieron al piso de arriba. A lo mejor la señora Emsley había salido, sencillamente. Al llegar al descansillo distinguieron la huella ensangrentada de una bota en la puerta del trastero. La señora Emsley estaba muerta; hecha un gurruño, yacía en el suelo impidiendo abrir la puerta. Había unos rollos de papel pintado para las paredes y, bajo los brazos, tenía otros dos trozos. Por lo visto, la habían asesinado propinándole un fortísimo golpe en la nuca, mientras se dedicaba a elegir entre unas muestras. La viuda

Emsley había franqueado la entrada a quienquiera que hubiese sido su asesino, presumiblemente para hablar con él del mantenimiento de las viviendas de su propiedad. El asesinato causó honda impresión. El Gobierno ofreció una recompensa de cien libras, que no tardó en subir a trescientas, pero sin resultado. Continuaron en vano las pesquisas policiales. Hasta que el sábado, 8 de septiembre, se produjo una novedad.

El sargento Richard Tanner recibió la visita de George Mullins, que había sido policía en Irlanda y, más tarde, en Stepney antes de jubilarse y ejercer como yesero. Tenía cincuenta y ocho años y gozaba de buena reputación.

—Como sabrá —le dijo Mullins—, desde hace algún tiempo me dedico a hacer averiguaciones sobre el asesino de la señora Emsley. Siempre he tenido mis sospechas, pero ahora sé quién es el hombre que lo hizo.

—¿Quién fue? —Quiso saber Tanner.

—Un hombre llamado Emms.

Mullins reveló que había estado vigilando a Emms, y Tanner consideró oportuno ir a echar un vistazo a la casa en la que vivía aquel hombre; Mullins podía acompañarlo. El sargento le había tomado declaración y le aseguró que, si se obtenía algún resultado, la recompensa sería suya.

—Estaré encantado de echarle una mano —repuso Mullins, dando a entender que se repartirían el dinero.

Fueron a la cabaña en la que vivía Emms, junto a un ladrillar. Mullins aseguró que había visto cómo el obrero cargaba con un extraño paquete hasta un cobertizo abandonado al fondo de aquel lugar. Rebuscaron, pero no dieron con nada. A continuación, Mullins condujo al policía hasta una enorme losa de piedra y, tras ella, efectivamente, encontraron el paquete. Regresaron a la comisaría de policía; Emms parecía confundido, «mientras Mullins se ufanaba de su éxito como detective aficionado».

Una vez en comisaría, sin embargo, George Mullins fue acusado, junto con Emms, de haber participado en la muerte de la señora Emsley. Protestó inútilmente, pues Emms fue capaz de presentar una coartada irrefutable para el momento en que se había producido el asesinato; y sólo Mullins compareció a juicio, el 25 de octubre, ante el Tribunal Penal Central. Había pruebas de peso contra él. En sus habitaciones se había encontrado una cinta idéntica a aquélla con la que estaba atado el paquete, así como cera de la que se utiliza para hacer determinadas chapuzas, algo que no parecía muy normal en manos de un yesero. Tenía, asimismo, un martillo de yesero que, según el doctor Gilí, bien podría haber sido el utilizado para asesinar a la anciana. Tan sólo unos días antes de que su marido acudiera a la policía, la señora Mullins

había vendido un estuche de oro de una pluma, manchado de sangre, que se demostró que había pertenecido a la señora Emsley. En las botas del yesero, se encontraron cabellos humanos, y uno de ellos coincidía con los encontrados en el charco de sangre del descansillo de Grove Road.

El tribunal escuchó que Mullins estaba arreglando una de las viviendas de la señora Emsley, que había ido a visitarla para hablar del papel de las paredes y que la llave que ésta le había entregado había aparecido en el dormitorio de la anciana. La policía presentó a un testigo que aseguró haber visto a Mullins camino de Grove Road y también más tarde, haciendo cosas raras y con los bolsillos abultados.

¿Qué argumentos de refutación podía presentar la defensa? Aunque se apuntó la posibilidad de que se hubieran confundido de fecha, los hijos de Mullins aseguraron que su padre había estado en casa aquella fatídica noche. En cuanto al cabello humano, los yeseros lo utilizan en su trabajo, y la policía no había conseguido demostrar que la sangre que había en la bota fuese la misma que la de la huella encontrada a la puerta del trastero de la señora Emsley. En aquel momento, el señor Best, en representación del acusado, presentó un testigo inesperado, una tal señora Barnes, que vivía en Grove Road, justo enfrente de la señora Emsley. Juró que aquel martes por la mañana, a las diez menos veinte, había visto a alguien merodeando por el dormitorio. ¿Era la señora Emsley, en cuyo caso habría que concluir que el asesinato se había cometido a otra hora? ¿O sería el asesino, que había pasado la noche en la casa? En ambos casos, el testimonio parecía exculpar a Mullins.

Otro testigo declaró que había visto a un constructor, llamado Rowland, saliendo, a su entender, de casa de la señora Emsley aquel martes por la mañana. Rowland reconoció haber visto al testigo porque había estado trabajando en la casa de al lado, pero otro día.

El presidente del tribunal puso los puntos sobre las ies.

Quedaron así desbaratadas muchas de las pruebas que había presentado la policía. Por ejemplo, no consideró que vinieran al caso ni la cinta ni la cera ni el martillo, ni siquiera la bota. No; la única y tozuda evidencia que aún se tenía en pie era que Mullins había escondido el paquete en el cobertizo, contenía entre otras cosas objetos de plata que habían pertenecido a la señora Emsley. Podía pasarse por alto todo menos el condenado bulto.

Tras deliberar durante tres horas, el jurado declaró culpable al acusado. Pero, incluso en el momento de dictar sentencia, el juez recordó a Mullins que tendría en cuenta cualquier otra prueba que tuviera a bien presentar.

> Aludir a la posibilidad de que un hombre sea inocente, al mismo tiempo que se le condena a la horca, es una forma de proceder tan bárbara como carente de lógica, que deja perplejo al profano. Es cierto que la acumulación de pruebas contra Mullins era abrumadora, y que, en el curso de la investigación, quedó demostrado que no podían ser peores los antecedentes de aquel sujeto. Pero, por mucho que apunten todas en un mismo sentido, sólo es posible aceptar tales pruebas con enorme cautela, porque casi siempre existe la posibilidad de presentarlas de otro modo.

Si había que fiarse de lo que había asegurado la señora Barnes, la vecina de la señora Emsley, la policía se había equivocado a la hora de establecer sus conclusiones. Doyle, pues, insiste en que había una duda. Joseph Forster, el historiador, al referirse a este caso en *Estudios en rojo y negro*, no alberga ninguna duda de que George Mullins, policía y yesero, era culpable de aquel asesinato. Conan Doyle, tras estudiar las pruebas en profundidad, no parecía tan convencido.

> Tras una lectura minuciosa de las pruebas, uno no puede dejar de pensar que, si bien es muy probable que Mullins fuese culpable, la policía nunca llegó a determinar las circunstancias del crimen, y que, al ejecutar la pena de muerte, se corría el riesgo de cometer un error.

Mullins fue ahorcado el 19 de noviembre de 1860. Firmó una declaración en la que se reafirmaba en su propia inocencia, así como que creía que Emms también era inocente, lo que suena como una confesión implícita de que había sido él quien había llevado el paquete al cobertizo. Los objetos encontrados podían incluso ser producto de una ratería que no guardase relación alguna con el crimen. Tal y como Doyle subrayó, no se formuló una acusación sólida contra Mullins. El veredicto escocés de «por falta de pruebas» habría permitido una salida más prudente. Pero los hechos habían ocurrido mucho antes de que el escritor tuviera ocasión de saber cómo se aplicaba.

Este artículo, el último de la serie, apareció en *The Strand* en mayo de 1901; para entonces, Conan Doyle andaba ya muy ocupado en una nueva novela de Sherlock Holmes, *El perro de los Baskerville*.

En Sudáfrica, durante la guerra de los bóeres, se había hecho amigo del periodista Bertram Fletcher Robinson (quien, con el tiempo, llegaría a ser director de *Vanity Fair*). A su regreso a Inglaterra, se tomaron los dos cuatro días de vacaciones para ir a jugar al golf en Cromer, Norfolk. Durante aquella estancia, en marzo de 1901, mientras el viento del norte azotaba el hotel, a Robinson le dio por hablar de Dartmoor, de la atmósfera de misterio que allí se respiraba y de las extrañas leyendas que rodeaban aquel lugar, en especial de una que tenía que ver con un espectral sabueso.

Doyle tenía que regresar a Londres. Pero antes organizó una cena en honor del mayor Arthur Griffiths —que había sido inspector de las cárceles del reino y autor de numerosos libros sobre crímenes y derecho penal, y que, un año antes, había publicado también un libro de relatos detectivescos, *Tight Places: Some Experiences of an Amateur Detective* [*Certezas: experiencias de un detective aficionado*]— y de unos cuantos amigos. Pero no había pasado un mes y ya estaba alojado con Robinson en el Hotel Duchy, de Rowe, Princeton, en pleno Dartmoor, para seguirle la pista a aquel can infernal.

> Aquí andamos Robinson y yo, en la ciudad más alta de Inglaterra —escribía a su familia—, explorando estos páramos para el libro de Sherlock Holmes. Pienso que se va a vender muy bien; por cierto, ya casi he escrito la mitad. Holmes está en mejor forma que nunca y el argumento, idea de Robinson, por cierto, es realmente intrigante.

Como queda claro en la dedicatoria del libro, Robinson fue quien le sugirió la idea de la novela al hablarle de un infernal sabueso; Baskerville era el apellido del cochero de Robinson, que los llevó por todo Dartmoor. Hay quienes piensan que fue Robinson quien escribió en realidad parte de la novela, en la que Conan Doyle no dudó en dar entrada a Sherlock Holmes.

Doyle ya había visitado aquellos parajes en agosto de 1881, por lo que ya tenía una idea de cómo era el lugar antes de ir con Robinson. Aquellos páramos eran el lugar más desolado que había visto en toda su vida: un paisaje horripilante, interminables hectáreas de brezos, rocas enhiestas y niebla a ras de suelo. Por si fuera poco la cárcel, que, por entonces, albergaba a mil penados. Los guardianes iban armados con carabinas, y tenían orden de disparar a cualquier prisionero que tratase de escapar. Para la muerte de Selden en la novela, Conan Doyle se inspiró en las notas que había tomado sobre el régimen de la penitenciaría.

En compañía de Robinson recorrió los páramos a pie, haciendo en muchas ocasiones hasta más de veinte kilómetros diarios. Contemplaron el Grimspound Bog que, en la ficción, se convertiría en el Great Grimpen Mire. Se detuvieron en cabañas prehistóricos y, en uno de ellos, escucharon unos pasos que se aproximaban: con su aparición repentina asustaron a otro turista, circunstancia que también quedaría convenientemente adornada en el desarrollo de la ficción.

Acabó la novela en el curso del largo viaje que hizo de vuelta a casa, pasando por Sherborne, Bath y Cheltenham para presenciar unos partidos de críquet. En *The Strand* se llevaron una gran alegría, si bien se vio algo enturbiada porque el relato describía una aventura de Holmes y Watson que pertenecía al pasado. ¿Sería posible que Conan Doyle devolviese a Holmes a la vida para continuar con sus casos?

Era un momento que ni pintado. Como ya hemos dicho, en septiembre de 1901, el actor norteamericano William Gillette había estrenado con gran éxito su versión libre dramatizada de Holmes en el Lyceum Theatre de Londres. En las mismas fechas, *The Strand* publicaba el segundo episodio de una versión por entregas de la nueva novela. Y los lectores se preguntaban si Conan Doyle sería capaz de escribir nuevos relatos. Pero también pasaron muchas otras cosas, y habría que esperar hasta la primavera de 1903, momento en el que recibió una oferta de *Collier's* desde Estados Unidos que no pudo declinar. Por otro lado, *The Strand* también elevó sus incentivos económicos, y Conan Doyle se puso manos a la obra de nuevo con Sherlock Holmes. Lo primero que escribiría en esta nueva etapa habría de ser *La aventura de la casa vacía*, donde se refiere la muerte y resurrección de Holmes. *Collier's Weekly* la publicó en Estados Unidos en septiembre de 1903 y, un mes más tarde, *The Strand* la daría a conocer en Inglaterra. ¡Por fin, Holmes había vuelto!

Sus seguidores estaban encantados. Y, mientras se dedicaba a redactar estas nuevas entregas, y quizá como consecuencia de un renovado interés en los asuntos criminales, Conan Doyle dio un paso importante en sus estudios criminológicos: colaboró en el esclarecimiento de un asesinato de actualidad.

6. El misterio de la Mansión del Caserío del Foso

Con la reaparición un año antes de Sherlock Holmes en *El perro de los Baskerville* y las nuevas aventuras que aparecían por entregas en *Collier's Weekly* y *The Strand*, parecía casi ineludible que, en abril de 1903, los periodistas londinenses tratasen de descubrir qué opinión le merecía a Conan Doyle el suceso más candente de aquel momento. En el sosegado remanso de paz de su casa de Hindhead, para Doyle fue una experiencia casi placentera dejar volar la imaginación en torno a aquel asesinato, un descanso en medio de las dificultades que estaba encontrando para culminar La aventura de los tres estudiantes.

El 18 de marzo habían detenido a un hombre en el Banco de Inglaterra, en Threadneedle Street. Había dado a los policías un nombre y una dirección falsos y, camino de la comisaría, había tratado de escapar. Los agentes, sin embargo, no albergaban dudas de que se trataba de Samuel Herbert Dougal, sobre quien pesaba una orden de busca y captura. Estaba acusado de utilizar cheques falsos en Essex, aunque también había indicios claros para cargos más graves, que indagaciones posteriores pondrían de manifiesto.

Los periodistas (entre los que, al parecer, se contaba un noble que trabajaba para *The Times*) sabían bajo cuerda lo que se escondía tras aquel caso, pero no podían publicar nada porque el asunto, en aquellos momentos, estaba *sub judice*. La policía centraba sus pesquisas en la desaparición de una tal señorita Camille Cecile Holland, que había convivido en concubinato con Dougal unos años antes, aunque todavía seguían presentándose cheques al cobro que llevaban su firma. Se había procedido a la venta de acciones que eran de su propiedad —entre ellas, casualidades de la vida, cuatrocientas libras invertidas en George Newnes, editor de *The Strand*— y, si bien el dinero se había transferido a su cuenta corriente, no tardó en ser retirado con cheques a nombre de Dougal. En el momento de la detención, éste se aprestaba a cambiar por oro unos cuantos billetes de curso legal, obtenidos gracias al último cheque falso. La policía había conseguido dar con un sobrino de la señorita Holland que estaba dispuesto a declarar sobre las

falsificaciones, lo que bastaría para mantener los cargos contra Dougal. Pero antes había que encontrar a Camille Cecile Holland viva o muerta.

El vecindario del remoto caserío en el que vivía Dougal, cerca de Clavering, era un hervidero de rumores. Había quien aseguraba que la señorita Holland estaba encerrada en alguno de los muchos recovecos de aquella mansión isabelina; otros estaban convencidos de que la habían asesinado y de que el cadáver estaba escondido en uno de los muchos armarios de la casa.

Después de la señorita Holland había habido una señora Dougal, esposa legítima, que se divorciaría de él. Tras ella, apareció un rosario de jóvenes criadas, seducidas todas ellas. Se comentaba que, en las soleadas jornadas veraniegas, Dougal se entretenía enseñándolas a montar desnudas en bicicleta. Espoleado por aquellas habladurías, así como por lo que había salido a la luz en el curso del divorcio y de una vista por una demanda de paternidad presentada por una de las criadas, el superintendente Edwin Pryke decidió darse una vuelta por la Mansión del Caserío del Foso y llevar a cabo una investigación oficial acerca de la señorita Holland. La única conclusión a la que llegó fue que la señorita «se encontraba de viaje».

Al día siguiente, Dougal preparó las maletas y se fue a Londres, en compañía de la amante que tenía en aquel momento. El viaje pensaba costeárselo mediante el cobro del cheque falsificado que condujo a su detención. De haber sido un poco más precavido y haber tenido una pizca de suerte, hubiera conseguido trasladarse al continente.

Tras la detención, comenzaron a salir a la luz más pormenores en torno a la desaparición de la señorita Holland. A finales de abril de 1899, Dougal y ella, una pareja que parecía bien avenida, se habían mudado a la Mansión del Caserío de Foso, que ella quería que figurase a su nombre. Contrataron a una criada, llamada Florence Havies, que llegó al caserío el 13 de mayo. Tres días más tarde, Dougal trató de seducir a la sirvienta, lo que desembocó en una pelea con la señorita Holland, que se puso de parte de la muchacha. Fue vista por última vez con Dougal en el tílburi, el viernes 19 de mayo, cuando iba a ver a su abogado. A su regreso Dougal le comentó a la criada que la señora volvería más tarde en tren; luego, le dijo que se había ido a Londres porque pensaba salir de viaje y que, por ese motivo, vendría otra dama a quedarse en la casa. Nadie volvió a ver nunca a la señorita Holland con vida.

Conan Doyle estaba de acuerdo con las sospechas de la policía de que la señorita Holland estaba muerta, y de que Dougal había sido el asesino. Como en tantas otras ocasiones, el dinero parecía estar en la raíz del asunto: el dinero y el desmedido apetito sexual del acusado (en una ocasión, por ejemplo, tuvo una relación sexual con tres hermanas y la madre de ellas aunque, hasta donde sabemos, no fue con las cuatro a la vez). Tras su detención, la policía de la localidad, con la ayuda de un funcionario de Scotland Yard, había puesto patas arriba la Mansión del Caserío del Foso. Pero no hallaron ni rastro de Camille Holland. Pasaron días y semanas, y siguieron sin encontrar nada. Fue aquel callejón sin salida, precisamente, lo que llevó a los periodistas de Fleet Street a recurrir a Conan Doyle.

Sin dejar de dar bocanadas a la pipa, decidió tomar en consideración el asunto.

¿Se había registrado a fondo el lugar?

Por todas partes, tanto sótanos como graneros y edificios.

¿Y el foso?

Los redactores se quedaron perplejos.

¿Acaso no acababan de decirle que todo el mundo conocía la residencia en la que Dougal vivía con el nombre de la Mansión del Caserío del Foso? Aquella denominación quizá…

Era llevar las cosas demasiado lejos. Tras considerar que el foso era demasiado poco profundo para esconder un cadáver, el funcionario de Scotland Yard lo había dejado de lado y se había concentrado en otros posibles escondites. Según Edgar Wallace, que por entonces trabajaba como redactor de sucesos en Fleet Street y a quien le habían encargado el seguimiento del caso, la policía ya parecía dispuesta a dar por finalizada la investigación sin haber hallado nada, cuando uno de los periodistas que cubrían la noticia (alguien que, al parecer, se había tomado en serio la sugerencia de Conan Doyle) planteó la posibilidad de realizar un registro más a fondo del foso y de los canales que, en su día, se habían utilizado para alimentarlo.

La policía localizó a un jornalero llamado Henry Pilgrim, que había trabajado en el caserío en 1899. Un foso auténtico rodeaba la mansión por completo, haciendo de ella una especie de isla. En su día, se había excavado una zanja para rebajar el nivel del agua, zanja que, como recordaba Pilgrim, se había vuelto a cegar por la época en que había desaparecido la señorita Holland. Se siguió y excavó el recorrido de la zanja hasta devolverla a su estado primitivo. Desenterraron un botín de señora, y después diversas partes

descompuestas de un cadáver, cuyo rostro, cubierto de tierra húmeda tras tres años, era irreconocible. A pesar de ello, no resultó muy difícil proceder a la identificación del cuerpo, tarea que se llevó a cabo bajo las vigas del viejo granero del caserío. Una costurera del lugar identificó el vestido que cubría el cadáver como uno que ella misma había confeccionado para la señorita Holland; los botines, hechos a medida para sus diminutos pies, eran obra de George Lee Mold, de Edgware Road, Londres.

Según la declaración prestada por el reputado armero Henry John Churchill, a la señorita Holland le habían disparado con un revólver desde una distancia de poco más de diez centímetros, y se presentaron pruebas de que Dougal poseía una pistola. Pero éste nunca reveló las circunstancias exactas en que había muerto la mujer. Se suponía que le había disparado en la cabeza, tras haber detenido el tílburi camino de la estación para rogarle que abandonara la idea de separarse de él, algo que le habría dejado sin recursos económicos.

El juicio duró dos días y se celebró con normalidad; en el curso de la vista se escucharon declaraciones sobre el turbio pasado de Dougal, en las que no faltaron alusiones a esposas muertas, mujeres abandonadas y dinero robado. Como capitán, Dougal tenía en su haber una dilatada carrera pero, tras ser condenado y oír la sentencia, poco quedó de sus baladronadas y, camino de la horca, hubo que suministrarle coñac. Ante las insistentes preguntas del capellán de la cárcel, bajo la caperuza negra que le cubría la cabeza musitó «culpable» en el momento en que el verdugo, James Billington, accionaba la palanca.

Tal y como Conan Doyle había sospechado, el foso de la Mansión del Caserío había desvelado su oscuro secreto. Cuando la pareja compró la mansión, todo el mundo la conocía como el caserío de Coldhams. Había sido el propio Dougal quien, «como romántico que era», procedió a cambiar el nombre del paraje por el de Mansión del Caserío del Foso, ofreciendo así, sin saberlo, la pista que Conan Doyle seguiría para resolver el misterio de la desaparición de la señorita Holland.

7. El club de los crímenes insólitos

—Pero ¿quiénes son, Raffles, dónde se reúnen? Porque ese club no figura en la lista de Whitaker's[11*].

—El número de criminólogos, mi querido Bunny, es muy reducido y no dispone de un local, y demasiado refinado para andar proclamando sus nombres a los cuatro vientos. No son más que unos cuantos estudiosos del mundo criminal de nuestro tiempo, que se reúnen y cenan juntos en los clubes o domicilios de cada uno de sus miembros.

E. W. Hornung,
Ladrón nocturno (1905)

A nadie podía sorprender que el creador del más formidable detective que ha dado la literatura, y como afamado erudito de la criminología, figurase entre las doce personas a las que se invitó a formar parte de un club muy distinguido, bautizado con artificiosa sencillez como Nuestra Sociedad. Se trataba, sin embargo, de un apelativo más que trivial, pues no tardó en ser conocido a lo largo y ancho del mundo como el Club de los Crímenes. Corría el año de 1904.

Tal y como Raffles informaba a Bunny, todos sus miembros se dedicaban a estudiar los crímenes de su tiempo. Pero mantenían sus deliberaciones en secreto, de forma que, incluso a día de hoy, más de un siglo después, poco se sabe de los asuntos que trataban. El club sigue activo en la actualidad, y sigue siendo tan secreto y exclusivo como en sus comienzos.

La idea de fundar un club de tales características se había gestado un año antes, en el curso de una selecta reunión celebrada en el domicilio del actor y criminólogo aficionado Henry Brodribb Irving, hijo del legendario actor y director teatral Henry Irving. La reunión culminó con un almuerzo en el Carlton Club, celebrado en diciembre de 1903, que, al decir de Arthur Lambton, su secretario general honorífico hasta su fallecimiento en la década de 1930, «fue el verdadero embrión del Club de los Crímenes». Los

miembros fundadores fueron Irving, Lambton, James Beresford Atlay (una autoridad en el caso de la demanda de Tichborne y, más tarde, en el asunto Wallace), *lord* Albert Edward Godolphin Osborne, John Churton Collins (profesor de lengua inglesa en la Universidad de Birmingham) y Samuel Ingleby Oddie, futuro juez de primera instancia de Westminster que, en aquellos momentos, actuaba como ayudante del fiscal en el caso Crippen[12*].

No tardaron en tener noticias del interés manifestado por muchas personas de peso de entrar a formar parte del club y, con asistencia de todas ellas, el 17 de julio de 1904, se organizó la primera cena en el Hotel Grand Central de Londres. Entre los comensales estaban presentes A. E. W. Masón, Max Pemberton, George R. Sims, C. A. Pearson, de *The Standard* y *Pearson's Weekly*; Fletcher Robinson, a quien se le ocurrió la idea de *El perro de los Baskerville*; el doctor Herbert Crosse, de Norwich, y cómo no, Conan Doyle.

Tenían el propósito de reunirse para cenar, preferiblemente en veladas dominicales, tres o cuatro veces al año. Al concluir el ágape, se presentaba una disertación sobre algún crimen famoso, histórico o contemporáneo. A continuación, Arthur Lambton dirigía la reunión y daba paso a un debate general. Con mucha frecuencia, los abogados que habían actuado en algún caso exponían su punto de vista, lo que permitía a los miembros de la sociedad disponer de una visión de primera mano de los entresijos que rodeaban el crimen y la justicia. Ésa era la razón de que se exigiese confidencialidad estricta y secreto absoluto acerca de lo tratado en las reuniones, reserva que a mí no me ha resultado fácil traspasar.

«Es, sin lugar a dudas —escribía el novelista William Le Queux— el club más exclusivo e interesante de cuantos hay en Londres; la cuota anual es de dos medias coronas». Lo que no impidió que uno de los fundadores, Ingleby Oddie, lo abandonase en 1909: «Al principio, aquellas cenas eran entrañables, nada formales, y a todos los asistentes les apasionaba el mundo del crimen. Las discusiones sobre casos famosos resultaban agradables y los debates tras la cena eran muy interesantes. Con el tiempo, el número de socios fue en aumento hasta que, en mi opinión, Nuestra Sociedad creció mucho y se volvió demasiado formal. Nuestras intervenciones hubieron de adoptar la forma de discursos o informes que pudieran leerse en presencia de una audiencia numerosa».

Es cierto; los doce miembros del principio, entre los que figuraba Conan Doyle, pasaron a ser cuarenta, sesenta más tarde, setenta y, en la actualidad, son cien. Como entre estos últimos había personalidades como el duque de Kent (una figura meramente representativa, pero no un criminólogo), no

cuesta mucho imaginar cómo se habían ido diluyendo los propósitos que habían llevado a fundar Nuestra Sociedad.

No deja de sorprender que estudiosos de Conan Doyle (con la excepción de Richard Lancelyn Green) hayan pasado por alto su pertenencia a este club. Y eso que lo que se comentaba en aquellas cenas revestía una enorme importancia a ojos del creador de Sherlock Holmes. Como recordaba su amigo Oddie, «siempre era interesante examinar y manejar piezas de juicios célebres, contemplar fotografías y enterarse de qué había sido de aquellas personas que, tras haber adquirido cierta notoriedad, habían sido absueltas». Entre tales piezas podemos mencionar, por ejemplo, una caja de píldoras de estricnina que llevaba encima en el momento de su detención en el sur de Londres, en junio de 1892, el doctor Thomas Neill Cream, culpable de diversos envenenamientos; Oddie también recordaba la desagradable impresión que se había llevado al contemplar una fotografía de aquel médico. Durante otra velada, John Churton Collins tuvo la satisfacción de mostrar los huesos del brazo derecho de John Williams, el asesino de la carretera de Ratcliffe, asunto sobre el que versa la conocida digresión del ensayo de De Quincey *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*. Collins y el periodista George R. Sims (el creador del detective Dorcas Dene) los habían extraído del lugar en el que había sido enterrado en 1820, en el East End de Londres, aprovechando las obras que, en 1910, se llevaban a cabo para erigir una casa parroquial.**[13]**

Entre las presentaciones, informes y comentarios presentados a la sociedad, figuraba uno de Churton Collins sobre el misterio del túnel de Merstham; otro de George R. Sims sobre Adolf Beck, condenado por error en dos ocasiones y en prisión (gracias a las crónicas de Sims en el *Daily Mail*, ya se le había concedido una indemnización de cinco mil libras); otro de William Le Queux sobre el asesino en serie francés Henri Landru, a cuya detención había contribuido gracias a unos confidentes que conocía; uno de Arthur Diosy, sobre Jack el Destripador, donde se exponía el caso bajo una aureola de magia negra; años más tarde, el hombre al que se reconoce como padre de la moderna medicina forense, *sir* Bernard Spilsbury, preparó sendas exposiciones sobre su propia trayectoria, una sobre la misteriosa muerte de *sir* Edmund Berry Godfrey, implicado en la inexistente conjura papista de 1670, así como otra sobre el no menos misterioso caso sin resolver de la señora Caroline Luard; o la disertación que ofreció *sir* Edward Marshall Hall sobre George Joseph Smith, el asesino de doncellas casaderas en la bañera (asunto sobre el que también había escrito un libro George Sims), y otro sobre

Frederick Seddon, el envenenador que recurría al arsénico y que, en 1912, intentó aprovecharse de su condición de masón para evitar la pena de muerte tras la conclusión del juicio.

Una de las primeras disertaciones a las que Conan Doyle pudo haber asistido fue la pronunciada el 25 de febrero de 1906, domingo, por el reverendo Sam Jones, sobre el trágico asesinato de Rose Harsent, en Peasenhall, Suffolk, acaecido cuatro años antes. Si bien todas las pruebas apuntaban a que William Gardiner era culpable, fue declarado inocente en dos juicios diferentes. Jones, que ejercía como vicario cerca de Bury St. Edmunds, propuso la ocurrente y también fantasiosa solución de que la muerte de Rose se había debido a un accidente. Todos los casos a que nos hemos referido eran clásicos en su género. ¡En el Club de los Crímenes sólo se abordaban crímenes de primera categoría!

Uno de los mejores amigos que Conan Doyle conoció en el Club de los Crímenes, de quien hablaría con cariño veinticinco años después en África central, sería John Churton Collins. Collins era un hombre de marcada personalidad que había vivido durante años casi en la pobreza —la erudición nunca ha hecho rico a nadie—, y que sólo al final de su vida vio recompensados sus esfuerzos gracias a la seguridad que le proporcionó una cátedra. Fue un hombre que se dedicó con pasión a los entresijos del crimen toda su vida; hasta su muerte ha quedado envuelta en el misterio: lo encontraron tirado en una zanja, y la instrucción se cerró con un veredicto por falta de pruebas.

A Collins le había llamado la atención de un modo especial el caso del túnel de Merstham: la sorprendente muerte de Mary Sophia Money, arrojada desde un tren que cubría la línea entre Londres y Brighton, en septiembre de 1905. Tenía la idea, y no le faltaba razón, de que la investigación policial no se había llevado correctamente. Aunque hubiera estado en lo cierto, las investigaciones que llevó a cabo por su cuenta tampoco dieron resultado positivo alguno. Ese caso, no obstante, inspiró a Conan Doyle para aclarar la muerte del joven Cardigan West, en *La aventura de los planos del Bruce—Partington*, publicada en 1908. (En 1924, *sir* Edward Parry llegó a la conclusión de que la pobre Mary Money había muerto a manos de su hermano Robert, quien, en agosto de 1912, trató de asesinar a su esposa y a su hijo, rociándolos con gasolina, y se pegó luego un tiro en la cabeza mientras el fuego devoraba la estancia de Eastbourne donde se encontraban. A pesar de todo, su mujer, Florence, no murió y consiguió escapar de aquel infierno; él

había llevado una doble vida durante años, circunstancia que aún no ha sido investigada en profundidad).

Churton Collins se habría sentido orgulloso de que Conan Doyle se acordase de él. Éste, por su parte, también guardaba de él un excelente recuerdo porque, como él, se había educado en los jesuitas de Stonyhurst. En 1905, Collins pasó un fin de semana con los Doyle en Hindhead. Después de la cena, para iniciar la conversación, Conan Doyle le preguntó cuál era, según él, el mejor fragmento de la prosa inglesa. Collins le repuso con un pasaje de Macaulay, y lo repitió, palabra por palabra, mientras Conan Doyle seguía el texto con el dedo. No es de extrañar que, a continuación, pasasen la velada hablando animadamente de horrores del pasado.

Un episodio de la carrera de Churton Collins, que Conan Doyle siempre tuvo presente, sirvió como aviso para navegantes de criminólogos aficionados. El 24 de mayo de 1906 se encontró el cuerpo sin vida del señor Archibald Wakley, un joven pintor, en un pasillo al pie de la escalera que conducían a su estudio, situado en el segundo piso de un edificio de West Grove, en Bayswater. Aquél era el taller en el que trabajaba el joven, que seguía viviendo en casa en compañía de sus muy respetables padres. «Como es natural, todo el mundo pensó en un caso de allanamiento de morada —recordaba Max Pemberton—. Tal es así que Churton Collins fue de la misma opinión, y escribió dos columnas en un diario de gran circulación para explicar con todo lujo de detalles cómo habían entrado y salido los ladrones del edificio. El artículo se completaría con otro que, sin embargo, nunca llegó a publicarse porque de repente el crimen quedó resuelto como un sórdido asunto del que cuanto menos se hablase, mejor».

Según las pesquisas policiales, probablemente Wakley había sido asesinado por un soldado al que había invitado a su estudio; si bien el soldado fue interrogado, el culpable nunca fue llevado ajuicio. Un pintor homosexual muerto a palos —«brutal agresión por motivos sexuales», seguida de venganza— era un asunto muy sórdido, pero el caso sirve para ilustrar las lagunas con las que ha de enfrentarse un aficionado al crimen cuando se pone a investigar. Sherlock Holmes nunca dejaba de recordarle a Watson los riesgos que se pueden correr mientras no se tenga un conocimiento cabal de todas las circunstancias.

Sin lugar a dudas, los amigos y contertulios del Club de los Crímenes debieron de proporcionarle un caudal de información y una fuente de inspiración; por desgracia, los asuntos sobre los que disertó en las reuniones

siguen siendo aún secretos custodiados en la parte de sus archivos que aún no ha salido a la luz.

No obstante, Arthur Lambton en sus memorias *The Salad Bowl* [*La ensaladera*], nos ofrece una pincelada de cómo pudo haberse desarrollado una de aquellas intervenciones de Conan Doyle después de la cena, durante una de las primeras y más íntimas veladas celebradas en el club. Ese día se planteó la cuestión de cuántos crímenes pasan desapercibidos. Lambton era de la opinión de que debían de ser muy pocos, pero estaba seguro de que los autores de la mayoría de ellos habían de ser médicos que tienen fácil acceso a venenos letales. En relación con este asunto recuerda una anécdota «que me contó Conan Doyle hace muchos años, que constituye una excepción a esta regla, y es una muestra de que la realidad supera la ficción».

> Se sabe de un joven que vivía en el campo y que estudiaba medicina con ahínco; soñaba con llegar a ser un médico de renombre. Vivía realquilado en casa de otro médico y su esposa, a quienes, con el trato, llegó a tomar mucho cariño, tanto que andaba muy preocupado por el estado de salud de la señora de la casa. La mujer se quejaba de continuos dolores de cabeza y náuseas, por lo que al muchacho no le pasó inadvertido su aspecto poco saludable. Era un caso que lo tenía desconcertado. Dio la casualidad de que el estudiante era pariente de un distinguido personaje de Harley Street, que se interesaba por él y le había hecho prometer que si, en alguna ocasión, se le presentaba alguna dificultad en su trabajo, no dudase en pedirle consejo. Un buen día el joven recordó aquel ofrecimiento y, de buena fe, sin decir nada a la pareja con la que vivía, para no añadir más leña al fuego a los padecimientos de la mujer enferma, tomó en secreto una muestra de vómito, la cerró herméticamente y se la envió a su pariente para que la analizase. Pasado un tiempo prudencial, recibió el informe de su pariente, acompañado de una carta muy seria. El resultado del análisis no dejaba lugar a dudas de que la muestra de vómito contenía arsénico (me atrevería a decir que hacía poco que se había descubierto la prueba de Marsh). Sin sospechar nada, el joven habló en privado con el marido y, con el mayor miramiento, le contó lo que sabía. El hombre escuchó todo lo que le refirió, guardó silencio largo rato y, mirándolo de un modo muy curioso, le dijo con un tono de voz especial:

> «Gracias, George. Muy amable de tu parte haberte tomado tantas molestias. Es toda una demostración del cariño que nos has tomado a ambos, y nunca sabré cómo agradecértelo». Tras lo cual, salió de la estancia. Un par de minutos después, el estudiante se llevó un susto mortal al oír un tiro en la planta superior. Sin dudarlo, subió la escalera, echó abajo la puerta cerrada con llave y se encontró con que su patrón se había volado la cabeza con una pistola. Poco a poco, aunque él declaró que muy lentamente, la verdad se abrió camino en su pensamiento. Tras contemplar aquella escena horrorizado creyó que lo mejor sería ir a la ciudad cuanto antes para ver a su pariente en persona y que le aconsejara qué debía hacer. «No hables ni hagas nada», se limitó a decirle éste. Dar lugar a un escándalo no conduciría a nada bueno. Era mejor que la mujer (quien, por cierto, disponía de una considerable fortuna propia), tan enamorada como estaba de su marido, siguiera en el limbo. Eso fue, pues, lo que hizo el joven. Un jurado británico sensato emitió un veredicto de suicidio como consecuencia de un estado transitorio de demencia; la viuda recobró la salud (y su buen aspecto) y se gastó una cuantiosa suma de dinero en erigir una lápida «A la sagrada memoria de aquel marido al que tanto había amado» o, como comentaría con ingenio y brillantez el historiador James Aday, tras oír la disertación, «Dedicada al vómito». Para dar por terminada esta anécdota, sólo nos gustaría estar en condiciones de añadir que el estudiante se casó con la viuda. Quizá lo hizo. La próxima vez que vea a Doyle, se lo preguntaré.

¿Se trataba de un caso real? Por las fechas que ofrece Lambton, los hechos debieron de producirse en algún momento del año 1840, y la prueba de James Marsh para detectar la presencia de arsénico en tejidos humanos salió a la luz en 1836, aunque no llegaría a ser de dominio público hasta 1840, con ocasión del juicio de Marie Lafarge por envenenar a su marido. Es posible, sin embargo, que Lambton ya tuviera en mente el uso generalizado que de ella harían los científicos forenses en décadas posteriores. En su época de estudiante de medicina, el propio Conan Doyle había pasado unos cuantos meses de la década de 1870, así como del año 1880, trabajando con otros médicos del norte de Inglaterra. ¿Se trataba de un caso que alguno de ellos le había contado, o se refería a algo que posiblemente le había pasado a él? Tras

rastrear el asunto, hemos de decir que el muerto no fue ninguno de los médicos con los que trabajó; por aquel entonces, tan sólo falleció un amigo suyo, George Turnavine Budd, y no se quitó la vida. Así que, a lo mejor no es más que una anécdota ficticia, otra más de las que podríamos incorporar a los «relatos de crímenes olvidados» de Conan Doyle.

Sea cual sea la verdad de este asunto, de lo que no hay duda es de que constituyó una macabra contribución a una de las veladas de aquel Club de los Crímenes.

8. Tras la pista de Jack el Destripador

Un miércoles, el 19 de abril de 1905, Conan Doyle formaba parte del reducido grupo de miembros del Club de los Crímenes que se había citado en el East End de Londres para ir tras los pasos de Jack el Destripador.

Conan Doyle había seguido de cerca las andanzas de aquel misterioso azote que, por el otoño de 1888, el mismo año en que apareció como libro *Estudio en escarlata*, ya se había llevado por delante a no menos de cinco mujeres en Whitechapel. Aquellos crímenes sin motivo aparente tenían conmocionado y en vilo a todo el país, por no decir al mundo entero, y los ecos de la resaca de aquella oleada de horror habían llegado incluso a oídos de Conan Doyle, aislado en su apacible retiro.

En septiembre de 1889 se fundó la Sociedad Psíquica de Hampshire, con el doctor Conan Doyle y el profesor William Barrett como vicepresidentes. Un amigo íntimo de Doyle, el primero en iniciarlo en cuestiones paranormales, el un tanto extravagante general Drayson (en opinión de algunos, el modelo en que se inspiró para perfilar determinados rasgos del profesor Moriarty), era la antorcha que guiaba a aquellos hombres.

No es descabellado pensar que la novela de Conan Doyle influyese de algún modo en Jack el Destripador. En la pared de la estancia de Lauriston Gardens en la que se había cometido uno de los asesinatos, la palabra *Rache* (en alemán, venganza) pudo ser la que guió a Jack el Destripador a la hora de escribir la conocida inscripción que en ella se encontró: «Que nadie piense que los Juwes no han de ser reprobados por nada».

Un poco después, en noviembre de 1889, un periódico local aventuraba la idea de que Conan Doyle, en su doble faceta de novelista de crímenes y espiritista, intentaría seguirle la pista a Jack el Destripador, invocando el espíritu de quien, por aquel entonces, se pensaba que había sido la última víctima de su cuchillo viviseccionador. El 10 de septiembre de 1889, bajo uno de los puentes del ferrocarril, en Pinchin Street, se encontró el torso mutilado de una mujer. La cabeza y las piernas no se recuperaron nunca y fue imposible identificarla. La policía no creyó entonces que aquel crimen tuviera

nada que ver con el Destripador y, aunque los periódicos dieron una cobertura excepcional al suceso, ni siquiera ahora se cree que se tratase de uno de sus crímenes.

Lo más curioso del caso es que da idea de que, incluso en fechas tan tempranas, Conan Doyle era conocido entre sus amigos por el interés con que seguía los crímenes de la vida real. Ya veremos en su momento qué papel acabaría por desempeñar el espiritismo a la hora de resolver el misterio de Jack el Destripador; pero sus escritos de ficción, por el momento, no reflejan nada tan sórdido como los asesinatos de Whitechapel. Digamos únicamente que, como cualquier criminólogo, Conan Doyle se sentía interesado por el caso del Destripador y el enigma de su identidad.

El 2 de diciembre de 1892, Conan Doyle visitó las instalaciones del conocido Black Museum[14*] de Scotland Yard; lo acompañaban el doctor Gilbert, funcionario médico de Newgate; su cuñado, E. W. Hornung, quien, más tarde, se haría famoso con sus relatos de aquel as del guante blanco, Raffles, y Jerome K. Jerome, director en aquel momento de *The Idler*, pero más conocido por su aclamada *Tres hombres en una barca*. Tan pavorosa exposición, albergada por aquel entonces en una nave fría y escasamente iluminada del sótano del edificio que se alzaba en uno de los muelles del Támesis, guardaba reliquias de crímenes y asesinatos que se remontaban a décadas muy anteriores. De todos los horribles objetos que allí se mostraban, Conan Doyle se fijó especialmente en una fotografía desvaída del cadáver eventrado de la última víctima de Jack el Destripador, Mary Kelly, así como en una carta y una postal, escritas con tinta roja, que llevaban su firma.

Robert Anderson, que estuvo al frente de Scotland Yard durante un tiempo, aseguraba que aquellos documentos que más adelante desaparecerían del Black Museum[15] habían sido redactados por un periodista, si bien no se aventuró a dar ningún nombre. De su propia estructura interna se desprende, sin embargo, que fueron escritos en realidad por el asesino. La carta llevaba fecha del 25 de septiembre. Para entonces, el asesino de Whitechapel había acabado con la vida de dos mujeres: Mary Nichols, el viernes 31 de agosto, en Bucks Row, y Annie Chapman, conocida como *Dark Annie*, el 8 de septiembre, en Hanbury Street. (Dos asesinatos que se habían cometido con anterioridad, el de Emma Elizabeth Smith, el 3 de abril, y el de Martha Tabram, el 6 de agosto, se atribuían también al Destripador, pero más tarde se desmintió). Aquellos asesinatos habían causado sensación y su responsable se aprovechaba de las circunstancias. El sobre llevaba el matasellos de East Central, en Londres, con fecha 28 de septiembre de 1888. La carta iba

dirigida a las oficinas centrales de la Agencia de Noticias, que se lo envió a la policía, pero el texto no se dio a conocer hasta el 30 de septiembre, después del doble asesinato de Elizabeth Stride y Catherine Eddowes. Según Conan Doyle, aquellas cartas eran una demostración de que el criminal se encontraba en plena forma.

> Distinguido jefe:
>
> He tenido noticias de que la policía sabe quién soy, pero que se inclinan por no arrestarme todavía. No he podido por menos que reírme de tanta suficiencia cuando aseguran que andan tras la pista correcta. Me dio un ataque de risa al leer esa broma del mandil de piel. He tomado la determinación de acabar con las putas y no dejaré de destriparlas hasta que no sea un viejo provecto. Mi último trabajo fue una obra maestra. La dama no tuvo tiempo ni de gritar. ¿Cómo van a detenerme? Estoy encantado con lo que hago y deseando ponerme a ello de nuevo. No tardará usted en volver a oír hablar de mí y de mis divertidos jueguecitos. Guardé un poco de sangre de la última víctima en una botella de cerveza de jengibre para escribir con ella, pero se volvió tan espesa como si fuera cola de pegar y no pude utilizarla. Confío en que no le importe que la haya sustituido por tinta roja, ja, ja. Adjuntaré la oreja de la dama objeto de mi próximo trabajo y se la enviaré a la policía sólo por diversión. ¿Le importaría no hacer pública esta carta hasta que concluya algún trabajito más? Luego puede enviársela a quien guste. Dispongo de un magnífico cuchillo y estoy deseando volver a utilizarlo ahora mismo, en cuanto tenga ocasión. Buena suerte.
>
> Atentamente,
>
> Jack el Destripador
>
> No se inquiete por publicar el nombre por el que se me conoce. No fui capaz de echar esta carta al correo hasta no quitarme, sin dejar de maldecir, la tinta roja de las manos. Y ahora dicen que si soy médico, ja, ja.

La postal, fechada el 1 de octubre en London East, no sólo aludía a la carta que acabamos de reproducir, que no había sido publicada, sino que ofrecía

también detalles de los dos asesinatos siguientes, de los que aún nada se sabía en el momento en que se recibió en la central de la Agencia de Noticias.

> Comprobará que no bromeaba, mi estimado jefe, cuando le serví en bandeja aquel soplo. Mañana sin falta volverá a oír hablar de otro trabajo del impertinente Jack. Doble, en esta ocasión. La primera chilló un poco. No pude acabar con ella enseguida, y no tuve tiempo de cortarle las orejas y enviárselas a la policía. Gracias por no publicar mi última carta hasta que no vuelva al trabajo de nuevo.
>
> Jack el Destripador

Ambos escritos iban dirigidos al director de la agencia. Hacerse idea de cómo se desarrolla el trabajo en una agencia de noticias y del papel que desempeñan en el mundo moderno de la información exige un alto nivel educativo que, desde luego, apenas logra desmentir el demencial estilo de estos escritos. Algo de lo que ya se habían dado cuenta los vecinos del East End («Y ahora dicen que si soy médico»): Jack el Destripador era un chulo.

Tras los asesinatos del 30 de septiembre —el doble trabajo que había anunciado— de Elizabeth Stride, en Berner Street, poco antes de la una de la madrugada, y de Catherine Eddowes, en Mitre Square, una media hora más tarde, hubo un período de calma. Salieron a relucir entonces todas las dudas acerca de si se trataba de un maníaco incontrolable, y los habitantes de Londres se vieron sumidos en un estado febril de miedo y nerviosismo.

De repente, el 9 de noviembre, Mary Jane Kelly, una chica irlandesa de unos veinticinco años, apareció asesinada en su cuarto de Miller’s Court, al lado de Dorset Street. Aquél fue el último de aquella serie de cinco asesinatos. A continuación, quienquiera que fuese desapareció de una forma tan misteriosa como se había dado a conocer.

¿Qué pensaba Conan Doyle de este caso en el momento de los hechos? En el verano de 1894 comentaba a un periodista norteamericano la forma en que Sherlock Holmes hubiera seguido los pasos del autor de tales delitos.

> En modo alguno soy un agudo o penetrante observador de lo que me rodea. Trato de meterme en la piel de un hombre de semejantes características y reparar en aquellas cosas que reclaman su atención. Recuerdo que cuando visité el Museum de Scotland Yard me fijé en la carta que había enviado el Destripador. Por supuesto que podría haberse tratado de una

> falsificación, pero había razones para pensar que era auténtica y, en cualquier caso, era una buena pista para tratar de dar con la persona que la había escrito.
>
> Estaba escrita con tinta roja y con caligrafía de pendolista. Traté de pensar en cómo Holmes habría tratado de identificar al autor de aquella carta. Lo que más saltaba a la vista era que había sido escrita por alguien que había estado en Norteamérica: desde el encabezamiento, «distinguido jefe», o el empleo del verbo «arrestarme», así como por otras expresiones que, normalmente, no utilizan los británicos. Tampoco hay que pasar por alto la calidad del papel, y esa caligrafía de escribiente, limpia y precisa. No había duda, pues, de que se trataba de un hombre acostumbrado a utilizar la pluma.
>
> Tras llegar a tales conclusiones, es difícil no imaginar que no hubiera en algún sitio otras cartas, documentos o informes escritos por la misma persona y firmados con su nombre, que podrían llevarnos hasta él. Aunque parezca sorprendente y por lo que yo sé, no fue eso lo que pensó la policía y, en consecuencia, no sacó nada en limpio. El plan de Holmes habría consistido en hacer una reproducción facsimilar de aquellas cartas, con un breve resumen en cada placa de las peculiaridades de la caligrafía. A continuación, las habría publicado en los periódicos más importantes de Gran Bretaña y Norteamérica, ofreciendo una recompensa a quien pudiera presentar una carta u otro documento con la misma caligrafía. Tal forma de proceder habría convertido a millones de personas en investigadores del caso.

Lo cierto es que el 3 de octubre de 1888 la policía metropolitana imprimió unos carteles con las reproducciones facsimilares de la carta y de la tarjeta postal, en los que se solicitaba a cualquiera que reconociese la escritura que se pusiera en contacto con ella o con la comisaría más cercana. Pero las respuestas que recibieron no condujeron a ninguna parte. Lo que no se incluía era un análisis de la caligrafía, que podría haber sido de gran ayuda. Es algo que, incluso en 1894, podría haberse intentado, pero no faltan motivos para pensar que, para entonces, la policía ya sabía que el asesino había muerto o estaba fuera de la circulación, internado en algún manicomio.

El caso despertó tanto interés entre los socios del Club de los Crímenes que Ingleby Oddie, un simple abogado entonces, llegó a un acuerdo con el

doctor Frederick Gordon Brown, médico de la policía de la ciudad de Londres, para darse una vuelta por los lugares en los que se habían cometido los asesinatos, junto con Churton Collins, H. B. Irving, el doctor Crosse y, cómo no, Conan Doyle.

Los acompañaron en aquella visita el propio doctor Brown y los detectives de la policía londinense que estaban más al tanto de las circunstancias de los crímenes. En este sentido, la suerte se puso de su parte. Brown había sido uno de los médicos cuya presencia se había solicitado en Mitre Square para examinar el cadáver de Catherine Eddowes y fue él quien, posteriormente, practicó la autopsia. En su declaración ante el juez instructor del caso aseguró que la forma de actuar del asesino revelaba que tenía nociones de anatomía, pero no podía afirmar si tales conocimientos los había adquirido por haber estudiado medicina o porque sabía cómo descuartizar animales. Le había arrancado las entrañas y se las había colocado encima del hombro derecho, un detalle que, desde entonces, ha llevado a algunos estudiosos a pensar que se trataba de un típico asesinato ritual masónico. Aún se conservan las notas que redactó Brown sobre la autopsia, así como una serie de fotografías tomadas en el depósito de cadáveres, que muestran sin tapujos el horror de aquellos crímenes. Gracias a tales fotografías, Conan Doyle llegó a hacerse una idea horripilantemente precisa de cómo se habían cometido los asesinatos.

Una tarde lluviosa y triste el grupo se congregó en el hospital de la policía de Bishopsgate. En aquella fecha, mucho antes de los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial, Whitechapel había experimentado pocos cambios desde los tiempos del Destripador. En aquella ocasión, Conan Doyle, que tantas cosas había visto a lo largo de su existencia, habría de vivir una nueva experiencia. Era la víspera del día de Pascua, y la comunidad judía del East End atestaba las estrechas calles, especialmente Petticoat Lane. Era tal la avalancha de gente que los miembros del grupo no podían abrir los paraguas, ni siquiera permanecer juntos. Todo lo que veían les parecía llamativo y sorprendente, sobre todo «aquellos extraños productos alimenticios». O como lo evocaría Oddie más adelante: «La mayoría de las mujeres casadas lucían pelucas negras, como símbolo de que ocultaban sus encantos a los ojos de todo el mundo menos a los de sus legítimos maridos. Muchas llevaban gallinas bajo el brazo para que un rabino les cortase el cuello según el ritual, a saber, con un cuchillo limpio, de hoja no mellada, que se les enseñaba previamente y que los fieles examinaban de forma escrupulosa. En otras casetas se retorcía el pescuezo a los pollos, y había otras barracas donde se

ordeñaban vacas, con cuya leche se llenaban las jarras limpias que llevaban las mujeres». Tal y como Oddie reseñaba, los representantes de la ley mosaica actuaban como ayudantes no oficiales de los funcionarios médicos del departamento de Sanidad de la ciudad.

Según una de las teorías que circulaban acerca de la identidad de Jack el Destripador, se trataba de uno de esos sacrificadores rituales judíos, y era la propia comunidad judía la que lo ayudaba a esconderse. Tras el crimen de Mitre Square, se encontró en un pasaje la pintada que ya hemos mencionado: «Que nadie piense que los Juwes no han de ser reprobados por nada». Cerca de allí apareció un trozo del delantal de la víctima manchado de sangre, que el asesino había cortado para limpiarse las manos. Pero se procedió a borrar la pintada por miedo de que avivase sentimientos antijudíos, muy presentes entre el vecindario de Whitechapel tras el proceso de Israel Lipski[16*] el año anterior.

El vocablo «Juwes» no se refiere a los judíos, sino a unos célebres asesinos, según la tradición masónica,[17] otro de los indicios que también se han puesto de relieve para establecer una relación entre la masonería y aquellos crímenes.

Los miembros del Club de los Crímenes también visitaron una pensión y otros alojamientos baratos de aquella zona, sitios como aquéllos en los que se habían alojado las víctimas del Destripador, cuyos alquileres se habían incrementado gracias a aquellas que hacían la calle. Según las notas que John Churton Collins consignó en su diario a propósito de la visita:

> Conan Doyle estuvo muy atento, especialmente mientras anduvimos por Petticoat Lane, y cuando comenté que «Calibán[18*] no se habría metido en esos andurriales», se echó a reír de buena gana.

Pero no estaban allí para empaparse del ambiente, sino de los crímenes que se habían cometido en aquel lugar. A medida que hacían el recorrido, todos los lugares en los que se había producido un asesinato del Destripador presentaban una característica común: eran sitios lóbregos, oscuros y recónditos y, de todos ellos, era posible escabullirse con facilidad. Tanto Bucks Row como Hambury Street, Mitre Square o Miller’s Court estaban a cubierto y disponían de vías para escapar. Churton Collins no deja de señalar lo que Conan Doyle y él mismo vieron en Miller’s Court, donde había muerto Mary Kelly:

> En aquella tarde oscura, lluviosa y tenebrosa, este último lugar nos pareció un agujero tétrico. Era un cuarto minúsculo, con una ventana pequeña, una chimenea, una silla y una cama. Un reducto lúgubre y siniestro, insalubre y deprimente, al que se accedía desde un único escalón que daba a un espantoso pasaje cubierto, que iba de Dorset Street hasta un patio.

En ese lugar, tras la tranquilidad que ofrece una puerta cerrada con llave, a Mary Kelly la habían asesinado y mutilado; le habían arrancado la nariz, los pechos y los intestinos y los habían dejado encima de la mesa, junto a la cama.

La policía también tomó fotos del lugar en que se había producido aquel asesinato. Y, como recuerda Oddie, Conan Doyle y sus amigos contemplaron aquellas imágenes, «un montón de carne humana». «En los veintisiete años que fui juez de instrucción en Londres, he visto cosas horripilantes, pero el horror de esto supera cualquier otra cosa que haya podido contemplar en mi vida». Aquél había sido el último asesinato perpetrado por el Destripador, el 9 de noviembre de 1888. ¿Quiere decir esto que los asesinatos anteriores habían sido puramente gratuitos, o todos respondían a un patrón que culminó con la muerte de la desdichada Mary Kelly? La muchacha había nacido en Limerick, Irlanda, y se había ido a vivir a Gales; allí su marido murió en la explosión de una mina. Había vivido en una «casa elegante» del West End londinense, y aseguraba que, en Francia, había sido amante de un misterioso protector, cuya identidad nunca reveló.

Desde allí se mudó al East End, donde sólo encontraría la muerte. ¿Alguien de su pasado habría andado persiguiéndola a ella y a sus compañeras? ¿Cómo explicar que a Catherine Eddowes, que había vivido con un hombre llamado John Kelly, le diese por decir que se llamaba «Kate Kelly»? Su asesino ¿era alguien que sólo sabía que tenía que dar con una mujer apellidada Kelly? ¿Cuál era el secreto que habían compartido en vida y en el momento de su muerte todas aquellas desdichadas mujeres que vivían en las proximidades de Dorset Street?

Como ya hemos señalado, el doctor Gordon Brown, que oficiaba de guía de los miembros del Club de los Crímenes, había sido el médico que se había ocupado del cadáver de Catherine Eddowes, en Mitre Square. En la página del diario que escribió al día siguiente, Churton Collins afirma: «Se inclinaba a pensar que [el asesino] era o había sido un estudiante de medicina, porque sin duda tenía conocimientos de anatomía humana, aunque también podía tratarse de un carnicero, por las mutilaciones para arrancarle la nariz y otros

miembros, tajos más propios de un descuartizador». La idea de que el Destripador tenía algo que ver con la medicina fue una de las primeras y más persistentes que circularon. Pero para mayor sorpresa (no debemos olvidar que estamos en 1905), el doctor Brown llegó a la conclusión de que la teoría de que el Destripador era un médico maníaco homicida, cuyo cadáver se había encontrado en el Támesis, era totalmente descabellada, a pesar de que ésa era la hipótesis de trabajo que manejaba Scotland Yard. En su opinión, el asesino sufría más bien de una especie de satiriasis homicida, y tal perversión sexual había sido, en último extremo, la responsable de aquellos asesinatos.

Por lo que sabemos, Scotland Yard trabajaba sobre dos hipótesis, y la del maníaco homicida sacado de las aguas del Támesis era la barajada por *sir* Melville McNaughton y por el amigo de Conan Doyle, el mayor Arthur Griffiths, ambos socios del Club de los Crímenes. Por su parte, *sir* Robert Anderson, al escribir sobre el caso cinco años más tarde, en 1910, sostenía que Jack el Destripador era un judío polaco de clase baja, al que identificaba como Aaron Kosminski.

Pero ¿Cuál era la opinión de Conan Doyle, ahora que había tenido la oportunidad de ver con sus propios ojos los lugares en que se habían cometido los crímenes? En aquel momento, estaba tan al tanto como cualquier otro de las circunstancias que rodeaban el crimen del siglo. Sabemos, por ejemplo, que pensaba que «Jack el Destripador se disfrazaba de mujer para huir de los lugares en los que había cometido sus crímenes», conclusión a la que podía haber llegado tras encontrar unas prendas femeninas quemadas en la chimenea de Miller’s Court.

Una de las personas mejor documentadas entre los estudiosos de los crímenes del Destripador, Tom Cullen, se dirigió por carta a Adrián Conan Doyle en 1962 para preguntarle por las teorías que defendía su padre. Ésta fue su respuesta:

> Como ya han pasado más de treinta años, no me es fácil recordar las opiniones que le merecía el caso del Destripador. De todos modos, creo que no le parecía imposible que aquel hombre tuviera conocimientos rudimentarios de cirugía y que probablemente se disfrazase de mujer para abordar a sus víctimas sin levantar sospechas.

Entre los socios de Conan Doyle en el Club de los Crímenes, Jack el Destripador despertaba un interés inusitado. Arthur Diosy, por ejemplo, una autoridad en cultura japonesa, estaba convencido de que en los asesinatos

había algo relacionado con la magia negra, habida cuenta de que siempre aparecían unas cuantas monedas nuevas junto a los cadáveres. Ingleby Oddie (que lo conocía de las cenas organizadas por Nuestra Sociedad) afirma que Diosy era de la opinión de que los asesinatos se habían orquestado como un pentagrama, una estrella de cinco puntas, lo que significaba que el asesino trataba de dar con un mágico «elixir de la vida, uno de cuyos componentes debía de extraerse de una mujer recién asesinada». Haya lo que haya de cierto en lo del elixir, el mapa de los sitios en que se perpetraron los asesinatos sólo arroja como resultado una de las estrellas más desproporcionadas que imaginarse quepa. Con el imperturbable espíritu práctico que la caracteriza, la policía no se mostró muy convencida, a pesar de que sabemos que los asesinatos cesaron una o dos semanas después de que Diosy informase a Scotland Yard de sus ideas.

Mientras tanto, en Edimburgo, el doctor Bell y un amigo suyo también médico trabajaban por separado en sendos informes sobre los crímenes. «Dos de nosotros le seguimos la pista —recordaría Bell más adelante— y, cuando dos hombres se proponen encontrar una pelota de golf por las bravas, siempre confían en dar con ella donde se cruzan invariablemente las líneas que, de forma intuitiva, los guían a ambos desde sus posiciones de partida. Por lo mismo, cuando dos hombres se disponen a indagar el misterio de un crimen, de la intersección de sus respectivas averiguaciones siempre surge alguna luz».

Centrándose en los sospechosos que habían sido investigados por la policía, el doctor Bell coligió el nombre del asesino. Lo escribió en un papel y lo introdujo en un sobre. Su amigo hizo lo mismo. Cuando abrieron los sobres, comprobaron que se trataba del mismo nombre. Se pusieron en contacto con Scotland Yard de forma inmediata y, una semana después, los asesinatos habían cesado. ¿Se trató de una pura coincidencia, igual que ocurrió, en mi opinión, con la hipótesis de Arthur Diosy, o habían dado con alguna pista que, de algún modo, conducía hasta el asesino? Porque, si bien los asesinatos cesaron, Jack el Destripador nunca llegó a ser juzgado.

Creo, por otra parte, que Conan Doyle nunca supo nada de todo esto en vida del modelo de Sherlock Holmes, sino que sólo se enteró tras el fallecimiento del doctor Bell en octubre de 1911.

Pero volvamos a las ideas que manejaba Conan Doyle acerca del Destripador. Si, como planteó, aquellas cartas contenían expresiones propias de alguien que había estado en Estados Unidos, ¿quería decir con eso que el asesino era norteamericano? De hecho, entre las personas que descubrieron a

las víctimas de los asesinatos hubo algunas, entre ellas un policía, que habían reparado en un enigmático marinero de marcado acento norteamericano. En consecuencia, la policía interrogó, aunque sin éxito, a marineros que merodeaban por los muelles, así como a vaqueros asistentes a la Feria Internacional. ¿Era el Destripador norteamericano en realidad? Se trata de una idea llamativa, desde luego, pero no de una teoría que hayan tenido en cuenta la mayoría de los estudiosos contemporáneos del caso.

Las teorías actuales acerca de la identidad del Destripador se cifran en las siguientes posibilidades:

- un ruso, de nombre Alexéi Pedachenko
- un abogado inglés, de nombre Montague John Druitt, relacionado con la medicina y que apareció ahogado en el Támesis
- un cirujano demente, el doctor Stanley, como venganza por la muerte de su único hijo de una enfermedad venérea
- un carnicero judío
- una tal Jill la Destripadora, posiblemente abortera que trataba de ocultar sus propios errores
- Su alteza real Albert Victor, duque de Clarence
- James Kenneth Stephen, tutor del duque y primo de Virginia Woolf
- el doctor Roslyn D'Onston Stephenson, adepto de la magia negra con veleidades literarias
- el médico de la casa real, *sir* William Gull, con la ayuda del pintor William Sickert y de su cochero, John Netley
- y finalmente, el pintor William Sickert como único responsable.

Casi todas estas teorías fueron formuladas por estudiosos de los crímenes desde los tiempos de Conan Doyle; el primer libro dedicado enteramente al caso no se publicó hasta 1929 (Leonard Matter, *The Mystery of Jack the Ripper* [*El misterio de Jack el Destripador*]). No resultan del todo convincentes los fundamentos en los que se sustentan tan diferentes teorías. Personalmente, me inclino por la última de ellas, tal como fue desarrollada por el ya fallecido Stephen Knight, en su libro *Jack el Destripador: la solución del enigma* (1976), aunque las premisas de las que parte desmerezcan frente a las investigaciones más recientes del caso.

Sin embargo, el caso Sickert fue investigado por la escritora norteamericana de novela negra Patricia Cornwell, quien obtuvo incluso muestras de ADN de ilustraciones realizadas por el pintor, las cuales, según ella, coinciden con el ADN de objetos relacionados con el Destripador. Sickert fue, pues, el Destripador; la escritora da el caso por cerrado.

Tras haber seguido la trayectoria de quienes continúan investigando al Destripador, la conclusión no parece muy verosímil. Es posible que Conan Doyle intuyera la verdadera pista desde un principio. Los americanismos que detectó serían un argumento de peso para quienes defienden que el Destripador era Francis Tumelty, médico norteamericano de ascendencia irlandesa. Sabemos de la atención que prestó en Estados Unidos la prensa al doctor Tumelty como principal sospechoso de ser el Destripador, gracias al trabajo llevado a cabo por Stewart Evan y Paul Gainey en *The Lodger* [*El inquilino*] (1995), el más importante paso adelante que se haya dado en la investigación del caso en los últimos años.

Hay un último fleco de este caso que llamó la atención tanto a Conan Doyle como a su amigo y biógrafo, el reverendo John Lamond, quien, al igual que él, creía en el espiritismo. En la última etapa de su vida, cada vez más atraído por las aplicaciones de la clarividencia, Doyle supo más cosas de la posible identidad de Jack el Destripador. Hasta el punto de que el caso pasó a formar parte de las creencias comunes del movimiento espiritista.

En julio de 1889, a Scotland Yard llegó otra carta, supuestamente enviada por Jack:

> Distinguido jefe:
>
> Como verá, a pesar de sus tretas, de todos sus Lees y de todos sus policías, todavía no me ha atrapado.
>
> Jack el Destripador

Fuera quien fuera el remitente, que muy bien podría haber sido el mismo que había escrito las enviadas en 1888 y que tanto impresionaron a Conan Doyle, el caso es que la misiva se guardó en secreto en los archivos de la policía metropolitana. Lo que más llama la atención es la mención de pasada a Lees.

Es decir, al eminente cristiano espiritista Robert James Lees, que gozaba del favor de la reina Victoria, que ardía en deseos de ponerse en contacto con el desaparecido príncipe Alberto, y tenía amigos en círculos muy influyentes. En los días de los crímenes del Destripador, tuvo una visión confusa de uno de ellos y así se lo hizo saber a Scotland Yard; pero la policía, importunada a diario por gente chiflada, no le hizo caso. Se cometió un nuevo asesinato. Espantado por aquellas visiones, Lees y su esposa se fueron de vacaciones al extranjero. A su regreso, en una ocasión en que iban en tranvía por Notting Hill, una vez más Lees se sintió inquieto. Un hombre subió al tranvía.

—Ese es Jack el Destripador —le dijo a su mujer.

Pero ella no se lo tomó en serio.

—No estoy equivocado. Lo noto.

Al bajar del tranvía, Lees fue tras el hombre por Park Lane desde Oxford Street. A la altura de Apsley House, el hombre tomó un simón y se perdió en el tráfico de Piccadilly.

Tras la espantosa orgía de violencia de Miller's Court, Lees concentró todas sus facultades en la visión del asesino, y puso en conocimiento de la policía la «información» de que disponía. Acompañado por un inspector, se dirigió a una casa en el corazón del elegante barrio de Mayfair, y se encaró con la esposa del hombre que allí vivía, la cual confesó que le preocupaban las cosas que hacía su marido en los últimos tiempos.

Aquel hombre no era otro que el doctor William Gull. Años más tarde, su hija le confirmaría al señor William Stowell, el reputado patólogo, que una noche se había presentado en casa un hombre que afirmaba ser médium, acompañado por un policía, que había incomodado a *lady* Gull. Según ella, el propio Gull salió a ver qué pasaba, y dijo que tuvo lapsus de memoria y que había visto manchas de sangre en la pechera de la camisa que llevaba puesta. Poco después, Gull hizo testamento y, tras sufrir una apoplejía, murió en 1890. O eso fue lo que se dijo. Porque Stephen Knight era de la opinión de que lo habían internado en un manicomio, bajo el nombre de Thomas Masón, y de que falleció en 1892.

Como se desprende de la carta que hemos citado, que Robert James Lees andaba tras la pista del Destripador era algo que se rumoreaba allá por 1889. Aunque en el artículo no se citase a Gull por su nombre y apellidos, el rumor no apareció en letra impresa por primera vez hasta 1895, en un periódico norteamericano. Y, a pesar de que en la década de 1930 se supo con todo detalle el papel que había desempeñado Lees, habría que aguardar a la década de 1970 para que, por diversas fuentes, se hicieran públicos ciertos hechos relativos al doctor Gull. Se trataba, sin embargo, de un asunto ampliamente conocido en los círculos espiritistas en los que se movían Conan Doyle y su amigo Lamond. Si bien Conan Doyle pensaba que la policía debía recurrir con mayor frecuencia a la clarividencia para esclarecer los crímenes de su tiempo, estaba mucho más seguro de que podían obtenerse resultados en casos históricos, como el de Jack el Destripador.

Después de todo, los golpeteos misteriosos que oyeron las hermanas Fox en Hydesville, en el estado de Nueva York, y con los que dio comienzo en 1848 el actual movimiento espiritista, habían conducido al descubrimiento (o eso era lo que aseguraban entonces) del cadáver secretamente enterrado de un

buhonero asesinado. Su torturada alma trataba de ponerse en contacto con el mundo de los vivos por medio de ellas, aunque las hermanas Fox llegarían al final de sus días inmersas en una barahúnda de negativas y contradicciones. Y como Conan Doyle nunca se cansaba de decir, había otros muchos casos similares. Pero la influencia que ejercieron sobre él tales fuerzas ocultas forma parte del último capítulo de su vida y, también, de este libro.

El recurso ficticio a Holmes y Watson para dar con la solución de los crímenes del Destripador —o incluso, para cometerlos— utilizado por escritores modernos, discípulos tan eminentes en su campo como Ellery Queen, habrían dejado a Conan Doyle tan sorprendido como consternado.

En cualquier caso, en aquellas prolongadas conversaciones con un habano y una copa de coñac en la mano, los socios del Club de los Crímenes encontraron materia suficiente para pensar y especular sobre el «otoño de terror» que vivió Londres. Algunos de ellos tenían conexiones con el caso, como, por ejemplo, G. R. Sims, *sir* Melville McNaughton, *lord* Aberconway, el mayor Arthur Griffiths, Arthur Diosy, y hasta el duque de Kent, pariente de uno de los supuestos sospechosos. En su autobiografía *La ensaladera*, Arthur Lambton recuerda cómo, durante la primera andadura del club, hubo un personaje de la nobleza que anhelaba hacerse socio, y que estaba dispuesto a presentar un informe sobre los crímenes de Whitechapel. Pero los socios de entonces ya sabían bastante de aquel asunto o, más bien, de aquel noble, y no lo aceptaron. ¿Cómo se lo quitaron de encima? J. B. Atlay redactó una carta para que la enviase el secretario honorífico:

> Estimado señor:
>
> He sido designado por la comisión para manifestarle nuestro más sincero agradecimiento por su propuesta de presentar un informe sobre los asesinatos de Whitechapel. Pero comprenderá, sin duda, las razones por las que no podemos aceptarla. Bastará con que le diga que, al parecer, el asesino de Whitechapel es un pariente muy cercano y querido de uno de nuestros socios más conocidos…

9. El acoso de George Edalji

> Tengo la convicción, Watson, por experiencia propia, de que los más miserables y sórdidos callejones de Londres no ofrecen un historial de depravación mucho más terrible que el de la risueña y herniosa campiña inglesa.
>
> *El misterio de Copper Beeches* (1892)

Louise, la esposa de Conan Doyle, falleció el 4 de julio de 1906. Aunque enferma de tuberculosis durante mucho tiempo, su muerte lo dejó emocionalmente exhausto. Llevaba ya bastantes años profundamente enamorado de una mujer más joven, Jean Leckie, aunque la relación que tenía con ella nunca fue más allá de un respetuoso platonismo. Nada había colmado aquella dimensión vacía de su vida de la que había hablado con su hermano Innes. Pero jamás habría hecho nada que pudiese amargar a Louise en lo que, con toda probabilidad, habían de ser los últimos días de su vida.

Ya era libre para contraer matrimonio con Jean, pero sólo tras guardar un período de luto decoroso de Louise. Sin embargo, y según Georgina Doyle ha relatado recientemente, la idea de aquel nuevo enlace produjo un cambio en las relaciones con sus hijos, sobre todo, con su hija mayor, Mary (hasta entonces su *Toots*), que rechazó de plano semejante posibilidad. En cuanto a su hijo Kingsley, que había decidido estudiar medicina para dedicarse a investigar el cáncer, dando cumplimiento a una de las aspiraciones que había tenido su padre, era un joven muy reservado, un buen muchacho, que se ocultaba «tras una máscara», y cuyo fondo era todo un misterio para su padre.

En el corazón de las tinieblas

A mediados de diciembre de 1906, justo cuando arreciaban en él las tensiones emocionales, Conan Doyle recibió una carta de un joven que acababa de salir

de la cárcel, en la que aseguraba que era inocente del delito por el que lo habían condenado: la morbosa evisceración de un caballo. Fue el mayor Wood, su secretario personal, su Watson particular, quien le recomendó que la leyese.

Junto con la carta venía una serie de artículos de la edición dominical de un periódico de Birmingham; Conan Doyle los leyó de cabo a rabo con enorme interés. Había algo en aquella carta que le llamaba la atención y que la diferenciaba de las innumerables misivas que recibía cada año. Nunca se ha sabido qué fue lo que lo llevó a reparar en ella; quizá recordase en aquel instante las circunstancias en las que había conocido a su fallecida esposa, cuando, tras la muerte repentina de su hermano, Jack, se dio cuenta de que él era el destinatario de una carta anónima en la que se insinuaba que había envenenado al joven. El meollo de la cruel persecución que había sufrido George Edalji lo constituía una larga serie de espeluznantes cartas, salidas de una pluma realmente envenenada.

Desempeñando en la vida real el trabajo de detective privado, Conan Doyle tomó en sus manos el caso y, durante los nueve meses siguientes, hizo campaña en pro de la inocencia de aquel joven. Comenzó por recabar documentos, declaraciones prestadas y recortes de prensa. Así llegó a percatarse de la complejidad que revestía el asunto, detrás del cual, como tendría ocasión de descubrir más tarde, se ocultaba una realidad mucho más enrevesada. Fue un caso sorprendente, muy ilustrativo de la afirmación de Sherlock Holmes a propósito de la depravación que se ocultaba tras la hermosa campiña. No podemos olvidar tampoco la observación de Marlow en la novela de Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas* (publicada en 1899), al comparar la apacible campiña inglesa con el siniestro Congo: «También éste ha sido uno de los lugares tenebrosos de la Tierra». Pero, desde sus años como estudiante, Conan Doyle conocía el paisaje de las Midlands, prados y campos verdes, tachonados de bocaminas y fábricas; el corazón inglés de las tinieblas.

Los hechos habían tenido lugar en South Staffordshire; en los primeros meses de 1903, la aldea de Great Wyrley, situada entre Walsall y Rugeley, había sido presa de una gran agitación. Merodeaba por allí un delincuente cuyo torpe placer consistía en deslizarse con cautela de noche por los prados, con una navaja o un cuchillo afilado, y rajar al ganado, ovejas y caballos, dejando que se desangrasen hasta morir. El miedo de que aquel maníaco llegase a matar a un chiquillo, como se advertía en algunas de las cartas, estaba en el pensamiento de todos. El primero de los incidentes ocurrió el 2 de

febrero de 1903, en el mismo Wyrley. Encontraron un caballo de gran valor, propiedad del señor Joseph Holmes, que había sido eviscerado aquella noche. Dos meses más tarde, el 2 de abril, apareció la yegua de un tal Thomas con idénticos tajos. A las pocas semanas hallaron terriblemente mutilados en un mismo día unas cuantas ovejas y un caballo pertenecientes al señor Badger. El 6 de junio fueron dos las vacas malheridas y, tres semanas después, encontraron muertos dos caballos propiedad de la Compañía Minera Quinton.

Un total de ocho delitos cometidos con toda intención; aunque la policía estaba en guardia, no disponía de ninguna prueba para detener a nadie. El primer día de julio comenzaron a recibirse unas enigmáticas cartas. Los nombres que figuraban en algunas de ellas eran falsos; otras llevaban la «firma» de un alumno del instituto de Walsall, nueve kilómetros al sur de Wyrley por tren. Más tarde se demostraría que aquel muchacho de quince años, Wilfred Guy Greatorex, no tenía nada que ver con los hechos.

Llama la atención la extensión y el tono desagradable de las cartas. En la primera, el remitente menciona el mar en diversas ocasiones, algo que, más adelante, adquiriría una enorme importancia en la indagación de su identidad. «Me gustaría estar embarcado en un buque escuela como Tosh Hatton»; «ojalá me encontrase en el mismo buque escuela que Tosh Hatton»; «tienen que ayudarme a embarcarme»; «pronto dejaré la escuela y me gustaría enrolarme en un buque». Asimismo, se deleitaba en los más repugnantes detalles de los crímenes. Aseguraba que formaba parte de una banda, y daba el nombre de algunos de sus miembros. Disfrutaban rajando animales. «Tiene ojos de águila, con las orejas tiesas como cuchillas; es tan ligero de piernas y tan silencioso como un zorro, y se desliza a gatas hasta esos pobres animales…».

Y continúa: «Yo tengo cara de valiente y sé correr muy bien, y, cuando se juntaron los de la banda en Wyrley, vinieron a buscarme. Porque yo estaba al tanto de todo en materia de caballos y animales, y sabía cómo atraparlos mejor. Nunca había hecho una cosa así hasta que vimos aquellos dos caballos en los límites de Wyrley; dijeron que me había tocado a mí y que me darían mi merecido si me echaba para atrás; así que lo hice, y los sorprendí tumbados, a las tres menos diez de la madrugada; se incorporaron y les rajé la panza, pero no echaron mucha sangre; uno de ellos echó a correr pero el otro cayó… Les diré ahora quiénes son los miembros de esa banda, pero no podrán probar nada sin mi ayuda. Uno de ellos se llama Broell, y es de Wyrley; también hay un mozo de la estación de Wirley, a quien llaman Edgar, y Edalji, el abogado… Pero aún no les he contado quién anda detrás de todos

ellos y no lo haré, a no ser que me prometan que a mí no me pasará nada… No es cierto que siempre actuemos en luna nueva; el 11 de abril, cuando Edalji liquidó a uno de aquellos animales, era una noche de luna llena».

Conan Doyle apenas hubo de recurrir a su formación como médico y a su intuición como escritor para darse cuenta de que el autor de aquellas cartas era una persona profundamente trastornada. Daba a entender que se sentía hondamente agraviado por los habitantes de la localidad. Y algo mucho peor, como decía en una carta fechada el 10 de julio de 1903: «En noviembre Wyrley vivirá tiempos de regocijo cuando comiencen con las chavalas, porque piensan cargarse a veinte mozas igual que los caballos de antes del mes de marzo».

Estaba claro que la policía tenía que hacer algo, detener a alguien o, de lo contrario, más tarde o más temprano, acabaría por cometerse un asesinato. Pero ¿cómo había llegado la policía a identificar a Edalji como el verdadero culpable?, se preguntaba Doyle. En las cartas se mencionaban los nombres de otras personas pero, de todo Wirley, sorprendía que se hubiesen fijado en George Edalji, uno de los hijos del párroco de la Iglesia anglicana.

Su padre, el reverendo Shapurji Edalji, había nacido en Bombay, en el seno de una familia parsi**[19]**. No era más que un hombre de tez oscura. Nacido en torno a 1841, se había educado en Bombay y en Inglaterra; había escrito también algunos opúsculos eruditos sobre teología y lengua, como *Lectures on St. Paul’s Epistle to the Galatians* [*Comentarios a la Epístola de san Pablo a los gálatas*] (1879), y un diccionario gujarati—inglés. Se había trasladado a Inglaterra de joven y, en 1874, contrajo matrimonio con una dama escocesa, la señorita Charlotte Stoneman, hija del párroco de Shropshire. Tuvieron dos hijos, Horace y George, y una hija, Maud Evelyn. Horace llegaría a ser funcionario de Hacienda; George se haría abogado y, según un amigo de la familia, Maud «era muy aficionada a la botánica».

Antes de recalar en Wyrley en 1876, Edalji había prestado sus servicios en seis parroquias por toda Inglaterra, pero tener un vicario «negro», casado con una mujer blanca y con hijos mestizos, era sorprendente en una parroquia rural del inculto centro del país y habría de traer problemas. Porque, a fin de cuentas, la obligación de los ingleses era llevar el Evangelio a los negros, no que los negros fuesen a predicar a los ingleses. Pueden rastrearse parecidas actitudes en la época en la novela de Dorothy L. Sayers, *Unnatural Death* [*De muerte no natural*] (1927), en la que uno de los personajes menores de la trama se refiere al reverendo Halleluja Dawson, un indio norteamericano, miembro de la Misión del Tabernáculo, con expresiones que ahora no podrían

ponerse por escrito. Como podemos constatar en multitud de libros del momento, el antisemitismo y los prejuicios raciales eran lugares comunes en la sociedad respetable.

Unos años antes de aquella fecha, en la novela de John Buchan *Prester John* [*El preste John*] (1910), un puñado de mozos descubre a un clérigo de la Iglesia Africana Libre de Escocia desnudo en una playa cerca de su pueblo, armado con un cuchillo «invocando a Satán» en una noche casi de plenilunio, un momento propicio para los poseídos por el diablo. Poco antes, el hombre había dicho en un sermón una serie de «insensateces»: según él, en el futuro, los africanos estarían en disposición de enseñar algunas cosas a los ingleses en cuestión de civilización. Pero aquellos jóvenes sabían que «la Biblia dice que los hijos de Cam serán nuestros siervos». Son formas de hablar y de pensar que parecen un reflejo de las opiniones que tenían muchos de los habitantes de Great Wyrley.

En Wyrley, tanto a George como a su padre se los veía como «extranjeros». George era amable y complaciente, pero muy tímido; evitaba andar en compañía de nadie y daba largos paseos solitarios. Su físico poco común, con ojos saltones de miope cuando se fijaba en algo a la luz crepuscular, seguramente les parecería inquietante. No les costaba demasiado imaginárselo participando en siniestros rituales en luna llena. La señora Edalji era, sin duda, consciente de la influencia que ejercían los prejuicios raciales entre los parroquianos, y les decía a sus más allegados que no disponían de recursos económicos suficientes para hacer vida social en el condado. Si tal era el caso, ¿sería bien recibido su marido en los círculos en los que se movía la mayoría de los clérigos de la Iglesia oficial? El prejuicio no sólo estaba en los caseríos, sino también en las grandes mansiones de la campiña. Y como sabía la policía, anteriormente ya se habían producido incidentes, cuya importancia habría de reconocer Conan Doyle andando el tiempo, aunque ni siquiera figuraban entre las pruebas que se presentarían en el juicio. A ojos de la policía local, George Edalji era un hombre fichado.

George era abogado y ejercía en Birmingham. En Masón College (Universidad de Birmingham, en la actualidad) se había licenciado con honores, había ganado premios del Colegio de Abogados, y había escrito un manual muy conocido de derecho ferroviario (*Railway Law for the ‘Man in the Train’* [*Derecho ferroviario para el hombre que viaja en tren*], 1901). Aunque entonces era pobre y tenía que pedir dinero prestado, tenía por delante un brillante porvenir, que debió de exacerbar la inquina de los lugareños. Era un joven menudo, frágil y nervioso, que llevaba una vida

ordenada, y no fumaba ni bebía. Pero su aspecto singular le daba una expresión extraña, incluso siniestra.

Con aquellas tres cartas en mente (el 15 de julio se había recibido otra en la que se acusaba a Edalji), la policía fue a echar un vistazo a la casa parroquial de Wyrley, una enorme mansión que disponía de un vasto jardín. Otros agentes inspeccionaban caminos y senderos de la localidad; llegaron a ser tantos que, en ocasiones, las tareas las realizaban veinte hombres a la vez. El nombre de George quedó asociado con los delitos. Poco después de una de las atrocidades perpetradas, alguien ofreció una recompensa de veinticinco libras a cambio de información acerca del «autor de un supuesto rumor en el que se relacionaba al joven Edalji con el misterioso asesino de animales» (*Westminster Gazette*). ¡Aunque parezca increíble, una de las cartas estaba fechada en Wednesbury, un día en que George y su hermana, Maud, habían ido de excursión a Aberystwyth!

En la noche del lunes 17 de agosto, el sargento Thomas Parsons vio un poni en un prado, cerca de la Compañía Minera de Great Wyrley. Eran las once de la mañana y el animal parecía estar bien. Cayeron unos chubascos a eso de medianoche, aunque a veces llovía con ganas, hasta que el tiempo aclaró justo antes del amanecer. A las seis menos veinte de la mañana del 18, un joven llamado Henry Garrett, que iba a trabajar a la mina, se acercó al poni y vio que tenía un corte en la barriga causado por un objeto afilado. Más adelante Garrett declararía ante el tribunal: «Iba andando por aquel prado, al lado de la mina, cuando vi un poni bayo en uno de los linderos que daban al sendero. El caballo se me acercó y vi el corte que tenía en el costado, en el lado izquierdo, del que lentamente manaba un hilo de sangre. Le colgaba algo como una bola de grasa. Le conté a alguien lo que había visto. El poni se fue derecho hacia el cobertizo junto a otro caballo». Pero no lo habían despanzurrado. Era un buen corte, limpio, y poco profundo. Según la declaración de Henry Garrett, «la sangre goteaba en abundancia». Garrett dio la voz de alarma y, a las ocho y media, acudió la policía acompañada por el señor Lewis, el veterinario de la localidad. Según él, se trataba de una herida bastante reciente, infligida en las últimas seis horas. (Sin embargo, aún sangraba a las siete y media, por lo que es probable que los hechos se produjesen en algún momento de las dos horas anteriores porque, de haber pasado más tiempo, la herida habría comenzado a cerrarse).

Era el octavo incidente con un caballo o una res heridos, y las cosas habían llegado demasiado lejos. A las órdenes del inspector Campbell, de Hednesford, la policía se dirigió en tromba a la casa parroquial, adonde

llegaron a eso de las ocho menos cuarto. Para entonces, George Edalji ya iba camino de Birmingham. (En una de las cartas se decía: «El señor Edalji le comento a Brum […] que qué hacían tantos detectives por allí, y le dijo que creía que iban a cargarse unas cuantas vacas a plena luz del día, en vez de hacerlo por la noche»).

La señora Edalji y su hija estaban desayunando. En cuanto reconocieron la sombra de los cascos de la policía, que se recortaba contra los cristales coloreados de la puerta del vestíbulo, supieron que algo malo pasaba. El inspector Campbell le explicó lo ocurrido, dijo que quería ver la ropa de su hijo y preguntó si tenían armas en casa. La señora Edalji les llevó las prendas; por su parte, ellos encontraron un par de botas manchadas de barro negro. Lo más parecido a un cuchillo que pudo darles la señora Edalji fue una escarda de las que se usan en botánica. Tras una investigación más a fondo, encontraron un estuche con dos navajas de afeitar, ambas todavía húmedas; en una de ellas se apreciaba una mancha oscura. Los bajos de los pantalones de estameña azul de George estaban manchados de barro. La policía halló también una vieja bata de andar por casa en la que se observaban unas manchas de color algo oscuro, quizá sangre, así como otras manchas blanquecinas, quizá saliva del caballo.

—Esta bata está empapada —observó el inspector Campbell.

El párroco, que ya había bajado del dormitorio, la tocó, pero estaba seca. Había también pelos de caballo en ella, según Campbell. El clérigo la acercó a la ventana, pero no vio ni uno. La extendieron encima de la mesa y el oficial señaló uno con el dedo. No era un pelo, sino un hilo suelto de fábrica, observó la familia. Sin embargo, le dieron permiso a Campbell para que se llevase la bata. Mientras tanto, el desventurado poni estaba ya fuera de peligro, gracias al mozo de cuadra de la compañía minera. Éste le quitó además un trozo de la parte interna donde el animal había recibido la cuchillada y lo llevó a comisaría. Cuando el médico de la policía, un facultativo de la localidad, el doctor John Kerr Butter, examinó la bata a las nueve de la noche había pelos en la prenda. Recogió en total veintinueve pelos de la bata y cinco del chaleco. «Comparé los pelos que había retirado de la bata y del chaleco con pelos de la zona acuchillada del animal y, al microscopio, descubrí que eran idénticos en longitud, color y estructura…». Sus afirmaciones no resultaron tan precisas en cuanto a las manchas. Las de la navaja de afeitar eran de óxido; las manchas blancuzcas de la bata eran de almidón, y había también manchas de comida. En dos de las manchas de los puños encontró glóbulos de sangre similares a la sangre de un mamífero, pero no eran recientes, y lo

mismo podían proceder del poni que de una carne poco hecha. La bota del pie izquierdo estaba desgastada, y Campbell recordó que habían observado una huella semejante en el campo. Pero nadie la había señalizado ni medido, ni resguardado como Dios manda. (La policía no parecía compartir la opinión de Sherlock Holmes sobre la importancia esencial que puede tener una huella). Por otra parte, una multitud de curiosos morbosos había hollado aquellos parajes por la mañana, y poco sentido tenía ponerse a buscar la dichosa huella. Campbell no dijo nada de esta huella hasta el final del juicio.

En torno a las once de la mañana del 18 de agosto detuvieron a George Edalji en su despacho de Birmingham. Le hicieron la consabida advertencia de que podía permanecer en silencio, y que cualquier cosa que dijese podría ser utilizada como prueba en su contra. Camino de la estación, el detenido afirmó: «No me sor prende; lo esperaba desde hace algún tiempo». La policía tomó nota de aquella aseveración y, durante el juicio, se aseguró que había sido un desahogo por su mala conciencia. Ya en la estación, le pidieron que los informase de dónde había estado durante el anochecer y la noche del día anterior. A lo que respondió con toda franqueza que «había salido a dar un paseo».

Había regresado de la oficina a la misma hora de todos los días, en torno a las seis y media de la tarde. Estuvo trabajando un rato en casa y, más tarde, fue dando un paseo por el camino principal hasta la zapatería del señor Hand, en Bridgestone, donde se quedó un rato, hasta las ocho y media. Llevaba puesta la chaqueta azul de estameña, extremo que fue confirmado por John Hand. Como la cena no estaría lista hasta una hora más tarde, Edalji se fue a dar una vuelta. Aunque había llovido durante el día, a esa hora ya había parado. Tal y como Doyle observó, eso explicaba la presencia de barro en su ropa, un barro negruzco que le había salpicado por el camino. El barro del prado donde habían agredido al poni era amarillo y arcilloso. Regresó a la casa parroquial, cenó y se metió en la cama, en la misma habitación que su padre (lo mismo que llevaba haciendo los últimos diecisiete años). La hija de los Edalji era de salud quebradiza, y su madre dormía en la misma habitación que ella, por si sufría una crisis durante la noche. George salió del dormitorio hasta las siete menos veinte de la mañana del día siguiente, extremo que confirmó su padre. Había sido una mala noche, con lluvia y viento; había sufrido un ataque de lumbalgia y no había pegado ojo en toda la noche. Aun así, como tenía el sueño ligero y la puerta estaba cerrada con llave, si su hijo hubiera salido del dormitorio, él se habría dado cuenta.

Al día siguiente y el lunes de la semana entrante se celebró una vista preliminar ante los jueces de instrucción de la localidad. Hubo una exposición de las pruebas de que se disponía y la policía procedió a acusar formalmente a George Edalji. La vista del juicio ante los jueces de paz del condado quedó fijada para el 4 de septiembre.

«No me impondrán una fianza —le dijo Edalji al jefe de policía Meredith — y, cuando aparezca muerto otro caballo, no seré yo quien lo haya hecho». El 21 de septiembre fue agredido otro caballo; la policía insinuó que era obra de un miembro de la banda de Wyrley, amigo de Edalji. El caballo pertenecía a Harry Green, hijo de un agricultor de la localidad, y estaba valorado en tres libras. La policía interrogó a Green, quien firmó una declaración en la que confesaba haber dado muerte al caballo. Una semana o dos más tarde, tras hacerse con un pasaje para Sudáfrica, se desdijo de la «confesión» y declaró que se había visto forzado por presiones de la policía.

Tras la detención de Edalji, se desbordó la ira de los lugareños. La policía tuvo que conducirlo en coche cerrado hasta el tribunal de Cannock en medio de una muchedumbre que no dejaba de vociferar. La multitud se abalanzó contra el carruaje, y hasta arrancaron los pernios de una de las portezuelas.

El juicio de George Edalji se inició en el juzgado de paz del condado de Staffordshire, presidido por el vicepresidente del tribunal, un juez de escasa experiencia. En puridad debería haberse celebrado, no ante los jueces de paz de aquellos parajes, sino ante un magistrado de la jurisdicción penal. La fiscalía, por su parte, había preparado una nueva estrategia de ataque.

En el juzgado de paz, la policía había insinuado que el delito había sido perpetrado por Edalji, mientras «estaba dando un paseo», entre las ocho de la tarde y las nueve y media de la noche de aquel día. Aquello no les fue de gran ayuda para el caso, porque había testigos que habían visto al acusado en otros lugares, como el zapatero. Además, a las once y media de la noche, el poni se encontraba en perfecto estado. Si lo hubieran atacado a esas horas, lo habrían encontrado muerto y no sangrando todavía a la mañana siguiente. Se aventuró entonces una nueva hipótesis: afirmaron que Edalji había salido de su casa entre las dos y las tres de la mañana, sin que su padre ni ningún retén policial de los que estaban de guardia se diesen cuenta; que había ido andando hasta el prado siguiendo las vías del tren, que había mutilado al poni y había regresado a campo traviesa por un camino diferente y más largo.

¿Alguien vigilaba la casa parroquial aquella noche? No exactamente, afirmó el sargento Robinson; la noche anterior se habían asignado seis hombres a la tarea, pero en la noche de autos sólo se había dado una orden

preventiva y no se había tomado ninguna precaución extraordinaria. (Fueren cuales fueren las cautelas adoptadas, en la casa nadie sabía que la policía rondaba por allí).

A pesar de la escasa profesionalidad con que la policía la había manejado, la prueba de las huellas del calzado causó impresión en el jurado; según el inspector Campbell, las habían medido «con una paja y con un palo».

Pero la prueba fundamental era la derivada de las cartas anónimas. Un calígrafo experimentado, el señor Thomas Henry Gurrin, declaró que, en su opinión, George Edalji era autor de aquellas cartas en las que se acusaba a sí mismo de mutilar al ganado. (El prestigio del señor Gurrin atravesaba sus horas más bajas; en 1896 había intervenido en el caso de Adolph Beck; como consecuencia de su declaración, Beck fue declarado culpable; pero en abril de 1904 quedó absuelto de todos los cargos.[20]) La defensa no se esmeró mucho en rebatir su declaración. Convencido de que se trataba de un caso sin ningún fundamento, de que no se sostenía, el abogado de Edalji no lo había preparado a fondo y carecía de especialistas a quienes recurrir. La policía sí que los tenía entrenados para saber lo que tenían que decir y, como suele ocurrir, los testimonios que ofrecieron resultaron creíbles porque los avalaba la policía.

El jurado declaró a Edalji culpable; el juez, tras destacar la procedencia de haber celebrado el juicio en Cannock (cuyos habitantes estaban encolerizados) en lugar de en Londres (donde se podría haber abordado el asunto de una forma más neutral), lo condenó a siete años de trabajos forzados. «¡Que Dios se apiade de nosotros!», gritó la madre, presa de un ataque de nervios, en medio de la sala.

Consultado más tarde por el Ministerio del Interior, el vicepresidente del juzgado de paz afirmó que tanto él como los otros jueces pensaban que el veredicto de culpabilidad era correcto. Sin embargo, para John Cuming Walters, influyente director del *Manchester City News*, no cabía duda de que Edalji había sido condenado de antemano, a pesar de que no se hubiesen presentado contra él ni trazas de algo parecido a una prueba de cargo. En su opinión, los jueces de Staffordshire habían aplicado el principio de «más vale colgar a un tipo, aunque nos equivoquemos, que no colgar a nadie».

El acuchillador de Wyrley estaba entre rejas. Sin olvidar que se había producido otro incidente similar mientras Edalji estaba a la espera del juicio, otro más en noviembre y una carta posterior a tales sucesos. Pero las autoridades estaban convencidas de que no eran sino cortinas de humo tendidas por la «banda de Wyrley» para enmarañar las cosas.

Conan Doyle entra en liza

Tal era la situación a principios de 1907 cuando Doyle leyó la carta de Edalji y los detalles del caso en los recortes del periódico de Birmingham *The Umpire*. «A medida que iba leyendo, el inconfundible aroma de la verdad me llamó poderosamente la atención, y caí en la cuenta de las dimensiones de aquella espantosa tragedia y de que tenía que hacer cuanto estuviera en mi mano para poner las cosas en su sitio».

Pero Edalji no estaba solo y también tenía amigos. En el momento en que se dictó la sentencia en su contra, diez mil personas, entre las que había que contar centenares de abogados, habían presentado una petición de indulto al Ministerio del Interior. En mayo de 1904 su padre hizo pública la correspondencia que había mantenido con el Ministerio del Interior, al que el caso le traía sin cuidado. El señor R. D. Yelverton, expresidente del Tribunal Supremo de las Bahamas, nunca había dejado de insistir en la falta de pruebas del caso y, en los últimos tiempos, había renovado sus ataques con la ayuda del señor Voules, director de la publicación radical *Truth*. Esto quizá contribuyera a que el Ministerio del Interior accediese a la puesta en libertad de Edalji en octubre de 1906. Pero ¿era inocente o culpable? En libertad condicional no podía ejercer su profesión; lo habían excluido de la lista de abogados en ejercicio y trabajaba como pasante. Daba la sensación de que el eco de las protestas sólo hubiera conseguido que las autoridades del condado se mostrasen más convencidas que nunca de su culpabilidad.

Conan Doyle dio con la forma de ponerse en contacto con Edalji, en Londres, a principios de 1907. Se citaron en el vestíbulo del Grand Hotel, en Charing Cross. Doyle llegó tarde. En cuanto entró reconoció al hombre de tez oscura. Edalji estaba leyendo un periódico para matar el tiempo y lo tenía casi pegado a la cara. Sorprendido, Doyle cayó en la cuenta de que debía de estar casi ciego.

Nada más presentarse, le preguntó:

—¿Padece usted de astigmatismo?

—Así es —admitió Edalji. Nunca había podido ponerse gafas, porque ni las lentes más resistentes eran capaces de corregir el defecto de sus globos oculares.

—Supongo que tal circunstancia saldría a relucir durante el juicio.

Edalji había pensado en llamar a declarar a un oculista, pero su abogado estaba tan convencido de la «falta de pruebas» en su caso que había dicho que no merecía la pena molestar a nadie.

Recordando todo lo que había leído del caso, Doyle se percató de que era imposible que aquel joven hubiese podido ver algo en la oscuridad. Sin embargo, tenía que comprobarlo para estar completamente seguro. Le dijo a Edalji que fuera a ver al señor Kenneth Scott, uno de los mejores especialistas en oftalmología. Scott descubrió que Edalji tenía miopía, ocho dioptrías; estaba peor de lo que Doyle, también oftalmólogo, había pensado. Para entonces, éste ya se había puesto en contacto con el reverendo Shapurji Edalji, y se las había ingeniado para darse una vuelta por Wyrley, ver la casa parroquial y los lugares en los que se habían cometido los delitos. Todas sus sospechas quedaron confirmadas con lo que observó en aquellos parajes: «Lo que me indignó de verdad y me animó para seguir adelante fue la increíble impotencia en que se encontraban aquellas personas dejadas de las manos de Dios: la extraña posición que ostentaba aquel clérigo de color, el coraje de su esposa, de cabellos canos y ojos azules, y la hija, acosados por patanes, y la policía que, en lugar de actuar como una barrera defensiva, se dirigía a ellos en el más acerbo de los tonos y los acusaba, más allá del sentido común, de ser los causantes de los malos ratos que estaban pasando y de ser los únicos responsables de que los mirasen mal y echasen pestes de ellos».

Por lo menos Doyle estuvo en la casa parroquial, más de lo que el jefe de la policía había hecho. Llegó a la hora del desayuno y, mientras lo tomaban, comenzó a atar cabos sobre cómo se había desencadenado el caso, lo que se ocultaba tras la acusación o, mejor dicho, tras la persecución.

Los Edalji se habían casado en junio de 1874. George había nacido en 1876. Shapurji se había hecho cargo de la parroquia de un tío de su mujer, que había ejercido allí su ministerio muchos años. Según afirmaba John Cuming Walters en el *Manchester City News*: «Se encontraba en una aldea minera un lauto peculiar, en los linderos de Cannock Chase, cuyos habitantes eran antiguas familias que no tenían relación alguna con las localidades vecinas. Aunque la mayoría de los varones trabajaba en la mina, en la localidad residía también un grupo de gitanos. Una localidad huraña donde las haya, se mire como se mire». Luego añadía que Edalji «un caballero de aspecto patriarcal», y su esposa destacaban por su bondad y las obras de caridad que llevaban a cabo. Entre 1876 y 1888, nadie se metió con ellos en Wyrley. Pero aquel último año aparecieron unas cuantas pintadas obscenas en fachadas del pueblo en las que se atacaba a aquella familia. Se interrogó a una antigua sirvienta, a la que habían despedido por haber cometido una falta, pero no llegaron a acusarla de nada por falta de pruebas. Aunque la muchacha se fue de Great Wyrley, no por eso dejaron los Edalji de recibir diferentes mensajes,

escritos por una mano distinta, en forma de notas que les arrojaban por la ventana. En las tiendas de la localidad se hacían encargos falsos, como si hubieran sido los Edalji quienes los habían solicitado.

El momento culminante fue entre 1892 y 1895. En los periódicos del condado comenzaron a aparecer cartas sobre asuntos controvertidos que llevaban la firma de Shapurji Edalji, pero que él no había escrito. Otras personas que no vivían en el pueblo, como el director del instituto de Walsall, también recibieron misivas, siempre dirigidas contra el reverendo Shapurji y su familia. Más tarde, ésta también habría de soportar bromas pesadas. Se publicaron anuncios falsos con la firma del párroco. Se enviaron tarjetas postales a otros clérigos; en Essex, por ejemplo, uno de ellos recibió una postal firmada simplemente por S. Edalji.

> A menos que se disculpe cuanto antes y por telegrama de las insinuaciones que hace en sus sermones sobre mi castidad, me veré obligado a contar los casos de adulterio y estupro en los qué está usted envuelto.

Les arrojaron basura por el césped, alrededor de la casa parroquial; otra vez se encontraron en los escalones que llevaban a la casa con una enorme llave, robada del instituto de Walsall. El responsable de la policía de Staffordshire, el honorable capitán George Alexander Anson acusó a George de haber cometido el robo. Estaba convencido de que éste acabaría dando con sus huesos en la cárcel.

Al párroco no le quedó otro remedio que hablar del acoso a que se veían sometidos ante un público más amplio, y en agosto de 1895 se decidió a escribir a *The Times* y a otros periódicos de circulación nacional. Aunque bien podría haber sido un documento esencial de los delitos que siguieron produciéndose en la zona de Wyrley hasta 1934, creo que, hasta este momento, esta carta no se ha reproducido nunca:

Un llamativo engaño

> Señor director de *The Times*.
> Muy señor mío:

Una persona a la que no tengo el gusto de conocer ha enviado a lo largo de los tres últimos años, y aún sigue haciéndolo, un gran número de cartas y tarjetas postales firmadas con mi nombre, dirigidas a clérigos, abogados, detectives, directores de periódicos y comerciantes en general, en las que se les pide que, en mi nombre, lleven a cabo una serie de cosas. Dicha persona ha imitado mi firma, mi caligrafía y hasta mi forma de redactar, con el objeto de que todo el mundo piense que tales escritos han salido de mi mano. Ha habido clérigos a los que se les rogaba que vinieran a esta localidad a celebrar mis exequias o a visitar a algún moribundo que, al parecer, deseaba verlos antes de fallecer. A los abogados se les comunica que, si acuden a mí sin tardanza, obtendrán determinada información que les resultará muy valiosa. Lo mismo ocurre con los detectives, a los que se les insta a visitarme, porque deseo que se hagan cargo de algún asunto secreto y delicado. A directores de periódicos de todo el país se les pide que inserten en sus publicaciones anuncios de nacimientos, bodas y otros acontecimientos sin que éstos se hayan producido. A tenderos de uno y otro ramo se les encarga que manden a mi casa vinos, bebidas alcohólicas, medicinas, libros, muebles, ropa, instrumentos musicales y una infinidad de cosas más. En la mayoría de los casos se han atendido las peticiones que se formulaban en esos escritos falsificados, y las personas a quienes iban dirigidas han venido a verme en persona o me han hecho llegar los encargos pedidos, lo que les ha supuesto innumerables e innecesarios trastornos y gastos. Por lo visto, la persona que se dedica a tan diabólico menester no tiene en cuenta ni el momento ni las circunstancias ni los intereses de nadie. Tan sólo parece perseguir la forma de dar cumplimiento a sus caprichos, por diversión o por deseo de venganza.

En consecuencia, ruego que nadie acepte, sin hacer las averiguaciones pertinentes, cualesquiera cartas o tarjetas postales que pueda recibir en las que figuren mi nombre y dirección. En vista de que tales mensajes falsos se envían en cualquier momento y a cualquier parte del Reino Unido, incluida Irlanda, no sería un flaco favor el que los directores de

periódicos del país podrían hacer al público en general, y a mí en particular, al reproducir esta carta en sus columnas o advertir a sus lectores del modo que juzguen más conveniente de semejante tergiversación.

Atentamente,

S. Edalji, párroco de Great Wyrley
14 de agosto, parroquia de Great Wyrley, Walsall.

Tan llamativas mistificaciones continuaron aún tres años. La policía estaba convencida de que el responsable era el joven George Edalji, circunstancia ésta que, según su padre, carecía de sentido, porque su hijo estaba con él cuando les colaban las cartas por debajo de la puerta.

Pero el capitán Anson, hermano de *lord* Lichfield, principal terrateniente del condado, y miembro de una familia que relacionada con las más altas instancias del reino, no transigía. Era un hombre convencido de la solidez de sus opiniones, y en sus últimos años gustaría de ponerlas de manifiesto en círculos más amplios. No prestaba especial atención a los «negros». Y en cuanto a la llave —George fue a la escuela en Rugeley, pero no asistió al instituto—, Anson escribió: «Le aseguro que no pienso prestar ninguna credibilidad a cualquier alegación de ignorancia que su hijo pueda formular respecto a esa llave». Más tarde, se permitió comentar que confiaba en que al culpable «le cayesen unos cuantos años de trabajos forzados».

En diciembre de 1895 apareció un falso anuncio en un periódico de Blackpool, firmado por S. Edalji y, a partir de aquel momento, se interrumpió la cadena. El silencio, la tranquilidad y el sosiego volvieron a reinar en Wyrley. Un silencio que habría de durar siete años hasta que, en febrero de 1903, empezaron a acuchillar animales.

Este tremendo historial de acoso, al que para nada se aludió durante el juicio, situaba la actuación de la policía y las propias evisceraciones en una perspectiva muy diferente. Durante casi veinte años, aquella reducida familia había sido objeto de crueles injurias, sin que la policía hubiese hecho algo, por no decir nada, para aclararlas.

Doyle inspeccionó el camino que supuestamente había seguido George. Para llegar desde casa al prado en el que se había producido el último acuchillamiento, cerca de la mina, habría tenido que cruzar, a lo ancho, los raíles de la línea de la Compañía de Ferrocarriles de Londres y el Noroeste, un montón de vías, cables y otros obstáculos, protegidos por espesos setos a ambos lados. «Ni siquiera a mí, que soy fuerte y estoy en buena forma, me

resultó fácil cruzarlos a plena luz del día». Tero, además, al salir de la casa parroquial, uno tenía que atravesar un oscuro y sucio tramo de escalones empinados y un túnel. En cuanto a los campos, ¿cómo se las habría ingeniado un joven casi ciego para orientarse en una zona que no conocía? Y la idea de Edalji atacando un caballo era sencillamente ridícula.

A su regreso a Londres, Doyle escribió una serie de artículos sobre el caso, que publicó en *The Daily Telegraph* libres de derechos de autor. En consecuencia, fueron reproducidos en muchos periódicos, incluso en Estados Unidos, y, más adelante, aparecerían reunidos en un folleto. Los artículos causaron auténtica sensación. Otras personas se habían manifestado a favor de Edalji. Pero, en este caso, se trataba de Conan Doyle, el creador de Sherlock Holmes, un héroe nacional. Y al Ministerio del Interior no le quedó otro remedio que prestarle atención.

Examinó sin descanso todas las pruebas de cargo que se habían presentado contra Edalji hasta desbaratar el caso tal como había sido presentado por la policía y sacando a la luz los innumerables prejuicios raciales que en él concurrían. Quiza los incultos habitantes de la localidad tenían excusa, pero no había ningún atenuante que pudiese justificar la actitud del honorable capitán George Anson, que había transmitido todos sus prejuicios a la propia policía.

Era un caso Dreyfus, pero en Inglaterra. Tanto el militar francés como Edalji eran jóvenes que descollaban en sus respectivas profesiones, cuyas carreras quedaron truncadas a raíz de unas pruebas escritas a mano; el primero era judío; el otro, parsi. El caso Dreyfus había escandalizado a Francia. ¿Qué tenía que decir Inglaterra del caso Edalji? Había que encontrar una explicación también para la actitud del Ministerio del Interior. El señor Yelverton le había hecho llegar las pruebas de que disponía; pero ¿qué hicieron ellos? Evidentemente, se llevaron un buen susto y trataron de llegar a un compromiso. Después de tres años en la cárcel permitieron a George Edalji abandonar la prisión. ¿Quién había tomado la decisión de que era un hombre libre, pero no por eso inocente? Era una pregunta a la que había que dar una respuesta.

> Pero nos dan con la puerta en las narices. Por eso nos dirigimos al tribunal supremo, una instancia que nunca yerra cuando se le presentan los hechos tal como son, y preguntamos al pueblo de Gran Bretaña si esta situación debe seguir así.

La polémica estalló de inmediato y adquirió enormes dimensiones. Conan Doyle obtuvo el apoyo de Churton Collins, su amigo del Club de los Crímenes, quien puso en pie de guerra a la Universidad de Birmingham. Tampoco le faltó el del muy honorable *sir* George Cornewall Lewis, el más eminente abogado de la época, que había participado en innumerables y muy famosos casos, el cual no dejó de ayudar a Edalji, utilizando su discreta influencia «por los despachos».

El Ministerio del Interior no se tomó gran interés en ofrecer una explicación, pero su titular, el señor Herbert Gladstone (hijo del que fuera primer ministro) tuvo a bien aceptar que se reabriese el caso. En aquellos tiempos no existía el Tribunal de Apelación. Como no había mecanismos jurídicos para proceder a un nuevo juicio, se contentó con designar una comisión, compuesta por *sir* Arthur Wilson, el muy honorable John Lloyd Wharton y *sir* Albert De Rutzen (pariente de Anson, por otra parte). La comisión hizo público su informe en mayo de 1907, declarando su desacuerdo con el veredicto emitido por el jurado. Su conclusión era que George Edalji había sido declarado culpable por error. Por otra parte, en un desesperado intento por salvar el tipo, la comisión insistía en que Edalji era el autor de aquellas cartas. «Aun en el supuesto de que sea inocente —concluía el informe— no es ajeno en cierto modo a las complicaciones en las que se ha visto envuelto». Es decir que, como afirmaba John Walters por entonces, Edalji era «probablemente» culpable de algo más por lo que no se le había llevado ajuicio; por eso se le concedió la gracia del indulto por lo que había hecho, pero se le negó toda indemnización, por ser el autor, «probablemente», de ese otro asunto por el que no había sido condenado. Había estado recluido tres años sin motivo, y ahora le decían que tampoco se merecía el perdón. La comisión, no obstante, hubo de admitir que la policía había centrado sus averiguaciones no en la investigación del caso, sino en la acumulación de «pruebas» contra Edalji, convencida de su culpabilidad, lo cual iba en contra de los principios que inspiran el derecho británico.

George Edalji fue, pues, indultado, pero sin indemnización por los tres años que había pasado en presidio. En cambio, en 1907 el capitán Anson fue nombrado miembro de la Orden Real Victoriana, una orden de la nobleza, como muestra de reconocimiento del rey y del Gobierno. No había mejor modo de poner de manifiesto la opinión que el caso Edalji merecía a ojos de los grandes del reino.

Esta componenda fue, sin embargo, bien recibida. A propuesta de *sir* George Lewis, el Colegio de Abogados admitió de nuevo a Edalji. Y *The*

Daily Telegraph llegó a recaudar trescientas libras en su nombre, que él entregó a una tía suya que se había hecho cargo de las costas de su defensa.

Conan Doyle tronaba contra el Ministerio del Interior. Los funcionarios le remitieron al informe emitido por la comisión y el caso estaba cerrado. Él no podía ver las cosas de la misma manera, porque no se había hecho justicia. Y redactó otro artículo para *The Daily Telegraph* titulado «¿Quién escribió las cartas?». La respuesta no la hallaría sino tras una incansable labor detectivesca entre enero y agosto de 1907.

¿El verdadero culpable?

Conan Doyle escribiría más adelante:

> Hasta ahora, mi trabajo ha rendido sus frutos. Porque, desde aquella visita indagatoria que hice a Wirley, no dejaba de atormentarme la idea de que había dado con una pista muy segura acerca del autor —o, más bien, autores— de las cartas, así como descubierto la identidad del eviscerador, aunque también este término debería figurar en plural.
>
> Al caer en la cuenta de que se trataba de hechos muy enrevesados, y de que tenía que vérmelas con personas que, además de delincuentes, estaban trastornadas, se despertó mi interés.
>
> Entonces, fue él quien comenzó a recibir cartas, y en el Ministerio del Interior aún se mostraron más convencidos de que Edalji era el autor de todas ellas. Doyle llegó a pensar que aquellos burócratas estaban locos. Las cartas lo ponían tras la pista del culpable; pero, antes de reunir todas las pruebas, puso en conocimiento de la policía y del Ministerio del Interior todo lo que sabía, para que quedasen bien claras su buena disposición y su voluntad de cooperación. Pero no fue eso lo que consiguió, sino más bien lo contrario.
>
> La labor detectivesca desarrollada por Doyle había sido absorbente. El 27 de mayo de 1907 escribía a su madre: «Todas mis energías las he dedicado a la captura y desenmascaramiento de los verdaderos delincuentes. Se trata de tres jóvenes hermanos (uno de ellos ya fallecido), que se apellidan Sharp.

> Las pruebas de que dispongo contra ellos son muy esclarecedoras, pero tengo abiertas cinco líneas distintas de investigación, gracias a las cuales confío en que resulten abrumadoras. Como se desprende de las cartas, se trata de hombres de un nivel cultural aceptable».
>
> Cómo había conseguido identificar a los culpables fue el fruto de una peripecia propiamente sherlockiana. En una de las cartas que había recibido encontró una referencia despectiva al director del instituto de Walsall: «… y tú, maldito tonto, no sabes que él estaba en el instituto con aquellos impresentables Greatorex, Will y Anthony, a quienes odiaba como a un nublado. No había forma de estudiar en Walsall cuando dirigía el instituto aquel maldito canalla de Aldis. Pasó lo suyo cuando los mandamases recibieron las cartas que hablaban de él. Ja, ja». El apellido Edalji aparecía una y otra vez. «La prueba de que todo esto es cierto la tienes en lo que escribió en los periódicos, cuando lo soltaron de la cárcel, de donde nunca tendría que haber salido, junto con su padre y todos esos judíos de rostros negros y amarillos… Nadie podría imitar esa forma de escribir, maldito idiota».

Impaciente, Doyle guardó esas cartas injuriosas. Sin duda su autor era un demente que necesitaba tratamiento. Pero adjuntó todas y cada una de ellas al expediente en el que conservaba las pruebas desde hacía diez años.

> Fijándome en la caligrafía, llegué a una conclusión: que las cartas anónimas enviadas entre 1892 y 1895 eran obra de dos personas, una de ellas un hombre medianamente culto, y la otra un muchacho deslenguado y medio analfabeto que, para entonces, ya debía de tener veintitantos años. Pruebas encontradas posteriormente me llevan a afirmar que ese deslenguado no sólo escribió las cartas, sino que fue el autor de los acuchillamientos.
>
> Pero afirmar una cosa así es como comenzar la casa por el tejado. Empecemos, pues, por el principio. Consideremos los hechos del misterio de Wyrley tal como se nos han contado, y veamos a qué conclusiones nos conducen.
>
> En primer lugar, salta a la vista algo tan evidente que me sorprende que nadie haya reparado en ello. Me refiero al

larguísimo período de tiempo que discurre entre los dos envíos de cartas. Hasta finales de diciembre de 1895 las cartas están plagadas de chascarrillos infantiles. A continuación y durante siete años nadie recibe ningún escrito vejatorio. Lo que me lleva a pensar que su autor había cambiado, de la noche a la mañana, tanto de forma de ser como de costumbres, para volver a caer en lo mismo y con idénticas malas intenciones en 1903. Esto me indica que se produjo una ausencia, que quien fuese había estado fuera del país durante ese tiempo.

Pero ¿dónde? Echemos un vistazo a la primera carta de comienzos de 1903. En el texto, el autor hace no menos de tres elogiosas referencias al mar. Insiste en la importancia de que, en el mar, se aprende a vivir; no piensa en otra cosa. Si a esto sumamos la larga ausencia, ¿cabría imaginar que hubiese embarcado y que acabase de regresar?

Recordemos también que la última broma pesada contra los Edalji, en 1895, consistió en un falso anuncio publicado en un periódico de Blackpool. Quizá no se trate más que de una coincidencia: cualquiera puede ir a pasar un día a Blackpool; pero es también el lugar de recreo más cercano a Liverpool, y puerto de mar.

Pero sigamos adelante con este razonamiento, y recurramos a esta línea de investigación como hipótesis de trabajo. ¿Cuál sería el primer lugar al que tendríamos que ir, caso de que quisiéramos encontrar algún dato de nuestro hipotético personaje? ¡Está claro que a los archivos del instituto de Walsall!

Sin duda que el instituto de Walsall es el punto de conexión que nos permite establecer una relación entre los dos conjuntos de cartas. En el grupo A se vierten afirmaciones difamatorias contra el director del establecimiento en aquella época. Es el momento en que aparece una enorme llave, procedente del instituto de Walsall, en los escalones que conducen a casa de los Edalji. En el grupo B la firma falsa que se observa en las cartas es la de un alumno de Walsall. En 1907 yo mismo recibí una carta con desvarios impertinentes contra quien fuera director de aquel establecimiento escolar hace quince años.

> Los primeros pasos de mi investigación me llevaron a Walsall. Tenía que investigar si, a principios de la década de 1890, había sido alumno de aquel instituto un muchacho que: a) guardase un rencor especial al director; b) fuera de natural depravado, y c), más tarde se hubiera enrolado en un barco. Eso fue lo que hice, y hallé el rastro del hombre que andaba buscando a la primera.

Durante la visita que hizo a Walsall, Doyle tuvo una conversación con el antiguo director del instituto, el señor J. A. Adlis. Por primera vez, salía a relucir un nombre: entre 1890 y 1892 había sido alumno del instituto un muchacho llamado Royden Sharp. El expediente escolar que el señor Aldis envió a Conan Doyle de aquel chico era malo.

- Navidades de 1890. Nivel I. Vigésimo tercera evaluación de un total de veintitrés. Muy retrasado y lerdo.
- Pascua de 1891. Nivel I. Vigésima evaluación de un total de veinte. Indolente; no hace los deberes.
- Verano de 1891. Nivel I. Decimoctava evaluación de un total de dieciocho. Palmetazos por mal comportamiento en clase; masca tabaco, se inventa disculpas y pone motes…
- Navidades de 1891. Nivel I. Decimosexta evaluación de un total de dieciséis. Insuficiente; miente sin parar; siempre está quejándose de algo o provocando quejas. Pillado copiando, y frecuentes ausencias sin justificar.
- Pascua de 1892. Vago y revoltoso, palmetazos a diario, falsificó las notas de sus compañeros y mintió.
- Verano de 1892. Hizo novillos; carta falsificada con sus iniciales; dado de baja por su padre.

Doyle ya disponía de un nombre y se hacía una idea de cómo era aquel individuo. Se enteró de que a Royden le chiflaban los cuchillos, que destripaba los asientos del tren en el que iba al instituto y esparcía el relleno de crin de caballo por el suelo. Más de una vez su padre había tenido que pagar las reparaciones de las correas cortadas en las ventanillas de los vagones. Royden Sharp mostraba una profunda aversión a otro alumno de Walsall, Fred Brookes. También la familia Brookes (como los Edalji) había sido víctima de cartas odiosas entre 1892 y 1895.

Una vez que su padre lo sacó del instituto, Royden Sharp trabajó como aprendiz de un carnicero, donde le enseñaron a sacrificar y descuartizar

animales. Pero seguía siendo un muchacho problemático. A finales de 1895 lo enrolaron en un barco como grumete. El buque había zarpado de Liverpool, dato que Doyle confirmaría más tarde. A comienzos de 1903 Sharp regresó de la travesía y estuvo viviendo en Wyrley con su familia el año ni que se produjeron los ataques contra el ganado y los caballos. Doyle averiguó que, en 1902 y por un período de diez meses, Sharp había trabajado en un carguero dedicado al transporte de ganado con Irlanda. Sabía, pues, cómo acercarse y cómo tratar los animales, una situación inmejorable, como apuntaba Doyle, para un tipo que acuchillaba ganado: «Hagamos una comparación entre este individuo y el aplicado y cegato Edalji».

Aquel carguero de ganado le proporcionó la pista decisiva.

En las cartas también aparecía otro apellido, el de Greatorex. La familia de este muchacho proporcionó a Doyle una muestra de la caligrafía de Royden Sharp, una carta que le había escrito al joven Greatorex en 1901. Por otra parte, la señora Greatorex se acordaba de que una vez, en 1903, habían ido de visita a la casa de los Sharp, que daba a aquellos prados. Su marido y ella eran amigos de la familia desde hacía mucho tiempo. Por aquellas fechas la locura de las agresiones contra el ganado estaba en su punto máximo. La señora Greatorex estuvo charlando con Royden Sharp de los incidentes. El chaval pareció ganar confianza, sacó de un aparador una enorme lanceta para caballos y se la enseñó.

—Mire —le explicó, encantado—, con esto matan al ganado.

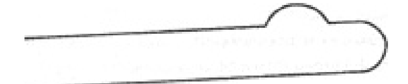
La señora Greatorex se llevó tal sorpresa que hasta se mareó un poco.

—Aparta eso de ahí —le dijo—: No pretenderás que piense que ese individuo eres tú, ¿verdad?

La lanceta acabó en manos de Conan Doyle. Nunca aclaró cómo la había conseguido, pero los lectores aficionados a Sherlock Holmes ya se imaginarán que idearía alguna astuta estratagema para hacerse con ella, probablemente a través de algún miembro de la familia Greatorex.

En el informe que posteriormente envió al Ministerio del Interior, Doyle hacía una descripción de las características de aquel instrumento.

> Las heridas que presentaban todos aquellos animales, hasta el 18 de agosto, tenían unas características muy especiales: cortes en la piel y en los músculos, pero sin penetrar hasta las entrañas. Caso de haberse utilizado cualquier otro instrumento cortante, la punta o el filo de dicho objeto habrían penetrado sin duda, en algunos casos, más profundamente. Tenga en cuenta

> que el perfil de este tipo de lancetas es como el que se muestra en este dibujo esquemático:
>
> 
>
> Se trata de un objeto punzante, con el que bien podrían llevarse a cabo algo más que cortes superficiales. Presento esta enorme lanceta, con la que Royden Sharp se hizo en aquel carguero de ganado, como el único objeto con el que pudieron cometerse desmanes como aquéllos.

A esto unió otra serie de pormenores. Pudo demostrar que John Sharp, el hermano mayor, había colaborado a la hora de escribir las cartas entre 1892 y 1895, y que, desde hacía mucho tiempo, la familia Edalji había sido el centro de sus antipatías. Había habido otro hermano, ya fallecido, pero John Sharp había estudiado arquitectura y luego emigrado a California. Precisamente desde una ciudad de California, donde vivía John Sharp, fue desde donde Doyle comenzó a recibir cartas indeseables, y escribió a la policía de la localidad para que investigase el asunto. Efectivamente, allí vivía un tal John Sharp, pero no se trataba del mismo John Sharp al que él se refería, sino de un desequilibrado que vivía en el mismo lugar. Convencido sólo a medias, a Doyle no le quedó más remedio que dar por buena la explicación.

De las muchas cartas y postales amenazantes que Doyle recibió, examinemos dos fragmentos de un par de ellas, fechadas en mayo de 1907:

> Hombres desesperados, que han jurado sobre la Biblia que le arrancarán el hígado y los riñones […], y otros que aseguran que su vida ha tocado a su fin. Sé por un detective de Scotland Yard que, si escribe a Gladstone y le dice que cree que, después de todo, Edalji es culpable, reconoce su equivocación y que no removerá nada más, le harán *lord* el año que viene. ¿No es mejor ostentar el título de *lord* a que le arranquen a uno el hígado y los riñones? Piense en todos esos asesinos sin sentimientos que lo han jurado. ¿Por qué habría de verse libre de ellos? […] Yo ya se lo he advertido […] Ojalá viva tranquilo el resto de sus días, y que esos demonios no le corten la lengua o las amígdalas…

Para insistir, el 27 de mayo de 1907:

> Confío en que no sufra ningún percance fatal, sino que viva lo bastante como para saber la verdad; pero no seré yo quien afirme que está usted a salvo, el día en que…

En enero de ese mismo año, a su vuelta de Wyrley, Doyle había escrito que seguía cinco líneas de investigación. Todas ellas se iban cerrando lentamente en torno a Royden Sharp y sus hermanos. Gracias a la familia Greatorex había obtenido muestras de la caligrafía de los Sharp, tanto de John, el arquitecto, como de Royden, el deslenguado. Sin descuidar la campaña en la prensa a lo largo de los meses de julio y agosto, Doyle le rogó al doctor Lindsay Johnson que las examinase. Johnson había sido citado a declarar por la defensa en el caso Dreyfus, y era una autoridad internacional en ese campo. Su método consistía en ampliar la escritura sobre una pantalla, de manera que salían a la luz hasta las más recónditas características: era incluso capaz de determinar si al autor le había temblado el pulso. Gracias al análisis de los textos llegó a la conclusión de que Royden Sharp era su autor principal, aunque había contado con la ayuda de su hermano.

Conan Doyle redactó un informe:

> Causa contra Royden Sharp por la comisión de estragos contra el ganado entre febrero y agosto de 1903, caso por el que George Edalji fue condenado a siete años de trabajos forzados por el tribunal de Stafford en noviembre de aquel año.
>
> Tengo la impresión —concluía el informe— de que se trata de un caso cerrado. Y si yo, un forastero en esa región, he sido capaz de conseguirlas, no me cabe ninguna duda de que, después de la detención, se habrían obtenido pruebas en su momento. El autor no parece que se molestara mucho en encubrir su delito, por lo que me parece increíble que haya sido difícil identificarlo como el responsable de los hechos.

Pero Doyle no había tenido en cuenta la casi universal aversión de los cuerpos de policía a reconocer que se han equivocado de individuo. Presentó su informe al Ministerio del Interior, y éste lo consultó con la policía de Staffordshire, es decir, con el honorable capitán George Anson. Tras dar por buenas las explicaciones aportadas por Anson, rechazaron el informe de Doyle, como era de esperar.

> Resulta difícil de creer —escribiría años más tarde— que, después de haber enviado aquella relación de hechos al Ministerio del Interior, se las compusiesen para presentar en la Cámara de los Comunes un dictamen jurídico oficial donde se afirmaba que no se trataba de un caso tan evidente. Al mismo tiempo, un alto funcionario del Gobierno (Herbert Gladstone) me decía: «Yo no veo mayores pruebas de cargo contra esos dos hermanos que contra mi hermano y yo». Tales extremos los he extraído del escrito que he presentado ante el Ministerio de Justicia, y que tengo a la vista a la hora en que escribo esto, es decir, que se trata de hechos que se ajustan por completo a la realidad.
>
> Recibí una carta de protesta, no exenta de ira, de la policía de Staffordshire, lamentando que hubiese atacado a ese pobre joven inocente, cuya identidad tan fácil habría sido de determinar. No sé qué habrá sido de Sharp ni cuántas condenas le habrán caído desde entonces, pero la última vez que tuve noticias de él, al condenarlo a seis meses de cárcel, el juez no dudó en afirmar que se trataba de un individuo muy peligroso, que ya había sido condenado por provocar un incendio, robar en tres ocasiones y causar estragos. Según su propia confesión, había robado de forma deliberada y cruel a su anciana madre, por lo que el juez no podía pasar por alto la gravedad del caso. Baste con este apunte por lo que se refiere al inofensivo joven al que yo había atacado.

Esto ocurría en 1924. Por lo que yo sé, Royden Sharp falleció algunos años más tarde y, desde luego, en 1933 ya había muerto. Nunca en su vida mencionó Conan Doyle el nombre de Royden Sharp en público. Pero sí que lo hizo el capitán George, en un folleto publicado en 1914, ¡en defensa de aquel joven que había sido difamado! El primer biógrafo de Conan Doyle, J. D. Carr, al igual que el propio Doyle, nunca llegó a ver aquella declaración de Anson, por lo que en su libro sigue recurriendo al seudónimo de «Peter Hudson». En 1964, apoyándose en las notas de Conan Doyle, Pierre Nordon hizo público su verdadero nombre al igual que puso de manifiesto la identidad del culpable. El poeta Roger Woddis también utilizó el apellido Sharp en una obra de teatro sobre el caso que se representó en el Victoria Theatre de Stoke—on—Trent, en 1971.

¿Y George Edalji? No recibió ninguna indemnización por aquellos tres años de reclusión. El 25 de noviembre de 1907, por orden del responsable del colegio, su nombre volvió a figurar en la lista de abogados en ejercicio. Se mudó a vivir a Londres y, entre 1907 y 1941, ejerció su profesión en Borough High Street, y entre 1941 y 1953, en Argyle Square y alrededores, en el centro de Londres. Falleció el 17 de junio de 1953, a la edad de ochenta y cinco años, en Welwyn Garden City, Hertfordshire, donde vivía con su hermana soltera, Maud, que seguiría sus pasos diez años más tarde.

Incluso en nuestros días, las actuaciones de la policía en el caso Edalji dejan un regusto amargo. No podía faltarles el apoyo del Ministerio del Interior y de los tribunales, siempre de la mano cuando se comete un error en la administración de justicia. Pero George Edalji tuvo más suerte que otros, ya que al final se hizo justicia y, gracias a Conan Doyle, se proclamó su inocencia y su nombre quedó limpio.

No se observan las cosas, sin embargo, bajo el mismo prisma en Staffordshire. Un historiador de ese condado, Michael Harley, de Walsall, se puso en contacto conmigo mientras llevaba a cabo mis investigaciones y me dijo que confiaba en llegar a demostrar que Edalji era culpable. Estaba plenamente convencido de que la policía, con su proverbial prudencia, detuvo al responsable. Creía que Conan Doyle se dejó llevar por su buena fe, y que el escurridizo George Edalji lo engañó.

Según Michael Harley en 1903 ya circulaban extraños rumores sobre Edalji, aunque jamás se mencionaron en la acusación que contra él se formuló ante el tribunal. A pesar de que sus amigos aseguraban que llevaba una vida intachable, que no bebía ni tampoco fumaba, era aficionado al juego, según un informe local. Andaba mal de dinero, había escrito cartas solicitando préstamos, y los ataques al ganado fueron consecuencia de una apuesta: había prometido que «sería capaz de liquidar» unos cuantos animales en un año. Michael Harley ha indagado de forma exhaustiva cómo era la vida diaria en aquella casa parroquial. Está seguro de que la familia cerró filas en torno a George, para así engañar a Conan Doyle. Parece que no se le haya pasado nada por alto, excepto lo del misterioso hermano mayor, Horace, que decía sentirse avergonzado por lo que había ocurrido en la casa parroquial.

¿Tiene todo esto algún viso de verosimilitud? Lo dudo. Los rumores en torno a Edalji bien pudieron ser fruto de una intoxicación policial. No hay ninguna prueba objetiva que apoye o sustente tales afirmaciones. En realidad nada podemos decir de la opinión de Conan Doyle de que Edalji estaba demasiado cegato para matar y mutilar animales en la oscuridad; tampoco de

esa pretendida afición al juego, a entablar apuestas con los lugareños; o de si sus necesidades de dinero sirven como explicación para las pruebas referidas a las primeras cartas injuriosas, las bromas a diario y el hecho de que aquellas salvajadas siguieran produciéndose hasta mucho después de que se mudara a Londres, pues de hecho continuaron hasta 1914. Si es un asunto que merece la pena que se reabra, el señor Harley va a tener que convencer a mucha gente cuando haga públicas las pruebas de las que dice disponer, y que no tuvo a bien exponerme. Aunque se había anunciado que el libro saldría publicado en Londres en 1992, aún no ha visto la luz. Otro escritor de la zona, Paul Lester, ha apoyado en parte las tesis contra Edalji.

Richard Whittington—Egan, quizá uno de los más distinguidos historiadores vivos de la historia del crimen en Inglaterra, se ocupó de editar en 1985 los artículos y cartas que Conan Doyle dedicó al asunto Edalji. Sus teorías del caso no acaban de convencerlo por completo. Está de acuerdo en la inocencia de Edalji, pero es también de la opinión de que los habitantes de la región bien habían podido imaginárselo como una especie de ogro.

> Hasta que, de pronto, se enteraron de que su ogro particular era un austero abogado. Es de suponer que tampoco los echase para atrás el rostro oscuro de su padre, Shapurji, cuando lo veían volver de sus obligaciones pastorales. Pero el capitán Anson no era un palurdo inocentón. Su idea inamovible de que el hijo del párroco era culpable debía de tener un fundamento sólido, algo más que chismorreos y calumnias. Conan Doyle no fue capaz de arrancarle a Anson esa ratio fundamental y, desde el principio, la defensa quedó viciada y hubo de limitar su actuación a un terreno ambiguo. Aunque no fuese una de las más brillantes actuaciones de Conan Doyle, nunca tendremos ocasión de contemplarlo vestido con una aureola tal de nobleza, luchando y sufriendo por lo que creía; falible, sí, pero impecable e imperturbable.

No creo que éste sea un buen argumento. Suscitar ambigüedad en torno al caso habría equivalido a suscitar una duda, algo que siempre habría favorecido a Edalji. Además, si se disponía de informaciones importantes sobre el joven, ¿por qué no se presentaron en el juicio si, como se supone, eran ésas las razones en las que la policía fundamentaba la acusación?

Lo cierto es que hay un aspecto del caso Edalji del que, hasta ahora, nunca se había hablado, y que arroja algo de luz sobre los motivos que llevaron a la

policía, con su jefe al frente, a mostrarse tan convencidos de la culpabilidad de Edalji: esa ratio fundamental, por decirlo de alguna manera, se deduce de una de las notas personales (hoy conservada, con los documentos de su etapa de gobierno, en la Biblioteca Británica) que Herbert Gladstone escribió la noche del 6 de junio de 1907.

> Secreto.
>
> Hoy he cenado con el señor Hazell, diputado de West Bromwhich. En confianza, me dijo que estaba de parte del señor Vachell en el caso Edalji. Tanto él como V. estaban convencidos de que E. había escrito dos cartas. Durante la celebración del juicio, un miembro de la familia E. —según él, el hermano de G. E.— les entregó una carta que había encontrado en uno de los cajones de G. E. Lo hizo para que dispusiesen de una muestra de la caligrafía de G. E., con la idea de que se requiriese a un especialista a fin de demostrar que la escritura era diferente de la que aparecía en las cartas anónimas; pero resultó que ambas eran coincidentes.
>
> Era una carta larga, de varias páginas. En ella había algunos trozos de papel rasgados con rabia.
>
> Iba dirigida a la sirvienta que había trabajado en la casa parroquial, y estaba plagada de expresiones irrepetibles. Le decía que dejase aquellos trozos de papel bajo el felpudo de la entrada y por toda la casa. En ellos había escritas expresiones injuriosas, como «maldito Edalji» y cosas por el estilo. La carta no había sido enviada. Vachell y él habían tomado la decisión de no decir nada, ya que habría sido muy perjudicial para el caso; prefirieron que pareciera que, por error, la carta se había quedado en el cajón. El señor H[azell] me dijo que, cuando conoció a Vachell en enero (¿o fue en febrero?), cuando habían comenzado a recibirse las cartas de Martin Moulton, V. le dijo: «Ya ha vuelto a las andadas», en clara referencia a G. E.

Gladstone anotó al final: «Hazell afirmó que nada podría haber sido más perjudicial que el contenido de aquella carta», pero pensaba que el fiscal «no habría obtenido un veredicto de culpabilidad gracias a esa prueba».

Digamos, antes de seguir adelante, que la carta llegó a manos de los abogados de Edalji, gracias a Horace Edalji, el hermano misterioso, y que nunca se demostró que tuviese nada que ver con George Edalji. Si Horace

hubiera tratado de poner a George en un compromiso con sus propios abogados, es casi seguro que también habría trasladado la información a la policía, que la habría utilizado como «fundamento» del caso, aunque no la presentase ante el tribunal. De ahí la sorprendente seguridad del jefe de la policía en la culpabilidad de George Edalji.

Si Royden Sharp era el verdadero responsable de las agresiones, como razonablemente parece ahora cierto, ¿acaso estaba implicado en ellas también Horace Edalji? ¿Era uno de los autores de las cartas que se enviaron a finales de 1890? Y, cuando la policía empezó a hacer averiguaciones, ¿trató de incriminar a George para que a él no le pasara nada? Que más tarde Horace se fuera de casa y cambiase de apellido nos lleva a pensar que se sentía culpable de algo. Durante el tiempo que duró la investigación, como señaló Conan Doyle, el capitán Anson jamás pasó por la casa parroquial para ver cómo estaban el vicario y su familia. Ahora están claras las razones que lo llevaron a actuar así. Su fuente de «información» era el inspector de la localidad, el señor Campbell, pero Anson no se atrevía a ir a ver al párroco por miedo de que, en el transcurso de la conversación, se le escapase que la policía se había enterado de todo gracias a Horace Edalji.

La divulgación de esta nota secreta arroja una luz aún más terrible sobre el asunto de Great Wyrley. George Edalji fue acusado y hostigado por la policía, basándose en una prueba secreta que le había proporcionado un testigo con el que nunca se produjo un careo, lo que contradice de forma flagrante el derecho consuetudinario británico y los más elementales principios de justicia natural. Conan Doyle estaba en lo cierto. El caso Edalji está todavía pendiente de solución.

Horace Edalji se hizo funcionario y trabajó como inspector de Hacienda en Escocia. En 1910 contrajo matrimonio en Hereford con Anne Gertrude Magee, una muchacha del Ulster. Tras adoptar el apellido de su mujer, se mudó como Horace Edward Magee a Belfast y, más tarde, a Dublín, donde vivió en la próspera barriada de Blackrock. Con el cambio de apellido, se apartó por completo de su familia. Falleció en una clínica de Dublín en 1953. Al final, se llevó a la tumba el verdadero secreto de lo ocurrido en la parroquia de Great Wyrley. Conan Doyle, por su parte, creía que a su hermano George jamás se le haría justicia.

Cuando Maud Edalji murió dejó por escrito en su testamento que cedía al Colegio de Abogados «todos los documentos de los que disponía sobre el caso de mi hermano George E. T. Edalji, falsamente acusado de agredir a unos caballos en 1903». Entre ellos figuran algunos de los documentos

fundamentales del caso pero, al parecer, nunca han sido consultados por quienes han escrito sobre el particular. El bibliotecario del Colegio de Abogados me informa que, ahora mismo, no aparecen por ninguna parte. Ni siquiera tenemos la certeza de que les fueran remitidos, a pesar de que *sir* Compton Mackenzie aseguraba que un funcionario del Colegio los destruyó para salvar la reputación de algunos letrados que intervinieron en el caso.

A pesar de lo que piensen algunos y de que aún sigue viva la polémica, el asunto Edalji fue una de las más brillantes actuaciones que tuvo Conan Doyle como detective. Sólo décadas después de que George Edalji recuperase su buen nombre, quedó claro cuánta razón tenía. Nunca acudió a la policía, por ejemplo, como él mismo apuntaba, para informar de la trayectoria que había seguido Royden Sharp. Estudiosos recientes, como Michael Harley y Paul Lester, han buceado en los archivos secretos del Ministerio del Interior, y no han hallado más que meros aditamentos a la versión oficial ofrecida en su momento. Los investigadores locales han avanzado poco en la verdadera índole de la prueba fundamental para sustentar, contra Edalji, la acusación de haber escrito las cartas o de haber apuñalado animales.

En 1933, John Walters resumió todo el asunto de una forma muy clara:

1. Las cartas firmadas por «Greatorex» fueron escritas, probablemente por rencor, para molestar a la familia Edalji.
2. No pudo escribirlas ningún miembro de la familia, ya que lo único que se buscaba con ellas era hacerles daño.
3. Las agresiones a los animales fueron obra de un individuo, o de varios, que no tenían ninguna relación con el autor de las cartas firmadas por «Greatorex».
4. Sin saber qué hacer y a la desesperada, la policía relacionó por equivocación dos series de hechos diferentes; los ataques al ganado, cometidos para desviar la atención, sirvieron para que se afirmase en su idea.
5. Tras considerarlo sospechoso de ser el autor de las cartas «Greatorex», la policía consideró a George Edalji sospechoso de ser también el agresor del ganado; no investigó más, se impusieron los prejuicios locales y el caso desembocó en un error judicial.

A pesar de que George se había ido a vivir a Londres, no por eso cesaron las agresiones a animales ni los envíos de cartas injuriosas, y no sólo durante unas semanas o unos meses, sino durante años. Se produjeron incidentes de esta especie en agosto de 1907 y en octubre de 1908. Se procedió a la detención de un joven carnicero, llamado Hollis Morgan, nacido en Great

Wyrley, pero el caso quedó sobreseído. En agosto de 1912 se cometieron seis nuevas agresiones. Anson se negó a establecer relación alguna entre aquellos casos y los delitos de Edalji. Hubo más apuñalamientos de animales en Walsall, en julio de 1913, además de otros dos casos en Wednesbury. Llegó y pasó la Gran Guerra; ningún otro animal fue acuchillado entretanto, pero el envío de cartas siguió su curso. Las agresiones se reanudaron y no acabaron siquiera en mayo de 1918, tras el fallecimiento del padre de George, que seguía al frente de la parroquia de Great Wyrley.

El autor de las cartas había anunciado que, mientras durase la guerra de 1914, no enviaría ninguna más. Pero en septiembre de 1919 volvió a las andadas y avisó de que reanudaba su empeño. El panorama que pintan de Wyrley estos años muchos investigadores, incluidos algunos de la localidad, preferirían sumirlo en el olvido[21].

Como ya hemos indicado, George Edalji quedó exonerado de la acusación referente a los animales, pero la comisión designada por el Ministerio del Interior mantuvo que era el autor de las cartas, y que eso lo había trastornado. Era lo menos que podían hacer para proteger la dignidad del jefe de la policía local.

Pero mucho después de que George hubiera abandonado aquellos parajes por los que nunca más se le volvió a ver, Royden Sharp, como Conan Doyle afirmaba, seguía su propia trayectoria, la de un joven perturbado y alborotador. Las cartas y, por supuesto, los apuñalamientos no cesaron. Se aseguraba que eran obra de la Banda de Wyrley, capitaneada por alguien que aseguraba llamarse «G. H. Darby». En 1914 se editó un folleto sobre esta clase de actos en el que colaboraron tanto Conan Doyle como Anson. Este último insistía en que no tenían nada que ver con las agresiones llevadas a cabo por Edalji.

Y Doyle parecía mostrarse de acuerdo, pero por la razón de que tales acciones nada tenían que ver con Edalji. Hasta que, por fin, cesaron las agresiones, si bien siguieron recibiéndose las cartas injuriosas y la policía las investigó según métodos más ortodoxos.

Finalmente, después de mucho mucho tiempo, en noviembre de 1934, un hombre de aquella región fue declarado culpable. Enoch Knowles, de cincuenta y siete años, un labriego de Darlaston, fue condenado por el tribunal de Stafford a tres años de trabajos forzados por enviar por correo cartas amenazantes e injuriosas. Se presentaron diferentes cargos contra él, sobre todo por cartas que, por lo general, recibían mujeres tras haber prestado declaración ante los tribunales. Contenían amenazas de muerte, y estaban

escritas «en tono soez». El señor A. J. Long, que actuaba como fiscal, declaró que un juez y un periodista, entre otras personas, habían recibido violentas amenazas, y que, en una carta dirigida a una mujer, Knowles se describía a sí mismo como el «Jack el Destripador de Whitechapel». El fiscal añadía:

> Este caso ha arrojado un poco de luz sobre unos hechos que han tenido preocupadas a las autoridades de este condado desde hace años. En 1903, cuando Knowles sólo tenía veintitrés maños, en los juzgados de paz de Stafford se vio el caso de un hombre al que se juzgaba por haber eviscerado unos caballos en Great Wyrley. Fue un caso que tuvo una enorme repercusión pública. El acusado fue condenado a siete años de trabajos forzados, si bien, más tarde, se le concedió un indulto. No quiero decir con esto que el ministro del Interior fuera el destinatario de alguna de las cartas que Knowles había escrito.

Por lo que se refiere a nuestro caso, que tanto habría de prolongarse en el tiempo, personas de toda condición recibieron cartas de este cariz; en todas se señalaba que, a pesar de la condena, las agresiones contra animales seguirían produciéndose. También se indicaba la hora y el lugar en que se produciría la agresión. La mayoría parecía proceder de una misma persona, que firmaba como «Darby, capitán de la Banda de Wyrley».

Knowles se había incorporado al Ejército en 1916. Tras finalizar la guerra en 1919 se casó y, durante más de diez años, no se registró ningún incidente en su vida. Pero en 1931 se vio envuelto en una demanda ante los tribunales del condado y, dejándose llevar de nuevo al parecer por aquel «extraño impulso», empezó a enviar cartas a un alguacil que había intervenido en el caso. Más adelante escribió a otras personas sobre asuntos que nada tenían que ver con él. En una ocasión dirigió una misiva especialmente violenta a un miembro de la familia real. La policía y las autoridades postales llevaban años tratando de identificar al autor. Tras comparar en la sede de correos una postal que había enviado a unos parientes con las cartas injuriosas, llegaron a la conclusión de que era Knowles quien las había escrito.

A la defensa no le quedó otro remedio que reconocer que Knowles, que se declaró culpable, era el autor, y que las había escrito en momentos en que, preocupado o no, se encontraba en perfecto estado de lucidez. A la hora de dictar sentencia el juez aseguró haber tenido en cuenta la edad del acusado y el buen comportamiento de que había dado muestras con anterioridad. Lo que no salió a relucir durante el juicio fue la relación existente entre Knowles y

ciertos acontecimientos que se remontaban hasta 1903, e incluso antes. ¿Era, junto con Royden Sharp, uno de los componentes de aquella banda, o bandas, de agresores de animales? Por supuesto que las cuchilladas se parecían como gotas de agua, pero también había que considerar el tiempo transcurrido. ¿Hemos de deducir del circunspecto resumen que el abogado defensor hizo del caso Edalji que, en 1907, cuando la policía local y el Ministerio del Interior aseguraban que éste era el autor de las cartas, ya albergaban sospechas de que había otra pluma envenenada en ciernes?

La reacción de Edalji ante esa condena quedó reflejada en un artículo que escribió en el *Daily Express* de Londres, un periódico de circulación nacional próximo a Conan Doyle. No insistía en reclamar una reparación: las insignes personalidades que lo habían apoyado ya habían fallecido. Pero con la condena de aquel hombre por haber escrito durante años, desde 1903, cartas injuriosas se vino abajo el puntal podrido en el que se sustentaba la versión oficial de su caso. Los investigadores que aún hoy siguen insistiendo en que Edalji era culpable en algún sentido lo hacen guiados por una errónea interpretación del sentimiento de patriotismo local. Las dudas que tratan de sembrar, con el único sostén de los archivos oficiales que acaban de hacerse públicos, no hacen sino insistir en lo que se afirmó en el momento en que se produjo el escándalo. Ya se ha dicho todo. Aún no conocemos nada nuevo que permita demostrar la participación de Edalji en ningún delito. Deberían recordar la descripción que ofrece John Cuming Walters de Great Wyrley, («una extraña e inhóspita región»), y no olvidar jamás la frase de Holmes que hemos mencionado al inicio de este capítulo: «Tengo la convicción, Watson, por experiencia propia, de que los más miserables y sórdidos callejones de Londres no ofrecen un historial de depravación mucho más terrible que el de la risueña y hermosa campiña inglesa».

Conan Doyle había ejercido como médico en diferentes zonas del país, y en todas encontró hogares agradables. «Elemental», como le decía Holmes a Watson:

> En la ciudad, la presión de la opinión pública puede conseguir lo que el derecho no llega a alcanzar. No hay calleja tan miserable en la que los gritos de un niño maltratado o los golpes propinados por un borracho no susciten la compasión o la indignación del vecindario y, por si eso fuera poco, los órganos de la justicia están siempre tan a mano que basta con formular una denuncia para que se pongan en marcha y no haya más que un paso entre el delito y el banquillo.

Pero fíjese en esas casas solitarias, cada una en su propio terreno, habitadas en su mayoría por gente pobre e ignorante que poco sabe de derecho. Piense en los actos de crueldad infernal, en las atrocidades ocultas que pueden cometerse en semejantes lugares, año tras año y sin que nadie se entere.

10. El robo de las joyas de la Corona de Irlanda

Cualquier detective diría que se trata de un asunto digno de ser investigado por Sherlock Holmes.

Sir Arthur Vicars, en una entrevista publicada en el *Daily Express* de Dublín el 15 de julio de 1907.

La madre de Conan Doyle siempre había dado muestras de un enorme interés por la historia de su familia y del linaje de los Doyle en Irlanda. A tal efecto, había recurrido al responsable de la Autoridad Heráldica de Irlanda, *sir* Bernard Burke, a quien sustituyó como *Ulster King of Arms*, en 1892, *sir* Arthur Vicars, primo en segundo grado de la señora Doyle, que también era una eminente autoridad en historia y genealogía de las familias irlandesas[22*]. Gracias a los medios de que disponían en las antiguas oficinas que ocupaba este departamento, la institución más antigua de Irlanda, en el castillo de Dublín, preparó un detallado árbol genealógico del apellido Doyle, por lo que la familia le estaba muy agradecida.

Por esta razón, Conan Doyle se sintió profundamente apenado cuando, en julio de 1907, leyó en los periódicos que se había cometido un robo en el despacho que Vicars tenía en la torre Bedford del castillo de Dublín: tras hacerse con una copia de la llave de la caja fuerte, se habían apoderado de las joyas de la Corona de Irlanda que allí se guardaban. El hurto se había producido en vísperas de una visita oficial de Eduardo VII, y causó sensación en toda Europa. En su momento se dijo que las joyas formaban parte de los emblemas de la muy ilustre orden de San Patricio, y habían sido un regalo que había hecho el rey Guillermo IV a los caballeros de la orden en 1830. La divisa de tal encomienda, fundada en 1783, era *Quis Seperabit* —«Quién nos separará»—, símbolo regio de la unión entre Irlanda y Gran Bretaña, que muchos irlandeses trataban de modificar. ¿Se trataba de un hurto común o se había llevado a cabo por motivos políticos? Conan Doyle escribió de inmediato a su primo ofreciéndole ayuda. En un periódico satírico que se publicaba en Dublín en aquellas fechas, *The Leprachaun*, se daba a entender

que Conan Doyle podía ir a Dublín en persona, aunque nada respaldara tal aseveración. Lo que sí es cierto es que él se quejó a un corresponsal de que en la prensa de aquel país se había publicado «una declaración en la que afirmaba que se había ofrecido voluntariamente a investigar lo del castillo de Dublín (el robo)». Le horrorizaba pensar que aquella información «echase a perder todo lo que estaba haciendo en el caso Edalji, y no faltará quien piense que soy un entrometido».

Hubo otros periódicos que negaron la veracidad de la declaración. Vicars se sintió reconfortado con la oferta de ayuda en privado, y le expuso a Doyle todo lo que sabía del robo en aquel momento. También le dijo que, en su opinión, el principal sospechoso era el hermano de Ernest Shackleton, y añadía que «Scotland Yard le había informado que así como su hermano era un experimentado explorador, éste era un desastre para las finanzas». Doyle, sin embargo, había conocido y admirado al explorador. Lo de su hermano era otro cantar. El caso se presentaba como un enigma con siniestras connotaciones políticas y sexuales. Paso a paso, gracias a Vicars y a otras fuentes de información, Conan Doyle se hizo una idea del trasfondo del asunto.

Sir Arthur Vicars, un hombre remilgado y erudito, había accedido al cargo en 1893. Como *Ulster King of Arms* no era funcionario del Gobierno, sino que dependía directamente del rey. Era una persona puntillosa, deslumbrada por los encantos medievales que constituían sus responsabilidades específicas. Había elegido a sus ayudantes de una singular lista de candidatos. Como su madre era irlandesa había designado responsable de la zona de Cork a un sobrino suyo, nacido también en Irlanda, Peirce Gun Mahony; a Francis Shackleton, hermano de *sir* Ernest Shackleton, explorador del Antártico, para los títulos del área de Dublín; y al acaudalado Francis Bennett Goldney, un anticuario que, más tarde, sería célebre alcalde conservador de Canterbury, como ayudante para Athlone.

Tanto antes como después del nombramiento se rumoreaba que Vicars formaba parte de un grupo de homosexuales de las altas esferas gubernamentales de Dublín y de Londres, entre «los que figuraban los mayores terratenientes del reino». Esa atmósfera de escándalo del que se hablaba en voz baja hizo que personalidades influyentes, entre ellas el propio rey Eduardo VII, considerasen el caso como una amenaza directa.

Las circunstancias en que se había producido el robo estaban bastante claras. Las joyas —cuya vigilancia era motivo de constante preocupación para Vicars, o eso era lo que él afirmaba— se guardaban en una caja fuerte de la

biblioteca de la torre Bedford, sede de la Autoridad Heráldica, y no en la cámara acorazada de esa planta, como habría sido lo normal. Todas las visitas que recibía Vicars pasaban, pues, por la biblioteca. Las joyas fueron vistas por última vez el 11 de junio, fecha en que Vicars se las había enseñado a una persona que había ido a verle. El 6 de julio, los Weirs, joyeros de Grafton Street, devolvieron uno de los collares que les habían dejado para hacer un arreglo. Vicars le pidió al ujier del departamento, William Stivey, que guardase el collar en la caja fuerte, y le entregó la llave tras retirarla de su propio llavero. Stivey fue a cumplir el encargo, pero Vicars se dio cuenta inmediatamente de lo que había hecho y salió a buscarlo; en ese momento, Stivey apareció en el umbral de la biblioteca, con el gesto demudado. La caja fuerte, le explicó, no estaba cerrada con llave. Cuál no sería la consternación de Vicars cuando, tras abrir la caja, comprobó que habían desaparecido los emblemas de la orden, e incluso algunas joyas de su propia familia. El ladrón, procediendo con calma, había desatado con esmero la cinta de cada una de las piezas y doblado de nuevo el papel de seda antes de volver a colocarlo en los diferentes estuches. Había sustraído la estrella de diamantes y la insignia del gran maestre, cinco collares de caballeros y algunas piezas menores. Se trataba de una estrella de ocho puntas, cuajada de diamantes de Brasil, con un trébol (símbolo de Irlanda) en el centro sobre una cruz de rubíes (símbolo de Inglaterra) contra un fondo de esmalte azul. La insignia también era preciosa, con profusión de diamantes, esmeraldas y rubíes. El precio oficial de tasación de aquellas piezas era de treinta y una mil quinientas libras, unos tres millones y medio de libras de las de ahora. Pero, habida cuenta de su interés histórico, el precio podía superar con mucho el de las piedras preciosas por sí mismas, aunque incluso desmontadas y por separado, tales piedras constituían un sustancioso botín.

Conan Doyle se dio cuenta de que no se trataba de un delito menor. Ante la inminente visita del rey Eduardo a Dublín, Vicars, aunque agotado con los preparativos, era plenamente consciente de la importancia de lo ocurrido. Si bien no perdió la compostura en público, el rey, al enterarse del robo, soltó verdaderos improperios. ¿Se trataba de un ultraje urdido por los nacionalistas irlandeses o por los partidarios de la república? ¿O era obra, como se ha asegurado en fechas más recientes, de un grupo de monárquicos irlandeses que pretendían entronizar a un rey irlandés?

Lo primero que había que preguntarse era cómo se había producido el robo. El 3 de julio, miércoles, la señora Mary Farrell, encargada de la limpieza del departamento, le había dicho a Vicars que la puerta de la torre

Bedford había estado sin cerrar con llave durante toda una noche, y que, ya en otra ocasión, la puerta de la biblioteca y la de la cámara acorazada también se habían quedado sin cerrar. Vicars había extraviado sus llaves, entre las que se contaba la de la puerta principal y que habría de aparecer, algunos días después de descubrirse el robo, en su mansión del barrio residencial de Clonskeagh. En aquel instante, ocupado como estaba con la regia visita, no había prestado demasiada atención a aquellos sucesos tan fuera de lo normal. Pero, en aquellos momentos, y por culpa del robo, corría el riesgo de caer en desgracia a ojos de su rey.

Las primeras investigaciones las llevó a cabo la policía de Dublín, cuyas oficinas centrales estaban situadas enfrente de la torre Bedford, al otro lado del patio del castillo. Conan Doyle supo que, aparte de aventar sospechas de que el propio Vicars podía estar implicado, las pesquisas no habían conducido a nada. Cuando Vicars se enteró, se le pusieron los pelos de punta. No tardó mucho la policía local, sin embargo, en pedir ayuda a Scotland Yard, que envió al inspector jefe John Kane. Tras hacer todas las averiguaciones pertinentes y presentar su informe a las autoridades de Dublín en el que mencionaba el nombre de un sospechoso, le pidieron que dejase el caso, y regresó a Londres. Nunca se ha tenido certeza de quién era ese sospechoso, porque nunca volvió a saberse nada de aquel informe. Al parecer, Vicars era uno de los candidatos probables. Habida cuenta de que el propio Kane había eliminado de la investigación a varias personas que, según los rumores, estaban vinculadas al caso, sus conclusiones no dejaron de causar extrañeza.

Poco antes habían sorprendido a la señora Farrell en la torre Bedford en compañía de un misterioso desconocido. La mujer aseguró a la policía que se trataba de *lord* Haddo, el hijo del virrey *lord* Aberdeen. Durante el interrogatorio siguiente se negó a dar el nombre de la persona con la que se la había visto. ¿Se lo había pensado mejor? ¿La habían pillado? En cualquier caso, *lord* Haddo quedó excluido de la investigación.

Los rumores, no obstante, tan importantes siempre en Dublín, hablaban de fiestas en las que sólo participaban hombres, de orgías y de vicios innombrables. En tales chismes aparecía siempre el nombre de Vicars junto con los de Frank Shackleton y el capitán Richard Gorges. Pero, en el momento del robo o, más bien, cuando se descubrió, pues nadie sabía la fecha exacta en que había tenido lugar, tanto Shackleton como *lord* Haddo se encontraban fuera del país. Como no daban con el ladrón las autoridades parecían dispuestas a sacrificar a Vicars como cabeza de turco. Siguiendo el consejo de sus abogados éste se negó a formar parte de la comisión de

investigación particular y no oficial designada para aclarar el robo. Por orden expresa del rey en octubre de 1907 se le despojó de su cargo. Su reputación quedó por los suelos. Convencido de que Shackleton y Gorges eran los culpables, Vicars dedicó el resto de su vida a tratar de limpiar su nombre.

Fue en ese momento cuando contó con la colaboración de Conan Doyle. En la guerra de Sudáfrica, Doyle había conocido a Shackleton y había oído comentarios sobre el capitán Gorges, héroe de la batalla de Spion Kop, que no le habían hecho gracia. Ambos eran tenidos por indeseables por su conducta sexual. Shackleton, hombre de negocios, se dedicó a especular y acabó en la cárcel por estafa. Conan Doyle se centró en él, puesto que Vicars pensaba que lo habían drogado el 30 de junio y habían hecho una copia de las llaves que llevaba encima. Sin embargo, Shackleton había borrado todas las pistas y tenía la coartada de hallarse fuera del país en el momento en que se había descubierto el robo, por lo que Conan Doyle creía que había contado con la ayuda de Peirce Mahony o del capitán Gorges. Todo apuntaba a que, probablemente, el ladrón había sido Gorges.

En mayo de 1920, cuando comenzaron los conflictos (*the Troubles*) en Irlanda**[23*]** el asunto de las joyas de la Corona salpicó de nuevo a *sir* Arthur Vicars. Tras ponerse de nuevo en contacto con Conan Doyle, de la correspondencia que intercambiaron ambos se deduce que, por parte del escritor, el caso ya había quedado resuelto, y que Shackleton era culpable. Pero para entonces, éste, tras haber cumplido una condena de cárcel por otro delito, se apartó de la vida social hasta que falleció sin que nadie se enterase en 1939.

Por aquel tiempo, la mansión en la que vivía Vicars, Kilmorna House, en el condado de Kerry, fue asaltada por unos hombres armados, un incidente del que se hablaría incluso en la Cámara de los Lores. Si bien no pasó nada, bastó para que Vicars tomase la decisión de hacer testamento. De ahí que se decidiese a consultarlo con Conan Doyle. ¿Cómo podía desenmascarar a los asaltantes? No se le ocurrió mejor solución que acusar de ladrón en su testamento a Francis Shackleton, con nombre y apellido, y denunciar lo que él consideraba «inicuas e injuriosas actuaciones del Gobierno de Irlanda, con el apoyo del difunto rey Eduardo VII, a quien siempre serví con lealtad y fidelidad». Tan extravagante cláusula no fue admitida, y el testamento permaneció sellado por orden del registro de últimas voluntades hasta fechas recientes. Las disposiciones legales al respecto eran taxativas: no se podía recurrir a estipulaciones testamentarias para lanzar ataques, como Vicars lo había hecho, contra el jefe del Estado, el Gobierno de Irlanda o particulares.

Un año más tarde, el 14 de abril de 1921, *sir* Arthur Vicars murió asesinado. Hombres armados atacaron de nuevo Kilmorna House, le prendieron fuego y al *baronet* le dispararon en el césped de la parte delantera de la mansión hasta acabar con su vida. Sus asesinos le colgaron un cartel del cuello en el que se leía: «Espía. Soplones, andaos con ojo. El IRA nunca olvida». El IRA emitió un comunicado en el que aseguraba que no tenía nada que ver con el crimen y, tras la firma del Tratado, cuando se procedió a la división de la hacienda por parte de la Comisión del Territorio, el nuevo Gobierno irlandés veló para que nadie de los alrededores se quedase con ninguna de las tierras de Kilmorna. En un comentario editorial del *Manchester Guardian* se aseguraba que el asesinato de Vicars «era uno de los más horrendos de los registrados en los modernos y siniestros anales de crímenes y revanchas de Irlanda».

La muerte de aquel primo lejano dejó horrorizado a Conan Doyle, que nada podía hacer ya por él. Aunque jamás habría dado su aprobación a una cláusula como la que el difunto incluyó en su testamento, en vida prestó su apoyo y lo asesoró. Si bien no podía echarle una mano a cara descubierta, sí lo hizo de una forma indirecta. Utilizó el robo del castillo de Dublín para *La aventura de los planos del Bruce—Partington*, publicado en *The Strand* en diciembre de 1908, diecisiete meses después de los hechos. La trama de este relato, ambientado en 1895, gira en torno a la sustracción de los planos de un submarino ultrasecreto de una caja fuerte del arsenal de Woolwich, de la que sólo tres personas tenían llaves. Como en el caso del castillo de Dublín, para robar los planos había que disponer de tres llaves, la de la puerta exterior, la de la puerta de dentro y la de la propia caja fuerte. Y combinó estos elementos con otros entresacados del misterio del túnel de Merstham, que tanto había intrigado a su amigo Churton Collins. Los planos habían sido sustraídos a la persona encargada de custodiarlos, *sir* James Walter (*sir* Arthur Vicars), por su hermano pequeño, Valentine Walter (Frank Shackleton). Tras ser descubierto por el joven Cadogan West, éste lo sigue en tren desde Woolwich hasta que muere asesinado a manos del agente alemán Oberstein, en circunstancias similares a las de la señorita Money en la línea de Brighton. Como siempre, el motivo había que buscarlo en el dinero. Valentine lo necesitaba con urgencia (lo mismo que Shackleton), y se hizo con una copia de las llaves de su hermano. Por circunstancias anteriores, Cadogan West tenía motivos para sospechar de él, y la acusación que formuló fue la que desencadenó su muerte.

El asunto de las joyas, por otra parte, tuvo algunas secuelas sorprendentes. A finales de julio de 1914 se encontró el cadáver de Peirce Mahony junto a un lago, cerca de la casa en la que vivía en Wicklow. Se dijo entonces que se le había disparado la escopeta cuando trataba de saltar un cercado y que los dos tiros le habían dado de lleno en el corazón. En el mejor análisis con el que contamos hasta el momento del caso, Francis Bamford y Viola Bankes no ocultan sus sospechas de que pudo tratarse de algo más que un simple accidente: «Cadogan West muere asesinado por haberse entrometido, y su muerte se maquilla para que parezca un suicidio. En la creación de esta obra de ficción, ¿podría haberse dado el caso de que *sir* Arthur Conan Doyle hubiese sido más fiel que nunca a la realidad de lo sucedido? ¿Ocurrió algo en aquel verano de 1914 que llevase a pensar a alguien relacionado con la desaparición de las joyas de la Corona que sería preferible quitarse de en medio a un personaje potencialmente peligroso como Mahony? ¿Y que ese alguien, siguiendo el ejemplo de lo vivido por Sherlock Holmes en aquel caso, adornase un asesinato para que pareciese un caso de suicidio?».

En 1916 el capitán Gorges, encarcelado por un delito de homicidio, llegó a reconocer de forma velada a un compañero de prisión que había estado implicado en el robo de las joyas y que podía ayudar a recuperarlas. Pero jamás se indagó al respecto, y Gorges siguió viviendo, con sus secretos a cuestas, hasta la década de 1950. Y aunque, tras la muerte de un miembro de la familia de la señora Farrell, se avivó con fuerza el interés por el caso, después de que la policía y funcionarios del Museo Nacional rastrearan un prado en las montañas de Dublín sin encontrar nada, nunca se supo nada más del caso de las joyas de la Corona de Irlanda. En la década de 1920, el nuevo Gobierno irlandés recibió una especie de propuesta de devolución, pero todo acabó en agua de borrajas. Es probable que, para entonces, las joyas ya hubiesen sido desmontadas y vendidas.

Sin duda, tanto Vicars como Conan Doyle estaban en lo cierto en cuanto a la resolución de aquel robo. En una carta que escribió a un amigo, Vicars le decía que Herbert Gladstone «me dijo el otro día que sospechaba quién había sido el ladrón y que tenía motivos para pensar que no le faltaba razón; podría darle su nombre en confianza: es el único caballero de este Gobierno de sinvergüenzas». Tras la experiencia que había tenido con Gladstone a propósito del caso Edalji es probable que Conan Doyle no hubiera estado muy de acuerdo con esta valoración. En cualquier caso, Gladstone resultó ser de tan escasa utilidad como cualquier otro político, y Vicars y Conan Doyle jamás tuvieron la oportunidad formal de desenmascarar a Frank Shackleton.

11. El misterio del Hotel Langham

Como Conan Doyle solía decir, los crímenes son asuntos que, al menos en primera instancia, caen bajo la férula de la policía. Pero los casos de desapariciones son otro cantar. Éstos siempre le habían llamado la atención. En uno de los cuadernos de notas que llevó en Norwood apuntó una idea repentina: «Un mendigo, a punto de cambiar de vida, y la extraña desaparición del señor Easton Brown», que acabaría por convertirse en *El hombre del labio retorcido*. Me temo que el señor Brown, al igual que el mendigo, era un hombre de carne y hueso, pero no he encontrado ninguna noticia de esa desaparición.

Cuando la policía les fallaba, familiares y amigos de personas desaparecidas —y se cuentan por millares las que se dan por «desaparecidas» cada año— recurrían desesperados a Conan Doyle. Se dio el caso, por ejemplo, de un hombre dado por desaparecido, aunque todo el mundo sabía que se había ido a Suecia. Cuando sus familiares se dirigieron al escritor, éste les dijo (para su sorpresa) que lo encontrarían en una zona determinada de Londres, suposición que, a la postre, tuvieron ocasión de confirmar por sí mismos.

Mucho más al tanto estamos del caso de un joven oficial que desapareció en 1907 de la habitación que ocupaba en el Hotel Langham, de Portland Place, un establecimiento que Conan Doyle conocía muy bien. Recibió una carta de una tal señora Bellew, en la que le explicaba que su primo preferido, Henry Armstrong, había desaparecido en Londres. Había salido para asistir a un espectáculo, regresó al hotel y lo habían visto entrar en su cuarto. Pero nadie lo había visto salir. Se había esfumado. Tras reflexionar un poco, una hora más tarde Conan Doyle respondía al ruego de la señora Bellew a vuelta de correo:

> Estimada señora Bellew:
>
> Su primo se encuentra en Escocia. Búsquelo en Glasgow o en Edimburgo; estoy seguro de que dará con él.

Por una vez es el propio Conan Doyle quien nos refiere lo ocurrido.

Pocos asuntos que hayan pasado por mis manos han tenido que ver con algunos de los que he creado para poner de manifiesto la capacidad deductiva del señor Holmes. Debería referirme a uno, sin embargo, en el que se imitó a la perfección la forma de razonar de este caballero. Paso a exponer el caso. Un caballero había desaparecido. Se sabía que llevaba encima un pagaré bancario de cuarenta libras, y se temía que lo hubieran asesinado para quitarle el dinero. Lo último que se sabía de él era que, tras haber llegado del campo aquel día, se había alojado en uno de los grandes hoteles de Londres. Aquella noche, a eso de las diez, había salido para asistir a una representación musical; regresó más tarde, se cambió de ropa, la misma que se encontró en su habitación al día siguiente, y desapareció sin dejar rastro. Nadie lo vio salir del hotel, pero un hombre que ocupaba una habitación contigua declaró que lo había oído andar de un lado a otro toda la noche. Cuando tuve conocimiento del asunto, ya había pasado una semana, y la policía no había descubierto nada. ¿Dónde se habría metido aquel hombre?

Tales fueron los hechos que me transmitieron sus parientes, que vivían en el campo. Esforzándome por estudiar el asunto a la manera de Holmes, respondí a vuelta de correo que no había duda de que se encontraba en Glasgow o en Edimburgo. De hecho, más tarde pudo comprobarse que había ido a Edimburgo, si bien, en esa semana, había estado en otra parte de Escocia.

Ahí debería haberme desentendido del asunto porque, como tantas veces ha dejado claro el doctor Watson, tener que explicar una solución es echar a perder un misterio. Llegados a este punto, el lector puede dejar el libro que tiene entre las manos y demostrar qué fácil es dar con la solución por sus propios medios. Dispone para ello de la misma información que a mí me había llegado. En atención a aquellos que carecen de dotes para resolver acertijos, trataré de indicar los eslabones que

me llevaron a enlazar unas cosas con otras. La única ventaja con la que yo contaba era que estaba familiarizado con la rutina diaria de los hoteles de Londres, que, me imagino, no ha de ser muy diferente de la que se sigue en los hoteles de cualquier otra parte.

Lo primero que tenía que hacer era fijarme en los hechos y separar los que eran innegables de aquellos que eran mera conjetura. Todo parecía encajar, excepto la declaración de la persona que aseguraba haber oído aquella noche al hombre desaparecido. ¿Cómo había sido capaz de distinguir aquel ruido entre todos los que se oyen en un gran hotel? Este punto podíamos descartarlo, siempre y cuando no afectase a las conclusiones generales.

La primera conclusión clara a la que llegué era que aquel hombre tenía el propósito de desaparecer. ¿A cuento de qué, si no, habría sacado todo el dinero del banco? Había dejado el hotel por la noche. En todos los hoteles hay un portero nocturno, y es imposible salir sin recurrir a él cuando las puertas ya están cerradas. Y la puerta se cerraba cuando los huéspedes volvían del teatro, pongamos a eso de las doce de la noche. El hombre había regresado de un espectáculo musical a las diez, se había cambiado de ropa y se había ido con la maleta. Y nadie lo había visto. De lo que se deduce que abandonó el hotel en el momento en que los huéspedes que volvían atestaban el vestíbulo, es decir, entre las once y las once y media. Más allá de esa hora, aunque la puerta permanezca abierta, poca gente entra o sale del establecimiento, por lo que alguien habría tenido que fijarse en un hombre con una maleta.

Ahora que ya sabemos que vamos sobre seguro, preguntémonos por qué un hombre que desea ocultarse iba a salir del hotel a una hora tan intempestiva. Si lo que pretendía era ocultarse en Londres, no debería haberse alojado en un hotel. Está claro, pues, que pensaba tomar un tren que lo llevase lejos de allí. Pero es fácil que alguien repare en un hombre que se baja de un tren, por la noche, en una estación de provincias, y con toda seguridad, cuando se comunique su desaparición junto con su descripción, algún vigilante o mozo recordará haberlo visto. En consecuencia, su lugar de destino era una ciudad

> grande, final de trayecto, donde todos los pasajeros bajarían del tren y él podría perderse entre la multitud. Para saber adónde se dirigía, basta con consultar un horario de ferrocarriles y comprobar que los grandes expresos que parten hacia Escocia, con Glasgow o Edimburgo como destino, salen de Londres a medianoche. En cuanto al traje, el hecho de que lo dejase en el hotel indicaba que pensaba adoptar una forma de vida en la que no habría lugar para tales esparcimientos, deducción que, como se demostró, también era correcta.

Lady Conan Doyle también aportó su granito de arena al razonamiento que su marido había seguido: «Me comentó que, en un plazo de tres días, el hombre volvería a aparecer en Glasgow o en Edimburgo. Estaba tan convencido que escribió una carta a sus familiares. Al tercer día, mi marido recibió un telegrama en el que se le comunicaba que había pasado exactamente lo que él había dicho».

Otros casos no encontraron tan fácil solución. En *El problema del puente de Thor*, publicado en 1922, el doctor Watson alude a casos no resueltos que habían dejado desconcertado al propio Holmes. «Entre esos casos pendientes de solución hay que mencionar el del señor James Phillimore, que volvió a su casa para coger un paraguas y nunca más se lo volvió a ver en este mundo». Como narra en sus memorias, Conan Doyle estaba pensando en un hecho real: «En Estados Unidos tuve conocimiento de un caso parecido, que había planteado un problema irresoluble. Un hombre de vida intachable se disponía a dar un paseo con su familia un domingo, cuando se dio cuenta de que se había dejado algo en casa. Entró de nuevo, dejó la puerta abierta, y su familia se quedó esperándolo en la calle. No volvieron a verlo nunca y, desde entonces hasta hoy, no se ha encontrado la menor pista de qué pudo haberle pasado. Se trata, sin lugar a dudas, de uno de los casos más extraños de los que haya oído hablar en la vida real». Según el escritor Wallace Klinefelter, se trata de algo que «llegó a oídos de Doyle durante una gira de conferencias que pronunció en aquel país. Aunque muchos le pidieron que aplicase los métodos de Sherlock Holmes, él se negó a hacerlo». Un asunto de naturaleza tan extraordinaria es más digno de figurar en las recopilaciones de Charles Fort[24*] que en el elenco de cosas que ocurren en la vida diaria.

Qué sea lo que impulse a desaparecer a personas perfectamente respetables sigue siendo un misterio. Cada año se cuentan por millares las personas que se esfuman, como el joven funcionario de este caso. Según revelan las estadísticas oficiales, podemos afirmar que, sólo en Estados

Unidos, son más de sesenta mil las personas que desaparecen al año. Y todas esas familias preocupadas no tienen la suerte de poder recurrir a un Sherlock Holmes —o incluso a un Conan Doyle— para que les eche una mano. A veces se trata de asesinatos; pero normalmente las desapariciones responden a un íntimo deseo de comenzar una vida completamente diferente, en otro lugar y bajo otra identidad.

12. El danés desaparecido

En el verano de 1909, Conan Doyle recibió una carta de la señorita Joan Paynter, una joven enfermera del North Western Hospital de Hampstead, al norte de Londres.

> Me he decidido a escribirle a usted porque creo que es el único que puede ayudarme. Ni mi familia ni yo disponemos de dinero para contratar a un detective.
>
> Hace unas cinco semanas conocí a un hombre, un danés. Nos hicimos novios; aunque yo no quería que nadie se enterase durante un tiempo, él no dejaba de insistirme en que fuéramos a Torquay a conocer a mi familia…

Se trataba, al parecer, de un caso similar a un relato que Conan Doyle había escrito en 1891, *Un caso de identidad*. Recordemos que en él el joven que se enamoraba de la muchacha desaparecía, hasta que, por fin, nos enterábamos de que el culpable era el padrastro de la joven, que no quería que se casase, porque perdería el usufructo de la cantidad que ella percibía cada año. En este caso real, el joven, tras colmarla de regalos, había convencido a la señorita Paynter para que dejase su trabajo en el hospital y, cuando ya habían hecho todos los preparativos para la boda, había desaparecido «como una pompa de jabón».

De sobra sabía que la joven no era rica, y tampoco se trataba de un caso de abusos sexuales, puesto que no la había seducido ni tratado de propasarse. Todo era muy misterioso y la muchacha estaba asustada. Puso el asunto en manos de Scotland Yard pero, por lo visto, la policía que pensaba que el enamorado danés había caído en manos de unos estafadores, no dio con ninguna pista. Se informó del caso a la policía danesa, pero tampoco ésta encontró nada. Si no había sido asesinado o secuestrado, era de suponer que hubiese desaparecido por voluntad propia. Pero ¿dónde estaba? ¿A qué jugaba?

> No piense que soy una descarada; me siento tan desgraciada que hasta esta misma mañana ni siquiera se me había ocurrido pensar en usted. Le suplico que haga cuanto esté en su mano y le quedaré eternamente agradecida.

¿Cómo podía un hombre caballeroso desdeñar una petición así? La circunstancia le ofrecía, además, la oportunidad de «poner de manifiesto que las líneas generales de pensamiento preconizadas por Holmes son aplicables a la vida diaria». Acerca de este caso, Doyle apunta en *Memorias y aventuras* (1924): «Siguiendo el mismo método deductivo, pude explicarle adónde se había ido y lo poco merecedor que era de su cariño».

Gracias a las informaciones de la señorita Paynter en una segunda carta, Conan Doyle pudo ponerse en contacto con un primo del marinero que vivía en Copenhague y que trabajaba para la Compañía Danesa de Asia Oriental, que lo ayudó a hacerse una idea más cabal de cómo era aquel hombre. Aunque de trato agradable a primera vista, lo cierto es que era un aventurero, y que hubiera desaparecido era lo mejor que podía pasarle a la joven.

En una carta fechada en Torquay el 5 de agosto de 1909, la señorita Paynter le manifestaba su agradecimiento a Conan Doyle:

> No sé cómo agradecerle lo amable que ha sido conmigo. Le ruego que acepte mi más sincera gratitud por todo lo que ha hecho por mí. Como bien dice usted, he tenido una suerte extraordinaria, y me horroriza pensar en lo que podría haber pasado, caso de que no se hubiera ido, como hizo. Le devuelvo la carta [del primo de Copenhague], y tenga por seguro que, si alguna vez vuelvo a tener noticias de él, se lo haré saber a usted de inmediato.

Este caso dejó perplejo a John Dickson Carr, biógrafo de Conan Doyle: «¿Qué pasos siguió en la investigación que llevó a cabo? Sólo disponemos de las cartas que ella le escribió. Pero ¿en qué pasaje de esas cartas aparecía la pista que a él le pareció tan evidente? Es tan desesperante como aquel caso en el que Holmes descubre la verdad al observar hasta dónde se hunde el perejil en la mantequilla (*La aventura de los seis Napoleones*). Lo único que puede decir el biógrafo, so pena de recibir algún improperio por referir un incidente con tan pocos datos, es que no aparece pista alguna por ninguna parte».

En este caso, Conan Doyle sólo buscaba dejar a salvo el honor de una dama. En otros casos, fue mucho más explícito respecto a cómo había llegado

a descubrir la verdad.

13. Crippen, ¿inocente?

La idea de que un médico pueda ser un asesino es algo que nos produce un singular estremecimiento de horror. No es de extrañar, pues, que Conan Doyle siguiera con especial interés el caso del doctor Hawley Harvey Crippen, a finales de 1910. El 18 de octubre fue a Londres desde su residencia de Sussex para asistir en el Tribunal Central de lo Penal de Old Bailey a la sesión de apertura del sonado juicio del doctor Crippen por el asesinato de su esposa, una mediocre cantante de variedades que se hacía llamar Belle Elmore, de cuyos restos, según se decía, el asesino se había deshecho en circunstancias especialmente desagradables. Gracias al abogado Edward Marshall Hall, dispuso de una plaza en el juzgado número uno. Se sorprendió al ver cómo aquel hombre menudo que se sentaba en el banquillo escuchaba con paciente ecuanimidad las tremendas pruebas que se presentaban y cómo, cuando lo tuvo en las manos para su inspección, observaba con curiosidad un fragmento de piel de abdomen donde, se decía, se apreciaba la cicatriz de una operación de apendicitis. (Fue fotografiado sin que nadie se diera cuenta por Arthur Bennett, en una de las contadas fotografías que se han podido tomar en un tribunal británico).

Se trataba de un caso que había espoleado la imaginación de Conan Doyle, no sólo por lo macabro de los detalles, sino porque en él se habían utilizado los recursos más modernos que ofrecían la ciencia y la tecnología para perseguir y detener al sospechoso. Aquel juicio también sirvió para que la opinión pública identificase a un nuevo paladín de la investigación forense, el doctor Bernard Spilsbury.

Hawley Harvey Crippen era un odontólogo norteamericano, licenciado por la Universidad de Michigan, con sede en Ann Arbor, la institución en la que yo mismo estudié, por cierto. Su carrera no había sido brillante. Después de dar muchos tumbos por diferentes ciudades de Estados Unidos, recaló finalmente en Londres, adonde había llegado con su esposa en 1900. Ésta soñaba con triunfar en las tablas como cantante pero, por desgracia, no tenía demasiado talento para la interpretación musical. Sin embargo, con su más

que ancha figura pudo desenvolverse en el papel de Belle. Cada vez eran menores sus posibilidades de éxito, por lo que para costearse el ritmo de vida que llevaban, los Crippen aceptaron huéspedes en su casa, en el número 39 de Hilldrop Crescent, en Camden Town, al norte de Londres. El propio Crippen tenía que levantarse muy temprano para atender a las personas que allí se alojaban, antes de acudir a su trabajo en la City. Una triste existencia que no contribuían a alegrar precisamente los altibajos de su oficina de patente norteamericana. Crippen era un hombre menudo, casado con una mujer dominante, y se había buscado un apaño en brazos de una de las secretarias de Munyon’s Remedies, la empresa en la que trabajaba. Ethel Le Neve era una chica de veintisiete años, bonita y complaciente, y sus compañeros estaban al tanto de la relación que tenían.

A principios de 1910 Belle desapareció. Crippen les dijo a sus amigos que se había vuelto a Estados Unidos. Más tarde les contaría que había fallecido en California. Sus amigos se sintieron engañados y enojados y, cuando Ethel apareció en público, luciendo las joyas y las pieles de la señora Crippen, dos de ellos, el señor y la señora Nash, se tomaron la molestia de pedir informes a California. Descontento con el resultado de sus pesquisas, Nash trasladó sus sospechas a Scotland Yard y, al poco, el inspector jefe Walter Dew fue a ver al doctor Crippen en Hilldrop Crescent. Al lunes siguiente se pasó por Munyon’s para proseguir sus investigaciones, y se encontró con que Crippen había desaparecido. Registraron la vivienda de arriba abajo, y cuando, el 13 de julio, procedieron a levantar el suelo del sótano, descubrieron restos humanos envueltos en una chaqueta de pijama. Se dictó de inmediato una orden de busca y captura del doctor Crippen y Ethel Le Neve, pues también ésta había huido. Los dos habían ido a Amberes, donde tomaron el transatlántico *S. S. Montrose* hacia Canadá. Pronto despertaron las sospechas del capitán del buque, buen detective aficionado, que se fijó en la pistola que deformaba la americana «del señor Robinson» y en el pésimo disfraz de aquella mujer, que se hacía pasar por «su hijo John». Gracias a la radiotelegrafía de Marconi, el capitán Kendall avisó a las autoridades y, a su llegada, Crippen y Le Neve fueron detenidos por el propio Dew, que se había subido al barco en Father Point, a las afueras de Quebec, disfrazado de práctico.

Mientras tanto, el doctor Spilsbury analizaba los restos que se habían encontrado en el sótano, en los que identificó tejido cicatrizado de una antigua operación de apendicitis y unos pantalones de pijama, también enterrados. Durante la vista, quedó demostrada la fecha en que Crippen había comprado

el pijama. Las precisas pruebas forenses aportadas por Spilsbury parecían dar el caso por cerrado. La señora Crippen había sido envenenada con una droga muy poco frecuente, la hioscina; era la primera vez que se recurría a dicha sustancia para asesinar a alguien. El 17 de enero de 1910, Crippen había comprado tranquilamente cinco granos de dicha sustancia.

No obstante, Conan Doyle y algunas de las personas que asistieron a los cinco días que duró el juicio se dieron cuenta de que el veredicto de «culpable» no aclaraba una parte importante del caso. Quienes tuvieron ocasión de tratarlo en aquella época quedaban impresionados con el acusado. Como católico que era, ¿tendría algo que ver con la convicción moral de Doyle? ¿Acaso trataba Crippen de proteger a Ethel, que había sido absuelta en un proceso distinto? ¿Qué había ocurrido en Hilldrop Crescent? ¿Era de verdad un asesino despiadado aquel hombre delicado, tan preocupado por la suerte de su amiga?

El alegato final de la defensa tenía que haber sido presentado por Edward Marshall Hall pero, por encontrarse de vacaciones, fue otro abogado, Alfred Tobin, quien se encargó de exponerlo de un modo bastante torpe. Tras el veredicto, inspiró mucha compasión. Marshall Hall había pensado enfocar la defensa de un modo distinto para que Crippen fuese declarado culpable de homicidio. Expuso su teoría en una conferencia que pronunciaría más adelante en el Club de los Crímenes. Conan Doyle lo invitó a Windlesham, donde, entre copas de oporto y cigarros puros, se dedicaron a comentar diferentes aspectos del caso en la sala de billar. ¿Podría darse el caso de que Crippen fuera inocente?, se preguntaba Conan Doyle.

Marshall Hall pensaba que la señora Crippen era una mujer dominante, con un apetito sexual insaciable. Y aquello le había venido grande al pobre y canijo Crippen, atrapado entre Ethel y su mujer, Cora. Adquirió la hioscina para utilizarla como sedante e inhibidor sexual, pero cometió un error al calcular la dosis. Como no le encontraron ni rastro de la droga, supusieron que le había suministrado los cinco granos. Pero ¿con qué objeto? ¿Trataba de acabar con Cora o de dejarla sólo fuera de combate, mientras él disfrutaba de una noche de amoríos ilícitos con Ethel?

Cuando la encontró sin vida, proseguía Marshall Hall, Crippen tendría que haber llamado a otro médico o a la policía. Si lo hubiera hecho, no sólo se habría librado de la horca, sino que, quizá, ni siquiera hubiera ido ajuicio. Pero le entró miedo y descuartizó el cadáver, lo enterró en el sótano y arrojó la cabeza al canal Ferry (como decía todo el mundo). Aquella horrible carnicería bastó para que fuese declarado culpable. Marshall Hall le explicó a

Conan Doyle que, si hubiera tenido ocasión de pronunciar el alegato en su defensa, quizá le habría librado de la pena máxima.

Otros no estaban de acuerdo con esta forma de ver las cosas. Amigo de ambos y antiguo socio del Club de los Crímenes, Ingleby Oddie era un abogado que estaba empezando y había trabajado para la fiscalía en aquel caso. En su opinión no había duda de que Crippen era culpable, aunque quizá no hubiera sido idea suya lo de descuartizar el cadáver. Se excedió en la dosis de hioscina, lo que llevó a la mujer casi a un delirio y a gritar histérica. Para callarla, le pegó un tiro. Según aseguraba Oddie en su autobiografía, había vecinos que habían oído gritos y un ruido semejante a un portazo. Y a Crippen no le quedó otro remedio que descuartizar el cadáver, porque ya no podría decir que había muerto de un ataque al corazón.

Travers Humphreys, que dirigió la acusación junto a *sir* Richard Muir, pensaba que, en otro país, a Crippen se le habrían aplicado circunstancias atenuantes. En Francia, por ejemplo, se habría considerado un crimen pasional. Pero no así en Inglaterra. En Inglaterra, el 23 de noviembre de 1910 Crippen fue ahorcado, llevándose con él los oscuros secretos de Hilldrop Crescent. Conan Doyle no se sintió muy apenado, y eso que podría haber percibido en aquel caso una especie de eco de otra muerte que le había tocado mucho más de cerca, en marzo de 1885, y que todavía lo obsesionaba desde la época de Southsea.

14. El caso de Oscar Slater

> En mi opinión, este caso siempre se recordará como uno de los clásicos de la historia del crimen y como paradigma de la ineptitud y obcecación de las autoridades.
>
> Conan Doyle, en *The Spectator*,
> 25 de julio de 1914

En el verano de 1912, Conan Doyle recibió una petición de un abogado que actuaba en representación de un condenado a cadena perpetua por el brutal asesinato de una anciana de ochenta y dos años, ocurrido en Glasgow, en diciembre de 1908. El letrado le había hecho llegar un ejemplar de la edición de William Roughead de *The Trial of Oscar Slater* [*El juicio de Oscar Slater*], por el que se enteró de los inquietantes hechos que concurrían en aquel asunto y que lo llevaron a interesarse por él. El tal Oscar Slater —un perista alemán, rufián y de vida turbia— no era una persona de su agrado, de hecho no llegó a compadecerse de él como sí lo hizo de George Edalji, pero se empeñaría en demostrar su inocencia a lo largo de dieciséis años.

El proceso de Oscar Slater culminó en un error judicial de mayores proporciones que el de George Edalji; se trataba de un caso que, a día de hoy, sigue sin resolverse. Se exponen aquí, por primera vez, todos los hechos tal como se le presentaron a Conan Doyle, algo inédito hasta ahora.

Asesinato en Queen’s Terrace

La lluviosa noche del lunes 21 de diciembre de 1908, Helen Lambie, una sirvienta que trabajaba en casa de la señorita Marion Gilchrist, salió del segundo piso del número 15 de Queen’s Terrace, West Princes Street, en Glasgow, para comprar el periódico de la tarde. No era algo que hiciera todos los días, pero sí cuando la señora esperaba visitas y prefería que la sirvienta

no estuviera presente. Eran las siete de la tarde. En algún momento entre esa hora y las siete y diez alguien asesinó a la señorita Gilchrist.

El piso inferior estaba ocupado por el señor Arthur Adams, que vivía con su madre y sus cinco hermanas. No era amigo íntimo de la señorita Gilchrist, pero como desde hacía tiempo a la mujer le preocupaban los ladrones, se habían puesto de acuerdo en que, caso de que necesitase ayuda de improviso, daría unos golpes en el suelo.

A las siete menos cinco, al volver a casa, la señora Rowena Liddell, una de las hermanas del señor Adams, se fijó en un hombre que estaba apoyado en la barandilla de la entrada. Parecía un hombre decente, con una nariz muy larga y desviada. «No se ve una nariz así ni entre un millar». (Bien habría podido estar esperando a alguna de sus hermanas, que habían ido a clase de música, aunque, más adelante, quedaría demostrado que alguien llevaba semanas vigilando la casa).

Helen Lambie había cogido al salir un penique para el periódico, y dejado en la mesa medio soberano para hacer la compra cuando regresase. Había dejado a la señorita Gilchrist sentada a la mesa del comedor, de espaldas a la chimenea, leyendo una revista. Por la calle, Lambie se detuvo a charlar con un policía que hacía la ronda.

De repente, en la vivienda de los Adams se llevaron un buen susto al oír tres golpes fuertes en el techo. Adams salió al rellano y subió la escalera. Dio por lo menos tres prolongados timbrazos, rayanos en la descortesía. La puerta del descansillo estaba abierta, pero la de la señorita Gilchrist estaba cerrada con llave, aunque había luz en el vestíbulo. Mientras esperaba Arthur Adams oyó un chirrido como el que hace la madera al quebrarse. Volvió a su casa, pero sus familiares, preocupados, lo instaron a que volviese, porque seguían oyéndose unos ruidos «como si el techo fuera a venirse abajo». Llamó al timbre de nuevo. En el interior de la casa no se oía nada. Arthur no sabía qué hacer. A Helen Lambie, que en aquel momento volvía de la calle, también le llamó la atención ver la puerta del portal abierta, huellas de pisadas húmedas en la escalera y, por si fuera poco, encontrarse a la puerta del piso con el señor Adams, quien le explicó que había oído ruido. La sirvienta pensó que podía haberse caído el tendedero de la cocina, que estaba sujeto mediante un sistema de poleas. Abrió la puerta y entró en el recibidor. Adams se quedó esperando en el descansillo.

Salió un hombre del dormitorio de invitados, que se encontraba al final del vestíbulo. Cruzó el recibidor, pasando por delante de Helen Lambie, que no dijo nada y se fue hacia la cocina. Pasó por delante de Adams y, una vez

fuera, echó a correr escaleras abajo. Al verlo, Lambie no había dado muestras de la menor sorpresa, un detalle fundamental en este caso. Siguió hasta la cocina y comprobó que el tendedero estaba en su sitio.

«¿Dónde está la señora?» le preguntó Adams. Lambie fue al comedor y dio un grito: «¡Venga aquí!». La señorita Gilchrist yacía en el suelo, junto a la mesa del comedor, con la cabeza vuelta hacia la chimenea. Le habían puesto encima una alfombra de piel. Al retirarla se percataron de que le habían golpeado la cabeza con saña. Así lo describiría más tarde William Park: «Tenía unos golpes tremendos en la cabeza, los ojos destrozados y unos horribles tajos y cortes en ambas sienes, además de espantosas heridas en la cara». Había sangre por todas partes. Pero la anciana aún seguía con vida, y falleció en el momento en que su vecino y su criada se arrodillaban a su lado.

Adams y Lambie echaron a correr. Eran las siete y diez de la tarde. Mientras la angustiada sirvienta no dejaba de lamentarse ante los familiares de Adams, éste salía a la calle. No vio a nadie que guardase semejanza con el hombre que había salido del piso. El asesino se había esfumado en la oscuridad de la noche de Glasgow. Arthur regresó con un policía y con su propio médico, el doctor Adams, el cual, tras examinar el cadáver, dedujo que a la señora Gilchrist la habían golpeado con la silla que estaba a su lado, y que cabía la posibilidad de que el asesino se hubiera manchado la ropa con la sangre. Arthur Adams y Lambie no se habían fijado si el hombre que había salido por el recibidor iba manchado de sangre.

Helen Lambie fue a toda prisa a casa de la señora Margaret Birrell, prima de la víctima, para avisarle de lo ocurrido. Con el tiempo, se hicieron muchas conjeturas acerca de lo que pasó en aquella casa del número 19 de Blythswood Drive, a la que Lambie llegó a las siete y cuarto. Pero, como nada de esto trascendió en el juicio, por el momento lo pasaremos por alto.

A su regreso, la policía, que ya había recibido refuerzos, la interrogó en el piso de la víctima. Lambie, oficialmente, declaró en ese momento que no estaba segura de poder identificar al hombre del vestíbulo. El primer policía en llegar al lugar de los hechos fue el superintendente William Douglas, de la comisaría de la zona oeste de la ciudad y, más tarde, el señor John Ord, superintendente de la Brigada Criminal de Glasgow. Fuera lo que fuere lo que dijera a Douglas en un primer momento, Helen Lambie declararía después a Ord que lo único que echaba en falta era un solitario engastado en un broche con forma de luna creciente. Aparte de eso no hay pruebas de que aquella tarde desapareciesen otras joyas, a pesar de que en diferentes partes del piso la anciana guardaba piezas por valor de más de tres mil libras. Si el móvil

había sido el robo, no dejaba de ser sorprendente que no se hubiera llevado también esas joyas. Los únicos indicios sobre el visitante eran una caja de cerillas Runaway, y una cerilla usada para encender la luz de gas de la habitación de invitados, donde la policía encontró además una cajita de madera para guardar documentos que se había roto al abrirla (¿sería el ruido de madera que se quebraba lo que había oído Arthur Adams?); los papeles que contenía estaban desparramados por el suelo. Pero ni en la cerilla ni en la caja de cerillas había sangre. La policía estimó, en cualquier caso, que el móvil había sido el robo y dictó una orden de busca y captura de «un hombre, de entre veinticinco y treinta años, de 1,65 o 1,70 de estatura, delgado, de pelo oscuro, sin barba, con un abrigo de color gris claro y una gorra oscura. Sin otros datos».

Tras haber revisado los documentos oficiales sobre lo ocurrido hasta ese momento, a Conan Doyle no dejaba de extrañarle que la señorita Gilchrist hubiera abierto la puerta a aquel hombre. Las puertas estaban provistas de un mecanismo que permitían abrir el portal, caso de que estuviese cerrado, comprobar quién era la persona que subía y, de no conocerla, cerrar la puerta de la casa con llave. Pero nada indicaba que la puerta hubiera sido forzada. Fuera quien fuese, la señorita Gilchrist había franqueado el paso a su asesino.

Pero, pensó Conan Doyle a continuación, ¿cómo había dado la policía con la pista del hombre que detendría más tarde? Además de las declaraciones de Lambie y Adams, unos días después la policía consiguió una descripción más precisa gracias a una chica de catorce años, llamada Mary Barrowman, que aseguraba haber visto a un hombre salir corriendo del edificio. (Su declaración casaba mal con la de Adams, según el cual la calle estaba vacía, así como con la posterior del jefe de la muchacha, según el cual ésta se había equivocado de día). Otro testigo, una despierta maestra de escuela de nombre Agnes Brown, declaró que había visto correr a dos hombres desde aquella zona la noche del asesinato. Uno se parecía al hombre que habían descrito Adams y Lambie; el otro era más grueso. Pero no compareció como testigo durante la vista.

El día de Navidad la policía tuvo conocimiento de que un judío alemán, cuyo nombre de pila era Oscar, había ofrecido en sus tabernas una papeleta de empeño por un broche con forma de luna creciente y un solitario. La policía fue a su casa, pero el hombre y su compañera se habían ido a Liverpool con intención de tomar un barco rumbo a Estados Unidos. Por fin, lo detuvieron en Nueva York. Allí, durante una vista para solicitar su extradición, Adams, Lambie y Barrowman lo identificaron como el hombre al que habían visto.

Aparte de que lo habían «identificado» y de que había «huido», no disponían de más pruebas contra él. Se demostró que el broche que figuraba en la papeleta de empeño era de su propiedad, y que no tenía nada que ver con el que le habían robado a la señorita Gilchrist. Con tales hechos a la vista, Conan Doyle llegó a la conclusión de que la identificación estaba amañada: antes de la celebración de la vista en Nueva York, en un pasillo, les habían señalado a los testigos quién era Slater, y a Lambie y Barrowman les habían dado indicaciones de lo que tenían que decir.

Como suele ocurrir en tantos casos de errores judiciales, la defensa de Oscar Slater dejó mucho que desear. La policía se inventó «un caso» en su contra, sin otras pruebas que la vida que llevaba de rufián, jugador y perista; eso bastó para condenarlo. El jurado, instruido por el juez *lord* Guthrie, emitió un veredicto de culpabilidad. Fue una parodia tan sangrante de la justicia que veinte mil personas firmaron una petición para que el condenado no fuese ejecutado. Y le conmutaron la pena de muerte por la de cadena perpetua, que cumpliría en la cárcel de Peterhead.

Ahí podría haber concluido todo. John Lamond, capellán de la prisión y amigo y biógrafo de Conan Doyle, oyó muchas veces a Slater proclamar su inocencia con convicción, pero jamás se le habría pasado por la cabeza que hubiera sido condenado sin pruebas. No eran pocos los que pensaban que si estaba en la cárcel, era que algo habría hecho.

Con las pruebas recogidas en el libro de Roughead, Conan Doyle escribió un folleto acerca del caso, que salió a la luz en agosto de 1912. No tuvo una gran acogida y, si bien consiguió algunos apoyos sólidos, la reacción del público en general fue dejar de lado el asunto. Recibió una carta de uno de los miembros del jurado, en la que le aseguraba que no había pruebas para condenar a Slater. Durante el juicio no se explicó cómo había accedido al piso el asesino y, si el asesinato se había cometido tal y como sostenía la fiscalía, tendría que haberse hallado sangre en la ropa del acusado: «Durante todo el proceso tuve siempre la sensación de que faltaba un eslabón». Esta carta, que se publicó en el *Daily Record* de Glasgow, con una nota que decía que mucha gente pensaba que el asesino de verdad aún se paseaba por las calles de la ciudad, fue un aldabonazo. Según el periódico existían personas que podían señalar con el dedo al responsable.

Pasó el tiempo. A finales de marzo de 1914, Conan Doyle recibió una carta de un abogado de Glasgow llamado David Cook. Trabajaba para un teniente detective de la policía de la ciudad, John Trench. Éste aseguraba que cuando, minutos después de haberse producido el asesinato, Lambie fue a ver

a la señorita Birrell, le dijo el nombre del hombre que había visto en el recibidor, y que la prima de la anciana le había advertido de que no dijese nada a la policía. Y, aunque el propio Trench había ido a ver a la señorita Birrell, la prueba no había figurado en ningún sitio.

Esta revelación dio un vuelco al caso. Con el apoyo de Conan Doyle, Cook y Trench emprendieron una campaña en pos de la reapertura del caso, que acabó triunfando. Pero no se llegó a ninguna conclusión puesto que la señorita Birrell y Helen Lambie negaron las alegaciones de Trench, en especial la referida al hombre mencionado como «A. B.». A todo esto, Slater continuaba en la cárcel y, lo que es peor, Cook y Trench a punto estuvieron de seguir sus pasos. Los detuvieron bajo la acusación de aceptar objetos robados y, aunque salieron absueltos, les destrozaron la vida por completo. Esto ocurría en 1915, y la detención se produjo un día antes de que Trench embarcase rumbo al estrecho de los Dardanelos. John Trench falleció en 1919; David Cook, dos años más tarde.

El tiempo siguió su curso. En los años de la guerra y la posguerra, Conan Doyle no dedicó muchas energías al caso Slater. En 1925, un compañero de prisión de Slater le entregó bajo cuerda una petición de éste para que se hiciera cargo del caso de nuevo. Así lo hizo; pero, una vez más, las autoridades se negaron a reabrir la investigación.

Un nuevo personaje hizo su entrada: William Park, un intrépido periodista de Glasgow, el cual encontró nuevas pruebas, como que el broche que tan determinante había sido para la detención de Slater no había sido robado, y noticias de un nuevo testigo que había visto a un hombre salir corriendo del domicilio de la señorita Gilchrist la noche del asesinato y que aseguraba que no se trataba de Slater. Animado por Conan Doyle, Park escribió un libro sobre el caso, *The Truth about Oscar Slater* [*La verdad sobre Oscar Slater*]. Sin embargo, aquel trabajo lo trastornó de tal manera que se dio a la bebida. Con su aval, Conan Doyle consiguió, no obstante, que Psychic Press publicase el libro en 1927 con un prefacio de su puño y letra. Tras el revuelo suscitado llovieron de nuevo peticiones para que se reabriese la investigación. El *Daily News* publicó con gran resonancia una serie de artículos dedicados exclusivamente al caso Slater. En octubre de 1927, Helen Lambie se desdijo de su declaración oficial en una entrevista publicada en Estados Unidos, donde se había ido a vivir; un mes después, Mary Barrowman afirmaba no estar segura de que fuera cierto lo que había declarado. No hizo falta nada más. El 14 de noviembre de 1927, Oscar Slater salía de la cárcel de Peterhead.

Slater interpuso un recurso y, aunque, como es norma en el mundo legal, algunas de las pruebas no fueron aceptadas, se admitió que, en determinados aspectos, había sido víctima de un juicio injusto. Se procedió a su rehabilitación y se le concedió una ridícula indemnización oficial de seis mil libras. Slater se retiró a Ayr, donde viviría pacíficamente hasta el momento de su muerte, en 1949. Conan Doyle y él tendrían más adelante un enfrentamiento por dilucidar quién era el responsable de los gastos del recurso; pero, finalmente, todo quedó arreglado y ambos se reconciliaron. Conan Doyle no era un entusiasta de Slater, pero estaba convencido de que no tenía nada que ver con el asesinato de la señorita Marion Gilchrist.

Del mismo modo, ni él ni sus amigos albergaban duda alguna acerca de la identidad del «hombre del recibidor», en cuyas manos habría estado que se revelase la verdad del caso.

Se llamaba Francis James Charteris.

Causa de la muerte de la señorita Gilchrist

Hay algo que resulta evidente: que a Marion Gilchrist no la mató un vulgar ladrón para apoderarse de sus joyas. Su asesino era alguien a quien ella conocía, y el motivo algún episodio oculto de la familia Gilchrist y de sus parientes, entre ellos la conocida familia Charteris.

Ahí estaba, según Conan Doyle, la verdad de los hechos de aquella tarde del mes de diciembre, del sorprendente comportamiento de Helen Lambie al cruzarse con el «hombre del recibidor» y de las consecuencias del testamento redactado por la señorita Gilchrist.

Como se recordará, la señorita Lambie no le plantó cara al hombre que salía de la habitación de invitados y que había pasado por su lado, cuando ella se dirigía a la cocina. Y no lo hizo por la sencilla razón de que lo conocía. Después de encontrar a la señorita Gilchrist moribunda, corrió a avisar a Birrell, a quien relató los horripilantes sucesos que acababa de presenciar. Reproduzco a continuación la conversación que tuvieron, tal y como se desarrolló.

—Señorita Birrell, señorita Birrell, han asesinado a la señorita Gilchrist, que yace moribunda en el comedor. Y pude ver quién lo hizo, señorita Birrell.

—¡Dios mío Nellie, qué espanto! ¿Quién pudo hacer una cosa así? ¿Lo conoce?

—Creó que sí, señorita Birrell; era el doctor Charteris; estoy segura de que era Francis Charteris.

—¡Por el amor de Dios, Nellie, no puede decir una cosa así, a menos que esté muy segura! ¡Ni se le ocurra decir una cosa así, Nellie!

Pero claro que Nellie estaba segura, y asustada, probablemente. Lo mismo diría después a la policía, y aquella noche los detectives John Pyper y James Doman fueron a ver a la señorita Birrell. Por ellos se enteró de que Nellie les había repetido su acusación. Así se lo hizo saber la señorita Birrell a sus amistades y a uno de los ediles del ayuntamiento de Glasgow, que se puso en contacto con el superintendente Ord.

Al día siguiente, otro detective, que no era sino el teniente John Trench, fue a su casa y le tomó declaración. (Esta visita está confirmada en su parte diario para la policía). Cuando le entregó la declaración a su jefe, éste se mostró sorprendido.

«Es la primera pista fiable con la que contamos», dijo. Sin embargo, más tarde le diría a Trench: «He llamado a Douglas, y está convencido de que el doctor Charteris no tiene nada que ver con este asunto». El superintendente William Douglas era quien estaba al frente de la comisaría de la zona oeste de la ciudad, donde se había producido el asesinato. A partir de ese momento, la posición oficial de la policía fue que Helen Lambie no era capaz de identificar a aquel hombre, aunque después sí lo sería de identificar a Oscar Slater, cuando la policía se lo pidió en Nueva York. Era una buena chica, de las que hacen todo lo que se les dice o, por lo menos, lo que le indicaban los jefes de la policía de Glasgow en 1909.

La señorita Birrell le había dicho a Trend que «la señorita Gilchrist no tenía muy buenas relaciones con sus parientes, y que eran pocos los que iban a verla, si es que aún iba alguno». Uno de ellos era el doctor Charteris, como Helen Lambie reconoció más tarde en el curso de la investigación reservada, aunque negase los hechos de los que había sido testigo la tarde del crimen.

Marion Gilchrist era una mujer sorprendente, con un extraño pasado. Los rumores que circulaban por Glasgow apuntaban a que había amasado su fortuna como perista de joyas robadas, aunque jamás hubo pruebas de que fuese cierto. Era rica, de eso no cabía duda, y tenía miedo de algo. En los meses anteriores al asesinato se habían producido algunos acontecimientos sorprendentes. En septiembre había muerto un terrier irlandés que le habían regalado. Si bien la señorita Tambie pensó que había sido por algo que comió, la señorita Gilchrist estaba convencida de que lo habían envenenado. En noviembre cambió el testamento. Y, a partir del 1 de diciembre, unos vecinos

se habían fijado en un individuo que vigilaba el piso. Alrededor de una docena de personas habían reparado en aquel hombre, a distintas horas y vestido de manera diferente. De los confusos detalles que se desprenden de sus declaraciones —según algunos, tenía pinta de extranjero, otros aseguraban que llevaba bigote—, bien podrían haber sido dos hombres.

El 23 de diciembre se declaró oficialmente fallecida a la señora Gilchrist, la identificación corrió a cargo de otra pariente suya, la señora Mary McCall, que, a tal efecto, se desplazó desde su lugar de residencia en Boscombe Court, en Bournemouth, al sur de Inglaterra. Por lo visto, ningún otro pariente de los que tenía en Escocia parecía dispuesto a trasladarse. Cuando se abrió el testamento se comprobó que la fortuna de la señorita Gilchrist ascendía a doce mil libras. A su hermana le dejaba un seguro de vida de dos mil libras que, tras su muerte, había de destinarse a obras de caridad. A otras sobrinas y a los hijos de éstas les cedía dos mil doscientas libras. Aparte de otros legados, entre ellos uno de veinte libras para Helen Lambie, el resto del dinero, es decir, seis mil doscientas ochenta libras, fue a parar a manos de una hija ilegítima, la señora Maggie Galbraith Ferguson, cuya hija se llamaba, por si quedaba alguna duda, Marion Gilchrist Ferguson.

La mayor parte del dinero que tenía la señorita Gilchrist lo había recibido de su padre, y la singular forma de vida que llevaba no había hecho más que acrecentar las tensiones en torno a la herencia. Su hermano James había fallecido unos años antes. Su viuda, Mary, había vuelto a casarse con Matthew Charteris, profesor de Medicina y Terapéutica de la Universidad de Glasgow, que había muerto en 1897. Su padre había sido un simple maestro de escuela, pero su hermano, el reverendísimo Archibald Hamilton Charteris, profesor de Crítica Bíblica de la Universidad de Edimburgo, había ocupado desde 1870 el cargo de capellán regio de Escocia. Matthew Charteris había tenido tres hijos. El mayor era Archibald Hamilton Charteris, por aquel entonces profesor de Derecho Internacional de la Universidad de Glasgow y, más tarde, de la de Sidney. El benjamín siguió la carrera de las armas y llegó a general de la brigada. El hijo mediano era Francis James Charteris, médico como su padre y que, con el tiempo, llegaría a ser profesor de la Universidad de St. Andrews.

Los Charteris eran una familia distinguida y muy bien relacionada, desde luego una de las más ilustres de Escocia. Aunque no había lazos de sangre entre Francis James Charteris y la señorita Gilchrist, todo el mundo creía que era sobrino suyo. Nacido en 1875, debía de tener alrededor de treinta y tres años en el momento en que se produjo el asesinato. Todos los testigos

coincidían en que el hombre al que habían visto parecía un joven respetable de treinta y tantos años. Antes de abrir su propia consulta en Glasgow, había estudiado medicina en dicha ciudad y en Leipzig. ¿Quién podría considerar a una persona así sospechosa de estar implicada en un brutal asesinato? La explicación que ofreció Charteris era muy sencilla. Lo que sigue es su versión de lo ocurrido la noche del asesinato, algo que nunca salió a la luz mientras vivió.

En el momento del crimen Francis Charteris estaba atendiendo un parto. Más tarde, aquella misma noche, recibió un mensaje de la policía en la que le rogaba que comunicarse a su madre lo que había pasado. Al pasar por el piso de West Princes Street decidió subir. Se encontró a la policía haciendo preguntas a una confusa e incoherente Helen Lambie, quien, al tratar de dejar claro cómo era el hombre al que había visto, les explicó: «Era como el doctor Charteris, aquí presente». Según sus amigos fue esta puntualización la que indujo a error al detective Trench, la que lo llevaría en 1914 a tomar aquella lamentable decisión, que acabaría costándole el puesto. Charteris era el hombre que se ocultaba tras aquellas enigmáticas siglas, «A. B.», cuya identificación había traído de cabeza a todo el mundo en el curso de la investigación.

Aunque parezca mentira, sus propios familiares, que prestaron declaración durante la indagación, aseguraban que el doctor Charteris no había sido consciente de los rumores que circulaban sobre él hasta 1951, cuando tales habladurías, como siempre ocurre, subieron de intensidad hasta el punto de comentarse que era drogadicto y borracho, dueño de un burdel de Garnethill y que organizaba orgías escandalosas en las habitaciones que había ocupado cuando era estudiante. La leyenda aún se amplificó más para tratar de explicar las iniciales que manejaban los investigadores: se dijo entonces que habían sido dos los hombres, uno de ellos un tal Austin Birrell, pariente también de la señorita Gilchrist. De este sujeto llegó a afirmarse que había enloquecido y que se dedicaba a vagabundear por las calles de Glasgow en la década de 1930, mascullando que aquel crimen brutal le remordía la conciencia.

Algunas de estas informaciones sólo se conocieron después del fallecimiento del doctor Charteris, el 4 de julio de 1964. En 1969 se llevó a cabo un nuevo intento para limpiar el nombre de John Trench, pero los jueces de Gasgow desestimaron la demanda. Y *The Glasgow Herald*, que nunca había estado de parte de Slater, atacó a Trench en un artículo de opinión firmado por Alistair Philips. Según el autor, el delito de Trench seguía siendo imperdonable. «Lo que hizo al magnificar aquella información incompleta e

incorrecta que sabía sólo de oídas, apoyándose en los primeros interrogatorios, fue acusar a un respetable médico de Glasgow que, como ha quedado claro para la fiscalía y los funcionarios ya retirados que participaron en ellos, no tuvo nada que ver con aquel crimen».

Parece que, incluso a día de hoy, no se aplica la misma ley a los rufianes de vida turbia que a los sobrinos de un capellán designado por el rey. La información de que disponía Trench no era de oídas; había participado en la investigación. Él mismo fue quien tomó declaración a la señorita Birrell, y quien la puso en conocimiento de sus superiores. No reclamaba otra cosa en su demanda, en la que, por otra parte, nada se decía de la explicación que el doctor Charteris había dado de los hechos, tal y como se recogió en su momento y se reflejaba en la investigación. En la revisión del caso se admitió que se habían investigado las iniciales «A. B.» —el doctor Charteris—, algo que llamaba realmente la atención, si su nombre jamás había salido a relucir. El médico aseguró que a esa hora estaba atendiendo un parto, pero no hay pruebas de que tal afirmación fuese cierta. Es más: Helen Lambie lo identificó ante Margaret Birrell a los pocos minutos de haberse producido el asesinato, y no mucho más tarde aquel mismo día en presencia de la policía, como él sostenía.

Pocas dudas albergaba Conan Doyle acerca de quién era el culpable y, por lo que sabemos ahora, está claro que la investigación tendría que haber sido más rigurosa. Sabemos que se había iniciado otra línea de indagación, a juzgar por el testimonio de John Trench y por informaciones aparecidas en los periódicos en diciembre de 1909, en las que se apuntaba que, de un momento a otro, se produciría «una espectacular detención». Como Conan Doyle no ignoraba, también había otras personas que, sin ningún fundamento, pensaban que Oscar Slater tenía algo que ver con el crimen. Ya iba siendo hora de desmentir esos rumores. Yo espero que, tras haber identificado al doctor Charteris como uno de los implicados en el asesinato de la señorita Gilchrist, se haga algo por fin para limpiar el nombre de Oscar Slater y de John Trench, y se los exonere de las trágicas consecuencias de aquella maniobra de distracción dirigida por la policía para proteger el buen nombre de la conocida familia Charteris.

En mi opinión, aquella tarde Francis Charteris y un familiar suyo, quizá de común acuerdo o quizá no, fueron al piso de la señorita Gilchrist y ésta les franqueó la entrada porque los conocía. El acompañante se deshizo de la señorita Gilchrist mientras el doctor Charteris buscaba documentos relacionados con la familia en el cuarto de invitados. Al ver que la señorita

Gilchrist volvía en sí, el acompañante (sin duda, un individuo trastornado) la golpeó con la silla hasta acabar con ella. Mientras Charteris seguía rebuscando papeles, su cómplice salió del piso y, quizá, se ocultó en lo alto de la escalera, como William Roughead sostenía, esperando que no hubiera nadie a la vista. (O huyó por la ventana de la cocina, bajando por alguna tubería de desagüe, como parece deducirse de otras pruebas). Sorprendido al ver entrar a Helen Lambie y al señor Adams, el doctor Charteris, a quien Helen había visto en una ocasión anterior, abandonó sin inmutarse el piso, antes de echar a correr escaleras abajo y salir a la calle para desaparecer misteriosamente.

Eso era lo que pensaba Conan Doyle y, como ya he indicado con anterioridad, aquí se trata de dejar constancia de sus opiniones, sin dejar de lado, en ocasiones, otras contrarias a la suya. Quizá sea demasiado tarde para demostrar que no le faltaba razón, pero habría que reparar de algún modo la reputación mancillada del teniente detective John Trench.

El caso de Oscar Slater suscita todavía una gran polémica. Y como suele ocurrir en estos casos (pensemos, por ejemplo, en el asesinato del presidente Kennedy) es tan ingente la información de la que disponemos que tendemos a perder de vista la sencilla explicación que Conan Doyle dio por buena.

En 1993, Thomas Toughill, que fue policía durante un tiempo en Hong Kong, se dedicó a investigar el asunto a la luz de toda la documentación disponible, incluidos los archivos oficiales que se habían hecho públicos. Apoyaba con entusiasmo la postura de Trench y desveló muchas más pruebas sobre la familia Charteris de las que estaban a disposición de Conan Doyle en 1928, e incluso a mi alcance cuando emprendí esta investigación en la década de 1980.

Para demostrar que no hay ningún caso que se pueda dar por cerrado definitivamente, el celebrado escritor y criminólogo Richard Whittington—Egan publicó en 2001 una muy fundada refutación de la posición mantenida por Trench frente a Charteris. En su trabajo valora exhaustivamente las pruebas y las selecciona lúcidamente, gracias a averiguaciones realizadas por él mismo en el lugar de los hechos.

Si bien todo el mundo parece estar de acuerdo en que Slater era inocente al menos de este delito, no sucede lo mismo en otras cuestiones relacionadas con el caso. Whittington—Egan llega a la conclusión de que el asesinato se cometió en el curso de un robo, y de que los rumores que circulaban por la ciudad fueron los que permitieron identificar al responsable. No es un argumento que me satisfaga demasiado. Los rateros siempre actúan con

presteza, sin dejar un solo rincón sin revisar y arrojando al suelo el contenido de los cajones. Nada de esto sucedió en el caso de la señorita Gilchrist, donde sólo hubo un intruso que registró parcialmente un escritorio y un segundo individuo que perpetró la brutal agresión contra la señorita Gilchrist.

Y tanto si la responsabilidad recae sobre la familia Charteris como sobre unos vulgares ladrones, sigo pensando que Conan Doyle y Trench estaban en lo cierto. Las fuerzas vivas escocesas enmascararon el caso hasta 1928 para proteger a uno de los suyos y acusaron falsamente a Slater del crimen. Toughill es de la opinión de que nunca desearon que Slater volviese de Nueva York, y mejor le habría ido quizá si no hubiera confiado tanto en las autoridades escocesas.

Quienes tengan interés por esta interminable controversia, y prefieran un punto de vista distinto del de Conan Doyle, se sentirán satisfechos con las obras de Toughill y de Whittington—Egan. Los documentos de Conan Doyle que guardan relación con el asunto, que van desde 1914 hasta 1929, fueron adquiridos en la subasta celebrada en Christie's en mayo de 2004 (por treinta mil libras) por la Biblioteca Mitchell de Glasgow, para incorporarlos a los que ya conservaban sobre el caso. No cabe duda de que, sirviéndose de esos ciento cuarenta y cinco legajos, habrá otros investigadores que refuten las tesis de Whittington—Egan y Toughill. Mucho me temo, no obstante, que tales documentos sólo servirán para apuntalar la versión de Trench y Conan Doyle, que he tratado de resumir en estas páginas. Particularmente creo que no resultará tarea fácil echar por tierra los argumentos de nuestro protagonista.

Una puntualización, por último: sin duda, para muchas personas influyentes la reputación y la firmeza de Conan Doyle quedaron por los suelos. Su hijo Adrián le contó al crítico y periodista Stuart P. B. Mais en 1927 que Conan Doyle fue excluido por Stanley Baldwin de la lista de concesión de honores nobiliarios a la vista de la fuerte oposición mostrada por la reina María y el arzobispo de Canterbury, el doctor Randall Davidson. ¿Qué razones los llevarían a actuar así? Con sus opiniones sobre el espiritismo y el divorcio, Conan Doyle había desconcertado a muchos anglicanos. Pero ¿habría alguna otra razón?

El arzobispo Randall Davidson era escocés, nacido en Edimburgo y de padres presbiterianos; era un anglicano converso que, desde 1882, se había sentido siempre muy próximo a la familia real. Y no dejo de preguntarme si sus relaciones personales y oficiales con el tío del doctor Charteris, el reverendísimo Archibald Hamilton Charteris, capellán real de Escocia

(1870—1908), no les habrían predispuesto a ellos dos, como a otras muchas personas influyentes de Escocia, en contra de Conan Doyle.

La negativa de la Cámara, ¿podría considerarse la última injusticia del caso Slater?

15. En el valle del terror: crímenes en Estados Unidos

Estados Unidos era una especie de segunda patria para Conan Doyle. Además de admirar a su pueblo y muchas de sus instituciones, se sentía atraído por cómo eran allí los crímenes, tan diferentes de aquellos de los que había tenido noticia en Gran Bretaña y en Europa. Desde su primera novela, *Estudio en escarlata*, de 1887, hasta el último de los relatos que publicó en 1930, *El último recurso*, crímenes acontecidos en Estados Unidos discurren por sus páginas, inspirándole nuevos temas, nuevas ideas, nuevas experiencias extraídas de sus viajes. Los casos que le interesaron constituyen una crónica menor del crimen en Estados Unidos, una faceta negra de los valores que tanto admiraba.

El impactante telón de fondo de *Estudio en escarlata* se inscribe sobre los asesinatos de los mormones en Utah en los primeros años de su andadura como estado. Doyle llamó danitas a sus «ángeles vengadores», aunque esa secta mormona tuvo en realidad su apogeo durante una época anterior de su enmarañada historia y nunca se asentaron en Utah. Sí describió, en cambio, las ideas contemporáneas de los seguidores del profeta Brigham Young**[25*]**. Y se cometieron asesinatos, de danitas u otros. Parte de su información la obtuvo de *Brigham Young's Destroying Angel* [*El ángel destructor de Brigham Young*] (1872), de John H. Beadle, así como de *Polygamy: Life in Utah, or The Mysteries and Crimes of Mormons* [*Poligamia: la vida en Utah, o misterios y crímenes acaecidos entre los mormones*] (1904), del que durante un tiempo conservó un ejemplar en su biblioteca del crimen.

No resultará fácil de creer a quienes pasen hoy por Salt Lake City que, en el siglo XIX, esa próspera ciudad emprendedora fuera objeto de asombro reverencial, tanto por la poligamia como por su inédita fe, sus proféticos dirigentes y los atroces crímenes cometidos en nombre de Dios (como la masacre de las montañas Meadows, en la que mormones disfrazados de indios atacaron una caravana de viajeros que se dirigía al Oeste, matando a hombres,

mujeres y niños). El relato que hizo Conan Doyle en su novela de ancianos tiránicos que acosaban a las muchachas hermosas para que entrasen a formar parte de su harén, de rivales asesinados por bandas de enmascarados y de extrañas desapariciones fue uno de las más aplaudidos por sus lectores. Y no andaba muy alejado de la verdad.

En su cuarto viaje a Estados Unidos, en 1923, un viaje que por fin lo llevaría hasta el lejano Oeste, tuvo ocasión de pasar por Salt Lake City, donde se formó una opinión muy favorable de los mormones. Uno de los ancianos de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, el obispo Charles W. Nibley, se molestó porque se agasajó a Conan Doyle, se le permitió el acceso al tabernáculo para dar una conferencia y encima se le pago, después de haber escrito un libro deleznable sobre sus antepasados. El escritor se refirió a aquellos episodios que le habían servido de inspiración como «una mancha transitoria de los primeros tiempos de Utah», pero nunca ofreció disculpas; los hechos eran ciertos y no podían negarse. Se percató de que la pasión y los prejuicios que habían echado a perder el prestigio de los mormones no eran algo excepcional. Estados Unidos había abrazado los principios de la libertad y de la libertad de conciencia pero, una y otra vez, había que luchar por ellos a costa de un enorme esfuerzo. También se dio cuenta de que, en muchas ocasiones, la libertad de un norteamericano significaba la esclavitud de otro.

Cuando escribió su novela, no había estado nunca en Estados Unidos. Para componerla se apoyó en la entrada «mormones» de la *Encyclopedia Britannica* y en los numerosos artículos y reportajes sobre Utah que aparecían en los periódicos y revistas de la década de 1880. Pero esos elementos tan marcadamente norteamericanos que se observaban en la primera novela de Sherlock Holmes hicieron que su nombre empezase a ser conocido en el nuevo continente; allí un editor le encargaría *El signo de los cuatro* en 1889 y una serie de relatos breves, con Holmes como protagonista, en 1891. Cuando en el otoño de 1894 llegó a Estados Unidos para impartir un ciclo de conferencias ya era un escritor conocido, el hombre que había tenido el valor de liquidar a Sherlock Holmes.

En los tres meses que duró la gira, en ninguna parte modificó las ideas fundamentales de cada conferencia, partiendo siempre de *Readings and Reminiscences* [*Lecturas y evocaciones*], y llegó a convertirse en un personaje popular. No tenía nada que ver con el inglés estirado. Su temperamento irlandés, su acento escocés y su discreción británica le ganaron las simpatías del público.

Sherlock Holmes aparecía en sus charlas, ya que Doyle contaba anécdotas conocidas sobre el doctor Bell y leía párrafos de sus escritos. Pero no disfrutó demasiado, y poco fue lo que vio, aparte de las salas de conferencias y los hoteles en los que pernoctaba con su hermano pequeño, Innes, que le había acompañado. Nunca les faltó un ciudadano afable que se hiciera cargo de la cena y el lecho.

Tampoco prestó demasiada atención a los crímenes reales, algo que ni él ni sus biógrafos se molestan en señalar. Pero he de decir que pasaron por alto un episodio que no carece de interés. El peregrinar de ciudad en ciudad de Conan Doyle fue ampliamente seguido por la prensa. Todo el continente conocía su presencia y quién era Sherlock Holmes, gracias a la conferencia que pronunció en Toronto a finales del mes de noviembre. Estando aún en Chicago había recibido una carta de Hector Charlesworth, intrépido periodista del *Toronto World*, en la que le pedía su opinión sobre un reciente asesinato cometido en aquella ciudad; adjuntaba unos cuantos recortes del periódico. El 19 de octubre, Conan Doyle le contestó:

> Muy señor mío:
>
> Tendré el gusto de leer lo que me envió sobre ese caso, pero comprenderá que es imposible que un extranjero, que nada sabe de esa ciudad, se atreva a emitir una opinión.
>
> Dándole las gracias por su atención, le saluda
>
> Conan Doyle

Leyó los recortes y los comentó con su hermano Innes, su compañero «Watson», cuando residían en Southsea. Se trataba de un caso realmente sorprendente. En la noche del sábado 6 de octubre de 1894, Frank Westwood, de dieciocho años, hijo de un fabricante de aparejos de pesca, abrió la puerta del hogar familiar en el elegante barrio de Packwood. Desde la oscuridad exterior alguien le disparó un tiro. Cuando Frank, tambaleándose, retrocedió hacia el vestíbulo, su madre bajaba a toda prisa la escalera sobresaltada por el ruido. El muchacho únicamente dijo: «Me han pegado un tiro», y subió a su cuarto. Mientras tanto, el padre había bajado empuñando su propio revólver y disparó varias veces por las inmediaciones de la casa. Los tiros no surtieron efecto y llamó a la policía, que se presentó unos minutos más tarde, alrededor de las once.

Frank Westwood falleció el jueves siguiente. A la policía tan sólo había declarado no haber reconocido a la persona que lo había atacado, pero que se

trataba, a su parecer, de un joven delgado y de piel oscura. La extraña reacción del padre de Frank aquella noche al salir disparando con su propia arma llevó a la policía a pensar que podría tratarse de un asunto familiar, y consideraron sospechosos tanto al señor Westwood como a su hijo mayor. Por el barrio se comentaba que el asesinato era obra de una mujer, o de una mujer disfrazada. Así pasaron varias semanas sin que la policía hiciese el menor progreso. Se ofreció una recompensa oficial, pero no aparecieron nuevas pistas.

Hector Charlesworth, que había seguido el caso para el *World*, pensó que la opinión de Conan Doyle podría ser un buen gancho promocional para el periódico. Un Sherlock Holmes de pacotilla de la localidad, Parkwood, había protagonizado una torpe intervención en el caso; quizá el creador del personaje podría resolverlo. Encantado con la respuesta del escritor, le aseguró que, en el momento oportuno, daría a conocer su opinión, y que, llegado el caso, hasta podría «incorporar tales hechos a una de sus interesantes novelas».

La carta de Conan Doyle se publicó en el periódico el 29 de octubre. Un mes después, el 26 de noviembre, llegó a Toronto para pronunciar una conferencia en el Massey Hall y, a petición suya, Hector Charlesworth acudió rápidamente a la casa en la que se alojaba para ponerle al día del caso Westwood. Para entonces se habían producido novedades.

Tras haber sido delatado a la policía por un carterista, el asesino estaba en el calabozo. Cuando lo detuvieron resultó que aquel «joven delgado» era en realidad una chica mulata, que se llamaba Clara Ford. El primer interrogatorio ante el juez no se celebraría hasta el día siguiente, de modo que aún no se sabía gran cosa. Se decía que, al ser interrogada por la policía, la muchacha lo había confesado todo. Conan Doyle observó, no obstante:

> Me llamaron mucho la atención las crónicas publicadas en el *World* que me enviaron. Se trata de un misterio realmente intrigante y, después de leerlas, mi hermano y yo hablamos largo y tendido del caso. Sin embargo, como no he estado nunca en ese lugar, no me atrevería a formular una opinión que contradijese la de la policía. Ahora entiendo mejor, en primer lugar, por qué la gente pensaba que la familia sabía más del asunto de lo que decía, pero llegué a la conclusión de que la versión del padre era tan insólita que debía de ser cierta. En cuanto a la persona encarcelada, Clara Ford, no puedo pronunciarme porque nunca me había encontrado con un caso

así. Ese método de encerrar a un detenido con un funcionario de policía, que lo interroga durante horas, me recuerda más la forma de impartir justicia de los franceses que la de los británicos.

No le faltaba razón al expresar sus recelos acerca de aquella «confesión». Clara Ford era una costurera que estaba prendada del joven Frank Westwood, aunque éste nunca hizo caso de sus insinuaciones. Celosa en extremo, la muchacha le disparó y huyó corriendo por la orilla del mar hasta que encontró una habitación donde esconderse, encima de un restaurante del centro de la ciudad, frecuentado por afroamericanos. En aquel ambiente podía haberse quedado por tiempo indefinido, pero Clara no sabía tener la boca cerrada y se jactó de lo que había hecho, de su venganza del muchacho blanco que la había desdeñado. Y la delató un carterista a quien consideraba amigo suyo. Tras ser detenida, se declaró culpable de los cargos que le imputaban.

Clara Ford no tardó en encontrar amigos que contrataron para su defensa los servicios de un abogado muy caro, llamado E. F. B. Johnston; «una pandilla de sentimentales», decía Hector Charlesworth, en tono de guasa. Durante la vista, Clara aseguró que la policía le había dicho que, si confesaba, la pondrían en libertad. Al darse cuenta de cómo la habían engañado, se retractó de lo que había admitido, declaró que era inocente y, en lo que el juez que presidía el juicio, el honorable *sir* John Boyd, calificó de «el ejemplo más lamentable de la ineficacia de la figura del jurado» que recordaba, quedó absuelta. De principio a fin del caso había causado sensación. De un asesinato cometido con disfraz pasó a convertirse en una parodia de la justicia. Era el 4 de mayo de 1895; para entonces, Conan Doyle ya había regresado a Inglaterra.

Clara Ford se aprovechó de la fama que había conseguido, y emprendió una gira con la compañía satírica de Sam T. Jack's Creoles, que utilizaba como reclamo a la damisela que había matado a un hombre en virtud de una «ley no escrita». El propio Conan Doyle aceptaba esa «ley no escrita», como en el caso de la dama noble, viuda de un eminente estadista, que disparaba contra el chantajista Charles Augustus Milverton (en el relato protagonizado por Sherlock Holmes, *La aventura de Charles Augustus Milverton*, publicado diez años después, en 1904). Pero el perfil psicológico del caso de Clara Ford le interesaba sobremanera. Un disfraz masculino era el recurso del que se había servido el personaje de Irene Adler en el primer relato que escribió para *The Strand*, en 1891, *Escándalo en Bohemia*. ¿Podría darse el caso de que Clara Ford fuese aficionada a Sherlock Holmes? Del mismo modo que ésta le

pegó un tiro a Frank Westwood, la señorita Adler bien podría haber disparado contra Sherlock Holmes en los escalones que conducían al número 221B de Baker Street. Doyle recurriría de nuevo al disfraz en otro extraño relato, *El hombre de los relojes*, en el que un joven se viste de mujer: sorprendentes recovecos de su vida aunque, como médico, hubiera visto muchas cosas raras en su profesión. Pero, como buen caballero, habría abominado de Frank Westwood por injuriar a una mujer negra, por mucho que el crimen pareciera ser la consecuencia de una obsesión de aquella chica, un tema demasiado crudo para el género de ficción popular al que se había dedicado el escritor.

En tiempos del asesinato de Westwood, el inspector jefe de la Brigada Criminal de Ontario era el legendario John Wilson Murray. Las memorias en las que da cuenta de su prodigiosa trayectoria como detective, publicadas en 1904, figuraban entre las pocas obras contemporáneas que Conan Doyle guardaba en su biblioteca criminal. La enorme admiración que sentía por Murray podía deberse, en parte, al hecho de que el detective había nacido en la ciudad de Edimburgo, en 1840. De joven, Murray se había hecho a la mar en un par de ocasiones, y estuvo enrolado en la Marina estadounidense en tiempos de la Guerra Civil. Al terminar la guerra, se unió al servicio secreto, con sede entonces en el departamento de la policía de Eire, Pensilvania. Gracias a sus dotes recibió una oferta para trabajar en los Ferrocarriles del Sur de Canadá y, de allí, se incorporó a la policía de Ontario. A los treinta y cinco años era el responsable policial de una extensa zona del sur de Ontario, ciento cincuenta mil kilómetros cuadrados de territorio salvaje. Por su tenacidad a la hora de perseguir malhechores se ganó el sobrenombre de «el viejo al que no se le escapa ni uno». John Murray reunía precisamente esas cualidades de constancia y sagaz capacidad de deducción que tanto admiraba Conan Doyle en un detective, y que constituían la esencia de Sherlock Holmes.

El asesinato de los pantanos de Blenheim en 1890 fue uno de los casos clásicos de la carrera de Murray y de los anales criminales de Canadá, y reunía todos los matices siniestros y necesarios para que a Conan Doyle no se le pasara por alto. La víctima era un destacado súbdito inglés, y los periódicos británicos prestaron mucha atención al caso, hasta el punto de que a todo el mundo acabaría sonándole el apellido Murray. El 21 de febrero de 1890 los hermanos Elridge, Joseph y George, leñadores de aquellas remotas tierras pantanosas, se encontraron el cadáver de un joven, casi un niño. Había recibido dos disparos, pero los indicios eran pocos: sus manos suaves y rasgos delicados hacían pensar que se trataba de alguien de buena familia. El traje que llevaba y el resto de la ropa estaban confeccionados en Gran Bretaña,

aunque no había etiquetas ni marcas. Por pura rutina, se distribuyó una fotografía y una descripción del muchacho y se investigó palmo a palmo la zona en busca de pistas. No encontraron nada. Pero Murray no estaba dispuesto a claudicar y siguió buscando, de rodillas y con sus propias manos. Hasta que por fin dio con algo: una boquilla de ámbar para puros, grabada con las iniciales F. W. B.

Entre las personas que acudieron al tanatorio para examinar el cadáver había un matrimonio, el señor Reginald Birchall y señora, que aseguraron haber cruzado el Atlántico en compañía de un joven que decía llamarse Francis W. Benwell. Se habían separado de él en las cataratas del Niágara. Murray sospechaba que los Birchall no decían la verdad. No encontró ni rastro de Benwell en Londres, Ontario, la ciudad a la que habían dicho que se dirigía, y tomó la decisión de regresar a las cataratas del Niágara. Una vez allí, se dejó guiar por una corazonada y detuvo a los Birchall. Fue entonces cuando encontró la prueba que andaba buscando.

Fue a verlo un joven llamado Douglas Pelly. Había hecho el viaje desde Inglaterra con los Birchall y con Benwell. Como éste, viajaba en respuesta a un anuncio que solicitaba un socio para un rancho canadiense. En febrero, Benwell y Birchall habían ido a echar un vistazo a la hacienda, pero sólo regresó el segundo: según él, Benwell se había ido a ver a unos amigos a otra parte. Murray le preguntó a Pelly si había notado algo sospechoso en el comportamiento de los Birchall. Así era: en la excursión que hicieron a las conocidísimas cataratas, había tenido la sensación de que Reginald Birchall intentó arrojarlo desde la orilla.

Scotland Yard suministró a Murray datos sobre el pasado de los Birchall, quienes durante un tiempo habían adoptado el nombre de *lord* y *lady* Somerset. Recorriendo el trayecto que habían seguido desde Niágara, rastreó los pasos de Birchall y de Benwell hasta Eastwood, localidad en la que habló con una chica que los había visto juntos y que, más tarde, había oído unos disparos. También fue a ver a un labrador llamado Charles Buck, que había visto solo a Birchall una hora después, y a una muchacha, Mary Swazie, que había visto a «*lord* Somerset» en el andén de la estación de ferrocarril de Eastwood. Desde Inglaterra, el detective tuvo noticias de que los Birchall habían intentado reclamar un pago de cien libras al padre de Benwell.

El caso estaba resuelto. Aunque la señora Birchall quedó al final en libertad, su marido fue juzgado, declarado culpable y ahorcado el 14 de noviembre. Con la única y endeble pista de aquella boquilla, Murray había sido capaz de reconstruir, paso a paso, todo el caso, un resultado del que

Sherlock Holmes se hubiera sentido orgulloso y que dejó profundamente impresionado a Conan Doyle.

«Nunca he creído gozar de un talento especial para desenmarañar misterios, aparte de los que pertenecen al mundo de la ficción, y nunca he contribuido a la solución de ningún caso de gran relevancia pública», le confesó a Hector Charlesworth antes de abandonar Canadá. Poco tiempo después tendría que resolver uno.

En el siguiente viaje que hizo a Norteamérica, Conan Doyle ya se había convertido en adalid de los casos de George Edalji y de Oscar Slater. Y fue en Estados Unidos, precisamente, donde se inspiraría para la que John Dickson Carr —reconocido escritor de novelas de detectives, especializado en crímenes inexplicables cometidos en una habitación cerrada— consideraba la mejor novela de este género, *El valle del terror*.

El embrión de esta novela hay que buscarlo en una visita que Conan Doyle recibió en 1913. William J. Burns, en aquel momento considerado el mejor detective de Estados Unidos, fue a pasar un fin de semana con los Doyle en Windlesham. Burns, con su bigote pelirrojo y su mirada de águila, «con la desenvoltura y los buenos modales de un diplomático enfrentado a un material que es posible desbastar, como el granito», dejó encantado a nuestro escritor. Burns era un admirador desde siempre de la figura de Sherlock Holmes y de los «métodos prácticos» a que recurría en la ficción. También le explicó a Conan Doyle el último artilugio para detectives del momento, el detector, gracias al cual se podían escuchar conversaciones en otra estancia. Doyle disfrutó con las anécdotas que le habían ocurrido al propio Burns y a otros famosos detectives, como los hombres que trabajaban en la Agencia Nacional de Detectives de Pinkerton[26*].

Burns le ofreció a Conan Doyle un bosquejo de su extraordinaria trayectoria profesional. Su padre, sastre de profesión, que había sido concejal de policía de Columbus, Ohio, en la década de 1880, fue quien lo animó a probar suerte en el trabajo de detective. Gracias a sus cualidades naturales, ayudó a la policía local a resolver unos cuantos misterios, y su reputación como detective aficionado subió como la espuma en poco tiempo. En 1885 colaboró con el Gobierno del estado para aclarar un escandaloso fraude electoral que se había producido en Columbus, Ohio. A comienzos de la década de 1890 se integró en el servicio secreto de Estados Unidos, fundado por Allan Pinkerton durante la Guerra Civil. Los éxitos que cosechó en ese trabajo formaban ya parte de la leyenda. En 1894 siguió los pasos a un falsificador llamado Brockway, que llevaba veinticinco años en el oficio. En

1896 desarticuló una banda de revolucionarios costarricenses, que financiaban sus actividades falsificando billetes norteamericanos y de Costa Rica. Más adelante, en septiembre de 1897, tres presos de la cárcel del condado de Ripley fueron abatidos a tiros, y otros dos más, linchados; el gobernador de Indiana solicitó los servicios de Burns tras comprobar que la policía local era incapaz de dar con los culpables. Simulando que trabajaba para una compañía de seguros, no tardó en presentar una lista con los nombres de los responsables de aquellos métodos ilegales de «hacer justicia».

Entre los trabajos que llevó a cabo para el servicio secreto figuraba una complicada investigación sobre fraudes en terrenos de titularidad pública en Washington, Oregon y California. Burns siguió sin descanso la pista de los responsables, desde funcionarios locales hasta un senador. En San Francisco llevó las riendas durante tres años de una investigación que acabó con el encarcelamiento del jefe del Union—Labor Party, Abe Ruef. En los periódicos lo llamaban «el Sherlock Holmes americano». En 1909, con su hijo Raymond como socio, fundó en Nueva York la Agencia Nacional de Detectives William J. Burns. La empresa, que contaba con oficinas repartidas por todo el continente, fue la encargada de custodiar los once mil bancos de la American Bankers' Association, algo que, para Burns, no era más que un trabajo de rutina.

Una bomba colocada en las oficinas de *Los Angeles Times* en 1910 causó la muerte de veintiún trabajadores. Gracias a Burns y a su equipo, sentaron en el banquillo a los hermanos irlandeses John J. y Kames B. McNamara, así como a Ortie McManigal, de la Asociación Internacional de Trabajadores de Puentes y Estructuras de Metal. Aunque llevó su defensa un conocido abogado liberal, Clarence Darrow, los tres acabaron confesando y fueron a dar con sus huesos en la cárcel. Aquél fue un caso más de la larga y sangrienta batalla librada entre las compañías de seguridad que contrataban los empresarios y los recién aparecidos sindicatos norteamericanos.

Durante su estancia en Windlesham, Burns le contaría también a Conan Doyle la extraordinaria hazaña de James McParland, de la agencia Pinkerton, que consiguió infiltrarse en la organización de los Molly Maguires, una asociación secreta de los mineros irlandeses de Pensilvania, cuyos miembros se agrupaban bajo ese nombre porque adoptaron la costumbre de disfrazarse de mujer. Aquel episodio caló hondo en la imaginación de Conan Doyle, que comenzó a contemplar la posibilidad de utilizarlo como base para una nueva novela. Desarrolló una trama estrechamente ligada a James McParland y sus peripecias y recopiló un montón de pequeños detalles gracias a lo que había

escrito Allan Pinkerton sobre la investigación (en *The Molly Maguires and the Detective* [*Los Molly Maguires y un detective*]) y a la buena documentación existente sobre las andanzas de la banda. Parecía un buen pretexto para una de las aventuras de Sherlock Holmes que, si bien ambientada en 1895, se remontaba a los pueblos mineros de la Pensilvania de 1875. Tras completar *El valle del terror*, que tal acabó siendo el título de la novela, durante el invierno de 1913 y la primavera de 1914, Conan Doyle retocó los aspectos que afectaban a los irlandeses, porque no quería herir la sensibilidad de la comunidad irlandesa de Estados Unidos. Más tarde, en el momento de publicarse la novela, sustituyó los apellidos alemanes por otros de origen sueco. Era la primera aventura de Sherlock Holmes en diez años y tuvo una excelente acogida cuando apareció como libro en 1915.

Conan Doyle seguiría en contacto con Burns. El mes de abril del año siguiente, 1914, acepto con su esposa una invitación de los Ferrocarriles Canadienses del Pacífico para visitar el parque nacional de Jasper, en Alberta, y, a su paso por Nueva York aprovecharon para verse de nuevo. Burns salió por el río al encuentro del transatlántico en el que llegaba su amigo, acompañado por un grupo de periodistas expectantes. Entre ellos iba el señor Brennan, uno de los directivos de la Mutual Film Corporation, que insistió a Doyle para que presentase como «estrella invitada» la serie semanal que producía su compañía *Our Mutual Girl* [*Nuestra chica en común*], que giraba en torno a la investigación «real» de un detective acerca del paradero de la protagonista, que había desaparecido, Margaret, papel que interpretaba Norma Philips. Se trataba de una trama sin complicaciones, no exenta de romanticismo, sobre las desventuras de una chica de campo que va a vivir a la ciudad; la historia se desarrollaba por capítulos, que también se publicaban en una revista, que era además su patrocinadora. Aquel papel como «detective asesor» fue una de las escasas apariciones de Conan Doyle en el cine, y la única en la que actuó como «detective».

En aquel momento, Burns, al frente de su Agencia Internacional de Detectives, investigaba un crimen que había conmovido a toda la nación y que también llamó la atención de Conan Doyle: el caso de Leo Frank. Frank, un judío con estudios superiores y casado con una mujer joven, era el director de la fábrica de la Compañía Nacional de Lapiceros, en Atlanta, Georgia, en el corazón del viejo sur del país, de la que era propietario un tío suyo. Una de las empleadas era una muchacha precozmente desarrollada para sus trece años, Mary Phagan. El sábado 26 de abril de 1913, mientras la mayoría de los lugareños asistían a una cabalgata, Mary pasó a recoger su salario de manos

de Frank, que estaba solo en la fábrica; al día siguiente, el vigilante nocturno, un afroamericano que se llamaba Newt Lee, la encontró en el sótano de la fábrica molida a golpes y estrangulada.

Como es de suponer, tanto Lee como Frank se convirtieron en sospechosos. Junto al cadáver se encontró una nota supuestamente escrita (algo imposible) por la muchacha, en la que se refería al «negro alto».[27] La extraña circunstancia de que Frank llamase por teléfono el sábado por la noche a la fábrica para saber si todo iba bien —algo que nunca había hecho con anterioridad— llevó a la policía a fijarse en el judío, un intruso en aquella Georgia tan apegada a las tradiciones. Y afloraron todos los prejuicios contra el norte y contra los judíos que apenas se esconden en la sensibilidad de los sureños. No había pruebas de peso contra Leo Frank, pero fue condenado tras la declaración prestada por James Conley, otro trabajador negro de la fábrica. El juicio se celebró en medio de una gran expectación y bajo la presión de la opinión pública de la ciudad, claramente en contra; aunque no se presentó ninguna prueba de violación ni ninguna acusación en tal sentido, la imagen de una muchacha blanca, ultrajada y asesinada por un perverso judío se había adueñado de la imaginación popular.

Los amigos de Leo Frank contrataron los servicios de William Burns. Éste ordenó a su delegado en la ciudad que acudiese al lugar de los hechos y, más tarde, fue él en persona. En el curso de las investigaciones una multitud estuvo a punto de lincharlo en Marietta, al noroeste de Atlanta. La policía local no compartía la opinión de Burns de que Frank era inocente, y la animadversión contra ambos fue en aumento. El detective dio con unas cuantas cartas escritas por James Conley en las que, entre frases obscenas, confesaba haber asesinado a Mary Phagan. No cabía duda de que el testigo estrella presentado por la fiscalía del estado de Georgia era el verdadero asesino. Otro empleado de la fábrica, conminado a guardar silenció por Conley, declaró a *The Tennessean*, en 1982, que Leo Frank no había asesinado a Mary Phagan, porque él había visto a «Jim Conley con el cadáver de la víctima en brazos». Entonces, a pesar de las amenazas de muerte que recibió, el gobernador John M. Slaton conmutó la pena de muerte impuesta a Leo Frank por la de cadena perpetua. Irritados por la «injusticia», una agrupación que se hacía llamar Caballeros de Mary Phagan sacó al preso de su celda —donde ya había sido atacado por los guardianes de la prisión—, y lo linchó. Nunca fueron detenidos los culpables, todos conocidos en la localidad y fácilmente identificables gracias a fotografías en las que, muy orgullosos, posaban en el lugar de los hechos. Se había aplicado la «justicia

sureña». A pesar de las nuevas pruebas, ningún colectivo, ni judío ni de otras confesiones, consiguió que el nombre de Leo Frank quedase limpio.

Cuando Burns le escribió sobre el asunto en 1915, Conan Doyle siguió el caso con enorme interés: de hecho, entre los libros que había seleccionado para su biblioteca del crimen figuraba un volumen sobre las pruebas que se habían presentado. Tampoco dejó de estar al tanto de la trayectoria de Burns, aunque ya no le resultase tan convincente después de que, en 1917, fuera declarado culpable de allanar una fiscalía y hacer copias de unas cartas para un cliente; lo condenaron a pagar una multa. En 1921, el fiscal general del presidente Harding designaría a Burns como director del FBI. Pero se vio obligado a dimitir en 1924 al verse implicado en el caso de corrupción conocido como «Tea Pot Dome»[28*], a lo que siguió un encontronazo con la justicia en 1927, cuando trabajaba para la Sinclair Oil. La compañía petrolífera lo había contratado para que investigase a los miembros del jurado en el caso de que el presidente, Harry Sinclair, fuese llevado ajuicio por cohecho. Sinclair salió absuelto, pero la agencia de Burns hubo de pagar una multa de mil dólares por «sobornar al jurado». Con la aceptación de cargos públicos, su prestigio disminuyó de forma notable, al poner su sagacidad como detective al servicio de la corrupta vida política norteamericana. Es llamativo que, a partir de 1924, Conan Doyle no volviera a hablar de Burns. Un aluvión de escándalos se cernía sobre el «Sherlock Holmes norteamericano».

En 1914 Conan Doyle, en compañía de su familia, pasó por Nueva York camino del Oeste canadiense. Como ya hemos señalado tuvo la oportunidad de volver a ver William Burns y, gracias a él, pudo visitar algunas cárceles como la de Tombs, en la ciudad de Nueva York (el 28 de mayo), junto con dos directivos de la agencia de detectives, y la penitenciaría de Sing—Sing, a orillas del río Hudson (el 30 de mayo). Tenía interés por conocer a un «simpático falsificador inglés» que se hacía llamar *sir* John Gray, más conocido por la policía como «Joe, cuello de papel». Conan Doyle se llevó la impresión de que la cárcel de Tombs era un recinto estupendo, dotada de «buen equipamiento» y una disciplina perfecta. No le impresionaron demasiado las condiciones de Sing—Sing, aunque elogió los intentos de reforma llevados a cabo por el alcaide, un norteamericano de origen irlandés llamado Lang. No obtuvo permiso, sin embargo, para ver al prisionero estrella de aquel establecimiento, el teniente Becker, un policía corrupto que esperaba su ejecución por el asesinato de Herman Rosenthal, dueño de un garito de juego dispuesto a denunciarlo. Le permitieron, en cambio, pasar cinco

minutos encerrado en una celda, experiencia que le llevó a declarar que habría que quemar aquella cárcel porque, según informaba el *Times* de Londres, comparada con las prisiones de Inglaterra, era más propia del siglo anterior y una ignominia para Estados Unidos. «Es probable que la tercera parte de la población reclusa esté compuesta por retrasados, casos que requieren tratamiento médico o los cuidados de un manicomio. Quizá otro tercio lo formen jóvenes que nunca deberían haber convivido con delincuentes recalcitrantes. Los demás presos pertenecen a esa clase de hombres para los que tiene que haber sitios como Sing—Sing».

Doyle creía que, en Estados Unidos, la delincuencia, al igual que el país, era cosmopolita. Le habían dicho que los criminales de Nueva York eran los más listos e ingeniosos del mundo. En Inglaterra quizá se produjeran menos crímenes violentos por miedo a la pena de muerte. «Dicho esto, afirmo que en Inglaterra tenemos asuntos criminales para dar y tomar». En su última observación sobre Nueva York, sin embargo, dejaría claro lo impresionado que le había dejado la policía, «un espléndido cuerpo», mucho más preparado que el que había conocido veinte años antes, formado por hombres jóvenes, fuertes y responsables.

Por lo que sé, en el resto de aquel viaje por Canadá para visitar el parque nacional de Jasper ya no tuvo más contactos con el mundo criminal. No obstante, volviendo a Inglaterra, coincidió con William A. Pinkerton, hijo del famoso Allan, entonces al frente de la agencia de su padre. Como no podía ser de otra manera, la conversación no sólo versó sobre crímenes, sino en especial sobre el caso de los Molly Maguires. Doyle ya había concluido *El valle del terror*, que empezaría a publicarse en *The Strand* en el mes de septiembre. Cuando Pinkerton leyó la novela en 1915 montó en cólera, porque pensó que Conan Doyle se había aprovechado de la conversación privada que habían mantenido. Sabemos que no fue así. Pinkerton no cayó en la cuenta de que la novela ya estaba acabada, gracias a las informaciones que le había ofrecido Burns, mucho antes de que Conan Doyle y él llegasen a conocerse. Pero el caso es que la amistad que los unía se enfrió, a pesar de las cartas cariñosas que el escritor le enviaría.[29]

Cuando en el verano de 1915 apareció *El valle del terror*, los seguidores de Conan Doyle lo recibieron con enorme satisfacción, sobre todo en Estados Unidos. El hecho de que su publicación coincidiese con el apogeo de la guerra mundial no afectó en modo alguno a la notoriedad que alcanzó el libro. Conan Doyle regresó a Estados Unidos en abril de 1922 para un ciclo de conferencias sobre espiritismo, lo que no impidió que dedicase parte de su

tiempo a la criminología. Una de las personas a las que tuvo ocasión de conocer fue Edward Morrell, quien, como resultado de las torturas que había sufrido en San Quintín, desarrolló poderes paranormales, y serviría de inspiración para la desgarradora y sórdida novela de Jack London El vagabundo de las estrellas.

Tras haber leído en la obra de Joseph Fishman *Crucibles of Crime* [*Hitos del crimen*] (1923) las barbaridades que allí se habían cometido, en el viaje siguiente, en 1923, Conan Doyle visitó la cárcel de Chicago, donde le asombró cuanto vio, tanto como la peligrosa indiferencia de la opinión pública ante el problema carcelario. El crimen engendra más crimen; «un infractor de poca monta llega a ser un delincuente peligroso y, tarde o temprano, es la ciudadanía la que acaba por pagarlo», afirmaba. Aquel establecimiento penitenciario carecía de luz y de ventilación. ¡Seguro que había sido idea del arquitecto que la había proyectado! La reforma del sistema penitenciario todavía es hoy un problema, y las impresiones y reacciones de Doyle siguen vigentes. Escribió un artículo en el *Chicago Daily News*, cuyo director confiaba en que se introdujesen cambios en el sistema. Pero la ciudad de Chicago vivía por entonces uno de los períodos más turbulentos de la historia de Estados Unidos: entre 1920 y 1931, la pujanza del crimen organizado, capitaneado por Al Capone, amenazaba con hacerse dueña y señora de la ciudad.

Aunque uno de los pabellones se había construido en 1890, el edificio de la cárcel de Chicago era de 1840. Se trataba de un recinto oscuro, carente de ventilación, siniestro. Los internos tenían poco o nada que hacer, y estaban todos mezclados, delincuentes bisoños y prisioneros veteranos. Los esfuerzos de John Howard y Elizabeth Fry, que habían servido para reformar el sistema penitenciario británico, no habían encontrado eco en Estados Unidos. En Inglaterra Conan Doyle se había quedado muy impresionado tras visitar la institución Borstal, de Maidstone, para jóvenes delincuentes, dirigida por un gobernador de mano dura y según las normas imperantes en un internado privado de los más estrictos. El primero de los nuevos reformatorios de carácter experimental se había inaugurado en Rochester, Kent, en 1908.

No hemos de pensar, sin embargo, que Conan Doyle fuera un sensiblero. Para los delincuentes habituales recomendaba la cadena perpetua. Quienes realmente le preocupaban eran los que habían delinquido por primera vez, y más si eran jóvenes porque, en su opinión, debía ayudárseles por todos los modos posibles a que no volvieran a las andadas. Averiguar quién es el criminal, ese ejercicio intelectual que tanto complacía a Sherlock Holmes, es

sólo uno de los aspectos del crimen. El castigo y la rehabilitación del delincuente, asuntos que no interesaban demasiado al lector de novelas, fueron un aldabonazo en la conciencia de Conan Doyle. La importancia de los fines que persigue la criminología planea sobre la cuestión mucho más compleja de la aplicación del sistema penal.

La época de la prohibición en Norteamérica, en la década de 1920, con sus bandas organizadas de delincuentes y somatenes, sirvieron de inspiración al último relato que publicaría Conan Doyle en 1930, *La última oportunidad*. En él quería explorar las posibilidades de futuro, pero los detalles están entresacados de la realidad norteamericana de aquel momento, marcada por los crímenes violentos y una política reaccionaria. Sin embargo, la solución apuntada por Conan Doyle —los ciudadanos decentes se toman la justicia por su mano y disparan a matar contra las bandas de delincuentes organizados— es un anticipo de lo que sería la solución del fascismo a los problemas de Europa. Conan Doyle, no obstante, falleció en 1930 y no viviría para ver tales horrores. De principio a fin, en cualquier caso, los crímenes norteamericanos le proporcionaron imágenes muy reales que recrearía en sus relatos de ficción.

Los lectores muchas veces se preguntan por qué Sherlock Holmes nunca recurre a las huellas dactilares. Es más, cuando algún funcionario de policía le habla de ellas, siempre dice haber oído algo al respecto, pero como si fuera un método de otro planeta. La idea de la utilización de las huellas dactilares como medio de identificación no era nueva, pero sólo se desarrolló sobre una base científica sólida con los trabajos de *sir* Francis Galton, que publicó su libro *Finger Prints* [*Huellas dactilares*], en 1892. Una versión revisada de su método la desarrollaría Edward (más tarde *sir* Edward) Henry en la India en 1897; al año siguiente, apareció su libro *Classification and Uses of Finger Prints* [*Clasificación y posibilidades de las huellas dactilares*], que se convirtió en el manual fundamental en este campo durante varias décadas. En julio de 1901 Henry fue designado jefe del nuevo Cuerpo de Huellas Dactilares de Scotland Yard.

Uno de los casos clásicos que más impresionaron a Conan Doyle en Estados Unidos, y que procede mencionar en este momento, fue el del asalto al tren expreso con destino a Nueva Orleans en 1894, un robo que había sido investigado por el periodista de Brooklyn, Solomon Solis Carvalho, el cual más adelante dirigiría el *New York World*, un periódico especializado en suicidios y asesinatos fuera de lo corriente. Carvalho descubrió al presunto asaltante por la huella dactilar del pulgar que encontró en uno de los precintos de las sacas desvalijadas. Como declararía Doyle a un periodista de

Indianápolis, en octubre de 1894, era «una de las tareas detectivescas más sagaces de las que había oído hablar en el mundo real, e incluso en la ficción». Fue también uno de los primeros casos en los que se recurrió a las huellas dactilares, aunque esta circunstancia haya pasado muchas veces desapercibida.

En el campo de la ficción, el asunto de las huellas dactilares fue el que sirvió de inspiración a Mark Twain a la hora de escribir *Wilson, el chiflado*, donde, gracias a ellas, se logra establecer la identidad de dos gemelos, si bien con anterioridad ya había aludido a ellas en *Viejos tiempos en el Mississippi* (1883). A Conan Doyle no dejó de llamarle la atención semejante idea. Lo que no sabía era que el jurado del caso del asalto al tren expreso de Nueva Orleans no había aceptado la prueba; el delincuente fue absuelto y, a continuación, puso un pleito a *The Sun* por daños y perjuicios. «Sherlock Holmes —declaraba al *Indianapolis Journal* (16 de octubre de 1894)— nunca habría perdido un caso por semejante circunstancia».

Y no le faltaba razón a Conan Doyle al valorar, mucho antes de que así lo hiciesen las autoridades y los jurados, la importancia de las huellas dactilares a la hora de investigar un delito. Habría que esperar a 1905 para que el primer tribunal británico aceptase la identificación dactilar en un caso de asesinato. Al parecer, los métodos empleados por Sherlock Holmes convencían más a la gente de a pie que a quienes se dedicaban a la ciencia de la criminología.

16. El Barbazul de la Bañera

Como Sherlock Holmes, Conan Doyle era un lector empedernido de cualquier periódico que cayera en sus manos, y leía varios a diario. Una agencia le enviaba, por otra parte, recortes no siempre relacionados con el mundo del crimen, de los que también como Sherlock Holmes archivaba los que más le interesaban.

En enero de 1915, un mes en el que las noticias de cada día eran las terribles pérdidas sufridas en el frente occidental, varios periódicos, incluido el *News of the World*, recogían la información del veredicto emitido por un jurado de Kentish Town, al norte de Londres, en la vista del caso de una joven mujer casada que había perecido ahogada en la bañera. Se llamaba Margaret Elizabeth Lloyd, de soltera Lofty. Se había casado con John Lloyd en el Registro Civil de Bath el 17 de diciembre de 1914. Después de la boda, los flamantes novios tomaron una habitación en el número 14 de Bismarck Road, en Highgate. Al llegar, el marido había preguntado con mucho interés si disponían de cuarto de baño, y pareció satisfecho al recibir la confirmación. Los señores Lloyd, a continuación, fueron a la consulta del doctor Stephen Bates, el cual recetó un calmante a la señora Lloyd para la jaqueca que padecía. Al día siguiente la señora Lloyd fue al despacho del señor Arthur Lewis, abogado, para redactar un testamento a favor de su marido. Aquella misma tarde, a las siete y media, pidió que le preparasen un baño caliente. Diez minutos después, la dueña de la pensión, la señora Blatch, oyó un chapoteo en el cuarto de baño, seguido del sorprendente ruido de unas manos que golpeaban los bordes de la bañera. Tras un profundo suspiro, todo quedó en silencio. Sin dejar de preguntarse qué habría pasado, oyó que alguien tocaba el órgano en el cuarto de estar: el señor Lloyd ejecutaba *Nearer My God to Thee*, un himno religioso que, por entonces, mucha gente asociaba con el hundimiento del Titanic.

Cuando el señor Lloyd bajó y salió a la calle, la dueña de la pensión seguía trajinando en la cocina. Unos minutos más tarde alguien llamaba a la puerta. El señor Lloyd ya había vuelto.

—He ido a comprar unos tomates para la cena de la señora Lloyd. ¿Ha bajado ya?

Pero se encontraron a Margaret Lloyd muerta en la bañera. Avisaron a la policía, que procedió a las formalidades de rigor y, el 21 de diciembre, el sepelio. La investigación se prolongó hasta el 1 ele enero, cuando el jurado estimó que la señora Lloyd había fallecido ahogada en la bañera, como consecuencia de un desdichado accidente. El afligido señor Lloyd reclamó la herencia que le había dejado su esposa a través del señor W. P. Davies, un abogado de Shepherds Bush, al oeste de Londres. No obstante, los trámites técnicos habituales retrasaron la donación hasta el 11 de enero.

Conan Doyle, entre otros, había seguido de cerca las informaciones sobre aquella investigación. Cualquier muerte inexplicable llamaba poderosamente su atención pero, al leer lo que había pasado en Kentish Town, un recuerdo se le vino a la cabeza. La secuencia de los hechos le sonaba de algo. Tal y como Holmes había señalado a Watson el mismo día en que se conocieron, todo crimen guarda cierto paralelismo con otro. Y recordó cómo, más de un año antes, en diciembre de 1913, había ocurrido un caso muy similar en Blackpool, una ciudad de veraneo a la orilla del mar, en la costa occidental de Inglaterra. Había guardado el recorte del periódico sobre el caso y fue en su busca. Lo que leyó le sirvió de gran ayuda.

El 10 de diciembre de 1913, el señor George Smith y señora habían alquilado unas habitaciones a la señora Margaret Crossly, en el número 16 de Regent Road, en Blackpool. El señor Smith estaba muy interesado en saber si había cuarto de baño en la pensión; de hecho, habían rechazado otro alojamiento porque carecía de él. Aquel mismo día la pareja había acudido a la consulta del doctor Billing. El señor Smith declaró que su esposa padecía un fuerte dolor de cabeza después de un viaje tan largo y el médico le recetó unas pastillas y algo para el estómago. La tarde del viernes 12 de diciembre, la señora Smith preguntó si podía tomar un baño y la señora Crossly se lo preparó. El cuarto de baño estaba en el piso de arriba, justo encima de la cocina. Para sorpresa propia tanto como de su familia, la señora Crossly se dio cuenta de que caía agua del techo y que bajaba por las paredes de la cocina. En ese mismo instante, el señor Smith bajó y le dijo: «Mi esposa no me responde; vaya en busca de un médico». Cuando llegó el doctor Billing la señora Smith ya estaba muerta; se había ahogado. La investigación iniciada al día siguiente concluyó que había sido un caso de muerte accidental. El 15 de diciembre se celebró el sepelio al que asistieron la madre, la señora Elizabeth Burnham, y el hermano de la fallecida, Norman Burnham. Al día siguiente

Smith fue a verlos para despedirse de ellos. Tres días después, cobró el dinero del seguro de vida de su mujer y nunca más volvieron saber de él.

De entrada, a Conan Doyle le llamó la atención la coincidencia de dos mujeres recién casadas muertas en idénticas circunstancias. Como médico sabía lo que ocurría cuando alguien sufría un colapso o un ataque al corazón estando en la bañera. Para que alguien se ahogase en tales circunstancias, debía tener la cabeza dentro del agua por completo, con las piernas dobladas o estiradas del todo hasta el extremo de la cubeta. No parecía, pues, posible que una persona adulta se ahogase en una bañera. Comenzó a rumiar que aquélla era una siniestra forma de cometer un crimen intencionado. ¿Habría otros casos que hubieran pasado desapercibidos? Pensó que, en caso de que así fuera, poco podría hacer él solo, así que se puso en comunicación con un amigo que tenía en Scotland Yard, el detective inspector Arthur Neil. Dio la casualidad de que Charles Burnham, el padre de Alice Smith, había leído también en el *News of the World* la información sobre el suceso de Highgate y, a través de su abogado, envió a la policía de Aylesbury dos recortes de prensa, uno sobre la muerte de la señora Lloyd, y otro sobre la investigación de la muerte de su hija en Blackpool. Joseph Crossly, el hijo de la dueña de la pensión de Blackpool, había leído también entretanto la noticia sobre la investigación del caso Lloyd, y remitió sendas copias a la policía y a Scotland Yard.

Según el estudioso norteamericano Albert Ullman, el inspector Neil fue a consultar a Conan Doyle. Por si fuera poco, el marido de la señora Lloyd había desaparecido sin dejar rastro, algo que no dejó de sorprender a nuestro escritor, el cual, al parecer, le comentó a Neil:

—Yo creo que podría poner algunos hombres tras sus pasos. Porque, si estas muertes no son el resultado de una desgraciada coincidencia, mucho me temo que no podemos dar aún el asunto por concluido.

—¿No pretenderá usted decirme que…?

—Qué si no. Si se trata de asesinatos, creo que tendrá que vérselas con un ser humano tan voraz como el lucio que huye para evitar que lo devoren sus progenitores. Insaciable en cualquier caso. No hay tiempo que perder.

Neil solicitó del juez de instrucción de Highgate que retrasase la entrega del certificado de defunción con la causa del fallecimiento a la compañía de seguros con la que la señora Lloyd había suscrito el seguro de vida. Pensó que, de esta manera, al marido desaparecido no le quedaría otra salida que solicitar personalmente, o por medio de un abogado, el formulario que tendría que rellenar si pretendía cobrar el dinero del seguro. Si acudía en persona, la

policía podría atrapar a aquel «voraz lucio». El jefe adjunto de la Brigada Criminal se mostraba escéptico con la posibilidad de que ambos casos guardasen relación. Pero tuvo el gesto de no oponerse a que el inspector Neil investigase la muerte de la señora Lloyd, o de la señorita Lofty, hablando con propiedad, ya que los hechos se habían producido en el área metropolitana.

El 19 de enero el inspector, gracias a «informaciones que habían llegado a sus manos», se puso en contacto con la policía de Aylesbury y con la oficina de correos. Dos días después, recibía los informes que había solicitado sobre la señora Alice Smith, o Burnham, y, un día más tarde, la libreta de ahorros de la señorita Lofty, con los movimientos de sus cuentas. Los hechos parecían corroborar las sospechas formuladas por Conan Doyle, Charles Burnham y Joseph Crossly. El 1 de febrero, un hombre que dijo ser Lloyd se presentó en el despacho del abogado Davies para hacerse cargo de la herencia que le había dejado su esposa; en ese momento se procedió a su detención. Fue acusado de falsear la verdad en el momento de casarse con la señorita Lofty en Bath, aquel 17 de diciembre; en otras palabras, había cometido un delito de bigamia. Esto no era más que una excusa, mientras se realizaba una investigación de mayor envergadura.

Un tercer asesinato, si bien el primero en la cronología de estos casos, salió a la luz tras la detención. Se trataba del fallecimiento en la bañera de Bessie Mundy el 13 de julio de 1912, en Herne Bay, donde Smith y ella se habían alojado como señor y señora Williams. La casa que habían alquilado carecía de bañera, por lo que Smith acudió a un ferretero de la localidad y compró la más barata que tenía, consiguiendo una rebaja de media corona sobre el precio inicial. Fueron a ver también a un médico local para explicarle que la pobre señora Williams (a quien sus vecinos, por otra parte, tenían por una mujer rebosante de salud) padecía ataques de epilepsia. El mismo médico a quien avisaron cuando, tres días más tarde, se encontró a la señora Williams muerta en la bañera, confirmó que se había ahogado a raíz de un ataque de epilepsia. La policía no salía de su asombro al descubrir que Smith ya se había casado con la señorita Mundy en Weymouth en 1910, y se había largado con todo su dinero algunas semanas después; que habían vuelto a encontrarse por casualidad en marzo de 1912, en Weston—Super—Mare, y que había hecho las paces con ella, y con el dinero que aún le quedaba. Su seducción y su capacidad de persuasión eran formidables.

Se procedió a la exhumación del cadáver; fue examinado por el doctor Bernard Spilsbury, quien, en su informe a la policía, señalaba: «En mi opinión, aún no hemos dado con la relación completa de los crímenes

cometidos por este sujeto». Pero únicamente se le acusó de asesinato por los casos de Alice Burnham, Margaret Lofty y Bessie Mundy. La policía investigó en cuarenta ciudades y tomó declaración a ciento cincuenta testigos, ciento doce de los cuales fueron llamados a declarar en el juicio que comenzó el 22 de junio de 1915 y que habría de prolongarse ocho días. Fue el proceso más largo e importante en Inglaterra desde la vista contra Palmer, el envenenador, en 1860. Se aportaron doscientas sesenta y cuatro pruebas (incluidas las tres bañeras, la de Herne Bay, la de Blackpool y la de Highgate) y muchas de ellas tenían que ver con las facetas perversas y manipuladoras de las peripecias maritales de George Joseph Smith. Algunas mujeres de cuyos corazones y bienes se había apropiado (como Beatrice Tornhill, Edith Pegler y Alice Reavil, entre otras) habían tenido la enorme suerte de librarse de la muerte, aunque la policía no estaba del todo convencida de que aquéllos fueran los únicos asesinatos. De los que allí se consideraron en el proceso, quedó probado que todos se habían perpetrado entre la noche de un viernes y la mañana de un sábado; que, en las tres ocasiones, Smith había salido a la calle en busca de algo para la cena —pescado, en Herne Bay; huevos, en Blackpool, y tomates, en Highgate— y que todas las mujeres habían tomado un baño. Poco pudo hacer su abogado defensor, Edward Marshall Hall, para sacarlo de aquel aprieto. Fue declarado culpable y condenado a muerte el 1 de julio de 1915. Tras desestimarse la apelación que presentó, fue ejecutado en la cárcel de Maidstone, el viernes 13 de agosto.

A pesar de la terrible experiencia de ser detenido y conducido ajuicio, Smith no parecía demasiado afectado. Era un hombre sin sentimientos. Había tratado de enterrar a Alice Burnham en un ataúd corriente, en una fosa común de Blackpool. Joseph Crossly no dudó en decir que, por muy pobre que fuese, él jamás enterraría a su esposa de esa manera. Smith no pareció impresionado. «Los muertos, muertos están», respondió con acritud, para manifestar la opinión que le merecía.

El periodista y amigo de Conan Doyle, G. R. Sims, fue quien puso a Smith el apodo de *Barbazul de la Bañera*. En comparación con los millones de personas que perdieron la vida durante la Primera Guerra Mundial, el número de víctimas de Smith puede parecer insignificante. Pero Conan Doyle seguía preocupado por las dimensiones de aquella carnicería. La trágica melancolía de aquellas mujeres independientes y solitarias, los lugares de vacaciones fuera de temporada, las bañeras con el esmalte saltado y los pequeños caprichos para la cena —pero, por encima de todo, aquella fría y

calculadora codicia— aseguraban a George Joseph Smith un lugar permanente en los anales del crimen.

17. El caballero andante

La Gran Guerra se libró para garantizar la libertad de un grupo de naciones pequeñas. Por una de esas ironías de la vida, para Conan Doyle, así como para mucha gente de sangre irlandesa, la causa contradecía la política de Gran Bretaña en Irlanda. En los años anteriores a la guerra, el conflicto político irlandés había llevado al país casi al borde de la revolución y de la guerra civil. Doyle, imperialista convencido, se había mostrado, no obstante, a favor de la autonomía de Irlanda en 1911, un objetivo que se conseguiría en 1914. La ley fue sancionada por la Corona en las primeras y aciagas semanas de septiembre, pero quedó en suspenso mientras durase la contienda mundial, que, por entonces, todo el mundo pensaba que habría «acabado en Navidad». Pero la autonomía ya no les parecía suficiente a una minoría de irlandeses de la extrema derecha republicana y de la extrema izquierda socialista, Querían la independencia absoluta, sin andarse por las ramas estaban dispuestos a morir con tal de imponer sus ideas a la mayoría.

El 21 de abril de 1916 se detuvo a un extranjero en las ruinas de una fortaleza prehistórica, cerca de Banna Strand, en el condado de Ferry, en la costa occidental de Irlanda. Poco fue lo que contó a la policía de sí mismo; la ropa que llevaba estaba manchada de salitre. La policía sospechó que se trataba de *sir* Roger Casement, que había llegado a la isla, procedente de Alemania, con la misión especial de sumarse a un presunto golpe de Estado de los republicanos. En cuestión de horas, el prisionero fue trasladado a Inglaterra e internado en una celda de la Torre de Londres bajo la grave acusación de traición. Casement había participado en acciones que pretendían facilitar armas al movimiento republicano, pero los rifles nunca llegaron a tierra. En Dublín se produjo el levantamiento de Easter Rising que supuso el comienzo de la lucha por la independencia de Irlanda.

Casement era un viejo amigo de Conan Doyle, y al escritor no dejó de sorprenderle la detención del antiguo diplomático británico. Lo había conocido gracias a la relación que éste mantenía con Edmund Dene Morel, cabeza de una vehemente campaña a favor de introducir reformas en el

Estado Libre del Congo, desde donde, en 1903, Casement había remitido un informe al Ministerio británico de Asuntos Exteriores sobre de las atrocidades perpetradas por los explotadores colonialistas belgas. El Estado Libre del Congo caía bajo la competencia exclusiva de Leopoldo II, rey de los belgas. Muchas veces se ha asegurado que los primitivos informes de Casement eran un tanto exagerados, debido en parte a la estrecha relación que tenía con los congoleños. Conan Doyle, que fue miembro de la Asociación para la Reforma del Congo desde 1909 hasta 1913, aprovechándose de esos informes y notas redactó un contundente y mordaz folleto en el que atacaba la dominación belga en el Congo, *The Crime of Congo* [*El crimen del Congo*] (1909).

Entretanto, Casement se había trasladado a América del Sur, donde, como cónsul general británico en Río de Janeiro, comenzó a escarbar en las atrocidades cometidas contra los indios putumayos por las empresas que se enriquecían con el negocio del caucho. Aquellas indagaciones, que inició tras observar el trato que recibían los trabajadores negros en las Indias Occidentales británicas, le tuvieron ocupado entre 1909 y 1912. Destinado en aquel puesto, tuvo una asidua correspondencia con Conan Doyle, sobre todo acerca de cuestiones políticas, y le suministró documentación para su nueva novela El mundo perdido, en la que el personaje de *lord* John Roxton es un remedo, en cierto modo, de Casement. Cuando éste fue de vacaciones a Inglaterra, Doyle lo llevó al teatro a ver lat adaptación de La banda de lunares.

Aunque más tarde declarase que había dudado si aceptar el título, en agosto de 1913, el rey Jorge V nombró caballero a Casement, que se retiró del servicio diplomático. Ya como *sir* Roger Casement, se instaló de nuevo en Irlanda, y en las cartas que dirigía a Conan Doyle se le veía cada vez más preocupado por las injusticias que observaba y por el derecho de los irlandeses a ser libres. Llegó incluso a conseguir el apoyo de su amigo al movimiento a favor de la concesión de la autonomía. Pero en ese momento estalló la guerra y se enfrió la amistad que los unía. Casement tenía la opinión de la minoría más extremista, a saber, que la guerra con Alemania representaba una oportunidad única para que Irlanda se separase de Gran Bretaña; mientras que Conan Doyle, de acuerdo con el sentir de la mayoría, pensaba que Irlanda debía participar en la guerra desde el primer momento.

Casement partió a Norteamérica, y de allí a Alemania. Sus afirmaciones adoptaron un tono más violento (al menos, en opinión de Conan Doyle). Intentó reunir una brigada irlandesa para enfrentarse con los ingleses en Irlanda, o para luchar contra Egipto en Oriente Próximo, entre los prisioneros

de guerra de ascendencia irlandesa retenidos en Alemania pero éstos rechazaron de plano semejante idea. Tan pronto como en Londres se tuvo noticia de la llegada de Casement a Berlín a finales de noviembre de 1914, Conan Doyle escribió a *The Times* asegurando que cualquiera que le conociera tendría sus dudas de «si estaba en sus cabales, al traicionar al país que le había dado trabajo y colmado de honores». Sabía que la clave de tal actitud estribaba en la resistencia armada de los Voluntarios del Ulster para la Independencia de Irlanda, que habían adquirido armas alemanas, incluso en 1914, con la colaboración de políticos conservadores británicos como Edward Carson y Frederick E. Smith. En mayo de 1914, de viaje en Nueva York, Doyle había manifestado a unos periodistas sus temores a una insurrección en el Ulster que desencadenase una guerra civil en Irlanda. Al estallar la Primera Guerra Mundial, Smith había entrado en el Gobierno de la nación como fiscal de la Corona y ministro de Justicia. A excepción del exiguo grupo que llevó a cabo el intento de golpe de Estado en la Pascua de 1916, los Voluntarios nacionalistas, que habían reclamado la autonomía para Irlanda apoyaban la ley. Casement seguía siendo fiel a los más radicales.

Había llegado a Irlanda en un submarino, escolta de un buque cargado de armas para el levantamiento de Pascua. No obstante, tras ser alcanzado por un torpedo, el buque perdió las armas que llevaba. Casement tomó la decisión de desembarcar con la esperanza de retrasar la rebelión. Sin embargo, antes de que pudiera mandar un mensaje a los dirigentes de Dublín a través de los republicanos locales, fue detenido y trasladado a Inglaterra sin dilación.

Estaba, pues, encarcelado en Londres, y acusado de traición a la Corona por su contrincante político, F. E. Smith, una situación contradictoria que no pasaron por alto ni el propio Casement ni los abogados irlandeses, ni siquiera Conan Doyle. Pero que de nada le valió en el juicio. Smith se las compuso para convencer al jurado de que aquel hombre que, durante mucho tiempo, había trabajado en pro de la justicia en tierras remotas, era ahora un traidor. Casement fue declarado culpable y, por una ley medieval, condenado a la horca. No se aceptó su recurso contra la sentencia, y F. E. Smith, en su calidad de ministro de Justicia, le denegó el beneplácito para que pudiese presentar las alegaciones que creyese oportunas en la Cámara de los Lores.

Consternado, Conan Doyle estaba al tanto de los acontecimientos. Clement King Shorter, director de un grupo editorial y casado con la poetisa irlandesa Dora Sigerson, trató de organizar una petición de indulto para Casement. Se puso en contacto con Doyle, el cual redactó un escrito que el propio Shorter corrigió. Consiguió que eminentes personalidades británicas:

políticos, científicos, religiosos y artistas estampasen su firma en el escrito que él personalmente envió al primer ministro, Herbert Asquith.

Como ya había previsto las repercusiones de llevar ajuicio a un hombre tan destacado, habida cuenta de los amigos pode rosos que tenía tanto en Inglaterra como en Irlanda y en Estados Unidos, el Gobierno o, más bien, el entonces ministro de Justicia, disponía ya de una estrategia para salir del embrollo. En los aposentos que Casement ocupaba en Ebury Street en 1914, la policía había encontrado un baúl con cartas y documentos, así como unos diarios de los años 1903 y 1910, y un libro de contabilidad de 1911. Se trataba de los ominosos «diarios negros» en los que, entre otras muchas cosas, se recogían detalles de su vida privada como homosexual. En mayo de 1916 se permitió el acceso de un grupo de periodistas ingleses y norteamericanos a algunas de las páginas del diario de 1903.

Y los textos salieron a la luz. (Tal forma de actuar indujo a algunos inflamados nacionalistas irlandeses a afirmar que los pasajes de índole sexual que aparecían en los diarios —continuos y numerosos, por otra parte— habían sido falsificados por el ser vicio secreto británico). El abogado de Casement, George Gavan Duffy, recibió copias pero ni siquiera las abrió, y el equipo que llevaba la defensa se negó a tomarlas en consideración. Las copias fueron devueltas a la fiscalía el mismo día en que empezó el juicio. Parece evidente que F. E. Smith confiaba en que la defensa admitiese que el acusado era culpable, pero que estaba loco, lo cual habría permitido al Gobierno británico salir del atolladero y evitarse ahorcar a un héroe irlandés ennoblecido por Gran Bretaña.

Otras personas, entre las que se contaba Conan Doyle, también tuvieron acceso a los diarios en su totalidad y muchos personajes importantes, como John Redmond, líder del Partido Irlandés, se pusieron en contra de Casement por lo que les habían contado o habían leído de primera mano. Como escritor, Conan Doyle prefería centrarse en los aspectos fundamentales de lo que se traía entre manos; como médico, sin embargo, había visto muchas cosas a lo largo de su vida. El contenido de los diarios no le impresionó mínimamente y optó por dejarlos de lado. La acusación de traición que pesaba sobre Casement era mucho más grave que la de aberración sexual. (En aquella época, la homosexualidad masculina estaba penada según la ley de delitos contra las personas de 1865). En su opinión, la homosexualidad de Casement (caso de que llegase a ser demostrada) era la manifestación de un desequilibrio mental suficiente, desde luego, para evitar su ejecución: después

de haber pasado tantos años en el trópico, estaba enfermo, tanto física como mentalmente.

En aquellos momentos, Casement menospreciaba a Conan Doyle. En sus diarios lo llama «amigo», pero entre comillas, y estaba furioso porque, en el primer párrafo de su petición así como en entrevistas concedidas a los periódicos, el escritor daba a entender que padecía un desequilibrio mental.

Doyle se empleó a fondo para que se hiciese justicia. No es cierto, sin embargo, en contra de lo que afirma H. Montgomery Hyde, que donase setecientas libras como contribución a un fondo para la defensa. Ni dio ese dinero, ni fue a ver a Casement a la cárcel. El Doyle que aparecía en la lista restringida de personas que contribuyeron al fondo para la defensa, una iniciativa del abogado de Casement, Gavan Duffy, era un abogado norteamericano, Michael Francis Doyle, que se había traído unos cinco mil dólares de Norteamérica, parte de los cuales retuvo como pago por sus honorarios. Las setecientas libras fueron el dinero restante que pasó a formar parte del fondo para la defensa. El dinero norteamericano lo había enviado el feniano John Devoy, y no tardó en serle devuelto por el Gobierno alemán a través de sus espías en Washington. (No deja de ser chocante que fuese el Gobierno del Imperio alemán quien se encargase de costear la mayor parte de la defensa de Casement).

Condenado, pues, y rechazado el recurso Casement murió en la horca el 3 de agosto de 1916. Conan Doyle no ocultó «la vergüenza y la repugnancia» que sintió ante la satisfacción mostrada por algunos periódicos por la pena de muerte. Para él, imperialista convencido, era un error. Todos los enemigos de Inglaterra, «desde Dublín hasta San Francisco», buscarían cómo sacar provecho de la condena y ejecución de Casement. Para los intereses del imperio lo que menos convenía era hacer un mártir de él, que era lo que Casement deseaba «con todas sus fuerzas».

Apoyar la petición de indulto después del juicio no le había favorecido en nada; sabía que nadaba contracorriente de un sentimiento popular muy arraigado en Inglaterra. (Sin olvidar que tampoco había que despreciar ese mismo sentir popular en Irlanda). Dio muestras, pues, de un gran valor, como siempre que creía hacer lo que había que hacer, fueran cuales fueren las consecuencias. Era un rasgo muy irlandés de su temperamento, que Roger Casement también tenía a gala. Más adelante Doyle apoyaría a *sir* Horace Plunkett, el unionista progresista, en su campaña por conseguir un escaño en Dublín en 1918; pero no tardó en cansarse de la violencia y de la acritud de la política irlandesa que, en aquellos momentos, se encaminaba hacia un abierto

enfrentamiento con Inglaterra y que habría de culminar en una devastadora guerra civil que dividiría a la sociedad, no entre norte y sur, sino, sólo en el sur, entre el Estado Libre y los republicanos, entre los de derechas y los de izquierdas.

Conan Doyle disponía de su propio Sherlock Holmes, el cual mientras duró la guerra sirvió a la Corona infiltrándose en un grupo revolucionario de irlandeses y norteamericanos. Trabajaba con identidad supuesta en la Irlanda rural, en la pequeña localidad de Skibbereen, para investigar las perversas relaciones entre el militarismo alemán y la rebelión irlandesa. (Basil Thomson, por cuya mediación los diarios de Casement salieron a la luz pública, cuenta en sus memorias los aspectos más cómicos de aquellas tareas de espionaje). Tal era el canal indirecto del que disponía Conan Doyle cuando hablaba de las desdichadas circunstancias que culminaron en la muerte de Roger Casement.

La decepción fue en aumento mientras duró la Gran Guerra, y afectado, además, por tantas muertes sin sentido, incluso de seres cercanos a él, Conan Doyle dio la espalda a la tentación de la política y emprendió su batalla en pro del espiritismo. No había perdido la fe en la justicia, pero la experiencia que le tocó vivir durante el caso de Casement lo curó de la ciega pasión de la política. Fue precisamente en 1916 cuando anunció de manera pública que se adhería al espiritismo. Mucho tiempo antes, a mediados de la década de 1880, cuando residía en Southsea, había asistido a algunas sesiones en círculos de amigos, entre los que se contaba el general Drayson. En el segundo de los tres cuadernos de apuntes de Southsea (en el primero está recogido el nacimiento de Sherlock Holmes), notas tomadas entre 1885 y 1888, da cuenta de su asistencia a diez de esas sesiones, hace una lista de libros de ocultismo, espiritismo, magnetismo animal e hipnosis, y recoge las extravagantes opiniones del general. El catolicismo de Conan Doyle apenas le sobrevivió su etapa escolar. Se negó a seguir el consejo de su familia de que ejerciese la medicina en Southsea apoyándose en los católicos de la localidad; pero eso no le impidió unirse a una logia masónica y sin dudar sacar provecho de esos contactos.

En 1893, era ya miembro de la Sociedad para la Investigación Paranormal y había participado incluso en los experimentos que en ella se realizaban. Siempre que tenía ocasión, hablaba de un caso de hechizo en Charmouth. Con todo, guardaba una prudente distancia respecto de aquellos fenómenos tan poco conocidos. Su mente era tan racional como la del gran detective que imaginó. Al poco de fallecer su primera esposa fue socio incluso de la

Asociación de la Prensa Racional, y siguió siendo miembro de esa sociedad tan marcadamente escéptica entre 1908 y 1916, como le aclaró Nicolás Walter, secretario de la Asociación, a Anthony Burgess en el curso de un debate público. Aquellos años fueron decisivos también por sus incursiones como detective aficionado.

Al abrazar el espiritismo pensó que podía aportar a la nueva causa la misma inquietud por la pesquisa. Muchos de sus amigos y críticos no lo tenían tan claro. Desde 1916 en adelante su interés por el mundo del crimen y por las labores detectivescas se vio limitado por sus creencias espiritistas. ¿Había dejado de lado el sentido común o tan sólo trataba de explorar nuevas formas de percepción? Su ingenua fe en las fotografías de las hadas de Cottingley[30*], ¿era sólo el desvarío sin importancia de una gran inteligencia o un síntoma de que ya había sobrepasado los límites de la razón?

Es algo que, en su momento y todavía hoy, se sigue discutiendo. El sacerdote jesuita Hubert Thurston, que había tratado a Doyle en la época de Stonyhurst, escribió de forma artera —desde una perspectiva católica ortodoxa— sobre sus creencias, con algunos comentarios muy personales sobre lo que, en privado, sabía sobre otros miembros de la dilatada familia Doyle que seguían siendo católicos. Otros, como el mago de los escenarios, Houdini, se mostraron más comedidos. Pero la fe en el espiritismo que presidió los últimos catorce años de su vida desanima todavía a muchos de los seguidores incondicionales de Sherlock Holmes. Otro amigo de aquellos tiempos, el dibujante de *Punch* Bernard Partridge, publicó una caricatura de Sherlock Holmes encadenado a la pierna de un Conan Doyle, con la cabeza envuelta en una nube de majaderías espiritistas. Aquel dibujo resumía de forma brillante lo que pensaba la mayoría de sus lectores.

En opinión de muchas personas influyentes, la fama y el prestigio de Conan Doyle sin duda languidecieron. *El mundo brumoso*, publicado en 1926, trasladaba las aventuras del profesor Challenger, el protagonista de *El mundo perdido*, a un mundo poblado de espíritus que dejó boquiabiertos a la mayoría de los lectores de sus anteriores obras, en especial de los relatos de Sherlock Holmes. No deja de sorprender que un hombre que toda su vida plantó cara a la intolerancia llegase a convertirse, en el otoño de su existencia, en opinión de las más altas autoridades de su país, en una víctima de los prejuicios religiosos.

En aquellos últimos años, no obstante, hubo muchas personas a las que ayudó llevado por su permanente interés por el mundo del crimen. Y no sólo

en Inglaterra, sino en los puntos más remotos del imperio, comenzando por la lejana Australia.

18. Ned Kelly y el fantasma de Fisher: un crimen en Australia

Para Sherlock Holmes, los antípodas brindaban un exótico y colonial telón de fondo para crímenes que se cometían en zonas más tranquilas de la madre patria. En *El misterio de Boscombe Valley*, escrito en 1891, las raíces de un crimen perpetrado en Inglaterra se hallaban en los días de la fiebre del oro a comienzos de la década de 1860, en los alrededores de Ballarat. Da la impresión de que, para escribir este relato, Conan Doyle se inspiró en las andanzas de Henry Beresford Garrett, uno de los miembros de la banda que atracó en 1854 el Banco de Victoria en Ballarat llevándose un botín de catorce mil trescientas libras. Garrett, que había planeado el atraco, huyó a Inglaterra con su parte, donde vivió tranquilamente durante un tiempo, antes de que lo detuviesen y lo repatriaran a Victoria. Se trata de una historia muy parecida a la del Black Jack de Ballarat, que relata Conan Doyle.

Ya nos hemos referido a la atención que dispensó a la novela de Fergus Hume *El misterio del coche de punto*. Pero la enorme popularidad de la que gozaba entonces *Robbery Under Arrns* [*Robo a punta de pistola*] (1887), de Rolf Boldrewood, una magnífica obra desde el punto de vista literario y de observación de la realidad social, que también había leído, era la prueba de que Australia siempre ocuparía un lugar en las crónicas del crimen. La novela trata de unos bandidos. Pero a Conan Doyle le atraía la aureola romántica que rodeaba al personaje de Ned Kelly, ejecutado en la horca en 1880, en Melbourne, por asesinato y bandolerismo. En 1890 el escritor recomendaría al ejército británico que utilizase las protecciones corporales que llevaban los salteadores irlandeses, y seguiría insistiendo en ello en la Primera Guerra Mundial. «Cuando el bandolero Ned Kelly salía ileso de sus paseos por delante de los rifles de la policía, gracias a la protección que él mismo se había preparado —aseguraba en 1915, en una carta a *The Times*—, estaba dando una lección al mundo entero». Pero si hubiera leído *The Last of the Bushrangers* [*El último bandolero*] (1892), habría estado al tanto de los

apuros que Kelly pasaba para moverse con aquella indumentaria encima, y que la policía había logrado capturarlo vivo tras dispararle a las piernas, que no llevaba protegidas; así de sencillo. De no haber sido por lo que pesaba su coraza, el bandido habría logrado escapar.

Entre las muchas cartas que Conan Doyle recibió mientras aparecía la primera serie de relatos protagonizados por Sherlock Holmes en 1892, hubo una referida a un célebre caso de envenenamiento en Nueva Zelanda en la que, de paso, se le sugería que quizá pudiera servirle de inspiración. Se trataba de la *cause célèbre* de Timaru: en 1886 Thomas Hall compareció como acusado de haber envenenado a su esposa con antimonio para hacerse con el dinero de su seguro de vida y con la herencia que le correspondía, que pensaba invertir en sus inestables negocios. El pésimo estado en que el médico había visto a la señora Hall tras haber dado a luz lo llevó a pedir que analizasen los alimentos y el agua que tomaba. Poco antes, sin reparar en la tontería que cometía, Hall había comprado en una librería de la localidad el libro *Taylor on Poisons* [*Los venenos, según Taylor*], que aún hoy es una autoridad en el apartado dedicado al antimonio. (Alfred Swaine Taylor fue uno de los pioneros de la toxicología forense, y prestó declaración como especialista en los juicios contra el doctor Palmer en 1856, y contra el doctor Smethurst en 1859). Hall fue declarado culpable y condenado a cadena perpetua. Quedó en libertad, sin embargo, la enfermera que había atendido a su esposa, con la que Hall tenía una relación sentimental. En una investigación llevada a cabo posteriormente y que causó sensación, se procedió a la exhumación del cadáver del suegro de Hall, de quien éste no se había separado durante la enfermedad que lo llevó a la tumba, y se descubrió que también había sido envenenado con antimonio. Se juzgó a Hall por este segundo asesinato y fue condenado a la horca. En el recurso de apelación se desecharon las pruebas presentadas en el caso anterior para que el jurado no pensase que se trataba de un envenenador habitual, y así consiguió la anulación de la segunda sentencia. Fue trasladado a Auckland para cumplir cadena perpetua.

Este asunto, que se convirtió en el caso de envenenamiento más famoso de Australasia, despertó enorme interés entre los criminólogos de todo el mundo, sin olvidar la trascendencia de la sentencia dictada por el Tribunal de Apelación de Nueva Zelanda, que sirvió para sentar jurisprudencia mucho antes de que en Gran Bretaña alguien comenzase a pensar en cómo proteger a quienes habían sido víctimas de errores judiciales. Aunque las características de aquel caso fuera de lo común no dejaron de sorprenderle, Conan Doyle se

vio obligado a reconocer (como en tantos otros crímenes de la vida real) que no tenía forma de aprovechar la información. La forma de ser fría e impasible de Thomas Hall no casaba bien con los relatos de ficción que él escribía; trató incluso de retirar el relato titulado *La caja de cartón* (publicado por primera vez en enero de 1893), por lo sorprendentes que resultaban algunas de las circunstancias que refería, como la oreja diseccionada que aparecía en un paquete postal.

Doyle tenía una relación especial con Australia. En el verano de 1893, su hermana Connie se había casado con el escritor E. W. Hornung, quien, de joven, había vivido en Australia. Más conocido como el creador de Raffles, el ladrón aficionado y de su amigo Bunny, contrapartidas en versión criminal de Holmes y Watson, muchas de sus obras anteriores trataban de crímenes y robos en los campos de buscadores de oro de Victoria. En 1905 se le ocurrió un personaje parecido a Raffles, Stingaree, pero que robaba en Australia.

Conan Doyle no tuvo oportunidad de viajar a Australia hasta que no finalizó la Gran Guerra. Aquel largo viaje, que se prolongaría desde septiembre de 1920 hasta febrero de 1921, fue su primera misión en el extranjero para predicar la nueva doctrina espiritista. Por desgracia, en esta ocasión no pensaba en Ned Kelly ni en bandoleros, ni siquiera en la demanda de Tichborne. El crimen sólo reclamaba su atención si aparecía en un contexto paranormal, como sucedió en el curso de una de sus conferencias, en la que una de las asistentes se puso histérica y lo acusó de ser Jack el Destripador.

Uno de los crímenes clásicos de Australia, que ha pasado a formar parte de su cultura popular, es el del fantasma de Fisher, un caso que se remonta a 1826, casi en los inicios de la breve historia del continente. En 1920 la publicación de una nueva edición de la versión que, de dicho asunto, llevó a cabo John Lang lo puso de nuevo de actualidad. Se trataba de un relato que tenía todos los ingredientes para despertar la atención de Conan Doyle en aquel momento. El caso ocurrió en Campbelltown, a las afueras de Sidney, en Nueva Gales del Sur. En octubre del año 1826 un joven labrador, Frederick Fisher, desapareció de sus tierras. Fisher, que era un exconvicto, había contratado a George Worrall, que estaba en libertad provisional, para que le echase una mano. Al principio nadie dijo nada de la ausencia de Fisher, pero un vecino al que le debía dinero, un tal Farley, no dejó de insistir a Worrall hasta que éste le confesó en secreto que Fisher había regresado a Inglaterra. A Farley no le hizo ninguna gracia la noticia pero, cuando Worrall se ofreció a

escribir a Fisher para recordarle la deuda pendiente que tenía, pareció darse por satisfecho, al menos por un tiempo.

La siguiente vez que Farley se acercó a las tierras no pudo ocultar su sorpresa al contemplar la silueta de Fred Fisher, sentado en la cerca que rodeaba el terreno modelando un trozo de madera. Le dio una voz, pero a cambio sólo recibió una mirada perdida. Molesto, se apeó del caballo dispuesto a aclarar la deuda atrasada. Antes de llegar al cercado, el labriego lo perdió de vista por un instante y, una vez allí, Fisher se había esfumado. No había virutas de madera ni huellas de pisadas, nada que indicase la presencia de una persona.

Alertada la policía, ésta se presentó con un rastreador negro que aseguró haber encontrado sangre, sangre de un hombre blanco. Una hora más tarde, tras seguir un rastro casi imperceptible a lo largo de la cerca, en un punto situado a kilómetro y medio de la casa, el rastreador señaló una zona de una zanja. La policía comenzó a cavar y, a un metro de profundidad más o menos, encontraron el cadáver todavía reconocible, aunque debía de llevar muerto unos cuantos meses, de Fred Fisher.

El juicio de George Worrall se celebró en Sidney. Farley declaró que estaba seguro de haber visto la silueta de Fred Fisher sentado en la valla aquella tarde, y no tardó en tomar cuerpo la leyenda de que había sido su fantasma el que había indicado el lugar donde había sido asesinado por Worrall. El tribunal no tuvo en cuenta tales supersticiones; le parecieron suficientes las pruebas en contra del acusado. Worrall fue ahorcado el 11 de febrero de 1827, tras haber confesado durante once horas, según la información que apareció en la *Sydney Gazette* al día siguiente,[31]

En sus idas y venidas por Australasia, Conan Doyle tuvo noticia de otros incidentes más recientes, los cuales, como tenía por costumbre, quedaron reflejados en la versión que publicó de aquel viaje. En 1920, en Auckland, Nueva Zelanda, tuvo una conversación con un hombre al que calificó de «sorprendente médium». Aseguraba que era un adivino que no necesitaba de ningún objeto material para acceder a lo que quería saber.

> Aquel caballero, el señor Pearman, era un obrero de la construcción; un hombre fuerte y poco culto, con la mirada huidiza de un vidente. Me contó que, para hacer uso de sus poderes en cualquier situación, le bastaba con sentarse en una habitación en penumbra y concentrar sus pensamientos en el asunto en cuestión, sin necesidad de contacto físico con nada. Por ejemplo, una vez se había cometido un asesinato en

Australia occidental, y la policía le rogó que le echase una mano. Recurriendo a sus poderes vio a un hombre que iba en un bote por el río Swan, un extranjero, pero al instante supo que había sido él. Lo vio en Fremantle, entre los estibadores de los muelles. Luego vio cómo regresaba a Perth. Por fin, lo vio subirse a un tren del Ferrocarril Transcontinental. La policía puso manos a la obra y detuvo a aquel individuo, que fue declarado culpable y ahorcado.

Fue uno de los muchos casos que aquel hombre le contó a Conan Doyle, a quien llegó a convencer. «Todo esto, muy propio de un médium, no tiene nada que ver con el espiritismo; pero es una muestra de las facultades de visión más amplias, aunque indefinidas, de las que disponen la mente y el alma humanas».

Casi al final de su periplo, en Sidney, durante las primeras semanas de febrero de 1921, fue a ver a otra médium muy nombrada, la señora Foster Turner, una mujer de mediana edad, dotada y sensible y una de las figuras del espiritismo en Australia. Su especialidad consistía en ofrecer una especie de diagnósticos médicos —una de las manifestaciones de la clarividencia, al decir de Conan Doyle—, aunque también había recurrido a sus poderes para tareas detectivescas.

El don para la adivinación de la señora Foster Turner era uno de ésos a los que recurre libremente un grupo de personas cuando pretende ser más civilizado y menos ignorante. Para dar un ejemplo de cómo funciona bastará decir que hace algunos años desapareció en Melbourne un hombre que se apellidaba Cutler, y que todo el mundo se preguntaba qué habría sido de él. Sin decir quién era, su esposa llevó una bota de Cutler a la señora Turner. Ésta se la acercó a la frente y, al instante, la señora Turner se puso *en rapport*[32*] con el hombre desaparecido. Le contó cómo le había dado un beso de despedida a su mujer al salir de casa y todos los sitios por los que anduvo aquella mañana, hasta que, por fin, se había caído o había saltado al río desde un puente, donde se había enredado con algo. Tras rastrear en el lugar indicado, encontraron su cadáver. Si se nos permite establecer una comparación entre este caso y el del señor Fox [sic], nos daremos cuenta de

> inmediato que ambos responden a un mismo patrón. ¡Qué gran ayuda para nuestra Brigada Criminal!

El caso al que se refiere Conan Doyle fue el éxito de un médium muy conocido en amplios círculos sociales, el señor Von Bourg. A principios de diciembre del año 1900, un agente de cambio y bolsa, el señor P. L. Foxwell, salió de su casa en Thames Ditton en dirección a su empresa, en el distrito financiero de la ciudad. Nunca regresó. Avisaron a la policía y ésta, después de un tiempo prudencial, llegó a la conclusión de que se había marchado a Estados Unidos para comenzar una nueva vida, con un apellido distinto. Pero tal explicación no satisfizo ni a su familia ni a sus amigos, que pensaban que no tenía ninguna razón para dar un paso tan sorprendente. El asunto siguió siendo un misterio unas cuantas semanas, hasta que a una dama se le ocurrió ir a ver al señor Von Bourg para pedirle que hiciese una consulta en su nombre con su bola de cristal. Dicha señora no lo conocía de nada, y ni siquiera le dijo cómo se apellidaba.

«Recuerdo que lo primero que vi fue el cadáver de un hombre flotando en el río». La mujer le pidió que le diese algunos detalles más, y él le dijo cómo iba vestido. A continuación, la invitó a que observase a través de la bola de cristal, y también ella tuvo la misma visión. «Es mi marido», exclamó. A continuación le aclaró que ella era la señora de Foxwell. Se formó entonces otra imagen, en la que aparecía su casa de Thames Ditton, el río, sus orillas y el lugar donde se hallaba el cadáver. «Ese sitio —le explicó el médium, hablando ya como un clarividente— se encuentra a kilómetro y medio de su casa. Pero todavía no será posible dar con el cadáver. Éste no aparecerá hasta el 31 de enero, a eso de las cinco de la tarde, y “capto” otra imagen: parece que ese hombre ha recibido un golpe en la cabeza».

Las cosas sucedieron tal como había predicho el señor Von Bourg. Se recuperó el cadáver en la tarde del día 31, y el médico que lo examinó descubrió una contusión en la nuca (el informe de la autopsia del señor Foxwell se publicaría en *The Times* el 6 de febrero de 1901). El caso Foxwell causó sensación en los círculos ocultistas y la fama del señor Von Bourg creció como la espuma. Para Conan Doyle, éste sería siempre uno de los casos más asombrosos de cuantos había conocido.

El viaje del año 1921 coincidió con el fallecimiento de la madre de Conan Doyle, a los ochenta y tres años. Es más, desembarcó en Marsella a tiempo para asistir a las exequias de Willie Hornung en San Juan de Luz, donde había fallecido el 22 de marzo. Si importante para él fue la pérdida de su madre, la muerte de Homung, a los cincuenta y cinco años, le pareció una tragedia que

acabó por apartarlo de su época literaria, la de las postrimerías victorianas y eduardianas. A partir de ese momento, el futuro de Conan Doyle tendría menos que ver con la literatura —aunque de todos modos ya había escrito sus mejores libros—, y se consagró por completo a la causa del espiritismo. El interés que aún manifestaba por el crimen y su investigación se vio condicionado por su dedicación a esa otra causa. Ned Kelly había acabado por fundirse con el fantasma de Fisher.

19. Nueva luz sobre crímenes del pasado

En 1919, Conan Doyle preparó una conferencia para sus socios del Club de los Crímenes sobre «El crimen y la clarividencia». Desde 1916 el espiritismo se había convertido en el motor de su vida, y seguiría siéndolo hasta el final. Aunque no se ha conservado el texto de su discurso, el material del que se sirvió volvería a utilizarlo más adelante en artículos que escribió para *The Strand* y otros periódicos y revistas. La conferencia (como todas las que se escuchaban en el Club de los Crímenes) no fue pública, pero lo esencial de lo que allí explicó fue el punto de partida para un artículo que apareció en *The Strand* a comienzos de 1920, «Una costa sin cartografiar», que en 1930 sería un capítulo de su último libro, Al borde de lo desconocido.

Las cuestiones de orden paranormal prevalecieron sobre todo lo demás, incluida la creación literaria, en los últimos quince años de su vida. Muchos de sus admiradores pensaban que no dejaba de ser un triste sino para un novelista. Pero jamás en su vida ese novelista se había sentido tan feliz. Para Conan Doyle, la certeza de que había una vida más allá de la tumba se había convertido en un credo religioso.

Sherlock Holmes se apoyaba en su inteligencia racional. «Esta agencia tiene los pies en el suelo y los seguirá teniendo. Tenemos todo el mundo por delante. No necesitamos fantasmas», le explicaba a Watson.[33] Pero, en aquel momento de su vida, Conan Doyle trataba de convencer a sus amigos y admiradores de que la investigación podía y debía apoyarse en las casi desconocidas capacidades de la mente y dejarse ayudar por los espíritus del más allá. Mientras sus lectores no esperaban otra cosa que nuevas aventuras de Sherlock Holmes, él sólo quería predicar su nueva filosofía. Su interés venía de antiguo. Había acudido a escuchar a un espiritista cuando vivía en Birmingham, allá por 1880. Durante el tiempo que residió en Southsea se integró en un grupo interesado por las investigaciones paranormales, del que también formaba parte el general de división Alfred Wilkes Drayson[34]. Llegó a publicar incluso un resumen de sus propias experiencias en este terreno en *Light*, el 2 de julio de 1887, la publicación espiritista por

excelencia. Aunque tuvo contactos con personajes sobresalientes de ese movimiento, como Frederic W. Myres, el profesor William Fletcher Barrett, Henry Sidgwick y Edmund Gurney, hasta noviembre de 1893 (tres semanas después de la muerte de su padre, curiosamente), no se adhirió a la Sociedad de Investigación Paranormal.

> En aquella época tuve la oportunidad de vivir una experiencia interesante, porque fui una de las tres personas enviadas por la Sociedad a una casa encantada. Era uno de esos casos en los que se había detectado actividad *poltergeist*, no habían dejado de producirse ruidos y cosas asombrosas durante años.

La casa se encontraba en Charmouth, en Devon, y si bien el caso no revistió suficiente interés para ser recogido en la publicación de la Sociedad, fue el primer contacto directo que tuvo Conan Doyle con esa frontera inexplorada que se alza entre la vida y la muerte. Según él, los fenómenos de los que fueron testigos a lo largo de aquella noche llevaban directamente al desdichado final de un niño ya muerto.

El actual movimiento espiritista se inició en Hydesville, en el estado de Nueva York, por algo que desembocó en la investigación de un asesinato. A comienzos de 1848 el hogar de los Fox se vio perturbado por unos extraños ruidos que parecían golpecitos. El 31 de marzo de 1848 el «espíritu» empezó a responder a través de la médium Kate Fox, una de las hijas de la familia. Para Conan Doyle lo ocurrido en Hydesville fue fundamental. Aquel ser parecía estar perfectamente informado de la familia Fox y sus vecinos. Aunque la señora Fox y sus hijas se mudaron a otro lugar, los ruidos (eso se aseguraba) continuaron.

En la noche crucial de marzo de 1848, una comisión de vecinos de la localidad abrumó a preguntas a aquel ser inteligente e invisible. En palabras de Conan Doyle:

> Según sus palabras, era un espíritu que había sido herido en aquella casa y, mediante golpes, deletreó el apellido del antiguo ocupante que le había hecho daño; tenía treinta y nueve años en el momento de su muerte, acaecida cinco años antes; lo había asesinado por dinero; estaba enterrado en el sótano, a tres metros bajo tierra.

Uno de los vecinos, el señor Duesler, deletreando las letras del alfabeto, descifró el nombre de la víctima, Charles B. Rosna. Inmediatamente, fueron a registrar el sótano. Los ruidos parecían proceder de un único sitio, pero tuvieron que dejar de excavar porque encontraron agua a unos treinta centímetros. La cosa no acabó ahí, sin embargo. Al llegar el verano, David Fox, el benjamín de la familia, que había vuelto a la casa después de que empezaran a oírse los ruidos, excavó un nuevo hoyo. Con la ayuda de unos cuantos vecinos (cuyos nombres se conservan), terminó el trabajo. Doyle remite, para conocer el resultado, a las páginas de *Modern Spiritualism* [*El espiritismo*] (1855), de Eliab Capron, un testimonio que, más tarde, vendría a confirmar Robert Dale Owen, en su libro *Footfalls on the Boundary of Another World* [*Pasos hacia los límites de otro mundo*] (1860):

> Hundieron un tablón hasta un metro y medio; en el extremo inferior encontraron restos de loza, carbón vegetal y cal viva, y debajo de ellos, cabellos humanos, y unos cuantos huesos y restos de un esqueleto también humanos. Difícilmente podía hallarse una prueba más clara de que se había producido un asesinato que se había pretendido ocultar.

Tras aquel descubrimiento se presentó una muchacha llamada Lucretia Palmer, la cual contó que, mientras trabajaba como criada del señor y la señora B., los anteriores inquilinos, apareció en una ocasión un vendedor ambulante que se había quedado a pasar la noche. Cuando, al cabo de tres días en que se ausentó por orden de los patronos y volvió a la casa, el hombre había desaparecido.

Aquel «buhonero asesinado» forma ya parte de la mitología espiritista. No cabe duda de que el caso habría resultado mucho más espectacular si hubiera concluido en una condena, o si hubieran encontrado los huesos la primera vez que excavaron (no tras un intervalo de varios meses, durante los cuales las partes interesadas podrían haber «aderezado» el sótano). Sin embargo, Conan Doyle no era el único en creer en las posibilidades del espiritismo para arrojar alguna luz sobre misterios y asesinatos que ya eran historia.

Todos los casos de los que habló en el Club de los Crímenes en 1916 eran realmente curiosos. El primero sobre la célebre desaparición de Owen Parfitt, de Shepton Mallett, el 6 de junio de 1769. Parfitt, un viejo soldado, salió un día a sentarse un rato fuera de su cabaña; media hora más tarde, sólo quedaba de él la toquilla que llevaba encima. Se había esfumado. Demasiado viejo y enfermo para haberse ido por su propio pie, los vecinos pensaron que se lo

había llevado el diablo. En 1813 pareció hallarse la clave del misterio cuando se encontraron unos huesos en un huerto cercano; pero el caso se enredó aún más tras comprobarse que eran huesos de una muchacha. Un abogado de la localidad dedicaría todo el año siguiente a reunir pruebas del caso. Como Conan Doyle puntualizó: «No hay que recurrir a las explicaciones paranormales hasta no haber agotado todas las posibles salidas naturales y racionales de un caso». Él sospechaba que la desaparición del anciano era fruto de una venganza a raíz de un chantaje, pero no tenía ni idea de cómo se había producido: «Se trata de un caso fuera de lo normal, irresoluble en la práctica, y tendremos que conformarnos con eso».

Conan Doyle se refirió, a continuación, a un asesinato real, el aún más conocido «misterio del granero rojo»: en ese lugar Maria Marten fue asesinada en 1827 y su enamorado, William Corder, sería ahorcado por ello. Conan Doyle creía que Corder había asesinado a la muchacha, una idea con la que no están de acuerdo todos los que han estudiado el caso. En su opinión, la clave residía en cómo se había descubierto el crimen. Corder (según la versión tradicional del caso) había convencido a Maria para que lo acompañase al granero rojo y, una vez allí, la mató. Al poco anunció que se habían casado y que se habían ido a vivir a la isla de Wight; para ocultar el engaño, enviaba cartas a la familia de Maria desde Londres como si vinieran de la isla. Las cosas le salieron bien durante un tiempo.

> Y habría seguido con aquella farsa —escribe Conan Doyle— de no haber intervenido de manera imprevista una recóndita ley natural con la que Corder no había contado.
>
> La señora Marten, madre de la muchacha, soñó tres noches seguidas que su hija había sido asesinada, algo que en realidad sólo indica que no se explicaba el miedo y la desconfianza que sentía. En sus sueños, sin embargo, lo veía todo con absoluta claridad: desde el granero rojo hasta el sitio en que los restos de su hija estaban enterrados. Esta última circunstancia reviste gran importancia, porque permite pensar que la madre tenía aquellos sueños porque la muchacha le había dicho que se había citado en aquel sitio. Tuvo los sueños en marzo de 1828, es decir, diez meses después del crimen, pero no logró convencer a su reticente marido que hiciese algo hasta mediados de abril. Entonces, éste le dio permiso para que fuera a ver qué había en el granero, que, para entonces, ya estaba limpio de cachivaches. La mujer le indicó el sitio y el marido comenzó a cavar. Al

> instante apareció un trozo de la toquilla que llevaba la muchacha y, a menos de medio metro bajo tierra, su cadáver. Horrorizados, los dos abandonaron sobrecogidos el funesto granero. La ropa, los dientes y otros detalles menores bastaron para identificar a la muchacha.

Corder fue detenido, juzgado y murió en la horca. Para Conan Doyle, había que aceptar en este caso una intervención paranormal. Podría haberse tratado de un caso de telepatía, pero Doyle se inclinaba a creer que había habido una comunicación en toda regla de la muchacha a su madre. Lo que él no dijo, probablemente porque no lo sabía, es que en una de las primeras novelas góticas, uno de los pocos libros que había en casa de los Marten, *The Old English Baron* [*El viejo barón inglés*] (1777), de Clara Reeve, ya refiere el caso de un sueño que conduce a la localización de un cadáver. Esta circunstancia ha llevado a algunos especialistas a afirmar, con más cinismo que gentileza, que la señora Marten sabía cómo se había producido el asesinato en realidad; que, de hecho, ella era la amante de Corder, y que había sacado todo a la luz porque éste la había dejado.

Conan Doyle expuso otro caso que también tenía que ver con sueños, pero con más visos de realidad. El 8 de febrero de 1840 Edmund Norway, primer oficial del buque *Orient*, en aguas de la isla de Santa Elena, soñó entre las diez de la noche y las cuatro de la madrugada que dos hombres agredían a su hermano Nevill en Cornualles. Era un sueño que parecía real, con todo lujo de detalles; el incidente se producía en un camino que el oficial conocía, aunque parecía trazado al revés. Norway contó su sueño a los demás oficiales y se ocupó de ponerlo por escrito.

El asesinato se había cometido realmente, y la confesión de uno de los agresores, que sería ejecutado en la horca en Bodmin el 13 de abril, bastó para confirmar todo lo que Norway había soñado. Éste estaba pensando en su hermano y había pensado en escribirle. Santa Elena y Cornualles se encuentran, más o menos, en la misma longitud, de modo que el momento del sueño y el del asesinato eran coincidentes, al menos desde un punto de vista geográfico. Doyle apuntaba la posibilidad de que se tratase de un caso de «clarividencia a distancia»: el espíritu abandona un cuerpo y es capaz de contemplar acontecimientos que ocurren muy lejos de él. Un ejemplo de las «capacidades inexploradas, pero propias del ser humano», y no de una intervención del espíritu del hombre que había sido asesinado.

El siguiente caso que expuso Conan Doyle había ocurrido en Utah, el mismo estado en que, mucho antes, había localizado la segunda parte de

Estudio en escarlata. Los hechos se remontaban a 1901. Un hombre apellidado Mortensen debía mucho dinero a una empresa, cuyo secretario era un tal señor Hay Mortensen invitó a Hay a su casa una noche, y nunca más se supo de él. Más tarde, el anfitrión declararía que había pagado a su secretario todo lo que debía, que éste le había dado un recibo y que había visto cómo se iba con el dinero guardado en unos tarros de cristal. Cuando el *sheriff* se pasó por allí al día siguiente, acompañado por el señor Sharp, el suegro de Hay, le preguntó a Mortensen dónde había visto a su yerno por última vez.

—Aquí —repuso, indicando un lugar más allá de la puerta.

—Si éste es el lugar donde dice que lo vio —dijo el anciano—, es que ahí es donde lo mató usted.

—¿Cómo sabe que está muerto? —Quiso saber Mortensen.

—Porque he tenido una visión —repuso Sharp—, y puedo demostrárselo; en un plazo de veinticuatro horas y en un kilómetro y medio a la redonda del sitio en que se encuentra usted mismo, extraerán el cadáver de mi yerno de la tierra.

Corría el mes de diciembre, y el suelo estaba cubierto de nieve. Al día siguiente, un vecino, siguiendo el rastro de unas manchas de sangre, encontró una tumba excavada a toda prisa con el cadáver de Hay, con una bala en la cabeza.

—Tan elemental como tosco —comentó Conan Doyle, muy en la línea de Sherlock Holmes. ¿Cómo esperaba Mortensen salir con bien de aquello? Se celebró un juicio como corresponde, se le condenó y se le ejecutó ante un pelotón de fusilamiento. («Las leyes del estado de Utah permiten que el reo elija la forma de morir»).

Para él el interés del caso estaba en la dimensión paranormal de la visión que había tenido el anciano. Podría haber sido una patraña, pero, lo que había ocurrido en realidad era «una extraordinaria coincidencia». Guarda también este caso un paralelismo notable con el del fantasma de Fisher, en el que la víctima se vengaba de su asesino.

El siguiente caso que Doyle relató se situaba ciertamente fuera de lo normal: «De hecho, es definitivo como prueba evidente de una intervención paranormal, aunque podamos discrepar en la valoración de su importancia». Se trataba, en efecto, de un sueño que había tenido repercusiones en las altas esferas. A principios de mayo de 1812, un banquero e ingeniero de minas de Cornualles, llamado John Williams, de Scorrier House, Redruth, soñó con toda claridad varias noches que se encontraba en el vestíbulo de la Cámara de los Comunes, un lugar que conocía bastante bien.

> Aparecía un hombre bajito, con chaqueta azul y chaleco blanco; yo enseguida me fijaba en una persona que ya había visto nada más entrar, con chaqueta oscura y botones dorados: sacaba un revólver de debajo del chaleco y apuntaba al hombre bajito al que acabo de referirme.
>
> Disparó el arma, y la bala entró en el costado izquierdo de la persona a quien apuntaba. Vi cómo brotaba sangre donde la bala había acertado, cómo al hombre se le mudaba el gesto y caía al suelo. Tras preguntar quién era la víctima, me enteré de que era el canciller, el señor [Spencer] Perceval, ministro de Hacienda [y también primer ministro]. Luego vi cómo unos caballeros prendían al asesino.

Preocupado por el sueño, Williams se lo contó a su mujer y a algunos de sus amigos. Estaba angustiado. No sabía si ir cuanto antes a Londres para avisar al señor Perceval, pero sus amigos lo convencieron de que era una tontería. El 13 de mayo, uno de sus hijos entró en casa con la increíble noticia de que habían disparado a Spencer Perceval en el vestíbulo de la Cámara de los Comunes, igual que había sucedido en la visión de su padre. Poco después, con motivo de un viaje a Londres, John Williams comprobaría en una reproducción del asesinato que tanto la ropa que llevaban los implicados como el desarrollo de los acontecimientos eran tal como él los había soñado.

Daba la impresión de que, por lo que fuera, la gente que tenía visiones sobre acontecimientos futuros era incapaz de evitarlos, pero quizá su experiencia fuera útil a la hora de la investigación. Ante los asistentes a la conferencia del Club de los Crímenes, Conan Doyle no insistió sobre el particular, pero era éste un aspecto de sus nuevas creencias que cada vez le interesaba más.

El famoso médium Von Bourg, cuyas dotes para la clarividencia con una bola de cristal tanto había elogiado Conan Doyle cuando se recuperó el cadáver del señor Foxwell del Támesis en 1900, participó también en uno de los casos más sorprendentes de la era eduardiana, el de la muerte de Mary Money, cuyo cadáver se había encontrado en las vías del ferrocarril que une Londres con Brighton, en el túnel de Merstham, en septiembre de 1905. Se trataba de dilucidar si había sido un asesinato o un suicidio. Muchos de los escritores y abogados que formaban parte de Nuestra Sociedad, sobre todo John Churton Collins, se habían interesado por el caso. En 1919, no obstante, a Conan Doyle le habrían interesado mucho más sus ramificaciones ocultistas.

A finales de septiembre de 1905, el periodista F. A. H. Eyles que, por entonces, trabajaba en la *Pall Mall Gazette*, había acompañado a Von Bourg a casa de unos parientes de Mary Money. El médium llevaba consigo la misma bola de cristal con la que, cinco años antes, había conseguido localizar el cadáver del señor Foxwell. Se sentó en un sillón, en un rincón de la estancia, y se inclinó sobre la bola. Eyles le preguntó si veía algo.

—Sí, pero antes de decir nada, me gustaría saber si las personas aquí presentes también lo ven.

Los jóvenes parientes de la víctima nunca habían mirado a través de una bola de cristal. Se asomaron por encima del hombro del médium y clavaron las pupilas en aquellas lechosas profundidades.

—No veo nada —dijo uno de los jóvenes.

—Tenga un poco de paciencia —le indicó Eyles.

El joven volvió a mirar de nuevo. De repente, exclamó con voz muy firme y segura:

—Sí, veo algo. Veo un tren que pasa por un túnel, y a un hombre y a una mujer en uno de los coches.

Llamó a la mujer, y también ella vio lo mismo. Ambos le ofrecieron al periodista un relato exacto de lo que habían visto: la pelea en el interior del tren, la mano del hombre en el hombro de la mujer, y la mujer arrojada del tren a la vía.

Algo increíble, como escribiría Eyles más tarde, porque sólo hacía una semana que se había hallado el cadáver de la señorita Money; la policía seguía manejando la hipótesis de que se trataba de un suicidio y aún no se habían hecho públicas las pruebas médicas que revelaban que la mujer había sufrido heridas en el tren. Y aún había más: el tren que salía del túnel, la luz brillante de una garita de señales, el hombre que se apeaba en una estación y huía en una bicicleta para volver más adelante a echar un vistazo al túnel. El médium pensó que la luz brillante de la garita apuntaba a una persona que había dentro y que podría aclarar las cosas: se trataba del guardavías de Purley Oaks, quien, en el curso de la investigación, declaró que había visto cómo un hombre y una mujer se peleaban en uno de los coches. (Churton Collins estuvo una noche en la garita para comprobar si, desde aquella altura, podía verse el interior de los coches).

Eyles llegaría a la conclusión de que «en efecto, se había producido una pelea, como reconocieron los parientes de la señorita Money gracias a la bola de cristal del señor Von Bourg. Esta versión fue avalada por la declaración del guardavías y las pruebas presentadas por el médico, que, para uno de los

aspectos del misterio, constituían una pista importante y una razón para hablar de asesinato». Aquella misma noche (30 de septiembre de 1905) se publicó una crónica de la sesión en la *Pall Mall Gazette*. Pero las revelaciones, fuera cual fuera su fuente, no bastaron para conducir al asesino de Mary Money ante la justicia y su muerte siguió siendo un misterio.

Churton Collins se había dejado guiar por el sentido común a la hora de investigar el crimen. Conan Doyle tenía pocas dudas de la conveniencia de recurrir a videntes como Von Bourg. Sin embargo, como no tardaría en descubrir, oficialmente la policía no ocultaba su escepticismo sobre el valor de la percepción paranormal.

Aparte de estos casos históricos, Conan Doyle tuvo algunas experiencias y encuentros personales en la década de 1920, especialmente en las giras que hizo para defender la causa del espiritismo, que le sirvieron para reafirmarse en sus creencias.

La detección paranormal podía arrojar luz no sólo sobre acontecimientos del pasado, sino también del presente. En la década de 1920, Conan Doyle redactó sendos informes en los que daba cuenta del misterio del Hotel Langham y del caso del danés desaparecido (véanse los capítulos 11 y 12),indicio de que, incluso en fechas tan tardías, aún seguía interesado en aquellas desapariciones. A la vuelta de uno de sus periplos misioneros, en el otoño de 1921, se vio envuelto en un caso en el que se evaluó la eficacia de tales medios.

El 15 de septiembre un estudiante de diecisiete años, Oscar Gray, desapareció de la estación de ferrocarril londinense de Liverpool Street. Había llegado ese mismo día al andén siete de la estación, donde, a las once y cuarenta y dos, le esperaba un amigo de su familia para ir a pasar unos días con unos compañeros del colegio antes de regresar a Rugby. Habían quedado en que iría con su equipaje hasta Victoria Station, donde tomaría un tren para Edenbridge para ir a casa de uno de sus compañeros de colegio. Mientras el amigo de la familia iba a informarse de dónde estaba el equipaje, Oscar desapareció. Su amigo no reclamó el equipaje.

Unos días más tarde intervenía Scotland Yard. Oscar era fácilmente identificable por una cicatriz que tenía desde la oreja derecha hasta el nacimiento del pelo, pero nadie sabía dar cuenta de él. Consultado también Conan Doyle, éste lo consideró un caso misterioso en el que carecían de la clave pertinente.

Al recurrir a Conan Doyle en busca de ayuda, los angustiados padres pensaban, sin duda, que tendrían a su disposición las facultades de Sherlock

Holmes. Pero, habida cuenta de su nueva actitud, Doyle se puso en contacto con dos videntes experimentados a quienes prestó una chaqueta del muchacho. Ambos videntes confirmaron que el joven Oscar seguía con vida, pero no fueron capaces de saber dónde. «No eran las conclusiones que todos esperábamos, desde luego —escribiría más adelante en una carta al *Daily Express*— pero estoy convencido de que el señor y la señora Gray se sintieron aliviados y, en cierto modo, no les faltaba razón».

En el mes de octubre, un marinero que se dirigía a Tunbridge Wells en tren oyó por casualidad a un grupo de soldados hablar de un joven que se había alistado en el cuartel de Crowborough, bastante cerca de la antigua residencia que Conan Doyle tenía en Windlesham. Por lo que había leído en los periódicos, y consciente de la recompensa de cien libras que se ofrecía, pensó que podían estar hablando de Gray, y comunicó sus sospechas a la policía de Tunbridge Wells. El 16 de octubre la policía envió al inspector de la brigada de Sussex al cuartel, donde encontraría al muchacho. Por lo visto, se había incorporado, con el apellido Wilcox, en el Regimiento Real de Transmisiones el 16 de septiembre, es decir, al día siguiente de su desaparición de la estación de Liverpool Street y, unos días más tarde, lo enviaron a aquel campamento de Sussex. Quería llevar una vida de aventuras en lugar de regresar a aquel colegio tan tedioso. Era un ejemplo típico de las múltiples desapariciones que se producían cada año, pero en él, por desgracia, la intervención de Conan Doyle no sirvió de nada. Como apostilla Richard Lancelyn Green, fue «un ejemplo bastante pobre de las posibilidades que abría la adivinación».

20. Conan Doyle y el bandido motorizado

Al regreso de su gira por Australasia, Doyle y sus acompañantes desembarcaron en Marsella en marzo de 1921. De allí se dirigieron al norte para ver los campos de batalla de la Gran Guerra, a lo largo de la frontera con Alemania y Bélgica. Por el camino hicieron un alto en Lyon y el escritor aprovechó la oportunidad para darse una vuelta por el célebre laboratorio criminológico que dirigía Edmond Locard, el científico forense más reputado del momento.

Admirador desde antiguo de los relatos de Conan Doyle, Locard nunca se cansaba de repetir lo importantes que eran las ideas de Sherlock Holmes para las modernas labores policiales. Hasta el punto de que una de las salas del instituto llevaba el nombre de Conan Doyle.

Locard había cedido la planta superior de un edificio situado detrás del Palacio de Justicia, en el centro de la ciudad, para instalar su propio Museo Negro, con casos que se remontaban hasta 1910. La exposición no podía por menos que interesar a un criminólogo, pues no en vano desde aquel año Locard había intervenido de un modo u otro en los crímenes más célebres de Francia. Como su consejo era reclamado de todas partes, incluso en el extranjero, en el museo había muestras hasta de América del Sur. Vitrinas y cajas atestadas de armas, pistas, fotografías. Era impresionante.

De pronto, Conan Doyle se detuvo delante de un retrato de «tipos criminales».

—¡Pero si es Jules, mi antiguo chófer! —exclamó.

El doctor Locard pareció desconcertado.

—Debe de estar equivocado, señor —le dijo—; se trata de Jules Bonnot, el bandido motorizado.

Jules Bonnot: Conan Doyle también se acordaba de aquel anarquista de los años anteriores a la Gran Guerra, cuyo nombre siempre se asociaba con terrorismo. ¡Aquel hombre había sido su chófer!

Conan Doyle había sido uno de los primeros aficionados al mundo del motor. En 1903 se había comprado su primer coche —«un estupendo

Wolseley de diez caballos, con capacidad para cinco ocupantes»— y disfrutaba conduciendo aunque un año después casi se mata en un grave accidente. Su mayor hazaña al volante fue la de participar (con su esposa) en la Carrera del Príncipe Enrique, desde Homburg a Bremerhaven, para dar la vuelta a Inglaterra y Escocia, con salida en Southampton y meta en Londres. La carrera se celebró en julio de 1911; Doyle conducía un Dietrich—Lorraine . El ganador fue el equipo inglés, lo que molestó mucho a los alemanes, por lo que todo el mundo estaba encantado. (En aquella época, la cultura alemana no gozaba de grandes simpatías entre la población británica; el mismo Doyle, aunque hablaba alemán, se sentía más identificado con Francia por vínculos familiares).

Aunque le encantaba conducir, no entendía nada de mantenimiento mecánico, así que contrató a un chófer para que velase por el buen estado del vehículo. El más conocido de todos fue William Latter; pero hubo otros: durante un breve período, hacia finales del otoño de 1910 o en el invierno de 1911, trabajó para él un joven francés, distante pero muy capacitado.

No sabemos con exactitud cuánto tiempo trabajó Jules Bonnot para Conan Doyle, seguramente unas cuantas semanas. Se conserva una fotografía suya, tomada antes de noviembre de 1910, junto al coche de Harry Ashton—Wolfe, el criminólogo que vivía en París y trabajaba como ayudante del conocido doctor Bertillon, íntimo amigo de Conan Doyle a finales de la década de 1920. A juzgar por el reverso de la fotografía, debió de ser chófer de Ashton—Wolfe en Francia. Poco después Ashton—Wolfe se convertiría en socio de Edmond Locard en Lyon.

¿Podía tratarse de una confusión momentánea de Locard, que hubiese confundido a ambos criminólogos, ingleses los dos? No parece probable, dada la gran admiración que sentía por Conan Doyle y la amistad que tenía con Ashton—Wolfe. Ambos dedicaron obras a Conan Doyle, y citan su nombre con frecuencia. De un modo u otro, el famoso novelista norteamericano Irving Wallace, que había escrito extensos artículos tanto sobre el doctor Bell como sobre Locard, tuvo la amabilidad de confirmarme por carta que el doctor Locard le contó en 1949 la visita de Conan Doyle, y que habían hablado acerca de aquella fotografía[35]. En aquella época Wallace era un periodista independiente que vivía en Europa, y dudo de que también estuviese confundido. La anécdota también aparece en la muy documentada biografía que el francés Thomas Bernard escribió de Bonnot y su banda, aunque apunta que el año podría haber sido 1925.

A pesar de las entusiastas investigaciones de los historiadores anarquistas franceses, apenas sabemos nada de la corta vida de Bonnot. Su muerte, por el contrario, está atestiguada de forma exhaustiva. Se cree que Bonnot regresó a Lyon a comienzos de 1911, con nuevas ideas para socavar la corrupta sociedad burguesa, origen y raíz de todos los males. Desde 1883 los anarquistas habían ido sembrando el terror por toda Europa y Norteamérica, colocando bombas y cometiendo asesinatos: la «propaganda de los hechos», según la tesis de los más radicales. Pero Bonnot pretendía ir un paso más allá de esa consigna. En Lyon destrozó el escaparate de un taller mecánico de reparaciones para exhibir, con un macabro sentido del humor, un montón de herramientas de las que se utilizan en atracos.

Hasta ese momento tanto él como sus correligionarios se habían dedicado sólo a robar coches. Bonnot descubrió que también el coche en sí, el signo distintivo de riqueza y posición social por excelencia, podía ser utilizado como medio, no sólo como fin. Quizá recordase que, en 1903, la ciudad de Nueva York había contemplado horrorizada las bandas motorizadas de Paul Kelly y Monk Eastman, que disparaban desde vehículos a toda velocidad. El caso es que Bonnot cayó en la cuenta de que el coche también podía proporcionar a los delincuentes una movilidad de la que carecían tanto la policía como los ciudadanos normales.

Bonnot y su banda iniciaron su trayectoria delictiva el 19 de abril de 1911 reventando una caja fuerte con un soplete de oxiacetileno. Esto, junto con una serie de delitos menores, los puso en el punto de mira de la policía. La fama, en el peor sentido de la palabra, les llegaría un año después. El 26 de marzo de 1912, cerca de Villeneuve—Saint—Georges, en el bosque de Senart, a menos de diez kilómetros de París, en el mismo lugar donde en 1796 se perpetró el asalto al correo de Lyon, estos bandidos remozados robaron un coche nuevo, tras deshacerse a tiros del chófer. La banda fue en el coche hasta Chantilly, donde atracaron una sucursal bancaria, tiroteando a dos empleados. Acorralados en Asniéres—sur—Seine, consiguieron escabullirse en un tren. Toda la nación se quedó sin respiración: era la primera vez en la historia que se utilizaba un coche para asaltar un banco. Pero eso no había sido más que el principio de una increíble orgía de crímenes que tuvo en un puño no sólo a Francia, sino a todo el mundo. En todas partes se hablaba de las hazañas de la banda de Bonnot. La región parisina estaba aterrorizada y daba la sensación de que la policía no podía hacer nada.

El 26 de abril, a las ocho y media, en una localidad del sureste de París, Choisy—le—Roi, la policía rodeó un garaje. Se produjo un tiroteo en el que

resultó muerto un miembro de la banda, Dubois, y el propio Jules Bonnot mortalmente herido. «¡Cerdos, canallas!», gritaba a los policías que lo llevaban a morir al hospital. El 14 de mayo, en Nogent—sur—Marne, Garnier y Vallet, los supervivientes de la banda fueron acorralados en una villa que fue bombardeada por el ejército. Vallet cayó muerto a la vista de todo el mundo.

Como cabecilla de la banda, Bonnot pasó a formar parte de los forajidos legendarios de la historia de Francia. De ahí la enorme sorpresa que se llevó el doctor Locard al enterarse de que había sido chófer de Conan Doyle. Aquel incomparable escritor podía haber acabado asesinado, y la idea no se le iba de la cabeza.

Ya en 1906 uno de los colegas de Locard había leído una tesis en la facultad de Medicina de Lyon sobre los aspectos médico—legales de los escritos de Conan Doyle. El propio doctor Locard, entre las muchas obras que escribió, publicó en 1924 un libro titulado *Policiers de román et de laboratoire* [*Policías de novela y de laboratorio*], en el que incluyó dos ensayos inspirados quizá en la visita de Conan Doyle. Escribió también uno sobre Edgar Allan Poe como detective, que se publicó en una revista francesa en julio de 1921. En febrero de 1922 en la misma revista se publicó otro artículo sobre los métodos empleados por Sherlock Holmes.

Tras analizar tres de sus relatos, Locard exponía las características de los métodos detectivescos de Sherlock Holmes, no sin poner de manifiesto lo avanzadas que habían sido en su momento algunas de sus ideas. Uno los escritos de Holmes llevaba por título *Upon the Distinction between the Ashes of Various Tobaccos, an Enumeration of 140 Forms of Cigar, Cigarette and Pipe Tobacco* [De cómo distinguir la ceniza de diferentes clases de tabaco: una enumeración de 140 clases de ceniza procedentes de diferentes cigarros, cigarrillos y tabaco de pipa]. Locard siguió esta idea, y publicó un informe exhaustivo y erudito sobre las cenizas encontradas en lugares donde se había cometido un crimen.

Debemos insistir en que, si Sherlock Holmes había destacado la importancia del polvo encontrado en la ropa de una persona, el doctor Locard había resuelto algunos casos tras poner en práctica dicha técnica.

Estaba encantado de que se dijese de él que era el Sherlock Holmes francés, y encantado también con la visita que Conan Doyle había hecho a su laboratorio. Siempre recordaría cómo éste se había estremecido al conocer el historial delictivo de Jules Bonnot.

«Se estremeció literalmente —le contaría a Irving Wallace—. Y eso que fue una pura coincidencia. Por eso siempre digo que soy el hombre que atrapó al criminal que podía haber truncado la carrera de Sherlock Holmes. Bonnot, chófer de *sir* Arthur Conan Doyle. Se me pone la carne de gallina sólo de pensar en lo poco que faltó para que nos quedáramos sin todo lo que le debemos a Sherlock Holmes».

21. La extraña muerte de la esposa del general

A finales de 1921, mientras daba vueltas a un argumento para un nuevo relato de Sherlock Holmes, Conan Doyle investigó las circunstancias de un crimen que todavía hoy está por resolver: el misterioso asesinato de la esposa del general de división Charles Luard, en Ightham, en 1908.

Fue una tragedia eduardiana que sacudió los condados de Kent y Sussex, poco después de que Conan Doyle y su familia se mudasen a Windlesham, en las afueras de Crowborough. Era un asunto que se había tratado en el Club de los Crímenes, donde lo presentó una persona tan autorizada como el prestigioso científico forense Bernard Spilsbury, el cual tuvo ocasión de disertar sobre las consecuencias que podían extraerse de los disparos. Adquirió la categoría de todo un clásico entre los crímenes cometidos en Inglaterra y por ello no podía por menos que suscitar el interés de Conan Doyle.

Había también una relación personal por medio. El párroco de la iglesia de San Pedro, de Ightham, era el reverendo B. T. Winnifrith, amigo de la familia Doyle. La hija de este clérigo, Anna (que, con el tiempo, se convertiría en la famosa actriz Anna Lee, esposa de Robert Nathan) había ido al colegio con Jean, la hija de Doyle, y sus hijos Adrián y Denis habían asistido a la escuela preparatoria que dirigía el señor Winnifrith en la casa parroquial. A lo largo de 1920 el escritor fue a ver varias veces a su amigo el párroco, visitas de las que Winnifrith dejaría constancia en el libro parroquial. En alguna de esas ocasiones le permitió consultar los registros parroquiales en los que su antecesor había dejado constancia de los desgraciados sucesos acaecidos en 1908. En su momento, las conversaciones que ambos tuvieron al respecto quedaron igualmente registradas en esos mismos libros.

Nadie en la localidad había olvidado aquel crimen. El general de división Charles Edward Luard tenía sesenta y nueve años, era bajo, pero de fuerte complexión; un hombre activo para su edad. Su rostro estaba bronceado de tantos años pasados al aire libre, y tenía el cabello canoso y menguante y un enorme bigote blanco. Desde los diecinueve años pertenecía al Regimiento

Real de Zapadores, y había estado destinado en Woolwich, en Marruecos, en Gibraltar y en Natal (Durban, Sudáfrica). Tras jubilarse, en 1888, había regresado a Ightham, su lugar natal.

Caroline Luard tenía cincuenta y ocho años; era una mujer de buen ver y muy conocida en la localidad, donde el matrimonio vivía desde hacía treinta años. Su mansión, Ightham Knoll, quedaba lejos, mucho más que en la actualidad ahora que el condado de Kent se ha convertido en otra ciudad dormitorio de Londres. Sus vecinos más cercanos eran Horace Wilkinson y su esposa, que vivían a casi un kilómetro en la mansión Frankfield.

A las dos y media de la tarde del 24 de agosto de 1908, el general Luard y su esposa salieron de casa para dar un paseo hasta el club de golf de Wildernesse, en Godden Green. Los acompañaba el perro de la señora Luard, un terrier irlandés, llamado Scamp. Hacía muy buena tarde, y llevaban andado algo más de medio kilómetro por el camino principal del pueblo de Crown Point cuando se desviaron por Frankfield Park para seguir un camino de herradura hasta un portillo cerca de la escuela de San Lorenzo. Aunque a la señora Luard no le importaba ir hasta el club, dijo que le apetecía seguir por un sendero que llevaba hasta una residencia veraniega conocida como la Casa, desde donde se dominaba la laguna Casa y los bosques de sus inmediaciones. La Casa era un precioso edificio de madera, con una veranda en la parte delantera desde la que se disfrutaba de una vista que le encantaba a la señora Luard. Tras acordar que ésta volvería sola a casa, la pareja se separó, y el general se dirigió al club de golf. Eran más o menos las tres de la tarde. A las tres y media, el encargado del club atendió al general Luard: éste iba en busca de un juego de palos y no tardó más de diez minutos en encontrarlos para volver. A continuación, tomó un camino distinto para volver a su casa, por la carretera principal, pasando por Seal Chart Wood y Crown Point.

En Seal Chart Wood, el reverendo Arthur Cotton, párroco de la localidad, alcanzó a Luard en su coche, y se ofreció a llevarlo. Éste dejó los palos de golf en el coche, pero siguió a pie. El párroco, que había ido recogiendo a un grupo de señoras que iban a tomar fotografías al bosque, coincidió de nuevo con el general a eso de las cuatro y cuarto. Esta vez sí aceptó el asiento que le ofrecía, y llegó a casa a las cuatro y media. La señora Luard no había regresado, lo que no dejó de sorprenderle, pues sabía que su esposa esperaba a una señora a la hora del té. Él mismo atendió lo mejor que pudo a la visita, la señora Stewart, que se fue a las cinco. Seguidos por el perro, el general la acompañó un trecho, dispuesto a ir en busca de su esposa. La señora Stewart

se despidió porque había quedado en otro sitio, y él se dirigió hacia la Casa, adonde llegó a eso de las cinco y media.

El perro echó a correr por delante y, al poco, Luard le oyó gimotear, pero no vio nada. Cuando llegó a la Casa el general se encontró a su mujer desplomada sobre la veranda mientras el perro le lamía la cara. En un primer momento pensó que había sufrido un desmayo, pero no tardó en ver sangre. La señora Luard estaba muerta. Tenía las manos alzadas a la altura de la cabeza, con las palmas hacia fuera. Más tarde echarían en falta cuatro de los anillos que llevaba. Tenía el vestido destrozado, como si alguien hubiese tratado en vano de dar la vuelta al cuerpo, y tampoco estaba el bolso.

Afligido, el general echó a correr cuesta abajo hasta la cabaña donde vivía Wickham, el cochero de Horace Wilkinson. La señora Wickham salió al instante, y vio al hombre casi sin aliento y muy nervioso. «Está muerta. Un tiro…, asesinada. De un tiro», acertó a decir. Wickham fue en busca de Harding, el mayordomo, y al volver se encontraron al general a punto de sufrir un ataque. «La señora Luard está muerta en la Casa». Los tres hombres echaron a correr hacia la Casa. Por el camino el general no dejaba de exclamar: «¡Animales! La han matado». Se les unieron Daniel Kettel y otro labrador. Al llegar a la veranda, Luard se puso de rodillas, apretando la mano de su esposa. Harding dispuso que fueran en busca de un médico y que avisasen a la policía. Scamp seguía gimoteando, sin dejar de lamer la cara de su ama.

En la autopsia, los doctores Mansfield y Walker apreciaron dos heridas de bala en la cabeza de la señora Luard; una de ellas la había atravesado desde el extremo inferior hasta el ojo izquierdo. Se apreciaba también una contusión que, según el doctor Walker, se había hecho al caer sobre el pavimento de cemento, aunque el doctor Mansfield opinaba que había sido golpeada. La segunda bala había penetrado en el cráneo por el oído derecho; posteriores investigaciones confirmaron que se había disparado una tercera bala en el suelo. Una vez muerta, le habían quitado los anillos que llevaba. La policía no tardaría en averiguar que, a las tres y cuarto, unos trabajadores que andaban en las inmediaciones habían oído tiros; esto dejaba fuera de toda sospecha al general, que había sido visto a dos kilómetros de allí a las tres y veinte. La policía comprobó minuciosamente las distancias y calculó los tiempos. Si hubiera sido él el autor de los disparos a las tres y cuarto, no habría podido llegar al club de golf antes de las tres y media. ¿Quién podía haber sido el asesino de Caroline Luard? Se apuntó la posibilidad de que fuera un vagabundo o un maleante procedente de Londres, que había querido

apoderarse del bolso y de los anillos. Se distribuyó una descripción de tales objetos; a pesar de su singularidad, nunca se volvió a saber de ellos.

No dejaron de circular rumores sobre la presencia de personas extrañas por aquellos parajes. El reverendo Cotton, por ejemplo, había visto merodear a un vagabundo en el bosque más o menos a la hora en que se habían producido los disparos. Pero ni los vagabundos ni los trabajadores que frecuentaban la zona tenían pistolas caras. Se dijo que se había encontrado una nota hecha pedazos en el lugar del crimen que, al parecer, habían vuelto a recomponer, pero que no fue presentada como prueba. ¿Encubría el robo de los anillos un asunto de índole más personal? ¿Se había encontrado con alguien en la Casa la señora Luard? Alguien a quien no podía o no quería invitar a su casa, alguien que no deseaba que viese su marido. Y si la idea de una relación amorosa estaba fuera de lugar, ¿qué podría haber decidido a Caroline Luard a concertar una cita en la Casa?

En 1950, en un informe sobre la pena de muerte de la Comisión Gowers, C. H. Norman hizo una revelación sorprendente. Como taquígrafo oficial, según la ley de recursos penales, había estado presente en 1910 en el juicio de John Alexander Dickman, acusado de asesinar y robar trescientas setenta libras a un cajero llamado Nisbet, en un tren procedente de Newcastle. Las pruebas contra Dickman no habían sido concluyentes, y cinco de los miembros del jurado habían firmado una petición de indulto de la pena capital. A pesar de las protestas, Dickman fue ahorcado.

Las actas del juicio de Dickman fueron publicadas en 1914 por *sir* Rodney Rowan Hamilton, en la serie *Notable British Trials* [*Juicios célebres de Gran Bretaña*]. Pero Norman no consultó esta edición hasta 1939, y entonces escribió una carta a su autor (por entonces, expresidente del Tribunal Supremo de Bermudas). El juez, que se había retirado a Irlanda del Norte, le contestó con una carta en la que figuraba este sorprendente párrafo:

> En todo caso, Dickman fue justamente declarado culpable, y quizá le interese a usted saber que apenas hubo dudas de que había sido el asesino de la señora Luard; había falsificado un cheque que ella le había enviado en respuesta a un anuncio en *The Times* (según tengo entendido) en el que solicitaba ayuda; al descubrir la falsificación, la dama le escribió y le citó en un lugar que no fuera la mansión en la que vivía con el general, el mismo sitio donde se encontró su cadáver. En aquellos días, Dickman precisamente se había ausentado de Newcastle. Tendal Atkinson [que fue fiscal en el juicio de Dickman] estaba

> al tanto del asunto, pero está claro que prefirió no hacer preguntas. Yo mismo he visto copias de dicho cheque.

Después de leer en el informe que sobre el caso Luard había elaborado Percy Savage, el funcionario de policía que se había hecho cargo de la investigación, que se desconocía la identidad del asesino, Norman volvió a escribir a Hamilton, que le respondió con una nota breve, prometiéndole una respuesta más detallada.

Tales descubrimientos dejaron muy preocupado a Norman. En su memorándum aseguraría que *lord* Coleridge, que había presidido el juicio de Dickman, *lord* Alverstone, así como los magistrados A. T. Lawrence y Phillimore, del Tribunal de Apelación, eran todos ellos amigos de la familia Luard. *Lord* Alverstone incluso había denunciado a quienes habían enviado cartas injuriosas al general tras la muerte de su esposa. Todo lo cual inducía a pensar que Dickman había sido condenado tanto por su presunta participación en el asesinato de la señora Luard como por lo que se le juzgaba en aquel momento, a saber, el asesinato de Nisbet en el tren de Newcastle. Norman no volvió a tener noticias de Rowan Hamilton.

¿Había sido un error de aquellos hombres de leyes, amigos todos de los Luard? Eso era lo que pensaba Norman; con todo no parece que fuera el caso.

Mucho se ha debatido en estudios recientes acerca de estas suposiciones, que es posible que no carezcan de fundamento, dado el corporativismo del sistema judicial británico. Pero, si se hubiera falsificado un cheque de la señora Luard, sin duda tal circunstancia hubiera salido a la luz entonces; no disponemos de ninguna prueba que nos permita pensar que la policía local estuviera al tanto de semejante hecho. Como en todos los crímenes que aún están sin resolver, tampoco faltaron teorías para explicar el misterio del caso Luard. ¿Se había suicidado la señora Luard, y alguien se había ocupado de retirar, o de robar, el arma? ¿Se había quitado la vida para que se pensase que era su marido quien la había asesinado? A pesar del enfoque adoptado en su relato breve El problema del puente de Thor, en el que se reproducen algunas de las circunstancias del caso Luard, Conan Doyle era de la opinión de que aquella muerte era consecuencia de una venganza ejecutada por algún enemigo que el general se había creado durante sus prolongados años de servicio en el extranjero. Pensaba que se trataba de alguien de origen indio y, de hecho, por aquella época hubo rumores sobre la presencia de un extranjero de piel oscura que merodeaba por aquellos parajes. Pero esta teoría se asemejaba demasiado a la trama de *El signo de los cuatro* para ser verosímil.

Por si fuera poco, el general Luard nunca había estado destinado en la India, sino tan sólo en Europa y África.

En el curso de la investigación policial hubo dos detalles que llamaron especialmente la atención. Uno era la forma en que le habían quitado el guante a la señora Luard, dándole la vuelta del revés, lo que bien podría ser obra de otra dama. Esta circunstancia dio origen a habladurías en la región y se dijo que la había asesinado una mujer. Por otra parte, los chismes llegaron al punto de insinuar que el general tenía una aventura —¡a sus sesenta y nueve años!—, comentario sin fundamento al que contribuyó sin duda la presencia de la señora Stewart en aquella trágica tarde. Cómo no, el rumor se materializó en una serie de cartas injuriosas y anónimas que acusaban directamente al afligido Charles Luard; las cartas habían sido escritas con tan mala intención que, poco más tarde, el general se suicidó arrojándose a las vías del tren.

Al parecer, la policía no investigó los anónimos, la mayoría de ellos remitidos desde el mismo Ightham. Algo que llevaría a Doyle a señalar: «Fueron esas cartas las que convirtieron al general en sospechoso; es probable que fuese el propio asesino quien las enviase e iniciase la campaña de chismorreos que culminaría con el suicidio del general».

Cuando el asunto se removió de nuevo allá por 1967, no faltó quien asegurara rotundamente que el culpable había sido el general. Un hombre llegaría a afirmar que el general tenía una pistola del calibre del arma homicida, circunstancia que jamás salió a relucir en la investigación.

Hubo también rumores sobre unas cartas amorosas, firmadas únicamente por «J», que se habían encontrado en un diminuto cajón del dormitorio de la señora Luard, junto con una hoja en la que estaba escrito: «Adiós, mi querido amor. Muero contigo». Pero las cartas no pertenecían a la señora Luard, sino a una amiga que se las había confiado tras el suicidio del joven remitente. Los rumores, no obstante, insistían en relacionarlas con la señora Luard.

La más llamativa de estas «nuevas» revelaciones era la declaración del señor Hill Seer, quien, en el momento de los hechos, tenía diecisiete años. Seer estaba trabajando en el bosque con su padre. Vieron pasar al general camino del club de golf y, diez minutos después, oyeron unos tiros, que con toda seguridad no procedían de una escopeta. Después, en el sendero que conducía a su casa, Seer se encontró con un hombre alto y de piel oscura que le preguntó cómo llegar a la estación de ferrocarril más cercana. «Acabo de pegarle un tiro a una mujer», le dijo. Volviendo sobre sus pasos, el muchacho llegó a tiempo de ver cómo trasladaban el cadáver de la señora Luard a la

mansión Frankfield. Intentó decirle a la policía lo que sabía, pero se deshicieron de él pensando que no les contaría nada que mereciese la pena.

Dos años después, *The News of the World* publicaría un artículo en el que se aseguraba que uno de los anillos que llevaba puestos la señora Luard en el momento de su muerte tenía una piedra procedente de un templo oriental. Nunca se supo nada de los anillos. ¿Había que buscar el motivo en aquella gema? ¿Sería aquel hombre de «piel oscura» un oriental que hubiera recibido el encargo de recuperarla? Un poco después Seer se enteraría de que el forastero había pasado unos cuantos días, antes del asesinato, en la zona de Ightham. Algo que recuerda *La piedra lunar*, de Wilkie Collins, y que más parece ficción que un hecho real. El señor Seer intentó durante años que alguien se tomase en serio sus declaraciones. Creía que, como tanta gente estaba convencida en la localidad de que el general había cometido el asesinato, podía ayudar a reivindicar su buen nombre. Todavía son muchos los que piensan que el culpable fue él.

A pesar de tantas teorías encontradas, el caso es que el asesinato de Caroline Luard sigue siendo hoy un asunto tan misterioso como en tiempos de Conan Doyle.

Buscando ideas para un relato allá por 1921, el escritor sugirió al director de *The Strand* que convocase un concurso de tramas. En lugar de atender a su petición, Greenhough—Smith le rogó que tomase en consideración un incidente ocurrido en Alemania en el que se había descubierto que un supuesto asesinato había sido un suicidio en realidad, aunque jamás se encontró arma alguna junto al cadáver. Se trataba de un caso del que daba cuenta Hans Gross, eminente autoridad en ese campo, en su célebre libro *Criminal Investigation* [*Investigación criminal*], del que ya se habían publicado varias ediciones en inglés. Los investigadores de la policía habían reparado en una astilla que se observaba en la pintura de la barandilla de madera del puente en el que había aparecido el cadáver. Tras hacer las averiguaciones pertinentes, encontraron un trozo de cuerda con una piedra bastante grande atada en un extremo; en el otro extremo se encontraba el revólver. La víctima se había pegado un tiro, había soltado el arma y ésta fue a parar al agua arrastrada por el peso de la piedra. Lo que sirvió para demostrar que se trataba de un caso de estafa a una compañía de seguros. Gross afirmaba que «en muchas ocasiones, no aparece ningún arma junto a los cadáveres de personas que se han suicidado. Normalmente, suele creerse que se queda con el arma alguien que haya llegado el primero al lugar de los

hechos, porque la superstición popular asegura que el arma utilizada por un suicida adquiere poderes portentosos».

Aquel caso sirvió de inspiración a Conan Doyle para el relato que estaba tratando de escribir. Por otra parte, aprovechó también algunas circunstancias del caso Luard, que había investigado en las visitas que hizo a los Winnifrith en 1921. El resultado final fue *El problema del puente de Thor*, que apareció en *The Strand* en febrero y marzo de 1922. Holmes resolvía aquel caso con su acostumbrada agilidad, pero el caso Luard aún aguarda una solución definitiva.

22 Muerte a la orilla del mar

Casi desde el momento en que el periódico salió a la calle, Conan Doyle tuvo una estrecha relación con el *Daily Express*, y era buen amigo de su director editorial, Ralph D. Blumenfeld, nacido en Estados Unidos. En abril de 1922 éste acudió a Conan Doyle para pedirle ayuda en un caso que había dejado sobrecogida a Gran Bretaña. ¿Se le ocurriría al creador de Sherlock Holmes alguna nueva forma de capturar al brutal asesino de Irene Wilkins?

A mediados de diciembre de 1921, en *The Morning Post*, en aquel momento el periódico más conservador y respetable del país, había aparecido el siguiente anuncio:

> Señorita preparada, 31 años, busca trabajo como institutriz. Experiencia escolar demostrada hasta con cuarenta alumnos. Soltera y sin compromiso. Salario, sesenta y cinco libras. Señorita Irene Wilkins, número 21 de Thirlmere Road, Streatham, S. W. 16.

Irene Wilkins era hija de un abogado y una mujer más que respetable. En la tarde del 22 de diciembre recibió un telegrama como respuesta:

> Wilkins… *The Morning Post*. Tome inmediatamente el tren de las cuatro y media en Waterloo, Boummouth Central. Un coche irá a recogerla. De acuerdo cantidad exigida. Urgente. Wood, Beech House.

La señorita Wilkins hizo la maleta a toda prisa y tuvo tiempo de tomar el tren de las cuatro y media. A la mañana siguiente, un agricultor retirado que daba su paseo acostumbrado a las siete y media de la mañana, reparó en unas cuantas vacas que se reunían en torno a algo que parecía un bulto en mitad del campo. Saltó la cerca para ver de qué se trataba y se encontró con el cadáver de Irene Wilkins. Aunque tenía el vestido subido, la violación no había llegado a consumarse. Se había muerto del *shock* recibido, y por la pérdida de

sangre causada por los tremendos golpes que le habían propinado con un martillo o con un objeto similar. Al comprobar que la tierra que cubría el cadáver estaba seca, a pesar de que había llovido toda la noche, la policía dedujo que la habían matado antes de las ocho de la tarde del día anterior, momento en el que había empezado a llover. El paraguas de la víctima estaba apoyado contra el cercado y, a escasa distancia del lugar, se observaba el rastro inconfundible de un coche con neumáticos de la marca Dunlop Magnum.

La policía comprobó meticulosamente todos los coches de la zona de Bournemouth y alrededores. Averiguó también que, desde direcciones falsas, se habían cursado varios telegramas para que otras chicas acudieran a Bournemouth. Según algunos testigos, la señorita Wilkins se había subido a un coche conducido por un chófer que la esperaba en la estación, pero las descripciones del conductor eran poco esclarecedoras.

Nueve días más tarde, el 3 de diciembre, apareció el maletín de la señorita Wilkins en un bosque perteneciente a la finca Branksome Tower, a unos cuantos kilómetros de distancia de Bournemouth. Daba la impresión de que se habían deshecho precipitadamente de él.

En el curso de las investigaciones rutinarias de la policía se encontró un coche con tres neumáticos Dunlop Magnum y otro, pinchado, de la marca Michelin. El conductor, un joven llamado Thomas Allaway, dio cuenta de los sitios en los que había estado en el momento del asesinato de Irene Wilkins. La policía se mostró conforme, y concluyó que la pista del coche no llevaba a ninguna parte.

Pero el caso es que había tres telegramas. Uno dirigido a Irene Wilkins, y otros dos a otras jóvenes, invitándolas a trabajar en Bournemouth. En todos ellos aparecían dos palabras mal escritas, *Bournmouth* y *cuantidad*. Los periódicos publicaron una reproducción facsimilar del texto, por si alguien reconocía la escritura.

Pasaron cuatro meses y las investigaciones policiales estaban estancadas. Fue entonces cuando al superintendente Garrett se le ocurrió que lo único que podían hacer era empezar de nuevo desde cero y revisar todos los indicios que habían reunido. Habían acumulado unos veintidós mil documentos, muchos de ellos cartas enviadas por lunáticos o por clarividentes: Bournemouth acogía a una población de clase media, terreno abonado para muchos mediums y espiritistas. En los oscuros salones de los alrededores de la ciudad, el espíritu de Irene Wilkins era el gancho popular al que se recurría en numerosas sesiones de espiritismo. En una de esas sesiones celebrada en casa

de la señora Charlotte Starkey se hizo un intento de reconstrucción del asesinato. Se pusieron en contacto con «el espíritu de Irene» y, gracias a sus dotes para la adivinación, la señora Starkey descubrió la identidad del asesino. O eso aseguraría más tarde.

Mientras tanto, el superintendente Garrett seguía hurgando en los archivos. Entre todas aquellas cartas le llamó la atención una enviada por un ingeniero, Frank Humphris, que le sugería una nueva línea de investigación. Humphris había ido en tren desde Londres hasta Bournemouth y, entre todos los pasajeros, reparó en Irene Wilkins. Describía la ropa que llevaba con todo lujo de detalles y, más adelante, fue capaz de distinguir las prendas que, vestidas por diferentes mujeres, llevaba la muchacha aquel día. Por pura coincidencia, el señor Humphris diseñaba coches. Y en el aparcamiento de la estación le había llamado la atención una limusina gris de la marca Mercedes, por tratarse de un modelo de antes de la guerra, con un capó muy especial. En la parte de atrás tenía un maletero, también muy peculiar, que no dejó de sorprenderle, tanto más por cuanto él trataba de diseñar uno en aquel momento. El ojo avezado del ingeniero también se detuvo a observar un instante al chófer de aquel vehículo. Hacía viento aquella noche y volaban por el recinto de la estación algunos periódicos del quiosco del andén. Un hombre con uniforme de chófer pisó unos cuantos para evitar que se deshojasen, y Humphris le echó una mano y le ayudó a recogerlos. Al poco, la mujer a la que había identificado como Irene Wilkins partía en aquel Mercedes con el chófer.

Tan pronto como tuvo noticias del asesinato, Humphris se puso en contacto con la policía, pero no le hicieron caso. El 4 de enero vio de nuevo aquel turismo gris en Bournemouth. En aquella ocasión anotó la matrícula, LK 7405, y se la envió a la policía. Ésta interrogaría al conductor unos días más tarde, el 7 de enero y, aunque parezca mentira, extravió el informe del interrogatorio. Recibía tanta información sobre coches que no había sabido calibrar la importancia de la notificación recibida.

Un mes después, uno de los empleados de la estafeta de correos de Boscombe reconoció al hombre que había enviado uno de los telegramas. Pero la policía también hizo caso omiso de su declaración. Unos días más tarde, un funcionario de la administración de correos, a quien el empleado había puesto al tanto del asunto, siguió al hombre hasta su casa. Se trataba de Thomas Allaway, al que la policía ya había interrogado en varias ocasiones. Pocas eran las pruebas que tenían en su contra, y es probable que, en medio de la confusión, burlara el cerco policial. En cualquier caso, se puso nervioso

y desapareció, llevándose el talonario de cheques de su jefe, el señor Sutton, y falsificando su firma. Sutton avisó a la policía. Las piezas del rompecabezas empezaban a encajar por fin. El superintendente Garrett estaba convencido de que había dado con el hombre que buscaba.

Como era de esperar, en las redacciones de los periódicos se sabían más cosas de las que publicaban. Blumenfeld, del *Daily Express*, no ocultaba su asombro ante la incompetencia policial que había permitido que Allaway se les escapase cuando ya lo tenían prácticamente en sus manos. En abril envió a Conan Doyle las copias facsimilares de los telegramas, así como una carta de puño y letra del sospechoso.

> Estimado Blumenfeld:
>
> Me cuesta pensar que esta carta haya salido de una mano distinta de la que redactó los telegramas. ¿No podríamos tenderle una trampa? Porque sin duda ese hombre trata de abandonar el país. No hay que olvidar que es chófer. Supongamos que usted insertase un anuncio en el *Express* y en otros periódicos, algo así como: «Se busca chófer con experiencia. Caballero de buena posición, a punto de emprender largo viaje por España, desea contratar los servicios de un chófer, formal y de más de veinticinco años, por cuatro meses. Interesados pueden escribir». Entre las respuestas que recibiese, es muy probable que hubiera una suya. Habría que comprobar todos los sitios en los que pudiese aparecer su caligrafía, como los papeles que pudiera haber rellenado para solicitar un pasaporte. Luego, podría comprobarse si tiene rasguños o cualquier otra marca en las manos. ¿No cree que ése pueda ser un camino?

Los lectores reconocerán que el consejo de Doyle, en este caso, es más propio de un «detective asesor» que del hombre que ideó para Sherlock Holmes la trama de *La aventura de Peter el Negro*, escrita en 1904.

> Deduje que probablemente el hombre que andaba buscando se encontraba en Londres y deseaba ausentarse del país una temporada. Así que me paseé unos cuantos días por el East End dando a entender que preparaba una expedición al Ártico, ofreciendo salarios tentadores a los arponeros dispuestos a embarcar a las órdenes del capitán Basil, y he aquí el resultado.

A Blumenfeld le encantó la idea y preparó los anuncios correspondientes. Mientras tanto, en Reading, la policía vigilaba la casa a la que se había mudado la esposa de Allaway, May, después de que éste la abandonara en Bournemouth. El 28 de abril Allaway fue detenido cuando intentaba entrar en la casa; al día siguiente, el superintendente Garrett se trasladó a Reading y lo acusó de haber falsificado un cheque de su antiguo jefe. También pidió a la señora Allaway cartas escritas por su marido antes de aquella falsificación. Ella le entregó algunas de las que le había enviado cuando estaba en el ejército británico destinado en Alemania. Como Garrett había esperado, habían sido escritas por la misma mano que había rellenado los formularios de los telegramas.

Thomas Henry Allaway compareció ante el juez el 22 de julio de 1922. La acusación formulada por la policía no tenía el menor resquicio. Las declaraciones de Frank Humphris y de la señorita Alice Waters, así como la del empleado de correos bastaron para convencer al jurado. Por si fuera poco, un quiosquero de Boscombe adujo que Allaway tenía la costumbre de comprar *The Morning Post*. En la vista celebrada en el tribunal de Winchester, en agosto, Allaway trató de presentar una coartada, pero sin éxito: las pruebas circunstanciales eran demasiado abrumadoras. Un día después del asesinato, por ejemplo, había llevado a la señora Sutton a tomar el té a casa de su hermana; la dama le indicó que volviese a recogerla pasada una hora y media. En las inmediaciones fue donde apareció el maletín de Irene Wilkins.

Tras una hora de deliberación, el jurado lo declaró culpable. La lectura de la sentencia impuesta por el juez Avory fue fotografiada por una cámara oculta, y constituye el único documento gráfico del que disponemos de un juez tocado con la birreta negra. El 19 de agosto de 1922, tras confesar, Thomas Allaway fue ahorcado en Winchester.

Conan Doyle siguió el caso hasta el final. Al menos en esta ocasión no tenía la menor duda de que se había condenado al verdadero culpable, aunque no por eso creyera en la horca como forma de impartir justicia.

No obstante, el aspecto más sorprendente del caso, tanto para él como para muchos de sus nuevos correligionarios, es algo que se menciona muy de pasada en los documentos oficiales: la «tarea detectivesca» llevada a cabo por la señora Charlotte Starkey en la reconstrucción de los hechos. Sus hallazgos constituían la materia del folleto de su amigo William Tyler, *The Spirit of Irene Speaks* [*Habla el espíritu de Irene*] que, aunque entró a formar parte de los anales del espiritismo, pasaría inadvertido ante la opinión pública. Por

aquella época, *Punch* publicó una caricatura hecha por Bernard Partridge en la que se veía a Sherlock Holmes encadenado a un elevado Conan Doyle, con la cabeza entre las nubes. Quizá fuese el comentario más atinado sobre esa parte del caso Allaway.

23. El asesinato de la granja de pollos de Crowborough

Una de las ventajas de la casa de Conan Doyle en Crowborough, Sussex, era la distancia a la que se encontraba de Londres. En aquel rincón podía llevar una vida campestre y sosegada, que era de su agrado, con el incentivo añadido de que le permitía eludir los compromisos sociales. Muchos de los lugareños lo tenían, sin embargo, por una persona distante. Rara vez un crimen venía a alterar aquel apacible ambiente rural.

En una ocasión atracaron el hotel del pueblo, a un tiro de piedra de Windlesham. Conan Doyle y el jefe de policía local —sin duda, un personaje muy parecido al Anderson de *La aventura de la melena de león*, «un hombre de la cachazuda y vigorosa raza de Sussex, una estirpe que conserva una enorme dosis de sentido común bajo un aspecto tosco y reservado»— investigaron el incidente. El policía, sin formular ninguna teoría, prendió al culpable enseguida: «No había dado casi un paso, y allí teníamos a aquel hombre zurdo con botas claveteadas». El tesón había triunfado sobre los elaborados métodos cuasi—científicos de Conan Doyle.

Pero los delitos que se cometían en Crowborough no siempre resultaban tan sencillos de resolver, como pudo comprobarse en las Navidades de 1924. La detención en mayo de 1924 de Patrick Mahon y el posterior juicio por el asesinato de su amante, Emily Kaye, en los Crumbles, en Eastbourne, había conmocionado el condado de Sussex. El descuartizamiento del cadáver fue un suceso macabro que sembró el espanto en toda la nación. Mahon había cometido demasiados errores para salir con bien del asunto, o eso es lo que no dejó de pensar, al menos, uno de los habitantes de Crowborough.

En enero de 1925 se tuvo noticia de la desaparición de una muchacha de Kensal Rise, West London, que tenía pensado ir a ver a su prometido a Crowborough. Poco a poco se revelaría un nuevo misterio, en el que se vio envuelto un criador de pollos apellidado Thorne. En el reducido círculo social de Crowborough, Norman Thorne era un personaje popular. Conocido de

William Latter, el chófer de Conan Doyle, pertenecía a la Banda de la Esperanza, una liga antialcohólica religiosa y era un asiduo de los bailes de la localidad. Se trataba, pues, de un muchacho normal y corriente, no demasiado trabajador, con dificultades financieras en su granja de pollos Wesley, la cual, al menos de nombre, sonaba a respetable centro metodista. Su otro problema eran las chicas con las que andaba. Estaba comprometido con aquella secretaria que había desaparecido, Elsie Cameron, aunque también salía con una chica de la localidad, Bessie Coldicott. Elsie tenía una personalidad histérica y, en su desesperación, había tratado de engatusar a Norman por todos los medios a su alcance, incluido un embarazo ficticio. Había ido a verlo a su granja de pollos de Blackness con anterioridad, de modo que cuando, aquel 5 de diciembre, les dijo a sus padres que se disponía a hacerle una visita en Crowborough, éstos no se extrañaron. Pero pasaban los días, y no tenían noticias de ella. Enviaron un telegrama a Thorne, pero éste les contestó que nunca había ido. Por fin se decidieron a acudir a la policía, y se pasó aviso de que la muchacha había desaparecido.

La prensa se puso también en marcha y, aquella misma noche, Trevor Allen se dejó caer por la granja avícola, a modo de avanzadilla de una auténtica legión de enviados de Fleet Street que hicieron acto de presencia en Crowborough en su momento. Durante días Thorne soportó con paciencia todas las preguntas que le hicieron. Pero aquel asunto era un verdadero misterio para él. «A lo peor piensan que la he matado con eso —dijo, señalando una maza de hacer gimnasia—, y que la he enterrado allí —señalando uno de los comederos de gallinas». Finalmente la policía, tras haber reconstruido los pasos que habían llevado a Elsie Cameron a la pequeña explotación de Thorne, lo detuvo el 14 de enero y le tomó declaración. Comenzó entonces una labor de búsqueda más a fondo en las tierras y en los comederos de las aves. Empezaron a excavar al día siguiente y, a las ocho y media de la mañana, desenterraron el maletín de Elsie Cameron. Por la noche, a las once, siguiendo las indicaciones insinuadas por el acusado, cavaron en los comederos de las gallinas Leghorn y encontraron partes del cadáver de Elsie. La habían descuartizado en tres trozos.

El hallazgo causó sensación. En declaraciones a la policía que, más adelante, constituirían la base de su defensa, Thorne admitió que Elsie había ido a verlo a su cabaña, y que le había insistido en que tenían que casarse cuanto antes, a lo que él se negó. La había dejado sola preparándose para irse a la cama, mientras él salía a buscar a su nueva enamorada y a su madre a la estación de ferrocarril. Cuando regresó a su cabaña, Elsie se había quitado la

vida colgándose de una viga. La puso en el suelo y pensó en avisar a un médico. Pero, por desgracia, cambió de parecer. Cogió la sierra de cortar madera, troceó el cuerpo a la luz del fuego y enterró los restos en uno de los comederos de las gallinas.

Los restos descompuestos de Elsie Cameron fueron examinados por *sir* Bernard Spilsbury, un digno representante de las transformaciones experimentadas por la ciencia forense desde 1880. El eminente patólogo descubrió diversas contusiones en el cadáver; pero cuando procedió a examinar el cuello no vio signos de ahorcamiento. Estaba tan seguro de lo que afirmaba que ni siquiera recogió muestras histológicas. En último extremo, su teoría contaba con el respaldo de la propia policía, que no halló trazas de que se hubiese pasado una cuerda por encima de la viga del techo de la cabaña. En opinión de Spilsbury, Thorne había golpeado a Elsie, probablemente con las mazas que tan orgulloso había enseñado, y la muchacha habría muerto a consecuencia de los golpes.

La defensa también consultó a sus especialistas: el doctor Robert Bronte, un cirujano irlandés que había sido patólogo oficial del Estado Libre de Irlanda, y David Nabarro, del hospital de Great Ormond Street. Ante la insistencia de Norman procedieron a la exhumación del cadáver de Elsie —habían pasado ya tres meses desde su muerte— y volvieron a examinar los tejidos del cuello en busca de indicios de una soga, descubriendo magulladuras que podían, en efecto, haber sido producidas por ahorcamiento. Las demás contusiones, alegaron, se produjeron cuando Thorne descolgó de las vigas a la muchacha moribunda y la arrastró por el suelo hasta la cama. Aunque demasiado tarde, Spilsbury tomó muestras para respaldar sus afirmaciones, a pesar de que era de la opinión de que examinar el cadáver después de tanto tiempo no valía para nada, y que Bronte y Nabarro habían confundido restos de glándulas cutáneas con efusiones de sangre. El juicio se centró en dilucidar las opiniones médicas encontradas. Spilsbury había pecado de exceso de confianza al no recoger pruebas histológicas en el primer examen realizado; pero, a pesar de todo, podía tener razón al desechar las alegaciones de la defensa. Había, pues, una importante duda que despejar.

Al resumir el desarrollo del juicio, el juez cometió la imprudencia de advertir al jurado que la opinión de Spilsbury era altamente cualificada, lo que provocó la inmediata respuesta del abogado de Thorne: «Todos estamos dispuestos a admirarlo, a quitarnos el sombrero ante su pericia y a reconocer el enorme prestigio que se ha ganado en su campo. Pero si lo que quiere decir es que cuando un hombre afirma algo no hay margen de error posible, creo

que eso es llevar las cosas demasiado lejos». El jurado, no obstante, pareció ponerse de lado del juez Finlay y declaró culpable a Norman Thorne, que fue condenado a morir en la horca. Después del proceso, en *The Law Journal* diría: «Thorne está en todo su derecho de pensar que ha sido condenado por un tribunal incapaz de emitir una opinión de primera mano, y que se ha dejado guiar por el criterio del hombre más preparado».

El caso Thorne causó consternación entre los habitantes de Crowborough. William Latter, que había asegurado a Conan Doyle que Thorne le caía bien, estaba convencido ahora de que era culpable. Al igual que en el jurado, lo que más hondo caló en la comunidad fue la brutal mutilación del cadáver efectuada para ocultar la muerte. ¿Por qué habría hecho Thorne una cosa así, si no fuera culpable? Sin embargo, pensar que un hombre es culpable no es lo mismo que demostrar que lo es. ¿Quedó probada la culpabilidad de Thorne más allá de toda duda razonable? Conan Doyle pensaba que no. Fue a ver el lugar en el que se había cometido el crimen, la miserable cabaña en la que había vivido Norman Thorne, rodeado de comederos de gallinas, y en la que Elsie Cameron encontró la muerte. Estaba dispuesto a ejercer toda su influencia para ayudar a los que pedían el indulto del condenado. Dos días antes de la ejecución, Conan Doyle concedió una entrevista al *Morning Post*.

> Creo que hay una posibilidad entre cien de que Thorne no sea culpable de asesinato pero, mientras esa posibilidad persista, creo que no debe ser ejecutado. Las pruebas son de peso, pero circunstanciales. Personalmente, estoy en contra de la pena capital salvo en contadísimas ocasiones, y lo único en que me apoyo es en la convicción de que las pruebas han de ser más sustanciales de lo que lo han sido en este caso.

Como era de esperar, el ministro del Interior no se dejó impresionar, y Norman Thorne fue ahorcado, afirmando su inocencia con el consuelo de una renovada fe religiosa. Su caso, sin embargo, no cayó en el olvido. En su estudio para la edición de *Notable British Trials* [*Juicios célebres de Gran Bretaña*], Helena Normanton restaría valor a la disputa entre médicos e insistiría en la posible inocencia de Thorne. Mucho tiempo después los biógrafos de Spilsbury, al tiempo que reconocían los desinteresados esfuerzos de Conan Doyle, despreciarían las opiniones de Bronte: para ellos carecían de fundamento, comparadas con las de aquel gran hombre.

24. El caso de la dama desaparecida

> Está claro que se trata de un caso propio de Sherlock Holmes. Hasta usted se habrá dado cuenta de las semejanzas que guarda con la desaparición de *lady* Frances Carfax.
>
> Agatha Christie,
> *Matrimonio de sabuesos* (1929)

El 3 de diciembre de 1926, Agatha Christie desapareció de su mansión de Berkshire en misteriosas, por no decir siniestras, circunstancias.

En aquel momento *The Strand* estaba publicando una nueva y definitiva serie de relatos de Sherlock Holmes. El número de diciembre, entonces a la venta, incluía *La aventura de la melena de león*, narrada por el propio Holmes. Con Holmes en los quioscos —su vuelta había sido celebrada por un importante admirador en *The Times*—, parecía inevitable que Conan Doyle se viera envuelto en el misterio de la desaparición de la novelista.

Las circunstancias en que se produjo la desaparición fueron, y todavía hoy lo son, confusas. En junio de 1926 la señora Christie había publicado *El asesinato de Roger Ackroyd*, aquel brillante *Tour de force* que, controvertido cuando menos, marcaría un antes y un después en la ficción detectivesca. Aunque se la reconocía ya como escritora de primera fila en su género, éste fue el primer libro que escribió para el que habría de ser desde entonces su nuevo editor, William Collins, y, por si fuera poco, el primero que se vendió bien. Tras haberse convertido en un personaje público muy especial, su desaparición, seis meses después, acaparó los titulares de toda la prensa británica. Un misterio de verdad en pleno 1926, el último y no resuelto de los rompecabezas de «Christie por Navidad», como llegaron a calificarse en un momento dado los relatos que publicaba con periodicidad semestral. Incluso su biografía autorizada, tan franca por lo demás, sólo arroja confusión sobre lo que realmente ocurrió. Aunque su autora, Janet Morgan, le dedica dos capítulos, da la impresión de que su información es de segunda mano o de fuentes muy recientes. Por ejemplo, nada se dice de la intervención de Conan

Doyle. Por otra parte, Agatha Christie ni siquiera menciona este incidente en su autobiografia.

A pesar del éxito de su novela, 1926 no fue un buen año para la escritora. Cierto es que llevaba muchos años sin ser feliz. En las vacaciones de verano de aquel año había disfrutado mucho con su hermana pero, a su regreso, tuvo que afrontar la enfermedad, y posterior fallecimiento de su madre. La enojosa tarea de desprenderse de los recuerdos de toda una vida, aún presentes en la residencia familiar, la deprimió aún más. En la prensa llegaría a decirse que su desaparición se debía a una depresión nerviosa. Tuvo dificultades para concluir una nueva novela, *El misterio del tren azul*, que no se cuenta entre las mejores que escribió. Trató de seguir la sugerencia de su nuevo editor de que ensamblase tres relatos protagonizados por el detective belga Hercules Poirot, publicados con anterioridad en la revista *Sketch*, y los enjaretara para construir una especie de novela, que llevaría por título *Los cuatro grandes* y que saldría a la venta a principios del año siguiente. Pero no pudo escribirla sin la ayuda de su cuñado. Se encontraba en un momento crítico de su vida, tanto personal como profesionalmente.

La causa de tanta amargura había sido la ruptura de su matrimonio con Archie Christie, un héroe de guerra encantador pero inútil, como tuvo ocasión de comprobar al poco de mudarse a una nueva casa cerca de Sunningdale, a la que habían dado el nombre de Styles, en recuerdo de la casa visitada por el asesino en su primera novela. En los ocho meses que siguieron a aquella mudanza, ella se sintió como una viuda, porque Archie pasaba cada vez más tiempo en el conocido campo de golf de la localidad. El día del cumpleaños de su hija, el 5 de agosto, Agatha se enteró de que Archie se había enamorado de una muchacha llamada Nancy Neele, a la que ella también conocía. Le pidió el divorcio para casarse con Nancy; pero, por sus convicciones religiosas y sociales, Agatha se negó a concedérselo y así siguió el matrimonio durante meses, como una pareja por fuera respetable aunque, de puertas para dentro, viviesen separados.

En la mañana del día 3 de diciembre, el matrimonio Christie tuvo una pelea. El coronel Christie metió sus cosas en una bolsa y se fue de casa a pasar el fin de semana con sus amigos Madge y Sam James, en Hurstmore, cerca de Godalming, en Surrey. Nancy Neele (que por entonces vivía en Croxley Green) también iba a acompañarlos, y los anfitriones habían preparado una fiesta para que los dos anunciasen su «compromiso». Archie no dejaba de insistir a Agatha en el asunto del divorcio, lo que a ella le

molestaba profundamente. Confiaba todavía en que, de alguna manera, sería capaz de sacar a flote su matrimonio.

Agatha paso la tarde en Dorking, tomando el té con la madre de Archie, la señora de William Hersley. Alrededor de unos sándwiches de pepino, toda la conversación debió de centrarse en la actitud de Archie. Cuando la dama quiso saber por qué no llevaba su anillo de compromiso, Agatha sufrió un ataque de histeria. De vuelta por la carretera A25, tuvo que pasar por Silent Pool, en Newland's Cross, entre Dorking y Guilford. Aquella noche su secretaria, la señorita Charlotte Fisher, había salido a cenar y a bailar a Londres con un amigo.

Después de la cena llamó por teléfono a casa de Agatha y todo parecía estar en orden. Pero, cuando regresó de la ciudad, se enteró por el servicio que la señora Christie había sacado de nuevo el coche hacia las diez de aquella noche. Su hija, Rosalind, estaba dormida en casa. La señorita Fisher telefoneó a Archie, quien, por lo visto, abandonó apresuradamente la cena en su honor, probablemente con la intención de disuadir a Agatha, no fuera a presentarse en casa de los James y armar un escándalo.

Al día siguiente, por la mañana, la policía de Berkshire se presentó en Styles. Habían encontrado el Morris Cowley gris, de morro redondeado y para dos ocupantes, en la ladera de una laguna cerca de Newland's Cross, el mismo sitio por el que la novelista había pasado la tarde del día anterior[37]. El coche estaba en punto muerto y con las luces encendidas, ya sin batería. Dentro encontraron un abrigo de piel y otros objetos que no tardaron en identificar como propiedad de Agatha Christie. Unos gitanos habían descubierto el coche y, más tarde, un hombre de la localidad, que fue quien avisó a la policía. Varios testigos declararon que habían visto a una mujer, cuya descripción se correspondía con la de Agatha; sin embargo, excepto la de un hombre que decía haberla ayudado a arrancar el coche a las seis y veinte de la mañana, las versiones no parecían muy fiables.

La noticia causó auténtica sensación, y todos los periódicos de Londres destacaron enviados especiales para que informasen desde el lugar de los hechos. Con ellos se mezclaba gente de paso que sentía curiosidad, como Dorothy L. Sayers. La policía se había dividido el trabajo; por un lado, estaba el coche, abandonado en Surrey y, por otro, la policía de Berkshire investigaba las cartas que Agatha había dejado en Styles, las cuales permitieron en algún momento albergar la sospecha de que la escritora ya estuviera muerta. Nunca se hizo público el contenido, y ni siquiera hoy es posible consultarlas, pero la hija del oficial de la policía de Surrey que estaba

al frente de la investigación, el inspector Kenward, le contaría a Gwen Robyns (autora de una discutida biografía de Christie, que jamás llegó a publicarse en el Reino Unido) que la carta que iba dirigida a su padre se prestaba a lúgubres interpretaciones. En cuanto a Archie Christie, podemos imaginarnos lo contento que estaba cuando supo, según le dijo a un amigo del distrito financiero de Londres, que la policía sospechaba que había asesinado a su esposa. Lo cierto es que había destruido la carta que iba a su nombre sin enseñársela a la policía, actitud que a algunos les pareció sospechosa.

Fue en ese momento cuando Conan Doyle decidió intervenir. Ennoblecido en la época de la guerra contra los bóeres, allá por 1902, cuando recibió el título de sir, había sido designado subgobernador de Surrey, cargo honorífico al que había renunciado en 1921, en un gesto más para manifestar su ruptura con el poder establecido desde su conversión al espiritismo. Pasaban los días sin que se adivinase solución alguna al caso, y es lógico pensar que el jefe de la policía de Surrey le pidiese consejo. Por lo que sabemos parece que Conan Doyle echó una mano tanto a la policía como al coronel Christie. No sería, sin embargo, el espíritu de Sherlock Holmes el encargado de ocuparse de la investigación. Doyle consiguió que la policía le dejase uno de los guantes de la señora Christie y se lo llevó sin tardanza a un amigo suyo, Horace Leaf, un médium y vidente conocido. Esto ocurría el 12 de diciembre. Agatha Christie llevaba desaparecida ocho días. Horace Leaf captó al momento el nombre de pila de la dueña, Agatha. «Percibo perturbaciones en este objeto. Su dueña es una persona que está medio ofuscada y casi decidida a hacer algo. Pero no está muerta, como piensa mucha gente. Está viva, y creo que el próximo miércoles sabremos algo más de su paradero». Aquella misma noche el propio Conan Doyle envió un informe de la sesión al coronel Christie.

El recurso a la adivinación establece un punto de inflexión importante respecto a las anteriores labores que, como detective, había acometido Conan Doyle. No obstante, Horace Leaf le había dicho más cosas: «Me habló largo y tendido de la forma de ser y de los motivos que habían desembocado en aquella situación, cosas que no tenía por qué saber», escribiría más adelante, demasiado discreto en este caso, quizá, sobre la vida privada de una compañera de profesión. Las cosas sucedieron tal y como Horace Leaf había predicho. Todos los periódicos de aquel miércoles daban a toda página la noticia de que la señora Christie estaba viva y gozaba de buena salud. La habían encontrado alojada con un apellido inventado en un hotel de Harrogate, la ciudad balneario de Yorkshire.

Las circunstancias que habían llevado a su hallazgo eran tan fuera de lo común como su desaparición. Mientras la policía se afanaba por los Downs con ayuda de sabuesos, aviones planeadores y miles de voluntarios, y la prensa se las ingeniaba a diario para que el público no olvidase el suceso, su presa se encontraba a muchos muchos kilómetros de aquel lugar. El sábado 4 de diciembre, una dama de aspecto agradable y elegantemente vestida se había registrado en el hotel termal de Harrogate. Había firmado con el nombre de Teresa Neele, y dijo que venía de Sudáfrica. Llevaba una vida normal: tomaba el té en establecimientos de la localidad, iba de compras, hacía turismo y, por las noches, se unía a los demás huéspedes en el salón. No pasó del todo desapercibida, sin embargo, para algunas personas del servicio, que pensaron que guardaba un gran parecido con la novelista desaparecida de la que hablaban los periódicos populares. (Testigo menor de todo aquello fue un joven Patrick White, futuro premio Nobel, que pasaba unos días con su familia en aquel hotel).

Informada la policía por los dueños del establecimiento, ésta siguió los pasos de la escritora durante un par de días. Cuando *The Daily News* ofreció una recompensa de cien libras por cualquier pista sobre su paradero, un empleado del hotel llamó al periódico. Fue el lunes 13 de diciembre. Enviaron de inmediato a Sidney Campion (abogado y pintor más adelante), al que seguiría Ritchie Calder, en un tren posterior, para ayudarlo a cubrir la información. Los periodistas abordaron a la novelista en el vestíbulo del hotel; ésta volvió la cabeza al oír que la llamaban por su nombre. Calder lo recordaría así en 1976: «Cuando quisimos saber cómo había llegado allí, nos respondió que padecía un ataque de amnesia y que no se acordaba de nada; por fin, prefirió retirarse a su habitación sin responder a la mayoría de las preguntas que le hicimos».

Para entonces, el coronel Christie ya había llegado y aguardaba tranquilamente en el vestíbulo del hotel, en compañía del inspector de policía local. A las siete en punto Agatha bajó de su habitación. «Qué sorpresa —le dijo a un huésped del hotel—; mi hermano acaba de llegar». Pasaron al comedor, y se sentaron al lado de la chimenea, aunque no en la misma mesa. Tras conversar con ella, Archie Christie anunció a los periodistas que habían tomado el hotel al asalto que su mujer había perdido la memoria por completo. A la mañana siguiente el matrimonio abandonaba el hotel por una de las puertas traseras aunque, en su huida, los captó la cámara de un avezado fotógrafo del *Daily Mirror*.

La prensa no pareció darse por satisfecha con esa sencilla conclusión. Tanto en los periódicos como en el Parlamento se plantearon cuestiones desagradables sobre el coste de las investigaciones que, según diferentes cálculos, se estimaban en diez mil libras, aunque el ministro del Interior del momento asegurase que no habían pasado de las veinticinco. La señora Christie se fue a vivir a casa de su hermana, y los médicos que la atendían pasaban el parte de su estado de salud. Se decía que parecía haber envejecido tres años, que no había reconocido a Archie, que no recordaba que tuviese una hija ni cómo había llegado a Harrogate. Ni la novelista ni su familia dieron más explicaciones. ¿Qué le había pasado en realidad a Agatha Christie?

La explicación habría que buscarla en lo que, en su informe sobre las predicciones de Horace Leaf, Conan Doyle llamaba «la forma de ser y los motivos» de la señora Christie. No se trataba desde luego de un truco publicitario: aunque su nueva obra, *Los cuatro grandes*, ya estaba en las librerías, la escritora detestaba promocionar sus libros personalmente. Sin embargo, el crítico literario Eric Hiscock que, trabajaba en aquella época en William Collins (fue él quien propuso a la editorial que se hiciera con los derechos de autor de Agatha Christie, tras leer su primera novela) conservaba un sorprendente recuerdo de aquellos días, que hizo público tras el fallecimiento de la novelista en 1976: «Recuerdo que, a la mañana siguiente de su desaparición, el 4 de diciembre, *sir* Godfrey Collins me dijo que no hablaría con la prensa: "Se ha ido a descansar a Harrogate"». Lo cierto es que, en su momento, *The Times* informaría que la señora Christie, en una carta que había enviado desde Londres a su cuñado un día después de su presunta desaparición, le decía que no se encontraba muy bien y que se disponía a pasar unos días en un balneario del norte de Yorkshire. Como es natural, la policía siguió esa pista, pero no encontró en ninguna parte del condado a nadie que se hubiese registrado con su nombre, porque, como es lógico, no iban buscando a ninguna señora Neele. No obstante, Collins sabía, al parecer, el lugar exacto en el que se encontraba.

Tampoco eran los editores los únicos que tenían contado con ella. Desde Harrogate, los almacenes más importantes de Londres Harrod's de Knightsbridge, recibieron una petición por correo acerca de un anillo que la señora Christie había dejado para ajustar; ésta les rogaba que tuvieran la amabilidad de enviarlo a la atención de la «señora Teresa Neele» a esa dirección de Harrogate. Asimismo, insertó un anuncio en *The Times* en el que informaba a los amigos y parientes de Teresa Neele procedentes de Sudáfrica que podían ponerse en contacto con ella en el apartado 703.

A pesar de lo que afirmen su familia, sus médicos y su biógrafa oficial, estos hechos bastan para demostrar que Agatha Christie no padecía amnesia, sino que sabía quién era y dónde se encontraba. No cabe duda de que había pasado un período de intensas emociones, pero no debemos olvidar que aquella inteligencia retorcida había inventado más de ochenta tramas verdaderamente complicadas. Otro escritor de novela negra, Edgar Wallace, apuntaba en el *Daily Mail*, antes de que diesen con el paradero de la novelista, que su desaparición era «un caso típico de represalia mental», concebido para preocupar a alguien que le había hecho daño. Dicho de otro modo: con su desaparición trataba de mostrar «su desprecio» a alguien del que nada sabemos pero que sin duda no pensaría que se trataba de un juego sucio ni de un caso de suicidio, «a pesar del aire suicida que impregnaba el hecho de dejar el coche deliberadamente abandonado», Wallace concluía que «si Agatha Christie no aparecía muerta de un ataque o de frío, en un radio limitado de la zona donde se ha encontrado el coche, eso quiere decir que está viva y en pleno uso de sus facultades mentales, y es muy probable que se encuentre en Londres. Es imposible que alguien pierda la memoria y encuentre cómo llegar a un punto determinado […]. Si hubiera tratado de suicidarse y su cadáver hubiera aparecido en Silent Pool, por ejemplo, no me cabe duda de que, sabiendo cómo actúa la policía en tales casos, el coronel Christie habría sido detenido por motivos circunstanciales». ¿Sería ésa su revancha, que Archie fuese detenido y que ella, como demostración de su gran amor y de cuánto lo necesitaba, apareciese quizá en el último momento para librarlo de un juicio por asesinato? Aunque nos parezca una de las tramas de la novelista, en esencia eso fue lo que ocurrió. Lo que no había calculado fue el sorprendente y desmedido interés que la prensa volcaría en su caso, o que llegasen a localizarla con tanta facilidad.

Mucho tiempo después, por fuentes cercanas a la familia, Jared Cade logró enterarse en 1998 de que, tras dejar el coche cuidadosamente abandonado, y con aquellos objetos en su interior, en Newland’s Cross, Agatha Christie se fue andando a la estación cercana de West Clandon, donde tomó un tren hacia Londres. (Aquí habría que preguntarse: ¿qué hacemos con el testimonio del hombre que aseguró haber visto a una mujer en el coche a las seis y veinte de la mañana?). Pasó la noche en casa de su cuñada, Nan Kon, que le prestó ropa y dinero. Lo primero que hizo a la mañana siguiente fue tomar un tren en Kings Cross rumbo al norte. Unas cuatro horas después estaba en Yorkshire y ponía en marcha la charada de Harrogate. Cuando su marido llegó al balneario, ella se lo confesó todo; debió de quedarse helado

ante la actitud mantenida por la señora Kon, que se había mostrado tan sorprendida como todo el mundo con aquella «desaparición». Fue entonces cuando se urdió la tapadera de la amnesia y de la fuga.

Después de todo, la prensa estaba en lo cierto: se trataba de un montaje. Y quizá también hubiera algo de verdad en lo que se había apuntado de un truco publicitario. Cuando se produjo la desaparición, Collins ya disponía del nuevo libro, y estaba imprimiendo y distribuyendo ejemplares. *Los cuatro grandes* se publicó en enero de 1927, apenas quince días después de la reaparición de la señora Christie; se vendieron ocho mil quinientos ejemplares, es decir, tres mil más que del anterior, y también se hicieron reediciones de otros cuatro libros que ella se había encargado de revisar antes de desaparecer. La señora Christie era noticia y, desde luego, tal circunstancia no había de ser perjudicial para las ventas.

Consiguió finalizar *El misterio del tren azul*, que tantos quebraderos de cabeza le había costado; se publicó en marzo de 1928, y se vendieron siete mil ejemplares. La maniobra publicitaria seguía surtiendo efecto. El misterio de las siete esferas vio la luz a principios de 1929, y llegaron a venderse ocho mil ejemplares. Aunque podría discutirse qué ganó con todo eso, el caso es que Agatha Christie se vio muy afectada por aquella intrusión de la prensa, que parecía no haber previsto, quizá porque pensase que los problemas íntimos de una pareja de clase media no eran un asunto de dominio público. Se vería obligada, finalmente, a hacer una declaración pública cuando un abogado del *Daily Express* mencionó el caso en el Tribunal Supremo durante un proceso por libelo entablado por el explorador Mitchell—Hedges, calificándolo de «broma pesada gastada a la policía». El abogado de la señora Christie pidió la palabra al tribunal para negar la acusación, pero no se aventuró mucho más a la hora de explicar lo ocurrido en realidad. Ella ofrecería su versión de los hechos en el *Daily Mail*, en un relato plagado de contradicciones en febrero de 1928; en abril de ese mismo año se divorció de Archie Christie. El marido adujo la circunstancia habitual de adulterio con una muchacha joven, algo normal en aquellos tiempos para obtener el divorcio de forma legal. Agatha Christie, anglicana devota, pensó que desde aquel momento vivía en pecado, y nunca más se acercó a tomar la comunión hasta que Archie falleció. Da la impresión de que, cada vez que iba a la iglesia, recordaba su desaparición.

Conan Doyle extrajo otras conclusiones de sus propias investigaciones, como puso de manifiesto en una carta al director del *Morning Post*:

> El caso Christie nos ha ofrecido una impagable muestra de la utilidad de la adivinación para las labores detectivescas. Hay que admitir que se trata de una cualidad difícil de encontrar y no siempre fiable, pero, en ocasiones como ésta, se revela sumamente eficaz. Las policías francesa y alemana recurren a este don con frecuencia, pero si nuestra policía recurre a él alguna vez y por casualidad habrá de ser *sub rosa*[36*], porque no es fácil servirse de facultades que, por ley, están obligados a perseguir.

Sin duda Conan Doyle se sentía muy orgulloso de la acertada previsión de Horace Leaf, aunque fuera tan discreto con «la forma de ser y los motivos» que tanto nos llaman ahora la atención. «El único error fue la impresión de que había agua, pues suponer que un balneario fue el origen de tal sensación es, cuando menos, discutible».

Seguro que a Agatha Christie no le hizo ninguna gracia enterarse de que Conan Doyle había estado al tanto de su caso. Tenía una gran deuda contraída con él: después de todo, Poirot y Hastings son personajes directamente inspirados en Holmes y Watson; por otra parte, también le debía a Doyle la precisión de los detalles, y ambos escribieron libros ambientados en Dartmoor. Dos años después, en su novela *Matrimonio de sabuesos* publicada en 1929 con Tommy y Tuppence Beresford como pareja protagonista, emprendería una sutil venganza. Las simpáticas peripecias detectivescas que se recogen en el libro son una parodia de otros escritores del género de aquella época. La caricatura de Conan Doyle se publicó por primera vez en el número de octubre de 1924 de *The Sketch*, con el título «El caso de la dama desaparecida», donde, con una vuelta de tuerca, ridiculiza un relato anterior del escritor, «La desaparición de *lady* Frances Carfax», publicado en diciembre de 1911 y recogido en *Su último saludo* (1917). La dama desaparecida que se menciona en el título es hallada tras registrarse con un nombre falso en una clínica de reposo, ¡dónde trata de perder peso antes de casarse! La pareja de sabuesos no oculta su decepción por el desenlace del caso. «Te ruego —le dice muy serio Tommy Beresford a Tuppence, su esposa y compañera de labores detectivescas— que este caso no figure en tus archivos, porque no tiene nada de especial».

Al parecer, al dar el relato a la imprenta, Agatha Christie pretendía ser la última en reírse de Conan Doyle.

25. Asesinato en el parque zoológico

Conan Doyle y su familia pasaron el invierno de 1928—1929 en el sur y en el este de África. Confiaba en que un clima más cálido, lejos del frío y la humedad de su país, le hiciese bien a su salud. Tenía muchos compromisos para hablar de espiritismo, y el viaje resultó realmente ajetreado, pero encontró tiempo para interesarse por un crimen.

«No se registran muchos crímenes de verdad en Sudáfrica, ni en la Unión ni en Rodesia —escribe en *Nuestro invierno africano*—, aunque hay muchos crímenes artificiales dependientes del monopolio de diamantes y de las leyes relativas a los nativos». El 15 de enero de 1929, en Johanesburgo, Conan Doyle fue testigo, en compañía del coronel Quirke y del jefe de la policía, de un típico aviso recibido en las comisarías. No tardaría en sumergirse en uno de los casos más extraordinarios de la historia criminal de Sudáfrica: el brutal asesinato de Irene Frances Kanthack, el 24 de noviembre de 1927, que aún seguía sin resolverse cuando Doyle visitó el país. «Son pocos los crímenes sudafricanos —escribiría más tarde el curtido periodista Benjamin Bennett— que todavía hoy se recuerden con estremecimiento y horror. Y muchos menos los que hayan sido tan discutidos y carentes de información precisa».

La intervención directa de Conan Doyle sólo sirvió para avivar la polémica. En todo caso, vayamos a los hechos, en primer lugar. Irene Kanthack, de dieciocho años, era hija de un ingeniero de caminos, canales y puertos que antiguamente había sido director de regadíos de la Unión de Sudáfrica. La familia vivía en el número 35 de Oxford Road, Forest Town, una zona exclusiva de las afueras de Johanesburgo, al lado del parque zoológico. Cursaba primer curso de Biología de la Universidad de Witwatersrand. Volvió a casa después de sus clases el jueves 24 de noviembre, a tiempo para tomar el té con su madre. Se cambió de ropa, y fue a dar un paseo con el perro, un terrier negro de Cairn. Era algo que hacía con frecuencia y, normalmente, por el mismo camino: pasado el Monumento a los Caídos en la Guerra, daba la vuelta por el lado oeste del zoológico y se dirigía al campo de golf de Parkview. Salió de casa entre las cuatro y media y las

cinco menos cuarto. A las seis y cuarto, la vio en la parte trasera del zoológico el policía Johannes Bezuidenhout, que estaba de guardia en la plantación de Saxonwald (una zona que, con el paso del tiempo, sería edificada). Volvía, pues, a casa. Amenazaba tormenta.

—Como no se dé prisa, señorita, se va a calar de vuelta a casa —le dijo el policía, pero la muchacha parecía sumida en sus cosas, con el bastón en la mano, seguida por el perro. Camino de su casa tomó Upper Park Drive, y el policía la perdió de vista. Pocos minutos después pasó un turismo blanco que iba en la misma dirección que había seguido la joven.

Media hora más tarde más o menos, se desató una tormenta, y Bezuidenhout y su compañero Van Tonder corrieron en busca de refugio. Estuvieron un rato contemplando el vecindario barrido por la lluvia, en el que no se veía un alma. Las tormentas tropicales son muy violentas, y las ráfagas de oscura lluvia impiden la visión. Los policías aguardaron a que escampase antes de reanudar el servicio. Cerca de ellos se había cometido un asesinato.

Cuando a las cinco y media el señor Kanthack llegó a casa, le dijeron que Irene había salido a dar un paseo. Aunque la tormenta no remitía, no se preocupó por su hija hasta que, una hora después, llegó el perro gimoteando por la parte de atrás de la casa. No había ni rastro de Irene; Kanthack comunicó su desaparición a la comisaría de policía de Parkview y consiguió que la emisora de radio de Johanesburgo difundiera un mensaje de socorro. El jefe de la policía, el coronel Trigger, organizó una partida de búsqueda. A eso de las siete algunos habían llegado ya a la zona, pero no encontraron nada. Al día siguiente llevaron perros policía, pero igualmente sin ningún resultado. El sábado por la mañana se reclamó la presencia de todo agente de policía libre de servicio e incluso, desde Pretoria, enviaron una avioneta para observar la zona desde el aire; rastrearon el fondo del lago del zoológico, y exploradores inspeccionaron los bosques. Uno de los exploradores, mientras andaba por la parte sur del Monumento a los Caídos —el camino por el que Irene solía volver a casa—, tropezó con un montón de hojas y escombros. Al retirar una rama encontró el cadáver de Irene Kanthack. Con el silbato avisó al policía que estaba al frente de su grupo, precisamente Johannes Bezuidenhout, quien, al instante, reconoció a la joven a la que había visto antes de que estallase la tormenta. Los sabuesos no hallaron ninguna pista.

De sus observaciones en el lugar del crimen, los investigadores policiales dedujeron que a Irene la habían asesinado a unos cinco metros del sitio en que habían encontrado su cadáver. Daba la impresión de que había tratado de salir corriendo hacia Lower Park Drive. Encontraron un fragmento del bastón que

llevaba y, a unos cien metros de él, otro trozo, lo que les llevó a pensar que la habían agredido dos veces. Pero logró escaparse de nuevo, hacia el paseo que llevaba al Monumento, confiando sin duda en que allí encontraría a alguien que la ayudara. Le habían dado un golpe con una estaca de madera, y la habían llevado hasta la plantación. Una vez allí debió de mostrar resistencia, porque se observaban rastros de una enconada pelea. El agresor le cortó en un dedo con un cuchillo que hundió además por debajo del esternón. Al darse cuenta de que estaba muerta, o a punto de morir, la había trasladado al lugar donde finalmente la encontrarían. La agresión más parecía fruto de un intento de violación que de robo. Como suele ocurrir en las novelas de detectives, el reloj de pulsera de la víctima se había parado y las agujas marcaban las siete menos veinticinco.

Los investigadores no tardaron en centrar sus sospechas en un nativo al que pronto tuvieron que dejar en libertad sin cargos. La población reaccionó con histerismo: nadie dejaba salir a las chicas de casa, los padres compraron armas y cundió el pánico. La policía fue criticada tanto en la prensa como en reuniones públicas: aquello representaba una amenaza para cualquier muchacha blanca y virgen. Todo el mundo estaba interesado por el turismo blanco de la tarde del asesinato, pero nunca llegó a identificarse a quien lo conducía. No era probable que un coche tan caro fuera propiedad de un nativo. La policía, no obstante, se empeñaba en que el culpable era un nativo.

En Hyde Park, a unos cuantos kilómetros del lugar del crimen, se había producido un curioso incidente: un nativo se jactaba de haber matado «a una persona»; de él se decía que tenía una cicatriz en el pecho. El coronel Trigger ordenó a algunos detectives que lo investigasen pero, a pesar de que se procedió a la detención rutinaria de unos cuantos hombres, no encontraron pista alguna. Por otra parte, una mujer blanca insistió en que, meses atrás, la había atacado un nativo en aquella misma zona, pero tampoco se sacó nada en limpio de sus declaraciones. La descripción que ofrecía la mujer era muy parecida a la que se daba del fanfarrón de Hyde Park, pero no debemos olvidar que, en aquellas fechas, todos los nativos parecían iguales a ojos de algunos sudafricanos.

Obcecado, el coronel Trigger se empecinó en su idea, incluso cuando se sugirió que centrase sus pesquisas en un europeo, que era quien posiblemente conducía el turismo blanco. La respuesta de Trigger siempre era la misma: que el cadáver estaba oculto de la misma forma que los nativos escondían las piezas de caza mayor que abatían. El ministro de Justicia, Teelman Roos, ordenó una reconstrucción del caso, y tanto él como el jefe de detectives de la

policía, H. Gottlieb Boys, llegaron a la conclusión, sin mayores precisiones, de que más parecía obra de un nativo que de un europeo.

Como es norma en los casos célebres, tanto la población como los espiritistas mostraron su disposición a colaborar con la policía. Un destacado espiritista viajó desde Pretoria para rastrear el lugar del crimen, y ofreció una versión de los hechos que difería bastante de la que manejaba la policía. Según él, a Irene Kanthack la habían matado en la parte oriental del lago para trasladar después el cadáver hasta el lugar en donde había sido hallado. Esta teoría contradecía todas las pruebas físicas, y la policía no dudó en descartarla. Otro espiritista convocó al espíritu de Irene, a petición del detective H. W. Atkinson (quien, con el tiempo, se convertiría en un famoso detective privado). Según el médium, «Irene» le explicó que, paseando con su perro, había pasado el zoológico y entonces había sido abordada por dos hombres. «Estaba asustada y debí de desmayarme, porque no recuerdo nada más hasta que desperté en el lugar en el que ahora me encuentro. Me sorprendió mucho ver que me habían cortado el cuello». El médium dijo además que el asesino no llevaba corbata ni camisa, sino un mono de pintor. De hecho, era una persona que trabajaba en el zoológico. «Uno de los que hace unos meses envenenaron a los cachorros de león».

Atkinson fue a ver a uno de los sospechosos del caso de envenenamiento, y descubrió que se había ausentado de su casa el fin de semana en que se había cometido el asesinato. Pero las circunstancias invocadas por el médium tenían tan poco que ver con los indicios de la policía que tampoco siguió adelante por ese lado. Es posible que el coronel Trigger ni siquiera fuera informado.

En el verano de 1929 se produjo un avance espectacular. En Rodesia había sido detenido un pintor joven y trasladado a Johanesburgo para ser juzgado. Aunque para el tribunal figurase como «el señor Brown» y no se le designase de otro modo en los atestados que he consultado, lo cierto es que se apellidaba Vermaak. Según una antigua amante suya que alegaba tener pruebas, era el responsable de aquel asesinato. Tales pruebas consistían en una serie de cartas subidas de tono, adobadas con un montón de indicios circunstanciales. El pintor compareció ante el juez, el señor C. W. Lawrence, pero el acusado obtuvo un aplazamiento. Una semana más tarde, en su segunda comparecencia, el caso se vino abajo. Tras escuchar al fiscal de la Corona, el juez sobreseyó el caso, y anunció que remitiría la documentación al fiscal general para que procediese contra la muchacha.

Vermaak había sido detenido en junio de 1929. Por aquellas fechas, Conan Doyle ya no estaba en Sudáfrica, y se dedicaba a registrar en *Nuestro invierno africano* las impresiones que conservaba del caso, a las que añadiría una nota a pie de página sobre la detención de Vermaak. Su implicación fue, no obstante, mucho más compleja de lo que dejaba entrever en su relato. Para él, el asesinato de la señorita Kanthack era «un misterio no resuelto de capital importancia […]. Aunque la prensa local pidió opinión, me negué a entrar en discusiones, porque era un asunto demasiado doloroso para revivirlo». No obstante, uno de los policías que trabajaron en el caso recuerda que la prensa no había dejado de atosigar a Conan Doyle. De vuelta en Inglaterra, el escritor admitiría que tendría que haber sido más explícito:

> Una de las cosas que más me llamó la atención fue la hora en que se había cometido el crimen. La infortunada muchacha fue vista cerca de la arboleda fatal a las seis y cuarto; a la seis y media, el perrito llegaba a su casa en condiciones lamentables; a las siete menos veinticinco, su reloj de pulsera se había parado por culpa de un golpe; poco después de las siete, ya se dio el aviso, y ya había rastreadores desplegados por el bosque que no dieron con el cadáver enterrado; ni siquiera los perros lo encontraron al día siguiente.
>
> Se trata de una situación tan sorprendente que circuló con insistencia el rumor de que la habían introducido en un coche y la habían dejado al día siguiente abandonada en aquel bosque. No estoy de acuerdo, y estoy convencido de que no fue eso lo que pasó. El cadáver se encontraba a escasos metros del lugar en que habían asesinado a la pobre chica, y no la habían movido de aquel sitio. Si las cosas se desarrollaron de este modo, tenemos que dar respuesta a una gran incógnita. En un período de tiempo que apenas excedería los veinte minutos, el asesino tuvo que arrastrar el cadáver y ocultarlo con tal destreza que nadie pudo descubrirlo antes de tres días, y eso que exploradores y otras personas rastrearon el bosque palmo a palmo. Me atrevo, pues, a aventurar dos hipótesis. La primera es que, con toda probabilidad, por lo menos fueron dos los asesinos, puesto que, por la maleza con que se había ocultado el cadáver, es imposible que un solo hombre recogiera tal cantidad de ramas y vegetación. Es una pena que lloviera tanto, porque seguro que en aquellas ramas habría habido huellas digitales si

> el agua no las hubiera borrado. Mi segunda conclusión es que probablemente aquellos hombres eran europeos o bastante avispados, que vivían lejos de allí y necesitaban tiempo para escapar. Un nativo que viviese en una cabaña a pocas horas del lugar se habría escabullido y habría dejado el cadáver abandonado. Pero, si quien lo hizo tenía un largo camino en coche por delante o no le quedaba otro remedio que tomar un tren para verse a salvo, tendría que hacer cuanto pudiera para ocultar el cuerpo, a fin de que nadie se pusiera a buscarlo o pudiera advertir su desaparición antes de que él hubiera abandonado la zona de peligro. No dejo de darle vueltas a ambas posibilidades, pero lo cierto es que son hipótesis que no tienen demasiado fundamento.

Según el detective Theo Zeederburg, Conan Doyle estuvo obsesionado por este crimen en su estancia en Johanesburgo. «He de decir, sin embargo, que los métodos del famoso escritor británico eran bastante poco ortodoxos, y que a veces los que somos detectives de verdad no podemos por menos de sonreír al leer sus inverosímiles e imaginativas piruetas mentales. El hombre que con tanta facilidad resolvía los crímenes sobre el papel se quedó atascado ante aquel crimen real». Aquí oímos, me parece a mí, la voz de Lestrade y sus colegas de Scotland Yard. ¿Tan fuera de la realidad estaba ya Conan Doyle?

El asesinato había suscitado un enorme interés en los círculos espiritistas que llevaron a Conan Doyle hasta Sudáfrica. Pero cuando llegó a Johanesburgo a comienzos de 1929, también se vio abordado por el señor Stephen Black. Black era un personaje conocido: dramaturgo, actor, exredactor de sucesos y comentarista político disidente que, en una época, había trabajado para el *Daily Mail* en Londres. Para mayor inquietud de los ediles de Johanesburgo, le encantaba destapar historias incómodas de corrupción y sobornos. Él fue quien llevó a Conan Doyle a Saxonwald para que viese el lugar del crimen y, juntos, trataron de descifrar el misterio.

Como muchos de los habitantes de la ciudad, Black había pensado en un primer momento que el crimen era obra de un nativo; pero luego cambió de opinión y creyó que la policía debía buscar al europeo al que apuntaban algunas pistas muy concretas. Por su parte, Conan Doyle disponía de cierta información que, según Black, habría bastado para que Sherlock Holmes resolviese el asesinato. Pero la policía no le hizo caso y, en todo caso, para ellos Conan Doyle no era más que un escritor de ficción. (Lo que sigue procede de la información que Black proporcionó al detective H. W. Atkinson

en unas cartas escritas en octubre de 1929, y que Benjamín Bennett llegó a leer. Black murió en la miseria, acusado de libelo, de un cáncer de hígado en agosto de 1931. Por otra parte, su biógrafo, el profesor Stephen Gray, asegura que entre los documentos que se conservan de Stephen Black no hay nada referente al caso Kanthack).

Por encargo de Conan Doyle, Black efectuó numerosas pesquisas. Habló con muchas personas que aseguraban estar en posesión de pistas o información, esmerándose al interrogarlas y pidiéndoles que hicieran declaraciones juradas sobre los hechos. Como de sobra sabe la policía, después de cualquier crimen llamativo aparecen numerosos «testigos» que no son más que una pérdida de tiempo. Pero Conan Doyle pareció muy interesado en una de las pistas que siguió Black. Al día siguiente del asesinato de Kanthack (un viernes), el portero del Edificio Saxonia había visto a un europeo que vivía en el inmueble, en Diagonal Street, cerca de la redacción del periódico *The Star*, lavar en el cuarto de baño una prenda de vestir manchada de sangre. El portero sospechó algo y abrió una de las cartas que llegaron para él un día que se encontraba fuera del edificio. Era una advertencia de una mujer de Vrededorp: decía que la policía quería exhumar el cadáver de la señorita Kanthack y que podría encontrar cabellos de su agresor en las manos de la muerta. Desde que recibió esa carta, el hombre no había vuelto a salir de su piso. El empleado de la finca llevó la carta a Marshall Square, el equivalente de Scotland Yard en Johanesburgo. La acercó en mano, aguardó un cuarto de hora hasta que le dijeron que todo estaba «en orden» y regresó a su puesto de trabajo. Fue la última vez que tuvo noticias de la carta.

Como la policía no hacía nada, la pista fue ofrecida a Conan Doyle. Acompañado por Black, visitó el Edificio Saxonia, donde se les permitió echar un vistazo al apartamento que acababa de dejar el «sospechoso»; a Conan Doyle no dejó de llamarle la atención que todas las paredes estuviesen cubiertas de grabados pornográficos. Según Black, «eran dibujos indecentes, de tamaño natural más o menos, copiados de periódicos del continente europeo, que, en algunos casos, hasta reproducían textos en francés, idioma que el “artista” evidentemente no entendía». (El propio Black había vivido una temporada cerca de Niza). Doyle se las compuso para alquilar el apartamento durante un mes, con la esperanza de convencer a la Brigada Criminal de que se pasase a tomar fotografías de tan extravagante interior, a fin de seguir una pista que le parecía prometedora. Él estaba seguro de que, si la policía vigilaba a aquel hombre, observaba sus costumbres, las relaciones

que tenía con las mujeres e incluso a la persona que vivía con él, podría obtener pruebas más concretas que finalmente probarían su vinculación con el asesinato del parque zoológico. Trabajando sobre la hipótesis de que aquél no era el primer crimen que el sospechoso había cometido, Conan Doyle descubrió que, cuando éste vivía en Kroonstad (a unos ciento cuarenta y cuatro kilómetros al suroeste de la ciudad), había desaparecido una mujer en circunstancias misteriosas. Pidió entonces permiso para excavar cerca de un bosquecillo de sauces de Kroonstad, donde creía que estaba enterrado el cadáver. Más que escéptica, la policía se mostró incrédula. Aunque mis fuentes no me han confirmado este extremo, sospecho que la «información» podía haber salido de labios de un espiritista.

La policía de Marshall Square se negó a ayudar a Conan Doyle. No tenía intención de seguir las indicaciones de la carta, y no creía que la solución del caso Kanthack se encontrase en un apartamento del Edificio Saxonia. Tampoco creía que, bajo aquellos sauces, se encontrase el cadáver de otra víctima. Desanimado ante semejante falta de colaboración —tampoco era la primera vez que le pasaba—, el escritor renunció a sus sherlockianas pesquisas.

Después de que Conan Doyle se marchara de Sudáfrica, la policía detuvo a Vermaak y todos los periódicos volvieron a ocuparse del suceso. Stephen Black estaba furioso. Por aquellas fechas editaba un folleto sensacionalista de periodicidad semanal, cuya cabecera era *The Sjambok*; en uno de sus números se declaraba impotente al ver que la policía no había hecho caso de las «importantes pruebas» de las que disponía. Daba la impresión de que nadie había investigado a Vermaak. «La policía nos ha asegurado que ha investigado y comprobado todos los desplazamientos y actividades de Vermaak inmediatamente anteriores y posteriores al asesinato de Kanthack. Que lo sabe todo de él. Pero ni siquiera sabían que, en el momento del asesinato, estaba viviendo en el Edificio Saxonia…». Según él, era Vermaak quien había pintado las paredes de aquel extraño apartamento. «Porque habrá que dar por sentado que la policía no sabía dónde vivía Vermaak cuando se cometieron aquellos infames asesinatos que, al parecer, tan injustamente querían imputarle». Black demostró la relación directa que existía entre Vermaak y el hombre que había recibido aquellos avisos por carta y que había pintado las paredes del apartamento del Edificio Saxonia. No se llevó a cabo ninguna inspección oficial de los dibujos, «aunque bien hubieran podido hacerlo de manera extraoficial, porque el Edificio Saxonia era uno de los caladeros preferidos de la policía».

A pesar de los esfuerzos de Conan Doyle y Stephen Black, el caso Kanthack fue archivado. Ciertamente circularían rumores en medios policiales: el sospechoso había vuelto a matar y lo habían ahorcado, y era un trabajador del parque zoológico. Si tenemos en cuenta los detalles de las pruebas que presentaron, habremos de convenir que Conan Doyle y su amigo seguían la pista acertada: dos habían sido los hombres que habían participado en aquel crimen, ambos estaban relacionados con el Edificio Saxonia y, evidentemente, Vermaak era uno de los culpables. Pero en su empeño por dar con un asesino nativo, la policía no parecía dispuesta a aceptar ninguna prueba que apuntase a un asesino blanco. Cuando lo hizo, el caso ya estaba archivado y no pudo ofrecer a la justicia ninguna de las pruebas halladas. A Conan Doyle eso no le sorprendió. Pero los padres de Irene Kanthack nunca tuvieron la satisfacción de ver que, blanco o negro, el asesino de su hija era condenado.

26. Enigmática muerte en Umtali

En las últimas etapas de su viaje por tierras africanas, Conan Doyle y su familia se tomaron un breve descanso en Salisbury, donde también tenía que pronunciar una conferencia. Llegaron el 29 de enero. Sus anfitriones, el juez Mcllwaine y su esposa, Sophia, eran irlandeses y habían abrazado el espiritismo. Robert Mcllwaine (más tarde, *sir* Robert) era un respetado personaje de la vida pública de la colonia y en aquella época era magistrado del Tribunal Supremo de Rodesia. Fue él quien puso al corriente a Conan Doyle de un crimen realmente enigmático que le había tocado juzgar, un asesinato «que presentaba, a mi entender, algunos aspectos excepcionales y que le habría encantado a mi viejo amigo Churton Collins, tan aficionado a estos asuntos». Su otrora socio en los primeros tiempos del Club de los Crímenes llevaba muerto veinte años pero, para Conan Doyle, olvidar por un momento los debates acerca del espiritismo y los problemas sociales de Sudáfrica y «dedicarse a algo tan fascinante como la criminología» supuso un descanso.

Por Umtali, una pequeña ciudad cerca de la frontera con Mozambique, en lo que entonces era Rodesia (y que hoy es Mutare, en Zimbabue), había pasado hacía poco un inglés, Job Winter, viajante de Mabie Todd, S. A., de Londres, la antigua compañía que fabricaba las plumas Swan, «la pluma del Imperio británico». Había hecho un breve alto en el camino, a la espera del vapor de Beira (importante puerto en la costa de la vecina colonia portuguesa de Mozambique) que debía llevarlo a la India, donde tenía su centro de operaciones. Se alojaba en el Hotel Royal, y nadie observó nada extraño en él. Era un tipo de cuarenta y cuatro años, amable y que no se metía con nadie; su esposa y sus hijos residían en Inglaterra. Nacido en Berkshire, era un viajante experimentado que había empezado como aprendiz en una papelería.

En la misma y pequeña ciudad de Umtali residía la señorita Mary Knipe, que acababa de llegar de Ciudad del Cabo y que trabajaba en los almacenes Meikle’s. De cuarenta y tres años de edad, no era una mujer físicamente atractiva ni estaba dotada de ningún rasgo sobresaliente, pero poseía una

extraordinaria fortaleza y era casi tan musculosa como un hombre. Se alojaba también en el Hotel Royal.

Aquella madura pareja se conoció el 5 de noviembre de 1928 y, al atardecer del día siguiente, fueron ambos a dar un corto paseo por el parque de Umtali, una gran extensión de terreno mal iluminada, donde no se veía más que algún banco de vez en cuando. La mujer era de buen carácter, y el hombre, una persona seria: acababan de conocerse y nada hacía presagiar que aquello fuese el comienzo de un terrible drama. Lo que ocurrió en la hora siguiente fue algo que exasperaría a la opinión pública sudafricana durante meses y que conseguiría intrigar a Conan Doyle.

La pareja se internó en el parque pasadas las ocho de la tarde, y se sentó en un banco cerca de las pistas de tenis. Dio la casualidad de que otra pareja, un portugués llamado Louis Lambeiro y una muchacha irlandesa, Hannah O’Mahoney, se sentó en otro banco no lejos del que ellos ocupaban. A las nueve menos cuarto se oyó una sirena, por la que pudieron saber la hora exacta en aquel momento. La chica irlandesa declararía que, poco después, había oído una pelea, un estrépito sorprendente de voces de hombre y de mujer confusamente mezcladas. El escándalo siguió durante un rato; después, se hizo el silencio y a continuación oyó cuatro gritos con toda claridad. La señorita O’Mahoney, que parecía sincera y con temperamento, le rogó a su acompañante que se acercase a ver qué pasaba, pero él se negó; en la investigación posterior declararía que él no había oído nada, una confesión tan ostensiblemente falsa que se habló incluso de la posibilidad de procesarle por perjurio. Tras los gritos volvió el silencio; pero, al poco rato, Hannah O’Mahoney oyó una voz de hombre que, en inglés, pedía tres veces socorro. Debía de ser poco después de las nueve. A eso de las nueve y cuarto vio a tres nativos paseando, pero no observó nada extraño en su comportamiento. Poco después, la pareja salió del parque sin volver a preocuparse de lo que había oído.

Otras personas menos asustadizas habían oído también aquellos gritos. Pero estaban mucho más lejos: se trataba de los inquilinos que vivían en las casas que rodeaban el parque, y tardaron en llegar al lugar. El primero en hacerlo fue el señor Kirkland. Había oído los gritos justo después de las nueve, en lo que parecía coincidir con la declaración de la señorita O’Mahoney. Encontró el cadáver de una mujer, el de la señorita Knipe por lo que pudo saberse después, que yacía encogida en medio del sendero, muerta y sangrando por diversas heridas. Nada indicaba que se hubiera producido un intento de violación. Kirkland llevaba una linterna eléctrica y, mientras la

dirigía por las inmediaciones, oyó una voz en la oscuridad que decía: «Aquí estoy, machacado». Un hombre que, como se comprobaría más tarde, no era otro que Job Winter, apareció detrás de un árbol, a unos veinticinco metros y, tambaleándose, se acercó a Kirkland. Tenía la cara cubierta de sangre, y parecía confuso y fuera de sí. No dejaba de decir: «¿Quién me ha pegado? ¿Quién me ha hecho esto?». Exhausto, se sentó en el césped. En aquel instante comenzó a llegar más gente, incluso un agente de policía llamado Rowe y, al poco, el doctor Jackson. Trasladaron a Winter al hospital; por el camino dijo: «Doctor, no me lleve a un hospital; tengo que tomar un barco para la India» (tenía que embarcar en el vapor *Khandallaque*, procedente de Beira, salía para Bombay al día siguiente). Luego añadiría: «Un loco debe de andar suelto por estos parajes».

Atengámonos ahora a la declaración que prestó Winter acerca de lo ocurrido en el parque de Umtali. La señorita Knipe y él estaban sentados tranquilamente en un banco; la mujer estaba a su izquierda. Recordaba que había visto pasar a un nativo a unos diez metros, pero no se acordaba de nada más hasta el momento en que volvió en sí y se había encontrado tumbado en el suelo junto al banco. Después de ponerse en pie con dificultad buscó a su acompañante, vio que no estaba y anduvo dando tumbos unos cuarenta metros por el sendero hasta que se encontró con el cadáver. (Como ya había oscurecido, es sorprendente que echase a andar en la dirección correcta). Al verlo se desmayó de nuevo, y no recordaba nada más hasta que se vio rodeado por un grupo de personas que habían acudido al lugar del crimen. Sus heridas estaba claro que no eran autoinfligidas. Tenía roto el maxilar izquierdo y, según el parte médico, había recibido otros tres golpes muy fuertes, uno de los cuales le había producido una herida detrás de la oreja, y otro, cerca de un ojo. El instrumento utilizado parecía ser pesado y afilado, de modo que no se trataba de un cuchillo; más bien parecía el extremo más fino de la cabeza de un martillo. Pero no se encontró nada que se pareciese a un arma ni cerca del banco en el que habían sido agredidos ni junto al cadáver de la mujer.

Reparemos ahora en las heridas que mostraba el cadáver de la mujer asesinada. Presentaba profusos cortes en las manos y en los antebrazos, como si hubiera tratado de defenderse de las cuchilladas. Tenía, además, numerosos cortes por todo el cuerpo: uno de ellos había penetrado en un pulmón, un segundo en el estómago y un tercero, por la parte de atrás del hombro izquierdo. La muerte se había producido por pérdida de sangre.

Se da otra circunstancia que reclama nuestra atención: a unos sesenta metros del lugar del crimen se alzaba una cabaña de nativos. En el momento

de los hechos había dos mujeres dentro que, en efecto, declararon que, después de oír la sirena (a las nueve menos cuarto), oyeron voces de una mujer que parecía estar discutiendo y, al poco, los gritos. La discusión es un extremo confirmado por la declaración de la muchacha irlandesa y no cuadra con la idea de que se tratara de una agresión por sorpresa.

Así estaban las cosas cuando el juez Mcllwaine expuso el caso a Conan Doyle, y así lo reflejó éste por escrito. Los demás detalles hay que rastrearlos en la prensa local de aquel día. En la investigación figuraba como prueba la declaración de los primeros testigos que acudieron al lugar de los hechos. Cuando el policía Rowe (a quien había telefoneado el director del Hotel Masonic) se presentó a las nueve y cuarto, ya había un grupo de personas: los señores Stokes, Kirkland y Glassen, y la señorita Kingsford Smith. El cadáver de la señorita Knipes yacía de espaldas en medio del sendero. Tenía toda la ropa manchada de sangre, y sangraba también por la boca. A la derecha del camino estaba el señor Winter, atendido por Kingsford Smith. El policía reparó en el corte que tenía en la parte izquierda de la cabeza, así como en la contusión en la oreja, el corte de la mejilla y el ojo amoratado, todos en la parte izquierda.

«¿Quién me ha hecho esto?» fue lo primero que dijo Winter, que parecía bastante confuso; repitió la pregunta dos o tres veces. El policía le preguntó si sabía quién era la persona que lo había golpeado. «No». Si lo habían atacado por la espalda. «Sí». Cuando le preguntó cómo se llamaba, Winter no respondió. A continuación, dijo: «¿Dónde está esa mujercita?», y añadió algo más acerca de lo mal que se encontraba. No llevaba nada en las manos. Rowe recorrió unos cuarenta metros hasta un banco que le señaló Kirkland. Había allí un charco de sangre y, debajo del banco, un pañuelo pequeño que, más tarde, entregó al detective Bond. La hierba de delante del banco estaba pisoteada, como si se hubiera producido una pelea. El rastro de sangre continuaba de forma irregular, como dejado por una persona que anduviera dando tumbos. No se encontró ningún arma.

Al día siguiente declaró el propio Winter, quien, según dijo, ardía en deseos de que se aclarase aquel horror. Explicó cómo había conocido a la señorita Knipe en el hotel en una fiesta, y que habían visto juntos los fuegos artificiales, porque el 5 de noviembre se celebraba la noche de Guy Fawkes[38*]. Al día siguiente había dado una vuelta por los almacenes Meikle's y había hablado con ella. Quedaron en verse después del trabajo, pasó a recogerla, regresaron al hotel y cenaron y tomaron una botella de vino. (Durante aquella jornada, ya había tomado seis *whiskies*). Como Winter

prefería no relacionarse con los hombres que frecuentaban el bar del hotel (muestra evidente de la aversión de los británicos a los rudos lugareños), dieron una vuelta hasta el parque. Estuvieron un rato en un banco y fueron luego a otro, que estaba en una zona más retirada. Winter le había contado a la señorita Knipe sus experiencias en la India, las luchas entre Karachi y Lahore. Y no recordaba nada más, salvo que había visto pasar a un nativo. Cuando recobró la conciencia, la señorita Knipe no estaba a su lado. Vio luces y oyó voces por el parque, y se levantó; entonces vio un cadáver, se detuvo, reconoció a la señorita Knipe y perdió el sentido de nuevo. Job Winter ni se imaginaba el motivo de semejante agresión. Pensaba que era obra de un nativo. Confirmó que, al día siguiente, había hecho una declaración ante la policía y que, camino del hospital, le había dicho al agente que lo acompañaba: «¿No irán a armar un escándalo por esto, verdad?».

Se tomó declaración a otros testigos. Al cabo de cuatro días dieron por concluida la investigación y detuvieron a Winter bajo la acusación de haber asesinado a la señorita Knipe. La vista preliminar ante el tribunal de primera instancia de Umtali empezó el 3 de diciembre. Los rayos X demostraron que la fractura del maxilar de Winter era grave y requería atención hospitalaria. También se presentaron las pruebas relativas a las manchas de sangre encontradas en la ropa y en los zapatos del acusado, así como de los análisis que determinaban que coincidían con la sangre recogida en el parque. Y Winter fue citado ajuicio ante el Tribunal Penal de Salisbury. Sin embargo, el 26 de diciembre de 1928 se anunciaba oficialmente que, tras haber considerado el caso a fondo, la fiscalía retiraba las acusaciones.

Tales eran las circunstancias que rodeaban el enigmático asunto del parque de Umtali. Según Conan Doyle, el inspector Bond, que había llevado el caso, había actuado de forma muy inteligente. Buscó un arma por todas partes, algo fundamental, pero no dio con nada. Se fijó en que, delante del banco, la tierra estaba pisoteada, pero tampoco encontró nada ni allí ni en otra parte. Comparó el rastro de las gotas de sangre con dos pequeños charcos que vio en el sendero que conducían al lugar donde había sido hallado el cadáver, unos cuarenta metros más lejos. Estaba claro que la señorita Knipe había andado de espaldas por aquel sendero sin dejar de gritar, mientras el agresor le propinaba cuchilladas, como confirmaban las numerosas heridas que presentaba en los brazos. Bien podía haberse caído en los dos puntos donde encontraron las manchas de sangre. No había indicios que apuntasen a un robo.

«Por lo que sabemos, eso es lo que pasó», concluía Doyle. Por eso mismo, pensaba, el sobreseimiento del caso había sido una decisión muy inteligente:

> Sin tener un móvil, un arma y a falta de pruebas, era imposible seguir adelante. Sin embargo, todo el asunto está envuelto en un halo de misterio, más interesante incluso, en mi opinión, que el que pudiera crear un novelista. ¿Qué teoría podría dar razón de lo que había pasado? ¿Por qué la agresión? ¿Dónde estaba el arma? Es posible que, a pesar de su edad, la mujer tuviese un admirador celoso que hubiera agredido a Winter y que, tras haber sido reconocido por ella —de ahí el escándalo de la pelea—, la hubiese herido de muerte. Pero no es probable porque ningún dato revelaba la existencia de tal admirador. ¿Habría sido víctima de un maníaco homicida? ¿Un nativo, por ejemplo? Al parecer, meses antes, un nativo había cometido una agresión de características muy parecidas. Pero ¿era posible que Winter no se acordase de nada? ¿Cuál fue la causa de las heridas que tenía en el lado izquierdo de la cabeza, si la muchacha estaba sentada junto a él de ese lado? No hay que olvidar que los golpes en la cabeza llegan a confundir, en ocasiones, las circunstancias en que se reciben, y las lagunas pueden durar varios minutos. Aquel nativo de piel oscura, que Winter aseguraba haber visto, había aparecido de repente y le había propinado unos cuantos golpes de los que no se acordaba. Confieso que, a falta de otras pruebas, tampoco yo me habría atrevido a pronunciar una opinión. Una posible teoría sería que el ataque no fuera dirigido contra aquella aburrida pareja de mediana edad, sino que, en la oscuridad, el agresor se hubiera equivocado de personas. Es hasta posible que el portugués y la muchacha irlandesa fueran los objetivos reales de la venganza de un rival celoso. Parece poco probable, pero entra dentro de lo posible.

Winter fue puesto en libertad y abandonó Rodesia; la opinión pública se olvidó de él. Nadie se acordaría de la enigmática muerte de la señorita Knipe a estas alturas de no ser por el repentino interés mostrado por Conan Doyle, que dedicó al caso nada menos que siete páginas del libro sobre su viaje a África, muchas más de las que dedicó a la mayoría de las conferencias sobre espiritismo que dictó en aquel periplo. Quizá en lo más hondo de su corazón

seguía pensando que los misterios que rodean un asesinato son más interesantes que los secretos del mundo de ultratumba.

27. El zapatero y el pescadero ambulante

En Kenia, última etapa de su viaje por África en 1929, Conan Doyle disfrutó «con la lectura de *Boston*», de Upton Sinclair. Se trataba de una voluminosa «novela histórica de su tiempo» que profundizaba en el caso de Sacco y Vanzetti, los anarquistas de origen italiano ejecutados por la Commonwealth de Massachusetts en 1927.

El caso había alcanzado una resonancia mundial que aun hoy no ha desaparecido. Tras las ejecuciones se sucedieron las protestas, y son muchas las dudas no despejadas, más que suficientes para pensar que aquellos dos hombres fueron ejecutados de forma injusta. Eso es lo que decidió al menos el gobernador del Estado, Michael S. Dukakis, cuando, en 1977, tomó finalmente la decisión de exonerarlos de las acusaciones que habían pesado sobre ellos. Conan Doyle tampoco había albergado ninguna duda. «Sinclair es, en mi opinión, uno de los más grandes novelistas del mundo, el Zola norteamericano, y su capacidad para exponer y clarificar los hechos no deja de sorprenderme. Creo que se ha convertido en una especie de monomaniaco contrario a la ley y el orden establecidos, pero su espíritu elevado y despojado de todo egoísmo está perfectamente reflejado en su obra». Esto lo escribió cuando Sinclair gozaba de menor consideración como literato, cuando tenía que publicarse él mismo las novelas que no querían publicar los editores reconocidos. Incluso hoy su reputación se ve mermada por un comentario banal que califica su obra como «simple propaganda socialista». Sin embargo, no le faltaba razón a Conan Doyle cuanto establecía el paralelismo entre su obra y la de Zola. Ambos consideraban la literatura un medio para conseguir un fin. Y, aunque no cabe duda de que el francés es mucho mejor como escritor, el socialista norteamericano Upton Sinclair no se quedaba a la zaga.

Boston era un libro extenso y difícil. El caso de Sacco y Vanzetti fue aún más largo y complicado. Cuando Sinclair lo escribió, la histeria había distorsionado una gran parte de los hechos.

El día de Nochebuena de 1919, cuatro hombres, al parecer extranjeros, intentaron asaltar el furgón que transportaba el dinero de la nómina de la

White Shoe Co., en Bridgewater, Massachusetts. Los vigilantes del camión se defendieron valientemente y, tras un largo tiroteo, los bandidos lograron huir sin dejar rastro.

Algunos meses más tarde, el 15 de abril de 1920, una banda robó la nómina de las oficinas de la fábrica de zapatos de Slater y Morrill, en South Braintree. En la refriega perdieron la vida el cajero, Frederick A. Parmenter, y el guardia de seguridad, Alessandro Berardelli. Una vez más, la banda desapareció sin dejar rastro. Hasta el 5 de mayo, cuando se detuvo por casualidad a un zapatero, Nicola Sacco, y a un pescadero ambulante, Bartolomeo Vanzetti, que había ido a visitar a un sospechoso de los crímenes cuyo vehículo había llamado la atención de la policía. De hecho, la detención se produjo en un tranvía. Descubrieron que Sacco llevaba encima una pistola, y ni él ni Vanzetti ofrecieron explicaciones convincentes. Al día siguiente, la policía estaba segura, como suele pasar en estos casos, de que había dado con los hombres que andaba buscando.

En junio de 1920 Vanzetti fue declarado culpable del primero de los atracos, el de Bridgewater. Cinco fueron los testigos oculares que lo identificaron, aunque dieciséis italianos corroboraron la coartada que ofreció de que el día de Nochebuena estaba vendiendo anguilas. Si la fiscalía hubiese dispuesto de pruebas más sólidas, esa circunstancia no habría resultado totalmente convincente, pues los fiscales pensaban que los testigos, como Conan Doyle apuntaría acertadamente más tarde, formaban parte de una conspiración para encubrir al detenido. «A medida que avanzaba el proceso, a la defensa se le ocurrió la idea de hablar con los mayoristas de anguilas. Aunque ya habían pasado siete años, un milagro había preservado aquel recibo polvoriento, que demostró que, el día antes de los hechos, habían enviado un barril de anguilas a Vanzetti. No hay duda de que tal prueba habría bastado para cualquier hombre en su sano juicio». A pesar de todo, Vanzetti fue declarado culpable y condenado a quince años de cárcel en una penitenciaría del Estado.

Se celebró a continuación el juicio de Sacco y Vanzetti por el segundo robo y los asesinatos de Slater y Morrill en South Braintree. De nuevo se ofrecieron testimonios confusos de testigos oculares. Pero se presentó también una prueba material, bajo la forma del revólver Colt automático del calibre 32 que Nicola Sacco llevaba la noche de su detención. Las pruebas de balística demostraban que de esa arma había salido la bala fatal que segó la vida de Berardelli. Otras pruebas realizadas en 1961 llegaron a la misma conclusión. Pero la defensa argumentó entonces, igual que ahora los

partidarios de Sacco, que se había producido algún turbio manejo de las balas y que las habían cambiado. La bala con la que se realizó la prueba procedía de la pistola, pero no era la misma que se había encontrado en el cadáver del guardia. La actuación de la fiscalía fue errática, pero era tal el grado de irritación contra aquellos «anarquistas» que se salió con la suya. Las declaraciones de los acusados en defensa de sus ideas filosóficas no les granjearon las simpatías del conservador jurado que les tocó en suerte. Aunque los testigos oculares se hubieran equivocado, quedaba la prueba de la pistola. Sacco y Vanzetti fueron ejecutados en la silla eléctrica el 23 de agosto de 1927. El presidente del jurado haría entonces el siguiente comentario: «¡Malditos sean! Además deberían ahorcarlos».

El 31 de octubre de 1928, justo cuando se preparaba la primera edición de *Boston*, apareció en *Outlook*, una revista semanal neoyorquina de solera, el verdadero relato del crimen de Bridgewater, gracias a la confesión, con todo lujo de detalles, de uno de los involucrados en el suceso, Frank Silva. El asalto había sido obra de una banda organizada, y Sacco y Vanzetti no tenían nada que ver con ella. El hombre al que confundieron con Vanzetti era, en realidad, un asesino profesional llamado Doggy Bruno, que también llevaba bigote, y al que Silva llamaba «el bandido de la pistola». «Es imposible interpretar los hechos —apuntaba Conan Doyle— sin caer en la cuenta de que aquellos dos italianos fueron ejecutados por ser anarquistas, no por ser asesinos. Aunque, por otra parte, bien podría argumentarse que, dado que un anarquista es un hombre que declara estar dispuesto a destruir el Estado, el mismo derecho tiene el Estado a acabar con él. Pero, aun admitiendo esta forma de ver las cosas, no es justo quitarle la vida a nadie con la excusa de que se trata de un vulgar criminal. Lejos de ser así, y a pesar de sus radicales opiniones sociales, Vanzetti era un hombre de tan singulares y elevados pensamientos que, cuando se lee lo que decía, uno no puede por menos que pensar en san Francisco de Asís. Es probable que llegue a convertirse en un personaje legendario».

Conan Doyle creía que las pruebas aducidas habían adquirido tal grado de complejidad que la opinión pública había sido incapaz de discernir con ecuanimidad los alegatos a favor y en contra. Le llamaban mucho la atención algunas circunstancias como el albarán de American Express por las anguilas de Vanzetti, que parecía demostrar la veracidad del acusado cuando declaró que estaba vendiendo pescado en el momento del asalto; pero el gobernador de Massachusetts, Alvan T. Fuller, no lo vio así. Y si hubiera tenido alguna duda, la habría borrado de su cabeza. Para Conan Doyle, que conservaba

fresca la vivida descripción que hacía Upton Sinclair de dicha prueba, no había ninguna duda: «Aunque sólo fueran ciertas la mitad de las cosas que afirma, y se ha documentado a conciencia, hay que admitir que los anarquistas Sacco y Vanzetti fueron, sin lugar a dudas, injustamente condenados a muerte por el Estado de Massachusetts». Más recientemente, ese mismo Estado, al conceder el perdón a los dos hombres, parece haber aceptado sus razones. Pero, como bien decía Conan Doyle, en la década de 1920, las cosas eran muy diferentes. «Estimamos que, en estos momentos, los procedimientos policiales y judiciales, así como la administración penitenciaria de Estados Unidos, figuran entre los peores del mundo, y la tortura forma parte de su sistema con el mismo peso que tenía en la Italia medieval, aunque traten hoy de camuflarla con capciosas denominaciones. Poco derecho tenemos, sin embargo, a criticar, porque la vergüenza de Glasgow en el escándalo Slater—Trench es tan grande como la que pueda suscitar cualquier desmán cometido en suelo norteamericano; más vale un mal acuerdo que un buen pleito, pero, si una parte reclama algo a otra, habrá que permitir que esa otra tenga la posibilidad de hacer lo mismo».

Fueran cuales fueren las actividades políticas de Sacco y Vanzetti, está claro que no tuvieron nada que ver con los delitos de los que fueron acusados; ésa era al menos la postura oficial de sus abogados defensores y de otros como Upton Sinclair. Sin embargo, apoyándose en lo que les dijo el dirigente anarquista italiano Cario Tresca antes de morir asesinado, así como en lo que otros callaron, allá por 1952, Upton Sinclair y el abogado defensor Fred Moore llegaron a la conclusión de que, si bien Vanzetti era inocente, Sacco (que iba armado en el momento de su detención) estaba involucrado en el asesinato de South Braintree. Al final del juicio el bueno de Vanzetti aseguró que era inocente, mientras Sacco proclamaba su fe indestructible en la filosofía anarquista. Una actitud tan diferente no deja de llamar la atención.

A pesar del perdón concedido a título postumo, a día de hoy aún no se ha extinguido la polémica sobre la vida y la muerte del zapatero y del pobre pescadero ambulante, que tanto llegaron a intrigar a Conan Doyle.

Epílogo. Archivo cerrado

Podría decirse que el caso de Sacco y Vanzetti fue prácticamente el último asunto criminal por el que Conan Doyle se interesó y, desde luego, el último sobre el que escribiría largo y tendido.

Doyle había tenido sus diferencias con el periodista y escritor de novelas policíacas Edgar Wallace en el caso de la desaparición de Agatha Christie. Según Wallace, la explicación de aquel misterio había que buscarla en el estado de salud mental de la novelista. Doyle, como vimos, había recurrido a un vidente. En el otoño de 1928 ambos tuvieron de nuevo un enfrentamiento público que se prolongaría varias semanas en la edición dominical de un periódico.

A mediados del mes de agosto, una noticia divulgaba que, según Conan Doyle, siempre habría un vidente «en las comisarías bien dotadas del futuro», y otros periódicos no tardaron en hacerse eco de esta declaración. Wallace, a quien el titular de un artículo que le dedicaba un periódico el 25 de agosto le calificaba de «eminente criminólogo», una exageración, a todas luces, fue quien inició la polémica, afirmando que él no se dejaba impresionar por espíritus incorpóreos a los que, como detectives, llamaba «etéreos sabuesos». En su opinión, los mediums no valían para nada a la hora de esclarecer un asesinato. Una semana después apareció la réplica de Conan Doyle, en la que ofrecía un repaso de los asesinatos que habían sido resueltos gracias a la intervención de un médium, sin olvidar su propia intervención en el caso de Agatha Christie, Wallace remitió un segundo artículo en el que repetía rotundamente sus argumentos, los cuales volverían a ser rebatidos por Conan Doyle. Al final, el debate se tornó más agrio y adquirió tintes más personales. Parece poco probable que los lectores del *Lloyd's Sunday News* sacaran algo en limpio de aquella discusión, que era todo menos un intento de acercamiento de diferentes puntos de vista.

Tras regresar a Europa en el verano de 1929, Doyle inició un periplo de la causa espiritista en Holanda y los países escandinavos. Durante aquel viaje, no pareció interesarle nada que tuviera que ver con el mundo del crimen.

Algunos años antes, y siguiendo ciertas advertencias que había recibido del mundo de los espíritus, había suspendido una gira por esa misma zona que tenía previsto realizar en 1925. Cuando en noviembre llegó a Estocolmo, sufrió una angina de pecho y le aconsejaron que regresase a Inglaterra y guardase reposo, algo que le costó mucho aceptar.

Una vez en Inglaterra se mostró casi tan activo como de costumbre. En marzo de 1930 en medio de una serie de encontronazos públicos a propósito de la actitud crítica observada por la Sociedad para la Investigación Paranormal sobre unas sesiones celebradas en Italia, dimitió como miembro. En julio de ese mismo año formó parte de una delegación que expuso ante el ministro del Interior una serie de quejas sobre las dificultades que encontraban los «mediums auténticos», por la vigencia aún de las leyes de represión de la brujería de la época de Jaime I, a las que la policía recurría como instrumento eficaz para evitar estafas[39]. Las discusiones sobre la aplicación indebida de tales disposiciones legales venían de antiguo. Ésa sería la última e ingrata protesta del escritor en defensa de quienes, según él, recibían un trato injusto. Una semana después, fallecía.

En el prefacio a *El archivo de Sherlock Holmes*, publicado en 1927, Conan Doyle hacía un resumen de la carrera del prodigioso detective: «Inició sus andanzas en el apogeo del último período Victoriano, las prosiguió durante el breve reinado de Eduardo VII y se las ha arreglado para hacerse un hueco hasta en estos tiempos enloquecidos». Tales frases bastarían para describir a su autor. Pero Conan Doyle había fallecido, al igual que Sherlock Holmes, tras disfrutar de una larga jubilación en Sussex Downs; moriría cerca de Eastbourne, dedicado a sus colmenas; también a él le llegó la hora del tránsito (en palabras de Vincent Starrett, eminente sherlockiano norteamericano) «bajo la atenta mirada de su creador», el 7 de julio de 1930.

Al enterarse de tan triste noticia, muchos de sus lectores recordarían sin duda otro párrafo de aquel prefacio:

> Me gustaría creer que existe un fantástico limbo al que van a parar los vástagos de la imaginación, un lugar sorprendente y ficticio en el que aún se pavonean los héroes de Scott; donde aún se oyen las carcajadas de los deliciosos barriobajeros de Dickens, y donde las gentes de mundo de Thackeray perpetúan sus indecorosas conductas. Quizá Sherlock Holmes pueda disfrutar de un humilde rincón en ese Valhalla durante un tiempo, hasta que algún detective más astuto, incluso con un

> compañero menos sagaz, ocupe el puesto que ellos han dejado vacante.

Doyle fue enterrado en los terrenos de su mansión de Sussex. En la sencilla lápida que cubre su tumba, la familia quiso que figurase la siguiente inscripción, compendio exacto de su caballerosa trayectoria:[40]

Acero inquebrantable
Bondadosa rectitud
ARTHUR CONAN DOYLE
Caballero
PATRIOTA, MÉDICO Y LITERATO
22 de mayo de 1859 — 7 de julio de 1930

Durante toda su vida Conan Doyle se mostró dispuesto a poner su magnífico talento como escritor y detective al servicio de la justicia, sin escurrir el bulto ni hacer caso de los insultos. Era el epitafio idóneo para un gran hombre.

No dejó de luchar hasta el final. Cari Sifakis cuenta que, poco antes de su muerte, se interesó por el caso de una joven que había sido juzgada y condenada por haber pagado en diversos grandes almacenes con cheques falsos. La mujer aseguraba que era inocente de tales cargos. A pesar de su mal estado de salud, Conan Doyle ya había iniciado una investigación por su cuenta, pero falleció. Seis meses más tarde detuvieron a otra mujer que confesó ser la autora de los delitos por los que aquella joven había sido condenada. *Sir* Arthur Conan Doyle, un detective comparable sólo con el Sherlock Holmes que creó, demostraría así por última vez su olfato para detectar la injusticia. Como dejó escrito *sir* Basil Thomson, exsubdirector del Comisionado de Scotland Yard: «Si se hubiera dedicado sólo a investigar crímenes en vez de escribir, *sir* Arthur Conan Doyle habría llegado a ser un extraordinario detective. En Doyle había mucho de Holmes». Unas palabras que también serían un epitafio apropiado para ambos detectives.

Este misterioso poema, escrito en la década de 1890, narra lo que parece un crimen en los inhóspitos páramos del norte de Inglaterra: no otro es el momento en que dan comienzo las tareas investigadoras de un detective, según Conan Doyle.

Una tragedia

¿Quién merodea en los páramos?
¿Quién se agita por la colina?
Caminan entre los helechos, las sombras crecen, oscurece, no los distingo allá arriba.
¿Quién da voces por los páramos?
¿Quién grita en la colina?
Ave voladora o ser humano, criatura, hombre o mujer,
¿Quién gime con tal pesar allí arriba?
¿Quién va corriendo por los paramos?
¿Quién sobrevuela en la colina?
Por allí va, míralo, ahí está, mas no puedes verlo con claridad.
Oscuras, las sombras acechan la colina.
¿Qué es eso, allí entre los brezos?
¿Qué se oculta en la colina?
Mi montura rehúsa acercarse, no lo atisbo con claridad.
No hay duda: algo yace en la colina.

Arthur Conan Doyle

Agradecimientos

Quiero dejar patente mi más profundo agradecimiento a las personas e instituciones que se mencionan a continuación por la ayuda que me han prestado en aspectos muy diversos:

Agencia de fotos Robert Allen; Biblioteca Pública Atlanta—Fulton; marqués de Anglesey; Peter E. Blau; Bond Ruskin; Departamento de Manuscritos (Herbert Gladstone Papers); Biblioteca Británica; Undine Concannon, archivera de Madame Tussaud; DM Prints; Owen Dudley Edwards; Tony Farmar; Andrew Fayle (fallecido); Biblioteca de la Asamblea General de la Cámara de Representantes de Nueva Zelanda; profesor Stephen Gray; doctor Derham Groves, Universidad de Melbourne; Biblioteca Central de Hampshire, Portsmouth; Michael Harley; doctor Bernard Heuvelmans (fallecido); Cameron Hollyer (fallecida); Centro de Investigación de Humanidades de la Universidad de Texas, Austin; Biblioteca Kendal, Cambria; Oficina del Registro del Colegio de Abogados; Janice McNabb; Bibliotecas Metropolitanas de Toronto; Biblioteca Mitchell, Glasgow; Departamento de Manuscritos (sección de clasificación), Biblioteca Nacional de Irlanda; Biblioteca Pública de Nueva York; Biblioteca Pública Pembroke, Dublín; Chris Redmond; Museo y Biblioteca Rosenbach, Filadelfia; Biblioteca de la Real Sociedad de Dublín; John Bennett Shaw (fallecido); reverendo G. F. Smith, Great Wyrley; Oficina del Registro del Condado de Staffordshire; Biblioteca Sudafricana, Ciudad del Cabo; Biblioteca del Trinity College, Dublín; Madame Tussaud's Ltd.; Bill Waddell, conservador del Black Museum, New Scotland Yard; Irving Wallace (fallecido); Richard Whittington—Egan; John Winnifrith; Cecilia Zeiss.

Como todo aquel que pretenda escribir sobre Conan Doyle en nuestros días, estoy en deuda con las investigaciones bibliográficas llevadas a cabo por John Michael Gibson y el recientemente desaparecido Richard Lancelyn Green. La

espléndida biografía de Owen Dudley Edwards es una muestra de todo lo que todavía podemos aprender de la figura de Conan Doyle.

Entre los numerosos compromisos que adquirí mientras escribía y preparaba esta obra, me gustaría mencionar de nuevo, de forma muy especial, a la recientemente fallecida *dame* Jean Conan Doyle (*lady* Bromet), la menor de los hijos de *sir* Arthur, por su exquisito interés, y deseo expresar la esperanza que albergo de que este trabajo anime a quienes lo lean a seguir investigando en la amplia obra que nos legó su padre. *Lady* Bromet y yo habíamos llegado a un acuerdo para reivindicar el nombre de su padre frente a los denodados ataques de un profesor norteamericano, quien asegura que Conan Doyle era el malicioso embaucador que difundió el increíble fraude del Hombre de Piltdown; pero este montaje, al igual que el de la rata gigante de Sumatra, es «una fábula para la que la humanidad aún no está preparada».

Asimismo, deseo dar las gracias a Gerry Long, Biblioteca Nacional de Irlanda; al bibliotecario y al personal de la Biblioteca del Trinity College, Dublín; muy especialmente a Geraldine Ryan; Thierry Joanis; Jean—Paul Crauser; Christopher Roden; *Mister* X; Jane Webber, Biblioteca del Colegio de Abogados; Trevor McFarlane, Sociedad de Historia Local de Cheslyn Hay; y Gordon Weaver.

No he podido ponerme en contacto con muchas personas que me ayudaron a preparar la primera edición de este trabajo porque, como diría cualquier sherlockiano que se precie, han cruzado «las cataratas Reichenbach».

Estoy en deuda con mi agente literario, Sara Mengue, por sus desvelos a lo largo de mi vida profesional. Brian Lane, escritor de novela negra, y Catherine Cooke, conservadora de la Colección Sherlock Holmes de la Biblioteca de Marylebone, tuvieron la bondad de leer el manuscrito y me ayudaron a enmendar algunos errores; he de decir, no obstante, que no siempre estuve de acuerdo con su parecer, por lo que cualquier equivocación o confusión es de mi entera responsabilidad.

La dedicatoria es expresión de una amistad mucho más profunda, forjada obra de la investigación, que se remonta a casi cuarenta años del momento en que mi amigo murió. Fue una ayuda inestimable para mí a la hora de manejar las fuentes francesas que he utilizado para escribir este libro. Como amigo suyo y admirador de su compatriota belga Georges Simenon, detective de ficción, no me cabe duda de que guardaba una gran afinidad con todas las circunstancias que rodean una investigación, por no mencionar su

colaboración en un proyecto sobre la historia de los detectives privados que aún no ha concluido.

Créditos de las ilustraciones

Tanto el autor como los editores desean dejar constancia de su agradecimiento a las siguientes personas e instituciones por su desinteresada autorización para reproducir las fotografías que son de su propiedad y que se incluyen en este libro:

Oficina Nacional del Registro, Stafford y Peter Rogers (Photographic) Ltd., por la foto del padre de George Edalji, el reverendo Shapurji Edalji; de uno de los caballos despanzurrados en el caso Edalji; de la casa parroquial de Wyrley; parte de una de las misteriosas cartas con detalles de las mutilaciones sufridas por los animales; de los policías buscando pistas en un prado.

Topham Picture Source, por el titular del *Daily Mirror* sobre el momento de la reaparición de Agatha Christie; los retratos de Sacco y Vanzetti; la foto de la manifestación sobre el caso Sacco y Vanzetti.

Las demás ilustraciones proceden de la colección privada del autor.

Notas y fuentes

Generales

Hasta hace muy poco, un halo de misterio envolvía algunos ribetes del legado de Conan Doyle. Al morir dejó toda la documentación a su esposa, *lady* Jean Conan Doyle, quien clasificó y ordenó todo lo que conservaba en ese momento. A su debido tiempo los documentos pasaron a manos de Adrián y de otros miembros de la familia. John Dickson Carr y Pierre Nordon pudieron consultarlos para los trabajos que publicaron en 1949 y 1964, respectivamente. Más tarde, Adrián pondría a la venta unos cuantos legajos, por ejemplo, la Biblioteca Harry Ransom, de Austin, Texas, es la depositaría de los escritos de Conan Doyle sobre espiritismo.

Tras la desaparición de Adrián, tuvieron graves diferencias acerca de cómo dividir y repartirse esos documentos. *Dame* Jean, la hija menor, legó su lote a la Biblioteca Británica, con la esperanza de que todos recalaran en esa institución y crear así un único centro dedicado al estudio de la vida y la obra literaria de su padre. Pero otros miembros de la familia no eran del mismo parecer y, tras una larga y áspera disputa, durante la cual fue imposible consultar los escritos, acabaron adjudicándose en subasta, en Christie’s de Londres, en mayo de 2004, a cambio de una gran suma de dinero, aunque muy inferior a la prevista, ya que muchos de los lotes no encontraron comprador. Tales documentos, pues, fueron diseminados por instituciones y colecciones del mundo entero, lo que representa una dificultad añadida a la hora de escribir ensayos biográficos (como en este caso).

Tampoco ha llegado a levantarse por completo el telón de misterio que se cierne sobre la trayectoria de Conan Doyle. Por aquellas fechas, su mejor conocedor, Richard Lancelyn Green, con quien está en deuda todo aquel que haya escrito sobre el creador de Sherlock Holmes, apareció muerto en su cama, estrangulado con un cordón de zapatos y rodeado de muñecos de

peluche. El apartamento estaba abarrotado de curiosidades en torno a la figura de Doyle, pero no se echó nada en falta.

¿Se trató de un asesinato, como pensaban algunos de sus amigos, o fue el resultado de un desgraciado accidente debido a algún extravagante juego sexual? A pesar de las murmuraciones de asesinato, el juez de instrucción emitió, finalmente, un auto en el que sostenía que fue un caso de muerte violenta, cuyas causas seguían sin aclararse. Seguro que tan misteriosas circunstancias habrían despertado el apetito detectivesco de Conan Doyle.

En su testamento, Green legó su imponente colección a la Biblioteca de Portsmouth, desplazando así el centro de investigación sobre Conan Doyle a aquella ciudad de Hampshire donde murió Jack Hawkins en 1885, y donde nació el personaje de Sherlock Holmes. Con esta ciudad precisamente da comienzo este libro, y constituye también su broche final más adecuado. (David Grann, «Mysterious Circumstances: The Strange Death of a Sherlock Holmes Fanatic», *New Yorker*, 13 de diciembre, 2004, pp. 58—73).

Todos los detalles biográficos y literarios que se mencionan en los capítulos de esta obra proceden de las fuentes biográficas, críticas e históricas que se citan a continuación:

Arnold, Armin y Schmidt, Josef, *Reclams Kriminalromanführer* (Stuttgart, Philipp Reclam, junio, 1978).

Baden—Powell, Robert, *Scouting for Boys* [1908], ed. Elleke Boehmer (Oxford, OUP, 2004).

Baring—Gould, William S., *Sherlock Holmes: A Biography of the World's First Consulting Detective* (Londres, Rupert Hart—Davis, 1962).

Carr, John Dickson, *The Life of Sir Arthur Conan Doyle* (Londres, John Murray, 1949; Pan Books ed., 1953).

Christie's of London, *The Conan Doyle Collection* (Londres, Christie's, 2004).

Doyle, Adrián, *The True Conan Doyle* (Londres, John Murray, 1945).

Doyle, Arthur Conan, *Memories and Adventures* (Londres, Hodder & Stoughton, 1924; ed. rev.: Londres, John Murray, 1930; con prólogo de R. L. Green, Londres, OUP, 1989) [*Memorias y aventuras*, traducción de Bernardo Moreno Carrillo, Madrid, Valdemar, 1999].

— *Letters to the Press: the Unknown Conan Doyle*, editadas por John Michael Gibson y Richard Lancelyn Green (Londres, Secker and Warburg, 1986).

Edwards, Owen Dudley, *The Quest for Sherlock Holmes* (Edimburgo, Mainstream, 1983).

Green, Richard Lancelyn ed., *The Uncollected Sherlock Holmes* (Londres, Penguin Books, 1983).

— *Letters to Sherlock Holmes* (Londres, Penguin, 1985).

Gibson, J. M. y Green, R. L., *A Bibliography of A. Conan Doyle* (Oxford, OUP, 1983; nueva edición, Londres, Hudson House, 2000).

Griffiths, Arthur, *Mysteries of Police and Crime* [1898] (Londres, Cassell, 1904).

Hall, Trevor H., *Sherlock Holmes and His Creator* (Londres, Duckworth, 1978).

Harrison Michael, *The World of Sherlock Holmes* (Londres, Frederick Muller, 1973).

Higham, Charles, *The Adventures of Arthur Conan Doyle* (Londres, Hamish Hamilton, 1976).

Keating, H. R. F., *Sherlock Holmes: The Man and His World* (Londres, Thames & Hudson, 1979).

King, Daniel P., «Conan Doyle and the Holmes: The Pursuit of Justice». *The Criminologist* (Londres, vol. 9, número 31, invierno 1974, pp. 37—45).

Klinefelter, Walter, *Ex Libris A. Conan Doyle* (Chicago, Black Cat Press, 1938).

Lambert, Gavin, *The Dangerous Edge* (Londres, Barrie & Jenkins, 1975), pp. 31—34.

Lamond, John, *Arthur Conan Doyle* (Londres, John Murray, 1931).

Locard, Edmond, *Policiers de roman et de laboratoire* (París, Payot, 1924).

Nordon, Pierre, ed., *Sir Arthur Conan Doyle Centenary Record 1859—1959* (Londres, John Murray, 1959).

— *Sir Arthur Conan Doyle, l’homme et l’oeuvre* (París, Didier, 1964).

— *Conan Doyle* (Londres, John Murray, 1966).

Orel, Harold, ed., *Sir Arthur Conan Doyle. Interviews and Recollections* (Nueva York, St. Martin’s Press, 1991).

Pearsall, Ronald, *Conan Doyle. A Biographical Solution* (Londres, Weidenfield and Nicolson, 1977).

Pearson, Hesketh, *Conan Doyle: His Life and Art* (Londres, Methuen, 1943).

Redmond, Donald A., *Sherlock Holmes: A Study in Sources* (Kingston, Ontario, McGill—Queens University Press, 1983).

Stashower, Daniel, *Teller of Tales: The Life of Arthur Conan Doyle* (Londres, Allen Lane, 2000).

Stone, Harry, *The Casebook of Sherlock Doyle* (Romford, Ian Henry Publications, 1991).

Thorwald, Jurgen, *The Century of the Detective: The Marks of Cain* (Londres, Thames & Hudson, 1965).

— *The Century of the Detective: Dead Men Tell Tales* (Londres, Thames & Hudson, 1966).

Tracy, Jack, *The Encyclopedia of Sherlockiana* (Nueva York, Doubleday, 1977).

1. Visita de un detective

Brend, William A., *A Handbook of Medical Jurisprudence and Toxicology*, 5.ª edición, revisada (Londres, Charles Grifin and Co., 1924).

Doyle, Arthur Conan, *The Stark Munro Letters* (Londres, Longmans, Green & Co., 1895).

Garrod, Alfred Baring, *The Essentials of Materia Medica and Therapeutics* [1855], 6.ª edición (Londres, Longmans, Green & Co., 1877). El ejemplar que Doyle utilizó está depositado en la Biblioteca Harry Ransom, de Austin, Texas.

Gerald, Michael, *The Poisonous Pen of Agatha Christie* (Austin, Texas, University of Texas Press, 1993).

Hampshire Telegraph, «Marriages», 8 de agosto de 1885; véase también *The Times* (Londres), 11 de agosto de 1885.

Jack, William R., *Wheelers Handbook of Medicine* [1894], 8.ª edición (Edimburgo, E. & S. Livingstone, 1927).

Mann, J. Dixon, *Forensic Medicine and Toxicology* [1891], 2.ª edición revisada y ampliada (Londres, Charles Griffin and Company, 1898).

Milne, Alexander, *Manual of Materia Medica and Therapeutics* [1864], 2.ª edición (Edimburgo, Livingstone, 1869).

A New Pictorial and Descriptive Guide to Southsea and Portsmouth (Londres, Ward, Lock and Co., 1907).

Pepper, William, ed., *A System of Practical Medicine by American Authors*, vol. I (Londres, Sampson, Low and Marston, 1886). Contiene información sobre la meningitis cerebral crónica y su tratamiento en aquella época.

Stavert, Geoffrey, *A Study in Southsea. The Unrevealed Life of Doctor Arthur Conan Doyle* (Portsmouth, Milestone, 1986).

Taylor, Alfred Swaine, *On Poisons in Relation to Medical Jurisprudence and Medicine* [1848], 3.ª edición (Londres, J and A Churchill, 1875).

2. El doctor Doyle y el señor Holmes

Bell, Joseph (doctor), «Adventures of Sherlock Holmes», prefacio para *A Study in Scarlet* (Londres, Warlock, 1893; este texto había sido publicado previamente en Bookman, vol. 3, pp. 79—81, diciembre de 1892).

Brook, Peter, ensayo sobre «The Musgrave Ritual», en *Reading for the Plot* (Nueva York, Random House, 1985).

Carr, John Dickson, *The Life of Sir Arthur Conan Doyle* (Londres, Pan Books ed., 1953).

Chabon, Michael, «Inventíng Sherlock Holmes», *New York Review*, 10 de febrero, pp. 17—22, y 12 de febrero, pp. 14—17, 2005).

Doyle, Adrián, *The True Conan Doyle* (Londres, John Murray, 1945).

Doyle, Arthur Conan, «South Sea Notebooks», *Manuscritos*, vol. I, 1885—1888, pp. 55/26, actualmente propiedad del doctor Constantine Rossakis.

— «The Recollections of Captain Wilkie», *Chamber's Journal* (Edimburgo), 26 de enero de 1895.

— «Gelseminum as a Poison», *British Medical Journal* (Londres), 20 de septiembre de 1878, reproducido en *Letters to the Press*, ed. de J. M. Gibson and R. L. Green (Londres, Secker & Warburg, 1986), pp. 13—14.

The Uncollected Sherlock Holmes, ed. de R. L. Green (Londres, Penguin, 1983).

Doyle, *lady* Jean Conan, «Conan Doyle was Sherlock Holmes», *Pearson's Magazine* (Londres), diciembre de 1934.

Jones, Harold Emery, (doctor), *The Original of Sherlock Holmes* (Windsor, Gaby Goldscheider, 1980). Previamente en *Collier's Weekly*, el 9 de enero de 1904.

Klinger, Leslie S., *The New Annotated Sherlock Holmes*, tres volúmenes (Nueva York, W. W. Norton, 2004—2005).

Lamond, John, *Arthur Conan Doyle: A Memoir*, con un epilogo de *lady* Conan Doyle (Londres, John Murray, 1931).

Rosenberg, Samuel, *Naked is the Best Disguise* (Indianápolis, Bobbs, Merrill, 1974).

Wallace, Irving, «The Incredible Dr Bell», en *The Fabulous Originals* (Londres, Longmans, Green, 1956), publicado previamente en *Saturday Review of Literature* (Nueva York), vol 31, 1 de mayo de 1940, pp. 7—8 y 28.

3. La Cámara de los Horrores

Las informaciones que se ofrecen sobre el catálogo de aquella época y de la celebración del centenario de Madame Tussaud se deben a la persona encargada del archivo del museo. El catálogo Vizetelly aparece como colofón de una edición de *Plays of Beaumont and Fletcher*, en *Mermaid Series*, J. St. Loe Strachey, ed. (Londres, Vizetelly, 1887).

Alshton—Wolfe, Harry, «The Debt of the Police to Detective Fiction», *Illustrated London News*, 27 de febrero, 1932, p. 320.

Beavan, Colin, *Fingerprints. Murder and the Race to Uncover the Science of Identity* (Londres, Fourth Estate, 2002) [*Huellas dactilares: los orígenes de la dactiloscopia y de la ciencia de la identificación criminal*; traducción de Ismael Attrache Sánchez, Barcelona, Alba Editorial, 2003].

Burton, John Hill, *Narratives from Criminal Trials in Scotland* (Londres, Chapman & Hall, 1852).

Centenary Banquet of Madame Tussaud's (Londres, 1903).

Chadwick, Owen, *Victorian Miniature* (Londres, Hodder & Stoughton, 1960), pp. 103—120, en torno a James Blomfield Rush.

Chapman, Pauline, *Madame Tussaud's Chamber of Horrors* (Londres, Constable, 1983).

Excoffon, A., *The Truth about the Lyons Mail being an authentic account given by one of the descendants of the murdered courier* (Londres, Greening & Co., 1903).

Gunn, Clement Bryce; Rutherford, Crockett, ed., *Leaves from the Life of a Country Doctor* (Edimburgo, Moray Press, 1935).

Doyle, Charles Altamont, *The Doyle Diary*, Michael Baker, ed. (Londres, Paddington Press, 1978).

Hall, Trevor H., «The Origin of Sherlock Holmes» y «Conan Doyle and Spiritualism», en *Sherlock Holmes and His Creator* (Londres, Duckworth, 1978).

Hastings, Macdonald, *The Other Mr Churchill: A Lifetime of Shooting and Murder* (Londres, George G. Harrap, 1963), p. 52.

Jones, Harold, *The Original of Sherlock Holmes* (Windsor, Gaby Goldscheider, 1980).

Liebow, Ely, *Dr. Joe Bell: Model for Sherlock Holmes* (Bowling Green, Ohio, Bowling Green University Popular Press, 1982).

Madame Tussaud and Son's Catalogue (Londres, 1874).

McLevy, James, *The Casebook of a Victorian Detective*, presentado y editado por George Scott—Moncrieff (Edimburgo, Canongate, 1975).

Messac, Regis, *Le «detective novel» et l'influence de la pensée scientifique* (París, H. Champion, 1929).

More, John, ed., *Trial of Alfred John Monson* (Edimburgo, Hodge and Son, 1908).

Omán, Charles, *The Lyons Mail* (Londres, Methuen, 1945).

Pemberton, Max, «The Lyons Mail», en *Great Stories of Real Life* (Londres, Newnes, 1924), pp. 17—30.

Queen, Ellery, *Queen's Quorum* (Londres, Victor Gollancz, 1953), acerca de McGovan y Honeyman. [*Obras selectas*; traducción de R. Garbí, Miquel Giménez Sales y Lucila del Río, Barcelona, Carroggio Ediciones, 1974].

Richard Doyle and His Family (Londres, Victoria and Albert Museum, 1983).

Rosenberg, Samuel, *Naked is the Best Disguise* (Indianápolis, Bobbs, Merrill, 1974; Londres, Arlington Books, 1975).

Roughead, William, «The Arran Murder, 1889», en *Twelve Scots Trials* (Edimburgo, William Green & Sons, 1913).

— *Classic Crimes* (Londres, Cassell, 1951), sobre el doctor Pritchard, el asesinato de Arran y el misterio de Ardlamont.

Saxby, Jessie, M. E., *Dr. Joseph Bell: An Appreciation by an Old Friend* (Edimburgo, Oliphant, Anderson and Ferrier, 1913).

Smyth, *sir* Sydney, 1 (Londres, George G. Harrap, 1959), cap. 2.

Starrett, Vincent, *The Private Life of Sherlock Holmes* (Nueva York, Macmillan & Co., 1934; revisado y reeditado en Londres, George

Allan & Unwin, 1961).
Stewart, R. F., … *And Always a Detective* (Newton Abbott, David & Charles, 1980), pp. 155—158; sobre McGovan y Honeyman.
Times (Londres), «Obituario. Dr. Joseph Bell», 5 de octubre, 1911, p. 9.
— «Cinemas and “Sherlock Holmes”», 6 de mayo, 1914, p. 4.
— «Tribunales (juicio de William Rea)», 10 de diciembre, 1895, p. 14.
Young, W. J., «Origins of Sherlock Holmes», *British Medical Journal* (Londres), 25 de agosto, 1934. Con la opinión de George Hamilton.

4. Con cada carta, una petición de ayuda

Quiero expresar mi agradecimiento al departamento de documentación y análisis de la agencia polaca Interpress por la información y los datos que me proporcionó sobre el asunto de De Bisping (en febrero de 1985), así como al escritor Ruskin Bond, que vive en Mussoorie, por el relato de las circunstancias del caso Garnett—Orme, en los confines de aquel territorio. (Ambos confiamos en disponer de tiempo en el futuro para preparar un informe sobre aquel misterio).

Cartas misteriosas

Carr, John Dickson, *The Life of Sir Arthur Conan Doyle* (Londres, Pan Books ed., 1953).
Doyle, A. C., *Memories and Adventures* (Londres, Hodder & Stoughton, 1924) [*Memorias y aventuras*, traducción de Bernardo Moreno Carrillo, Madrid, Valdemar, 1999].
Edwards, Owen Dudley, *The Quest for Sherlock Holmes* (Edimburgo, Mainstream, 1983).
Green, R. L., ed., *Letters to Sherlock Holmes* (Londres, Penguin Books, 1985).
How, Harry, «A Day with Dr Conan Doyle», *The Strand* (Londres), agosto de 1892.
Nordon, Pierre, ed., *Sir Arthur Conan Doyle Centenary Record 1859—1959* (Londres, John Murray, 1959).
— *Conan Doyle* (Londres, John Murray, 1966).

El caso de la señora Castle

Doyle, A. C., *Memories and Adventures* (Londres, Hodder & Stoughton, 1924). [*Memorias y aventuras*, traducción de Bernardo Moreno Carrillo, Madrid, Valdemar, 1999].

Gibson, Michael y Green, Richard Lancelyn, «The Case of Mrs. Casde», en *The Unknmon Conan Doyle. Letters to the Press* (Secker & Warburg, 1986), pp. 50, 352.

The Times (Londres), Crónicas sobre el caso de la señora Castle, del 14 de octubre al 7 de noviembre de 1896.

El asunto Dreyfus

Chapman, Guy, *The Dreyfus Affair* (Londres, Rupert Hart—Davis, 1955).

Christie—Murray, David, *Recollections* (Londres, John Long, 1909).

El caso de las joyas del marqués

Dew, Walter, *I Caught Crippen* (Edimburgo, Blackie and Son, 1938).

Higham, Charles, *The Adventures of Conan Doyle* (Londres, Hamish Hamilton, 1976) pp. 172—173.

Paget, Henry, séptimo marqués de Anglesey, correspondencia con el autor (8 de septiembre de 1985; 14 de marzo de 2006).

Crónicas sobre el robo de las joyas Anglesey, en *The Times,* septiembre—octubre de 1901.

Saxon, John, «The Mystery of the Stolen Jewels», en el volumen II de *Great Stories from Real Life* (Londres, Newnes, 1924), pp. 294—296.

El asunto del estafador fugitivo

La carta que se menciona en el texto formaba parte del lote número 29 de *The Conan Doyle Collection* (Londres, Christie’s, 2004), «Sherlock Holmes Plots and Ideas», pp. 48—49; no fue adquirido y sigue en manos de los herederos de Anna Doyle.

La misteriosa muerte de Mussoorie

Resúmenes de las crónicas de los periódicos de la India de la época, en la Biblioteca India Office. *The Times* (Londres), «End of Indian Will Case», 14

de octubre de 1912, p. 5.

Wilson, Angus, *The Strange Ride of Rudyard Kipling* (Londres, Martin Secker & Warburg, 1977).

El caso del príncipe de Polonia

Okrêt, Leon, *Process Bispinga* (Varsovia, 1926).

Radziwill, príncipe Michael, *One of the Radziwills* (Londres, John Murray, 1971), p. 23.

Szenic, Stanislaw, *Pitaval Warszawksi* (Varsovia, 1958), vol. II, pp. 199—259.

5. Inquietantes apuntes del natural

Anónimo, «The Walworth Murders», *Annual Register* 1860, pp. 53—540, sobre el caso Youngman.

Anónimo, «The Derbyshire Murder», *Annual Register* 1863, pp. 296—312, sobre el caso George Vincent Parker.

Anónimo, «The Stepney Murder», *Annual Register* 1860, pp. 541—564, sobre el caso Emsley.

Dovkants, Keith, «The Baskerville Mystery: The Riddle Holmes Left Unanswered», *London Standard*, 16 de octubre de 1986.

Doyle, A. Conan, *Strange Studies from Life* (Nueva York y Copenhague, Conan Doyle Society, 1963). Publicados por primera vez como libro; estos ensayos habían aparecido en *The Strand*, marzo, abril y mayo de 1901.

— *Strange Studies from Life and Other Narratives: the Complete True Crime Writings of Sir Arthur Conan Doyle*, seleccionados y editados por Jack Tracy, con una introducción de Peter Ruber e ilustrados por Sidney Paget (Bloomington, Indiana, Gaslight Publications, 1988). Evans, Peter, «The Mystery of Baskerville», *Daily Express* (Londres), 16 de marzo de 1959.

Forster, John, *Studies in Black and Red* (Londres, Ward & Downey, limited, 1896).

El perro de los Baskerville

Rodger Garrick—Steele, que actualmente vive en la antigua casa de Fletcher Robinson en Devon, ha asegurado no hace mucho que Robinson fue asesinado por Conan Doyle, en confabulación con la propia señora Robinson (con la que Conan Doyle tenía una relación), por miedo a que revelara que había sido él, y no Doyle, quien había escrito en realidad *El perro de los Baskerville*. No hay que conceder ningún crédito a semejante fárrago de despropósitos. Por si alguien está interesado en conocer algo más de semejante insensatez, puede consultar el libro de Garrick—Steele, *The House of Baskerville* (Bloomington, Indiana, Author House, 2003).

Mucho más enjundioso es el trabajo de Philip Weller, *The Hound of the Baskervilles: Hunting the Dartmoor Legend* (Tiverton, Devon Books Halsgrove Direct, 2001), en el que se ofrece una secuencia completa de los hechos.

6. El misterio de la Mansión del Caserío del Foso

Hastings, MacDonald, *The Other Mr Churchill: A Lifetime of Shooting and Murder* (Londres, George G. Harrap, 1963).

Hynd, Alan, «When Conan Doyle Played Sherlock Holmes», *Liberty* (Toronto), vol. 39, febrero de 1963, pp. 29, 40—41.

Jesse, F. Tennyson, *Trial of Samuel Herbert Dougal* (Edimburgo, Hodge &Co., 1928).

Sifakis, Cari, *The Catalogue of Crime* (Nueva York, New American Library, 1979), p. 77.

Ullman, Albert, «Greater than Sherlock Holmes», *True Detective Mysteries*, diciembre de 1939, pp. 38 y ss.

Wallace, Edgar, «The Secret of Moat Farm», en *Famous Crimes in Recent Times* (Londres, George Newnes, 1924), pp. 69—86.

7. El club de los crímenes insólitos

El escritor de temas criminales y cronista de sucesos Richard Whittington—Egan, miembro en la actualidad del Club, tuvo la amabilidad de ofrecerme algunos antecedentes de carácter general sobre Nuestra Sociedad

(carta del 9 de febrero de 1985). Hoy dice no tener nada que añadir «sino que siga creciendo y que deje de ser un bastión masculino, situación que no nos cansamos de lamentar algunos de sus miembros más veteranos, ¡entre los que me cuento!» (Correo electrónico del 16 de marzo de 2006).

Collins, John Churton, «The Merstham Tunnel Mystery and Its Lessons», *National Review* (Londres), número 274, diciembre 1905, pp. 656—671.

— «The Merstham and Crick Tunnel Mysteries: a Comparative Study», *National Review* (Londres), número 277, marzo 1906, pp. 145—158.

— *Posthumous Essays* (Londres, J. M. Dent, 1912).

Collins, Laurence, *Life and Memoirs of John Churton Collins* (Londres, John Lane, 1912).

Griffiths, mayor Arthur, *Mysteries of Police and Crime*, tres volúmenes (Londres, Cassell, 1898—1903).

Hall, *sir* Edward Marshall, «The Late H. B. Irving», en *Trial of the Wainwrights*, H. B. Irving, editor.

Hornung, E. W., «The Criminologists Club», en *A Thief in the Night* (Londres, Chatto and Windus, 1905) [*Ladrón nocturno: nuevos relatos de Raffles*; traducción de Miquel Giménez Sales; Santa Perpetua de la Moguda, Abraxas, 2004].

James, P. D. y Critchley, T., *The Maul and the Pear Tree. The Ratcliffe Highway murders 1811* (Londres, Constable, 1971; Faber, 2000).

Lambton, Arthur, «The Crimes Club», *London* Magazine, marzo 1923.

— *My Story* (Londres, Hurst & Blackett, 1925).

— *The Salad Bowl* (Londres, Hurst & Balckett, 1928).

Le Queux, William, *The Crimes Club* (Londres, Eveleigh Nash & Grayson, 1927), novela.

— *Things I Know* (Londres, Eveleigh Nash & Grayson, 1930).

Nash, James Eveleigh, *I Liked the Life I Lived* (Londres, 1941), pp. 162—166.

Oddie, S. Ingleby, *Inquest* (Londres, Hutchinson, 1938), pp. 43—57.

Parry, *sir* Edward, «The Mystery of the Merstham Tunnel», en *The Drama of the Law* (Londres, Ernest Benn, 1924).

Pemberton, Max, *Sixty Years Ago and After* (Londres, Hutchinson, 1936), pp. 238—246.

Warner, *sir* Pelham, *Long Innings* (Londres, George G. Harrap, 1951), p. 191.

8. Tras la pista de Jack el Destripador

Debo el relato de la visita que efectuó Conan Doyle al Black Museum de entonces al conservador, el señor Bill Waddell (carta del 13 de mayo de 1985). Los libros que se citan a continuación son sólo un botón de muestra de todos los que se han escrito sobre tan conocido caso. Quienes quieran iniciarse en este asunto encontrarán un magnífico punto de partida en la obra de Stewart Evans y Keith Skinner.

Chat (Portsmouth), «Whitechapel Murders», 23 de noviembre de 1888, p. 7, donde se afirma que Doyle se proponía convocar al espíritu de la última de las víctimas para descubrir la identidad del Destripador.

Collins, Laurence, *Life and Memoirs of John Churton Collins* (Londres, John Lane, 1912).

Cornwell, Patricia, *Portrait of a Killer. Jack the Ripper Case Closed* (Londres, Little Brown, 2002) [*Retrato de un asesino: Jack el Destripador, caso cerrado*; traducción de María Eugenia Ciocchini Suárez, Barcelona, Ediciones B, 2004].

Cullen, Tom, *Autumn of Tenor* (Londres, The Bodley Head, 1965).

Doyle, Adrián, citado en Tom Cullen (1965).

Evans, Stewart y Gainey, Paul, *Jack the Ripper: First American Serial Killer* (Londres, Arrow Books, 1996). Publicado por primera vez con el título *The Lodger* (Londres, Century, 1995).

Evans, Stewart y Skinner, Keith, *The Ultimate Jack the Ripper Source Books* (Constable & Robinson, 2000).

Evening News (Portsmouth), «“Jack the Ripper”. How Sherlock Holmes Would Have Tracked Him», 4 de julio de 1894, p. 4. Entrevista con Conan Doyle.

Griffiths, Arthur, *Mysteries of Police and Crime* (Londres, Cassell, 1898).

Lambton, Arthur, *The Salad Bowl*, 2.ª edición (Londres, Hurst and Blackett, 1928), p. 249.

McCormick, Donald, *The Identity of Jack the Ripper* (Londres, Jarrolds, 1959; nueva edición: Londres, Arrow Books, 1970).

Oddie, S. Ingleby, *Inquest* (Londres, Hutchinson, 1938), pp. 57—62.

Pemberton, Max, *Sixty Years Ago and After* (Londres, Hutchinson, 1936), pp. 244—246.

Tit—Bits (Londres), «The Real Sherlock Holmes», 21 de octubre de 1911, vol. 61, p. 127, sobre las investigaciones que, acerca de Jack el

Destripador, hizo el doctor Bell.
Whittington—Egan, Richard, *Casebook on Jack the Ripper* (Londres, Wildy and Sons, 1975).
Wilson, Colin y Odell, Robin, *Jack the Ripper* (Londres, Bantam, 1987), pp. 227—228, En Diosy.

9. El acoso de George Edalji

El voluminoso archivo de papeles relacionados con el caso Edalji, 1906—1913, en el que figuran cuatrocientas veinticinco cartas, dos cuadernos de notas, diez fotografías y recortes de periódico, no encontró comprador en la subasta celebrada en Christie's (lote número 54), en mayo de 2004, y continúa en manos de los herederos de Anna Doyle.

Según me informa el bibliotecario del Colegio de Abogados de Londres, no ha sido posible encontrar la importante colección de documentos relativos a la familia Edalji que les dejó en herencia Maud Edalji. Lo que ocurriera con ese importante archivo sigue siendo un enigma, si bien *sir* Compton Mackenzie, en una carta que me envió en 1962, me comunicó que habían sido destruidos por un funcionario del Colegio de Abogados para salvar la reputación de algunos de los letrados que intervinieron en el caso.

Las cartas y documentos que, entre 1902 y 1904, reunió el diputado *sir* Benjamín Stone, relativos al juicio de George Edalji, se encuentran en los Archivos de la Ciudad de la Biblioteca Central de Birmingham: 370 797 [IIR89], ff. 163—168.

Los documentos del Ministerio del Interior se guardan en los Archivos de la Administración, en Kew, Londres. Las notas personales de Herbert Gladstone sobre el caso Edalji están depositadas en la Biblioteca Británica, Herbert Gladstone Papers, add. ms. 46 096 ff. 96.

Vaya desde aquí mi reconocimiento al señor Michael Harley, a los responsables del Archivo del condado de Staffordshire y de la Biblioteca de Great Wyrley, así como al señor Trevor McFarlane, de la Sociedad Histórica de Chesley Hay por sus informaciones sobre la localidad.

Publicada en 2005, la novela escrita por Julian Bames sobre este caso, *Arthur & George* (Londres, Jonathan Cape; Nueva York, Random House, 2005) (*Arthur & George*; traducción de Jaime Zulaika Goicoechea, Barcelona, Editorial Anagrama, 2007) ha puesto el escándalo Edalji en el punto de mira de los lectores de todo el mundo. Como se trata de una obra de

ficción, vacilé antes de leerla sin haber terminado de revisar este libro, pero esto no debería disuadir a nadie de hacerlo. Barnes ha admitido en entrevistas que casi todo lo que narra acerca de Edalji es pura ficción. Véase, por ejemplo, «Case of the Forgotten Victorian», una entrevista concedida por Barnes a Rebecca Wigod, del *Vancouver Sun* (sábado 29 de octubre de 2005) en la que se explica que «Julian Barnes cayó en la cuenta de lo poco que se sabía sobre George Edalji, y que había tenido que recrearlo […]. La vida de George Edalji es casi toda inventada».

Un libro de Michael Harley, *The Great Wyrley Mysteries: A Real Life Sherlock Holmes Adventure*, anunciado en 1992 por Souvenir Press, aún no ha sido publicado (en marzo de 2006), aunque desconozco las razones.

Cuando este libro estaba ya en prensa, llegó a mis manos, enviado por su autor, el libro que, por mucho tiempo, habrá de ser considerado el definitivo sobre el caso Edalji. Se trata de la obra de Gordon Weaver, *Conan Doyle and the Parson's Son: The George Edalji Case* (Cambridge, Vanguard Press, 2006).

Atkinson, G. A., *'G. H. Darby' Captain of the Wyrley Gang*. Con sendos prefacios de *sir* Arthur Conan Doyle y del capitán A. G. Anson (Walsall, [marzo] 114).

Buchan, John, «On the Kirkcaple Shore», primer capítulo de *Prester John* (Edimburgo, Thomas Nelson, 1910).

Carr, J. D., *The Life of Sir Arthur Conan Doyle* (Londres, Pan ed., 1953), pp. 183 y ss.

Clarke, Jerome, *Unexplained* (Detroit y Londres, Visible Ink Press/Gale Research, 1999).

Collins, John Churton, «The Edalji Case», *National Review* (Londres), marzo de 1907.

Cronin, A. J., «The Great Wyrley Mysteries», en *Great Unsolved Crimes* (Londres, Hutchinson [1935]).

Davenport—Hines, Richard, «Edalji, Shapuiji (1841/2—1918), Church of England Clergyman and Victim of Racial Harassment», *Oxford Dictionary of National Biography* (Oxford, OUP, 2004).

Doyle, A. C., «Stranger Than Fiction», *The Strand Magazine* (Londres), vol. 50, diciembre de 1915, pp. 12—517, donde figuran las cartas enviadas desde Estados Unidos por el hermano de Sharp (el «buen Satán» de Conan Doyle).

— *Memories and Adventures* (Londres, Hodder & Stoughton, 1924) [*Memorias y aventuras*; traducción de Bernardo Moreno Carrillo,

Madrid, Valdemar, 1999].

— *The Story of Mr George Edalji*, Richard y Molly Whittington—Egan editores (Londres, Grey House, 1985). Publicado originalmente en Londres, por Blake & Co., 1907.

— «The Strange Case of George Edalji», en *The Great Stories of Real Life*, editado por Max Pemberton (Londres, [1924]), vol. I, pp. 30—40.

Doyle, Georgina, *Out of the Shadows: The Untold Story of Arthur Conan Doyle's First Family* (Ashcroft, Columbia Británica, Canadá, Calabash Press, 2005).

Edalji, George, *Railway Law for 'the Man in the Train* (Londres, Wilson's Legal and Useful Books, 1901).

— *The Case of Mr George Edalji: Memoranda and Papers* (Londres, 1907). La copia privada del vizconde Gladstone se encuentra en la Biblioteca Británica.

— *Correspondence respecting the case of George Edalji*, etc. Borradores de 1907 de lo anterior. La copia privada del vizconde Gladstone se encuentra en la Biblioteca Británica.

— «My Own Story. The Narrative of Eighteen Years Persecution», *Pearson's Weekly* (Londres), 7 de febrero — 6 de junio de 1907.

Edalji, Shapuiji, «New Light on the Wyrley Gan Outrages», *Daily Express* (Londres), 7 de noviembre de 1934.

Edalji, Shapuiji, «A Strange Hoax», *The Times* (Londres), 16 de agosto de 1895.

— *Correspondence between Rev. S. Edalji and the Home Secretary on the Case of George E. T. Edalji*. [Mayo] 1904 (publicado por W. Henry Robinson, The Walsall Press).

— *A Miscarriage of justice: The Case of George Edalji: Who Was Convicted on 23rd October 1903, and Sentenced to Seven Years Penal Servitude on an Unproved Charge of Horse Maiming, by his Father, Rev. S. Edalji, Vicar of Great Wyrley, Walsall* (Londres, United Press Association, 1905).

Fort, Charles, *The Books of Charles Fort* (Nueva York, Henry Holt, 1941), pp. 349—667; 878—880.

Higham, Charles, *The Adventures of Arthur Conan Doyle* (Londres, Hamish Hamilton, 1976), pp. 199 y ss.

Hines, Stephen, ed., *The True Crime Files of Sir Arthur Conan Doyle*, con una introducción a cargo de Steven Womack (Nueva York, Berkley Prime Crime, 2001). En este libro sólo se mencionan los casos de Edalji y de Slater.

— *Homes Office Papers Relating to the Case of George Edalji*, Informes de la Comisión de Investigación Cd. 3503 (H. M. S. O., 1907); editados en microfichas, LXVII, 99. 403—410.

Juxon, John, *Lewis and Lewis* (Londres, Collins, 1983), pp. 297—300.

Lamond, John, *Arthur Conan Doyle* (Londres, Hodder & Stoughton, 1931), pp. 76 y ss.

Lester, Paul, *Sherlock Holmes in the Midlands* (Studley, Brewin Books, 1992).

Oldfield, Roger, *The Case of George Edalji* (Stafford, Stafford County Council Education Department, sin fecha).

Rickard, Bob y Michell, John, *Unexplained Phenomena. A Rough Guide Special* (Londres, Rough Guides, 2000), pp. 146—149.

Sayers, Dorothy L., «Cross—Roads», capítulo XI de *Unnatural Death* (Londres, Erest Benn Ltd., 1927), pp. 127—128.

The Times (Londres), «Menacing Letters Charge. Labourer Sent to Penal Servitude», 7 de noviembre de 1934, p. 13, cuarta columna.

— «Latest Wills (Miss Maud Evelyn Edalji, de Welwyn Garden City)», 27 de marzo de 1962, p. 14, cuarta columna.

Walters, John Cuming, *Knight of the Pen* (Manchester, Sherratt & Hughes, 1933).

Westminster Gazette, «Vicar's Son Charged», 20 de agosto de 1903.

X, Mr., «The Edalji Case Again», *Fortean Times* (Londres), número 21, PP 8—9.

10. El robo de las joyas de la Corona de Irlanda

Una de las cartas en las que Conan Doyle protestaba del rumor de que participaba en la investigación figuraba en el lote 116 de la subasta de la Colección Conan Doyle; otros documentos formaban parte del lote 118, que no encontró comprador y quedó en manos de los herederos de Anna Doyle.

Allen, Gregory, «The Great Jewel Mystery», *Garda Review* (Dublín), agosto de 1976.

Bamford, Francis y Bankes, Viola, *Vicious Circle: The Case of the Missing Irish Crown Jewels* (Londres, Max Parrish, 1965).

Bay, Jens Christian, *The Mystery of the Irish Crown Jewels: A Critical Précis* (Cedar Rapids, Iowa, Torch Press, 1944).

Cafferky, John y Kevin Hannafin, *Scandal and Betrayal: Shackleton and the Irish Crown Jewels* (Cork, The Collins Press, 2002).

Christie's de Londres, *The Conan Doyle Collection* (Londres, Christie's, 2004), lotes 116 y 118.

Deale, Kenneth E. L., «The Herald and the Safe», en *Memorable Irish Trials* (Londres, Brown, Watson, 1960).

Doyle, Arthur Conan, «The Bruce—Partington Plans», *The Strand Magazine* (Londres), diciembre de 1908; *Colliers Weekly*, 18 de diciembre de 1908.

Dungan, Myles, «Theft of the Irish Crown Jewels», suplemento del *Irish Times* (Dublín), 10 de julio de 1982.

— *The Stealing of the Irish Crown Jewels: An Unsolved Crime* (Dublín, Town House, 2003).

Higham, Charles, *The Adventures of Conan Doyle* (Londres, Hamish Hamilton, 1976), pp. 204—207.

Hyde, Harford Montgomery, *Cases that Changed the Law* (Londres, William Heinemann, 1951).

The Leprachaun (Dublín), «The Great Jewel Robbery. (By Our Sherlock Holmes)», agosto de 1907, p. 53.

Magnus, *sir* Philip, *King Edward the Seventh* (Londres, John Murray, 1964).

Perrin, Robert, *Jewels* (Londres, Routledge & Kegan Paul, 1977). Ficción.

Thomas, Donald, *Honour Among Thieves* (Londres, Weidenfield & Nicolson, 1991).

— *The Secret Cases of Sherlock Holmes* (Nueva York, Carroll & Graf, 1998). Ficción.

Vice Regal Commission, *Minutes of Evidence*, Cd. 3936 (Londres, H. M. S. O., 1908).

Young, Filson, «Sir Arthur Vicars' Case», *Saturday Review* (Londres), 12 de julio de 1913.

11. El misterio del Hotel Langham

Christie's, *Catalogue of Doyle Collection* (Londres, Christie's, 2004). El lote número 29, con cartas relativas a personas desaparecidas, no encontró comprador y sigue en manos de los herederos de Anna Doyle.

Begg, Paul, *Into This Air: People Who Disappear* (Newton Abbott, David & Charles, 1979).

Churchill, Allen, *They Never Came Back* (Garden City, Nueva York, publicado por Doubleday para el Crime Club, 1960).

Doyle, Arthur Conan, *Memories and Adventures* (Londres, Hodder and Stoughton, 1924), pp. 110—113.

Doyle, *lady* Jean Conan, «The Trials of Marriage Do not Exist», *Sunday Express* (Londres), 20 de octubre de 1929.

Fort, Charles, *The Books of Charles Fort* (Nueva York, Henry Holt, 1941).

Higham, Charles, *The Adventures of Arthur Conan Doyle* (Londres, Hamish Hamilton, 1976), pp. 203—204.

Klinefelter, Walter, *Ex Libris Conan Doyle* (Chicago, Black Cat Press, 1938), p. 15.

Sanderson, Ivan T., *Invisible Residents* (Cleveland, World Publishing Co., 1970), apéndice A.

12. El danés desaparecido

Christie's, *Catalogue of Doyle Collection* (Londres, Christie's, 2004). El lote número 29, con tres cartas de la señorita Paynter y dos de un empleado en las oficinas de Copenhague de la Compañía Danesa de las Indias Orientales dirigidas a Conan Doyle, no encontró comprador y sigue en manos de los herederos de Anna Doyle. Las cartas de Doyle se han perdido.

Carr, J. D., *The Life of Sir Arthur Conan Doyle* (Londres, Pan ed., 1953), pp. 212—213.

Doyle, Arthur Conan, *Memories and Adventures* (Londres, Hodder and Stoughton, 1924), p. 132 [*Memorias y aventuras*, traducción de Bernardo Moreno Carrillo, Madrid, Valdemar, 1999].

Nordon, Pierre, editor, *The Doyle Centenary* (Londres, John Murray, 1959), p. 69.

— *Conan Doyle* (Londres, John Murray, 1966), p. 116.

13. Crippen, ¿inocente?

Birkenhead, Frederick E., Smith, *Lord*, *Famous Trials of History* (Londres, Hutchinson, 1926).

Bloom, Ursula, *The Girl Who Loved Crippen* (Londres, Hutchinson, 1955), basado en conversaciones con Ethel Le Neve.

Browne, Douglas G., *Sir Travers Humphreys* (Londres, George G. Harrap, 1960).

Browne, Douglas G. y Tullett, E. V., *Bernard Spilsbury: His Life and Cases* (Londres, George G. Harrap, 1951; Penguin, 1955).

Carr, J. D., *The Life of Sir Arthur Conan Doyle* (Londres, Pan ed., 1953), p. 202.

Cullen, Tom, *Crippen the Mild Murderer* (Londres, Bodley Head, 1972).

Dew, Walter, *I Caught Crippen* (Edimburgo, Blackie and Son, 1938).

Eddy, John Percy, *Scarlet and Ermine: Famous Trials As I saw Them from Crippen to Pódala* (Londres, William Kimber, 1960).

Humphreys, *sir* Travers, *A Book of Trials* (Londres, Heinemann, 1953).

Le Neve, Ethel, *Ethel Le Neve her story told by herself* (Londres, 1910).

Le Queux, William, «Dr Crippen, Lover and Poisoner», en *Famous Crimes of Recent Times* (Londres, Newnes [1924]), pp. 87—110.

Maijoribanks, Edward, *The Life of Sir Edward Marshall Hall* (Londres, Victor Gollancz, 1929).

— *Famous Trials of Marshall Hall* (Harmondsworth, Penguin Books, 1950).

Nash, James Eveleigh, *I Liked the Life I Lived* (Londres, John Murray, 1941), p. 166.

Oddie, Samuel Ingleby, *Inquest* (Londres, Hutchinson, 1938).

Young, Filson, ed., *Trial of Hawley Harvey Crippen* (Edimburgo, William Hodge & Co., 1920).

— «Dr Crippen», en *Famous Trials 10*; editado por James H. Hodge (Harmondsworth, Penguin, 1964).

14. El caso de Oscar Slater

Los documentos de Conan Doyle que guardan relación con el caso de Oscar Slater, desde 1914 hasta 1929, fueron adquiridos (por treinta mil libras), en la subasta celebrada en Christie's en mayo de 2004 (lote número 55), por la Biblioteca Mitchell, de Glasgow.

Asesinato en Queen's Tenace

Carr, John Dickson, *The Life of Sir Arthur Conan Doyle* (Londres, John Murray, 1949).

Hunt, Peter, *The Great Suspect* (Londres, Carroll & Nicholson, 1951).

Roughead, William, *Trial of Oscar Slater* (Edimburgo, William Hodge, 1910; 1915; edición revisada en 1929).

— «The Slater Case», en *Classic Crimes* (Londres, Cassell, 1951).

— «Oscar Slater: 1910—1929», en *Famous Trials 10*; edición de James H. Hodge (Londres, Penguin Books, 1964).

Times (Londres), «The Case of Oscar Slater», 21 de agosto de 1912, p. 5.

Causa de la muerte de la señorita Gilchrist

Quiero dejar constancia de mi agradecimiento a la Biblioteca Mitchell, de Glasgow, por facilitarme copias de los artículos de prensa sobre el caso Slater y la nota necrológica del doctor Charteris.

Doyle, Arthur Conan, 2 (Londres, Hodder & Stoughton, 1912).

— «The Strange Case of Oscar Slater», en *The Great Stories of Real Life*; edición de Max Pemberton (Londres, Newnes, [1924]).

Hines, Stephen, ed., *The True Crime Files of Sir Arthur Conan Doyle*, con una introducción a cargo de Steven Womack (Nueva York, Berkley Prime Crime, 2001). En este libro sólo se mencionan los casos de Edalji y de Slater.

House, Jack, *Square Mile of Murder* (Glasgow, Richard Drew Publishing, 1984).

Lamond, John, *Arthur Conan Doyle* (Londres, John Murray, 1931).

Park, William, *The Truth About Oscar Slater. With a Statement by Sir Arthur Conan Doyle* (Londres, The Psychic Press, 1927).

Roughead, William, *Knave's Looking Glass* (Londres, Cassell, 1935).

Toughill, Thomas, *Oscar Slater: The Mystery Solved* (Edimburgo, Canongate, 1993).

Whittington—Egan, Richard, *The Oscar Slater Murder Story: New Light on a Classic Miscarriage of justice* (Glasgow, Neil Wilson, 2001).

15. En el valle del terror

La información de que dispongo sobre Williams Burns me la facilitó su propia empresa, integrada ahora en las Industrias Baker (fusionada con Pinkerton, su antiguo competidor, como una rama de la sueca Securitas Aktiebolag) y por la sede del Federal Bureau of Investigation (FBI), en Washington D. C.

Beavan, Colin, *Fingerprints: Murder and the Race to Uncover the Science of Identity* (Londres, Fourth Estate, 2001) [*Huellas dactilares: los orígenes de la dactiloscopia y de la ciencia de la identificación criminal*; traducción de Ismael Attrache Sánchez. Barcelona, Alba Editorial, 2003].

Burns, William John, *The Masked War* (Nueva York, 1913; Londres, Hodder & Stoughton, 1914).

Dinnerstein, Leonard, *The Leo Frank Case* (Nueva York y Londres, Columbia University Press, 1968).

— «Leo Max Frank», en Coleman, Kenneth y Gurr, Charles Stephen, editores, *Dictionary of Georgia Biography* (Athens, Georgia, University of Georgia Press, 1983).

Doyle, Arthur Conan, *Western Wanderings*, con una introducción de Christopher y Barbara Roden (Penyffordd, Gales, Conan Doyle Society, 1994).

— «Western Wanderings», *Comhill* (Londres), enero—abril de 1915.

— «The Last Resource», *The Strand* (Londres), diciembre de 1930.

— *Our American Adventure* (Londres, Hodder & Stoughton, 1923).

— *Our Second American Adventure* (Londres, Hodder & Stoughton, 1924).

Garrett, Franklin M., *Atlanta and Environs* (Athens, Georgia, 1969), segundo volumen, pp. 619—628.

Golden, Harry, *A Little Girl is Dead* (1965). Publicado en Inglaterra con el título de *The Lynching of Leo Frank* (Londres, Cassell, 1966).

Gowers, Rebecca, *The Swamp of Death: A True Tale of Victiman Lies and Murder* (Londres, Hamish Hamilton, 2004), centrada en el asesinato del pantano de Blenheim.

Harlow, Alvin F., «William John Burns», en Stane, Harris, E., editor, *Dictionary of American Biography*, volumen XXI, suplemento I (Nueva York, 1944).

Hertzberg, Steven, *Strangers within the Gate City: The fews of Atlanta, 1845—1915* (Filadelfia, Jewish Publication Society of America, 1978).

Indianapolis Journal, «Conan Doyle in Town», 16 de octubre de 1894.

Mackay, James, *Allan Pinkerton: The Eye Who Never Slept* (Edimburgo y Londres, Mainstream, 1996).

Pinkerton, Allan, *The Molly Maguires and the Detectives* (1877) (Nueva York, Dover Books, 1973).

Redmond, Christopher, *Welcome to America, Mr Sherlock Holmes* (Toronto, Simón & Pierre, 1987).

Times (Londres), «Corruption in California», del 1 al 3 de enero de 1908.

— «Sir A. Conan Doyle in Sing—Sing. Indictment of the New York prison», 1 de junio de 1914.

Tindall, George B., *The Emergence of the New South 1913—1945* (Baton Rouge, Louisiana State University, 1867).

16. El Barbazul de la Bañera

Barker, Dudley, *Lord Darling's Famous Cases* (Londres, Hutchinson, 1936).

Bolitho, William, *Murder for Profit* (Londres, Jonathan Cape, 1929; nueva edición: Londres, Denis Dobson, 1953).

Browne, Douglas G. y Tullett, E. V., *Bernard Spilsbury: His Life and Cases* (Londres, George G. Harrap, 1951).

Douthwaite, Louis C., *Mass—Murder* (Londres, John Long, 1929).

Goodman, Jonathan, «Also Known as Love», en *The Seaside Murders* (Londres, Alison & Buany, 1985).

Higham, Charles, *The Adventures of Arthur Conan Doyle* (Londres, Hamish Hamilton, 1976), p. 247.

Humphreys, *sir* Travers, *A Book of Trials* (Londres, Heinemann, 1953).

Hynd, Alan, «Bluebeard and the Armchair Sleuth», *Cosmopolitan* (Nueva York), septiembre de 1940, p. 11.

— «When Conan Doyle Played Sherlock Holmes», *Liberty* (Toronto), volumen 39, febrero de 1963, pp. 29, 40—41.

Maijoribanks, Edward, *The Life of Sir Edward Marshall Hall* (Londres, Victor Gollancz, 1929).

Moiseiwitsch, Maurice, *Five Famous Trials* (Londres, Heinemann, 1962).

Neil, Arthur Fowler, *Forty Years of Man—Hunting* (Londres, Jarrolds, 1932), pp. 31—49.

Nordon, Pierre, *Conan Doyle* (Londres, John Murray, 1966), p. 116.

Sifakis, Cari, *A Catalogue of Crime* (Nueva York, New American Library, 1979), p. 76.

Sims, George R., *The Bluebeard of the Bath* (Londres, C. A. Pearson, 1915).

Ullman, Albert, «Greater than Sherlock Holmes», *True Detective Mysteries* (Nueva York), diciembre de 1939, pp. 40 y ss.

Watson, Eric R., editor, *Trial of George Joseph Smith* (*Notable British Trials*) (Edimburgo, William Hodge & Co., 1922).

— «George Joseph Smith», en *Famous Trials II*, editado por Harry Hodge (Londres, Penguin Books, 1947).

17. El caballero andante

Las cartas que Conan Doyle dirigió a Casement, al igual que las actas del proceso y los documentos de su abogado, George Gavan Duffy, y los documentos relativos a Casement se encuentran en la Biblioteca Nacional de Irlanda. La lista de donantes de fondos que se menciona en el texto se halla también entre estos documentos, MSS. 10.763 (11). En la Biblioteca Británica se conservan los documentos con la petición de indulto para Casement presentada por Conan Doyle, Add. Mss. 63 596. Tres cartas relacionadas con el caso Casement (lote número 58 de *The Conan Doyle Collection*) están en poder (desde marzo de 2006) de un intermediario, Peter L. Stem, Boston, Massachusetts.

El caso de Roger Casement

Doyle, A. C., *A Petition to the Prime Minister* (1914).

Dudgeon, Jeffrey, *Roger Casement: The Black Diaries* (Belfast, The Belfast Press, 2004).

Gates, Peter Singleton, *The Black Diaries of Sir Roger Casement* (París, Olympia Press, 1959). Edición de un manuscrito mecanografiado de 1916.

Gwynn, Denis, *Traitor or Patriot: The Life and Death of Roger Casement* (Londres, Jonathan Cape, 1931).

Hyde, Harford Montgomery, *Trial of Sir Roger Casement* (Londres, William Hodge, 1960).

Inglis, Brian, *Roger Casement* (Londres, Hodder and Stoughton, 1973).

MacColl, René, *Roger Casement* (Londres, Hamish Hamilton, 1956).

McCormack, W. J., *Roger Casement in Death, or Haunting the Free State* (Dublín UCD Press, 2004).
Mitchell, Angus, *Sir Roger Casement's Heart of Darkness: The 1911 Documents* (Dublín, Irish Manuscripts Commission, 2004).
— *Roger Casement* (Londres, Haus, 2003).
Ó Síocháin, Seamus and O'Sullivan, Michael, *The Eyes of Another Race: Roger Casement's Congo Report and 1903 Diary* (Dublín, UCD Press, 2004).
Sawyer, Roger, *Roger Casement's Diaries: 1910 The Black and the White* (Londres, Pimlico, 1997).
Thomson, *sir* Basil, *My Experiences at Scotland Yard* (Nueva York, Doubleday, 1923).
— *The Scene Changes* (Nueva York, 1939; Londres, Collins, 1939).
Tóibín, Colm, «The Tragedy of Roger Casement», *New York Review of Books,* 27 de mayo de 2004, pp. 53—57.

Doyle y el espiritismo

Burgess, Anthony, «Centenary of Sherlock Holmes», *Independent* (Londres), 10 de enero de 1987.
Ernst, Bernard M. L. y Carrington, Hereward, *Houdini and Conan Doyle* (Londres, Hutchinson, 1933).
Jones, Kelvin I., *Conan Doyle and the Spirits: The Spiritualist Career of Sir Arthur Conan Doyle* (Wellingborough, Aquarian Press, 1989).
Houdini, Harry, *A Magician among the Spirits* (Nueva York, Harper & Brothers, 1924).
Stashower, Daniel, *Teller of Tales: The Life of Arthur Conan Doyle* (Londres, Allen Lane, 2000).
Thurston, Herbert, jesuita, *Modem Spiritualism* (Sheed & Ward, 1928).
Walter, Nicolás, «Doyle and Holmes», *Independent* (Londres), 14 de enero de 1987. Perfil de Doyle como miembro de la Asociación de la Prensa Racional.

18. Ned Kelly y el fantasma de Fisher

El doctor Groves, de Brunswick West, Victoria, actualmente en la Universidad de Melbourne, me facilitó abundante información acerca del itinerario seguido por Conan Doyle por tierras de Australia.

Anderson, Johannes C., *Jubilee History of South Canterbury* (Auckland y Londres, 1916), pp. 472—473. Sobre el caso del envenenamiento de Hall.

Clune, Frank, *The Kelly Hunters* (Londres, Angus & Robertson, 1954).

Collings, Rex, editor, *Classic Victorian and Edwardian Ghost Stories* (Ware, Wordsworth Classics, 1996).

Doyle, A. Conan, «The Use of Armour» (carta sobre Ned Kelly), *The Times*, 27 de julio de 1915; reproducido en *Letters to the Press*, p. 222.

— *The Wanderings of a Spiritualist* (Londres, Hodder & Stoughton, 1921).

Dyall, Valentine, «The Silent Witness», en *Unsolved Mysteries* (Londres, Hutchinson, 1954), pp. 26—35, 241—242.

Haré, Francis A., *The Last of the Bushrangers* (Londres, Hurst & Blackett, 1892).

Lang, John, *Botany Bay* (Londres, W. Tegg, 1859).

— *Fisher's Ghost and Other Stories of the Early Days of Australia* (Melbourne, E. W. Colé, [¿1920?]).

Martin, Robert Montgomery, *History of the British Colonies* (Londres, J. Cochrane, 1834—1835), volumen 4.

Ned Kelly: Man and Myth, con una introducción de Colin F. Cave (Melbourne, 1968).

Sheehan, Jack R., *Famous Murders in New Zealand* (Wellington, 1933).

Sydney Gazette (crónica de la ejecución de George Worrall), 12 de febrero de 1823.

Taylor, Alfred Swaine, *On Poisons in Relation to Medical Jurisprudence and Medicine*, tercera edición (Londres, J. y A. Churchill, 1875).

Treadwell, C. A. L., «The Trial of Thomas Hall and Margaret Houston», en *Notable New Zealand Trials* (New Plymouth, 1936), pp. 147—160.

Triebal, L. A., *Fisher's Ghost and Other Essays* (Melbourne, Cheshire, 1950).

19. Nueva luz sobre crímenes del pasado

Collins, John Churton, «The Merstham Tunnel Mystery and its Lessons», *National Review* (Londres), número 274, diciembre de 1905, pp. 656—671.

— «The Merstham and Crick Tunnel Mysteries: a Comparative Study», *National Review* (Londres), número 277, marzo de 1906, pp. 145—158.
Curtís, J., *The Murder of Maria Marten* (The Famous Trial Series) (Londres, Geoffrey Bles, 1930).
Doyle, A. Conan, «New Light on Old Crimes», *The Strand* (Londres), enero de 1920.
— *The Wanderings of a Spiritualist* (Londres, Hodder & Stoughton, 1921).
— «Clairvoyants and Detectives», *Daily Express* (Londres), 21 de octubre de 1921.
— *Memories and Adventures* (Londres, Hodder & Stoughton, 1924) (*Memorias y aventuras*, traducción de Bernardo Moreno Carrillo, Madrid, Valdemar, 1999).
— *History of Spiritualism* (Londres, Cassell, 1926).
On the Edge oft he Unknown (Londres, John Murray, 1930).
Eyles, F. A. H., «Crime and the Crystal. Has Crystal—Gazing a Scientific Basis?», *The Strand* (Londres), volumen 37, febrero de 1909, p. 170.
Gibbs, Dorothy, *The True Story of Maria Marten* (Ipswich, Ingaterra, East Anglian Magazine, 1949).
Gillen, Mollie, *The Assassination of the Prime Minister* (Londres, Sidgwick & Jackson, 1972).
Gibson, John Michael y Green, Richard Lancelyn, *Letters to the Press* (Londres, Sacker & Warburg, 1986).
McCormick, Donald, *The Red Barn Mystery* (Londres, John Long, 1967).
Maskell, William, «The Mystery of Owen Parfitt», en *Odds and Ends* (Londres, 1872).
The Times (Londres), «Inquest [on Percy Lintott Foxwell]», 6 de febrero, 1901, p. 4.
— «Missing Rugby Boy. Lost at Liverpool Station», 21 de septiembre, 1921, p. 7.
— «Missing Rugby Boy Found. Enlistment in Royal Corps of Signáis», diecisiete de octubre, 1921, p. 10.

20. Conan Doyle y el bandido motorizado

Aunque el recientemente fallecido novelista norteamericano Irving Wallace confirmó al autor por carta la conversación con el doctor Locard, sigue habiendo algunos puntos oscuros sobre el encuentro entre Locard y Conan

Doyle. Quiero dejar constancia aquí de mi agradecimiento al desaparecido doctor Bernard Heuvelmans por la infatigable investigación en torno a este asunto en bibliotecas de París.

Asbury, Herbert, *The Gangs of New York* (Nueva York y Londres, Alfred A. Knopf, 1918) [*Gangs de Nueva York: bandas y bandidos en la gran manzana (1800—1925)*; traducción de Carme Font Paz. Barcelona, Edhasa, 2003].

Ashton—Wolfe, Harry, *The Underworld* (Londres, 1926), pp. 163—202.

— *Outlaws of Modern Days* (Londres, 1927). Incluye una fotografía de Bonnot.

— *The Invisible Web: Strange Tales from the French súreté. From documents supplied by Edmond Locará of the súreté, at Lyons, France* (Londres, 1929).

Bercher, Jean—Henri, *Étude médico—légale de l'oeuvre de Conan Doyle et La pólice Scientifique au XXme Siécle* (Lyon, A Storck & Cié., 1906).

Chomarat, Michel, *Documents anarchistes: revue de documents històriques sur le Mouvement anarchiste français pour la région Rhóne—Alpes* (1967—1968).

— *Les amants tràgiques: histoire du bandit Jules Bonnot et de sa maîtresse Judith Tollon* (Lyon, Edico, 1978).

Crauser, Jean—Pierre, «L'affaire Doyle—Locard—Bonnot» (www.sshf.com/index.php3dir=articles&file=a_crauser2).

Davidson, Albert (Renée Reauveu), *Elémentaire, mon cher Holmes* (París, Denoel, 1982). Novela.

Lacassin, Francis, *Mythologie du román policier* (París, 10/18, 1974, volumen I, p. 116.

Locard, Edmond, «La méthode policiére de Sherlock Holmes», en *Policiers de román et de laboratoire* (París, Payot, 1924). Publicado por primera vez en *La revue hebdomadaire*, año 31, tomo 2, pp. 334—336.

— *Les Grands criminals lyonnais* (Lyon, Album du Crocodile, 1938).

Thomas, Bernard, *La Bande à Bonnot* (París, Tchou, 1968), pp. 20—22. [*La «Belle Epoque» de la banda de Bonnot*; traducción de Carmen Suárez León, Tafalla, Txalaparta Argitaletxea, 2000].

Wallace, Irving, «The French Sherlock Holmes», en *The Sunday Gentleman* (Londres, 1966), pp. 334—336.

— Carta personal (12 de enero de 1985).

Winslow, Forbex, *The Insanity of Passion and Crime* (Londres, John Ousely, 1913).

21. La extraña muerte de la esposa del general

John Winnifrith, el rector de la parroquia, me hizo llegar un extracto de lo que se conservaba en el registro parroquial de Ightham acerca del caso Luard, así como recortes de informaciones aparecidas en el periódico de la localidad.

Adam, H. L., «The Summer House Mystery: The Luard Case», en *Fifty Most Amazing Crimes of the Last 100 Years* (Londres, 1936), pp. 339—357.

Berrett (exinspector de policía), «The Fish Ponds Woods Mystery», en *Great Unsolved Crimes* (Londres, Hutchinson, 1935).

Doyle, A. C. «The Problem of Thor Bridge», *The Strand* (Londres), febrero y marzo de 1921. [«El problema del Puente de Thor», en *Todo Sherlock Holmes*; traducción de Juan Manuel Ibeas, Madrid, Ediciones Cátedra, 2003].

Gribble, Leonard, «Who Murdered Mrs. Luard? Kent Mystery of the Summer House», *True Detective,* octubre de 1984.

Gross, Hans, *Criminal Investigation: A Practical Handbook for Magistrates, Police Officers, and Lawyers,* traducción y adaptación de John Adam y J. Collyer Adam de *System der Kriminalistik*, del doctor Hans Gross (Londres, The Specialist Press Ltd., 1907; Londres, edición de 1934), pp. 428—429.

Hastings, Macdonald, *The Other Mr Churchill* (Londres, George G. Harrap, 1963).

Higham, Charles, *The Adventures of Arthur Conan Doyle* (Londres, Hamish Hamilton, 1976), p. 309.

Jepson, Edgard, «The Luard Mystery», en *Great Stories of Real Life* (Londres, Newnes, 1924), pp. 260—269.

— *Great Crimes of Recent Times* (Londres, Newnes, 1929), pp. 434—474.

Knight, Stephen y Taylor, Bernard, *Perfect Murder* (Londres, Souvenir Press, 1987).

Symons, Julian, «An Edwardian Tragedy», en *A Reasonable Doubt* (Londres, Cresset Press, 1960).

Villiers, Elizabeth, *Riddles of Crime* (Londres, T. Werner Laurie, 1928).

Wilson, Colin y Pitman, Patricia, *Encyclopedia of Murder* (Londres, Arthur Barker, 1961), pp. 561—564. Sobre C. H. Norman y el caso Luard.

22. Muerte a la orilla del mar

La carta de Ralph Blumenfeld formaba parte del lote 92 de *The Conan Doyle Collection*; al no encontrar comprador, sigue en poder de los herederos de Anna Doyle.

Blumenfeld, Ralph D., *R. D. B.'s Procession* (Londres, Ivor Nicholson & Watson, 1935), pp. 185—192.

The Great Bournemouth Mystery. The Spirit of Irene Speaks (Bournemouth, William Tylar, 1923).

Woodhall, Edwin T., *Crime and the Supernatural* (Londres, John Long, 1935), pp. 111—114.

Woodland, W. Lloyd, *The Trial of Thomas Henry Allaway* (*Famous Trials Series*) (Londres, Geoffrey Bles, 1929).

23. El asesinato de la granja de pollos de Crowborough

Kathleen Bennett que, para entonces, andaba por St. Mary, en el sur de Australia, tuvo la gentileza de compartir conmigo los recuerdos que conservaba de Norman Thorne (carta del 29 de junio de 1985).

Bennett, Kathleen, «Partnering a Murderer», *Sussex Life*, junio de 1985, p. 17.

Browne, Douglas G. y Tullett, E. V., *Bernard Spilsbury: His Life and Cases* (Londres, George G. Harrap, 1951).

Gribble, Leonard, *Famous Judges and Their Trials* (Londres, John Long, 1957).

Higham, Charles, *The Adventures of Arthur Conan Doyle* (Londres, Hamish Hamilton, 1977), p. 303.

Lustgarten, Edgar, *Verdict in Dispute* (Londres, Allan Wingate, 1949).

— *The Murder and the Trial* (Londres, Odhams, 1960).

Morning Post (Londres) «Sir A. Conan Doyle and the Thorne Case», 21 de abril de 1925, p. 9.

Normanton, Helena, ed., *The Trial of Norman Thorne* (*Famous Trials Series*) (Londres, Geoffrey Bles, 1929).

— «The Crowborough Murder», en *Great Unsolved crimes* (Londres, Hutchinson, 1935).

Wensley, Frederick Porter, *Detective Days* (Londres, Cassell, 1931), pp. 276—280.

Wilson, Colin y Pitman, Patricia, *Encyclopedia of Murder* (Londres, Arthur Barker, 1961).

24. El caso de la dama desaparecida

Atticus, «The Curious Affair at Newlands Corner», *Sunday Times* (Londres) 18 de enero de 1976.

Barnard, Robert, *A Talent to Deceive: An Appreciation of Agatha Christie* (Londres, Collins, 1980).

Brabazon, James, *Dorothy L. Sayers* (Londres, Gollancz, 1981), p. 158.

Calder, Ritchie, «Agatha and I», *New Statesman*, 30 de enero de 1976, p. 128.

Cade, Jared, *Agatha Christie and Missing Eleven Days* (Londres, Peter Owen, 1998).

Evening Chronicle (Manchester), artículo y comentario editorial acerca de la intervención de Conan Doyle en la localización de Christie, 20 de diciembre de 1926.

Doyle, A. C., «Sir A. Conan Doyle and Christie Case. Psychometry and Detective Work», *Morning Post* (Londres), 20 de diciembre de 1926, p. 4. *Letters to the Press*, p. 322.

Christie, Agatha, «Mrs Agatha Christie: Her Own Story of Her Disappearance», *Daily Mail* (Londres), 16 de febrero de 1928.

Gill, Gillian, *Agatha Christie: The Woman and Her Mysteries* (Londres, Robson Books, 1991) [Agatha Christie: vida y misterio, Pozuelo de Alarcón, Espasa—Calpe, 1993].

Higham, Charles, *The Adventures of Arthur Conan Doyle* (Londres, Hamish Hamilton, 1976).

Hiscock, Eric, *Last Boat to Folly Bridge* (Londres, Cassell, 1970).

— «Personally Speaking», *The Bookseller*, 19 de abril de 1980, p. 1752.

Keating, H. R. F., ed., *Agatha Christie: First Lady of Crime* (Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1977).

Leaf, Horace, «I am a Psychic Detective», *Liberty* (Nueva York), marzo y abril de 1939. Algunos folios en malas condiciones en la Biblioteca Harry Price, del University College de Londres.

— *Death Cannot Kill* (Londres, Max Parrish, 1959), pp. 122—129.

Lloyd's Sunday News (Londres), réplica a Edgar Wallace acerca del recurso a la adivinación por parte de Conan Doyle en el caso Christie, 1 de septiembre de 1929.

Morgan, Janet, *Agatha Christie* (Londres, Collins, 1984) [*Grandes biografías: Agatha Christie*; traducción de Montserrat Conill, Barcelona, Ultramar Editores, 1989].

Osborne, Charles, *The Life and Crimes of Agatha Christie* (Londres, Collins, 1982).

Rivière, François, *Agatha Christie — Duchesse de la Mort* (París, Editions du Masque, 2001).

Robyns, Gwen, *Agatha Christie* (Nueva York, Doubleday, 1978). Este libro no llegó a publicarse en Gran Bretaña por cuestiones jurídicas.

Stashower, Daniel, *Teller of Tales: The Life of Arthur Conan Doyle* (Londres, Allen Lane, 2000).

Tynan, Kathleen, *Agatha* (Londres y Nueva York). Novela inspirada en el documental del mismo título que los herederos de Agatha Christie trataron de frenar. No guarda relación con hechos de carácter histórico o biográfico.

White, Patrick, *Flaws in the Glass* (Londres, Jonathan Cape, 1981). Woodhall, Edwin T., *Crime and the Supernatural* (Londres, John Long, 1929), pp. 33—34.

25. Asesinato en el parque zoológico

Debo dar las gracias a Cecilia Zeiss por la ayuda que me prestó a la hora de cotejar y traducir el material afrikáner que, en parte, he utilizado para este capítulo, así como por su ayuda para acceder a otras fuentes sudafricanas. La información sobre Stephen Black me la proporcionó el eminente escritor y académico, profesor Stephen Gray.

Baneshik, Percy (sobre Stephen Black), *The Star* (Johanesburgo), 14 de septiembre de 1981.

Bennett, Benjamín, *The Clues Comdemn* (Ciudad del Cabo, H. B. Timmins, 1949).

Doyle, A. C., *Our African Winter* (Londres, Hodder & Stoughton, 1929), pp. 182—184 [*Nuestro invierno africano*; traducción de Bernardo Moreno Carrillo, A Coruña, Ediciones del Viento, 2004]. Howcroft, P., «Stephen Black 1880—1931», en *The South African Encyclopedia: Prehistory to the year 2000* (en preparación).

The Sjambok (Johanesburgo), «Did the Port Elizabeth Sex Fiend Kill Miss Kanthack?», 30 de agosto de 1929.

26. Enigmática muerte en Umtali

La información sobre el asesinato del parque de Umtali apareció publicada en el *Rhodesia Herald*, el 8 de noviembre de 1928; la investigación se retrasó hasta los días 19, 21, 22, 24 y 30 de noviembre; la detención y vista preliminar de la causa contra Winter se celebró el 30 de noviembre, así como los días 4, 5 y 6 de diciembre, y se archivó el 27 de diciembre. Pese a ciertas reticencias, el escritor Graham Lord me puso en contacto con un pariente que había vivido en Umtali.

Doyle, A. C., *Our African Winter* (Londres, Hodder & Stoughton, 1929), pp. 176—182 [*Nuestro invierno africano*; traducción de Bernardo Moreno Carrillo, A Coruña, Ediciones del Viento, 2004].

The Times (Londres), «Obituary: Sir Robert Mcllwaine», 27 de octubre de 1943, p. 7.

27. El zapatero y el pescadero ambulante

The Anarchists, editado y presentado con una introducción a cargo de Irving L. Horowitz (Nueva York, Laurel Edition, Dell Publishing, 1964).

Doyle, A. C., *Our African Winter* (Londres, Hodder & Stoughton, 1929), pp. 228—229 (*Nuestro invierno africano*; traducción de Bernardo

Moreno Carrillo, A Coruña, Ediciones del Viento, 2004).

Ehrmann, Herbert B., *The Untried Case: The Sacco—Vanzetti Case and the Morelli Gang* (Nueva York, 1933; 2.ª edición, Nueva York, Vanguard Press, 1960).

— *The Case That Will Not Die: Commonwealth vs. Sacco and Vanzetti* (Londres, Little Brown, 1969).

Jackson, Brian, *The Black Flag* (Boston y Londres, Routledge and Kegan Paul, 1981).

Russell, Francis, *Tragedy at Dedham* (Nueva York, McCraw—Hill; Londres, Longmans, 1963).

The Letters of Sacco and Vanzetti, edición a cargo de Denman Frankfurter y Gardiner Jackson (Nueva York, The Viking Press, 1955).

Sinclair, Upton, *Boston* (Nueva York, A. & C. Boni; Pasadena, California, y Long Beach, California; publicado por el autor, 1928; Londres, Wemer Laurie, 1929).

— «The Fish Pedlar and the Shoemaker», *New York Institute of Social Studies Bulletin*, volumen 2, número 2, verano de 1953.

— *My Life in Letters* (Columbia, University of Missouri Press, 1960), pp. 63—70. Cartas enviadas por Conan Doyle.

Tuchman, Barbara W., *The Proud Tower* (Nueva York, The Macmillan Co., 1966). Véase el capítulo 2, «The Idea and the Deed: The Anarchists 1890—1914».

Yellen, Samuel, *American Labor Struggles* (Nueva York, Harcourt Brace, 1936).

Epílogo

Atendiendo a las demandas de la familia Doyle, Hamish Hamilton recurrió a una argucia jurídica para añadir al justificante de propiedad intelectual de los ejemplares del libro de Charles Higham, *The Adventures of Conan Doyle*, las circunstancias en que se produjeron el traslado y nuevo entierro de los restos de Conan Doyle en 1955, como he tenido ocasión de comprobar en la Biblioteca del Trinity College de Dublín.

Cawte, Godrey, «Sir Arthur Conan Doyle: The Minstead Connection», *Hampshire Magazine*, julio de 1986, pp. 49—50.

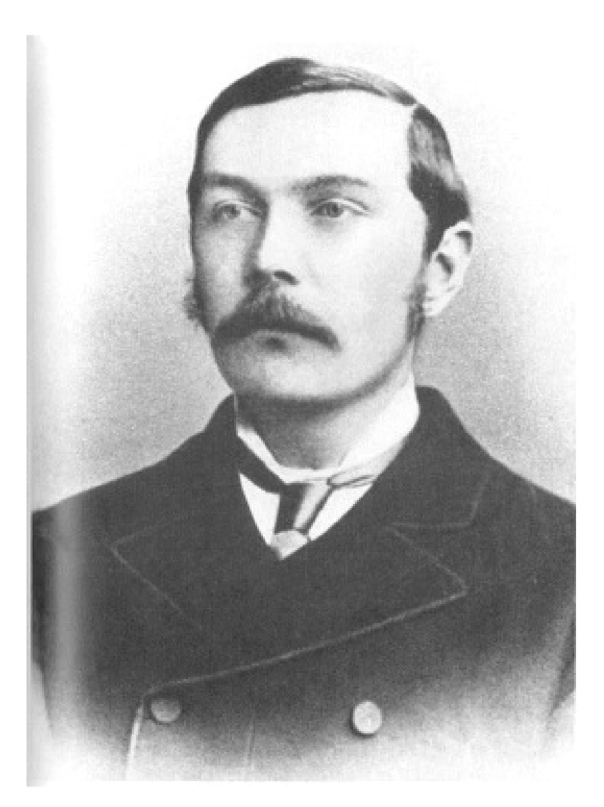
Doyle, Arthur Conan, «A Tragedy», poema XXV de *Songs of Action* (Londres, Smith, Eider & Co., 1898).

Higham, Charles, *The Adventures of Conan Doyle* (Londres, Hamish Hamilton, 1976).

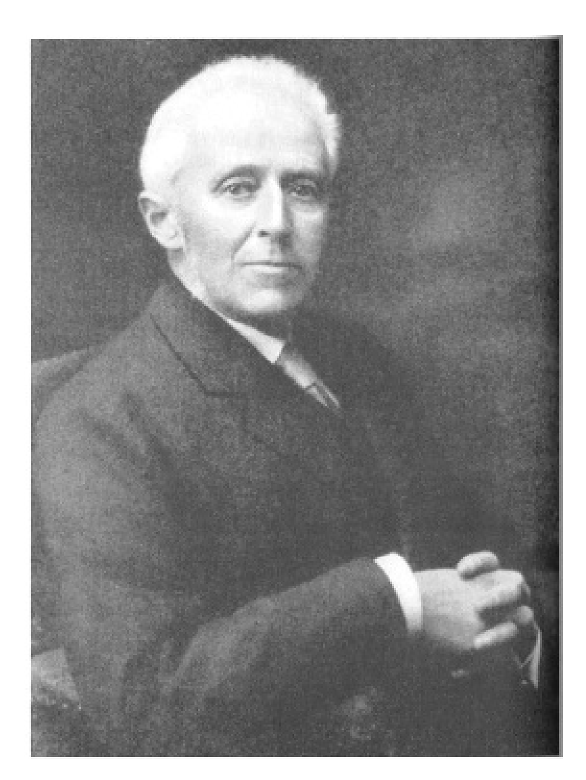
Sifakis, Cari, *The Catalogue of Crime* (Nueva York, New American Library, 1979), p. 79.

Starrett, Vincent, *The Private Life of Sherlock Holmes* (Nueva York, Macmillan, 1934; nueva edición, Londres, Allen & Unwin, 1961).

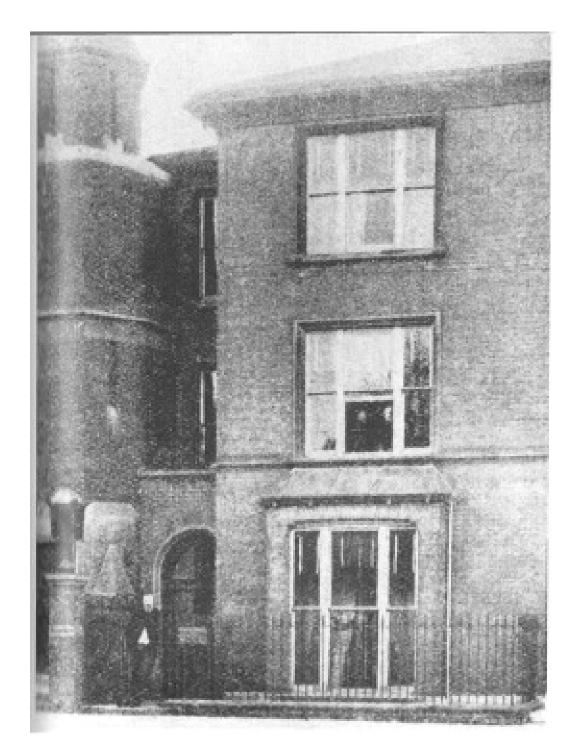
Ilustraciones



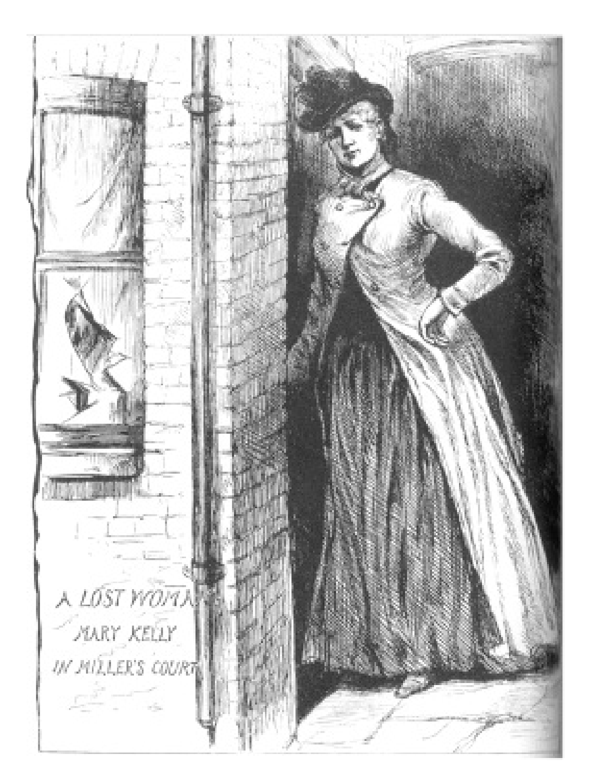
El creador de Sherlock Holmes en su juventud: Conan Doyle en los años de Southsea (circa 1884)



El doctor Joseph Bell, profesor de Conan Doyle en la Universidad de Edimburgo y fuente de inspiración de los métodos de Sherlock Holmes.

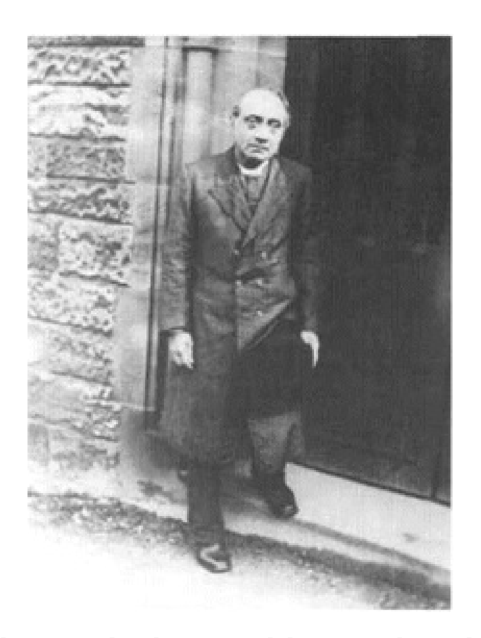


Conan Doyle en el portal del número 1 de Bush Villas, Elm Grove, Southsea, donde escribiría el primer relato de Sherlock Holmes un año después de la repentina muerte de Jack Hawkins.

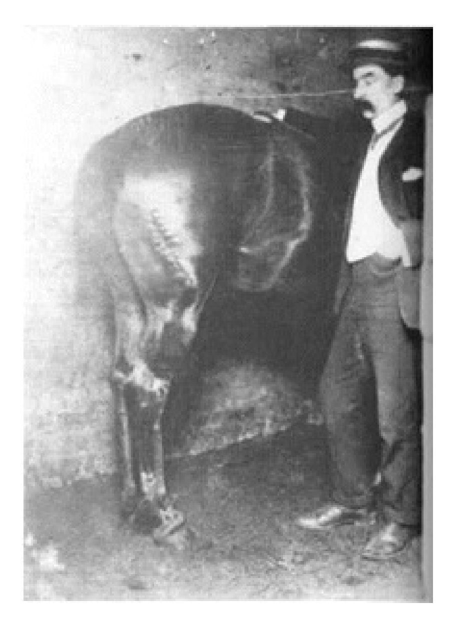


Mary Kelly, la última víctima de Jack el Destripador.

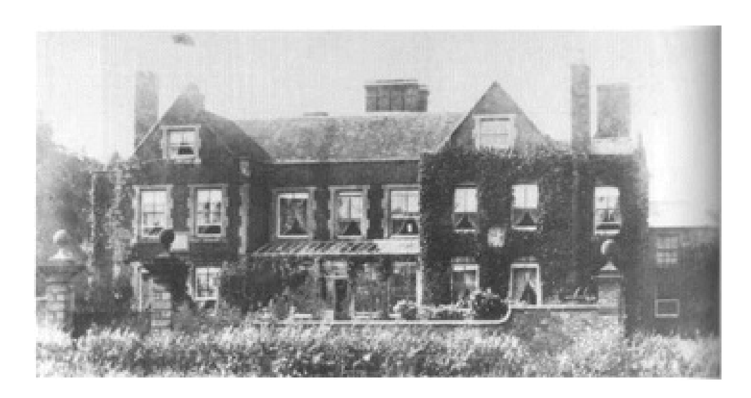
George Edalji. Sus ojos prominentes llamaron la atención de Conan Doyle cuando lo conoció.



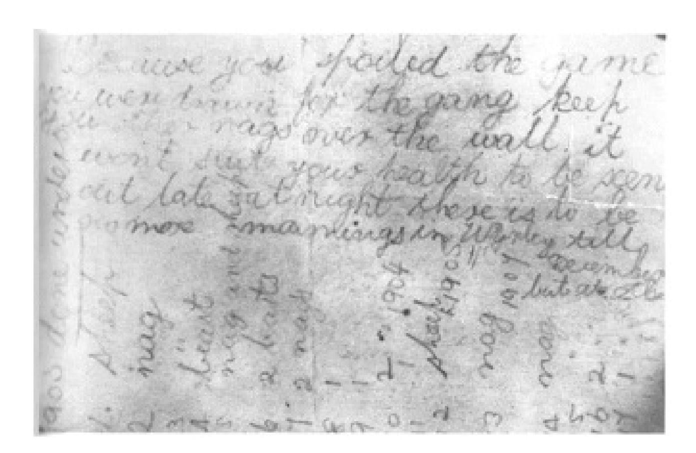
El padre de Edalji, el reverendo Shapurji Edalji, procedente de una familia parsi de Bombay, casado con una inglesa y párroco de Wyrley.



Uno de los caballos acuchillados en el caso Edalji.



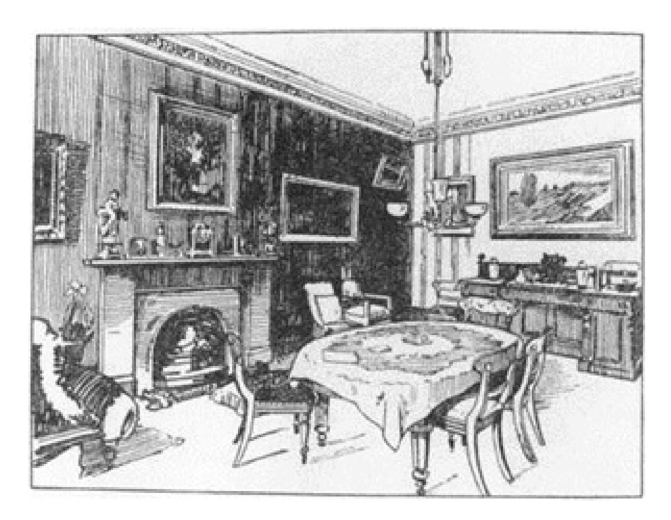
La vicaría de Wyrley, hogar de la familia Edalji.


[illegible] you spoiled the game
[illegible] for the gang keep
[illegible] rags over the wall it
wont suit your health to be seen
out late at night there is to be
no more maimings in Wyrley till
December [illegible]

Una de las misteriosas cartas con detalles sobre las mutilaciones que, con nombre falso, recibió la policía en el caso Edalji.

La policía inspecciona un campo cerca de Wyrley en la investigación del caso Edalji.

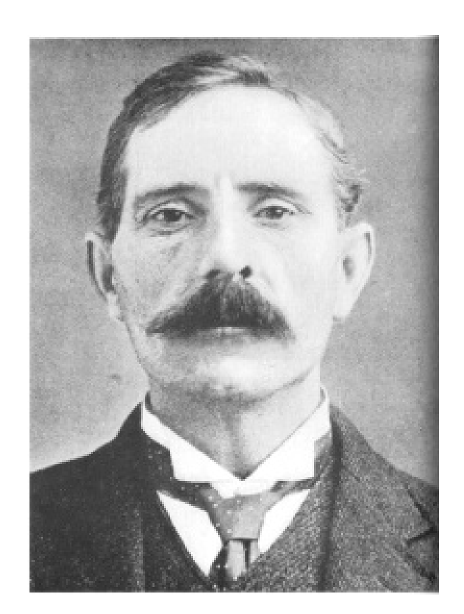
El doctor Crippen y Ethel Le Neve en el banquillo de los acusados de Bow Street.



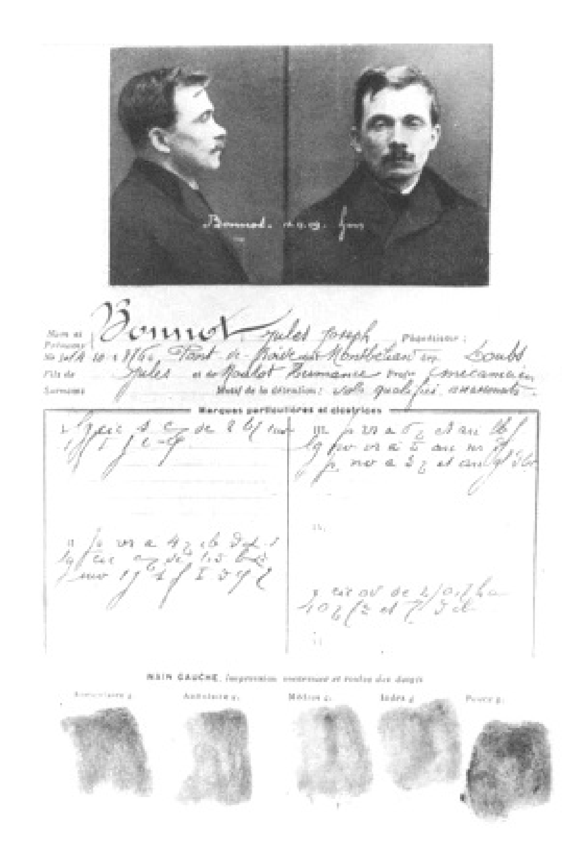
El comedor donde se encontró el cadáver de Marion Gilchrist.

Oscar Slater en 1928, tras el indulto y la puesta en libertad gracias a la campaña dirigida por Conan Doyle.

Marion Gilchrist, la víctima del crimen por el que Oscar Slater fue injustamente condenado.



George Joseph Smith, el Barbazul de la Bañera, «despiadado sin fin», en palabras de Conan Doyle. Ésta es la foto de la ficha policial, tomada en la cárcel de Brixton.



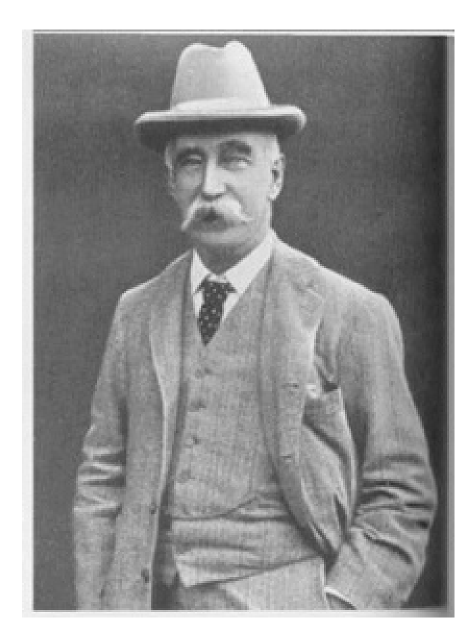
Bonnot Jules Joseph

Marques particulières et cicatrices

MAIN GAUCHE

Ficha policial de Jules Bonnot, el Bandido Motorizado, antiguo chófer de Conan Doyle.

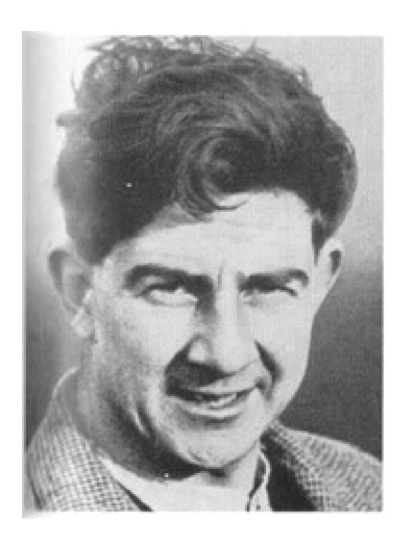
Jules Bonnot en sus días de chófer. El 26 de abril de 1926 encontraría la muerte en un tiroteo con la policía francesa.



El general Charles Luard antes de la muerte de su mujer.

La Casa, la residencia de verano donde fue asesinada la señora Luard. Algunas circunstancias del caso Luard inspirarían a Conan Doyle El problema del Puente de Thor.

La cabaña de Norman Thorne en Crowborough, cerca de la casa de Conan Doyle en Sussex.



Norman Thorne, el granjero de pollos cuya condena por asesinato tanto preocuparía a Conan Doyle. Fue ahorcado en la cárcel de Wandsworth el 22 de abril de 1925.

Elsie Cameron, cuyos restos fueron hallados en la granja de Norman Thorne.

NOTED JOCKEY KILLED IN A MOTORING ACCIDENT

Daily Mirror

MAJOR BLAKE FINED £250

THE DAILY PICTURE NEWSPAPER WITH THE LARGEST NET SALE

MRS. CHRISTIE'S DRAMATIC DASH TO SECLUSION

Titular sobre el hallazgo de la desaparecida Agatha Christie. Conan Doyle creyó que el caso Christie «ofrecía una excelente muestra de la utilidad de la psicometría para un detective».

Bartolomeo Vanzetti (izquierda) y Nicola Sacco (derecha), injustamente condenados por asalto y asesinato y electrocutados el 23 de agosto de 1927. El presidente del jurado diría: «¡Malditos sean! Además, deberían ahorcarlos».

Manifestación para la liberación de Sacco y Vanzetti. Conan Doyle observó: «Es imposible interpretar los hechos sin caer en la cuenta de que aquellos dos italianos fueron ejecutados por ser anarquistas, no por ser asesinos».

Conan Doyle, en sus últimos años, en el escritorio donde concibió gran parte de su obra detectivesca, tanto en la ficción como en la realidad.

PETER COSTELLO (Dublín, 1946). Estudió en la Universidad de Michigan y es especialista en cultura e historia de Irlanda. Es un reconocido experto en la vida y obra de James Joyce y sus libros sobre la vida y familia del escritor irlandés han marcado un hito en la bibliografía joyceana. Se ha interesado también por la literatura popular del siglo XIX y por la criptozoología, en concreto sobre el monstruo del lago Ness y otras serpientes marinas míticas. También ha publicado algún libro sobre Jules Verne y sobre Conan Doyle.

Notas

[1] Aunque pertenecientes en cierto modo al terreno de la ficción, *The Stark Munro Letters* constituyen una recopilación bastante fidedigna de los acontecimientos vividos por Conan Doyle en sus años de juventud, y es posible que estén inspiradas en una correspondencia real que Doyle mantuvo en aquella época con un amigo suyo que vivía en el extranjero. [Esta nota, como todas las numeradas sin asterisco, es del autor. **<<**

[2] Dicho nombre no encierra ningún misterio. El matrimonio Doyle pasó su luna de miel en Irlanda, donde Henry, tío de Arthur, era el director de la National Gallery de Dublín. La suegra de Henry Doyle era hija de Thomas Sherlock de Butlerstown Castle, Co. Waterford. Al igual que Conan Doyle, Holmes era de ascendencia irlandesa. <<

[3] Como tendremos ocasión de comprobar en el capítulo 17, Casement fue un patriota irlandés, que había trabajado en el servicio consular británico en África y en América del Sur, antes de desplazarse a Alemania durante la Primera Guerra Mundial. En dicho país trató de organizar una «brigada» de prisioneros de guerra irlandeses, con el propósito de regresar a Irlanda y poner fin a la dominación británica. Tras arribar en secreto a su país en 1916, fue condenado por traición y ejecutado en la horca. Conan Doyle recibió con indiferencia los pasajes homosexuales que aparecen en los conocidos *Black Diaries* (*Diarios negros*) de Casement. <<

[4] El cuarto caso sobre el que escribió, también en 1901, el de George Victor Townley, no figuraba entre las figuras de cera que se exhibían en Madame Tussaud en 1874. <<

[5] El escritor norteamericano de relatos de detectives Ellery Queen conservaba una novela de McGovan, firmada por Honeyman, en cuya dedicatoria admite que es el autor de la misma. <<

[6] Eso es lo que afirma, al menos, Adrián Conan Doyle. En el archivo Doyle aún puede verse un libro impreso en caracteres chinos en el que no figuran fecha ni lugar de edición; Xiao Quing es el autor de *An Account Between Two Cunning Rivals* [*Encuentro de dos sagaces competidores*], una traducción de la novela de Maurice Leblanc sobre Sherlock Holmes y Arsenio Lupin, probablemente *Arsène Lupin contre Sherlock Holmes* [*Arsenio Lupin contra Sherlock Holmes*] (1908). <<

[7*] Célebre juicio celebrado contra Arthur Orton (1834—1898), un impostor que decía ser *sir* Roger Tichborne (1829—1854), desparecido durante una travesía de Río de Janeiro a Inglaterra en 1854, y declarado legalmente fallecido en 1855. Tras la negativa de su madre a reconocer los hechos, apareció Arthur Orton, conocido como Tom Castro en aquella época, quien, en connivencia con la dama y sus abogados, se hizo pasar por el primogénito desaparecido en el mar. El desacuerdo de otros miembros de la familia culminó en el juicio y condena a catorce años de trabajos forzados por perjurio de Arhtur Orton, en 1874. Jorge Luis Borges se inspiró en este caso para su relato *El impostor inverosímil Tom Castro*. [Esta nota, como todas las marcadas con asterisco, es del traductor]. <<

[8] Como ya hemos apuntado, los ingresos de Conan Doyle en los años en que residió en Southsea nunca superaron las trescientas libras anuales, situación que tanto él como los recaudadores de impuestos consideraban «deficiente». Como sus honorarios no eran siempre los mismos, no es fácil calcular el número de pacientes al que correspondería dicha cantidad, pero es posible que no pasaran de tres o cuatro al día. <<

[9] Spice, según el *Anuario* de aquel año; Conan Doyle siempre escribe Spicer. <<

[10*] *Grand Parent*: abuelo. <<

[11*] *Whitaker’s Almanack*, anuario de referencia del Reino Unido, que se publica desde 1868. <<

[12*] Hawley Harvey Crippen, nacido en Michigan, Estados Unidos, en 1862, médico homeópata (tras trasladarse a vivir a Londres, no le convalidaron el título norteamericano y ejerció como dentista), ejecutado en la horca en la prisión de Pentonville en 1910 por el asesinato de su segunda esposa, Cora Turner, que aspiraba a ser cantante de ópera con el nombre de Belle Elmore. Fue el primer asesino capturado gracias al telégrafo. Véase el capítulo 13. <<

[13] Una reciente investigación acerca de los asesinos de la carretera de Ratcliffe, llevada a cabo por P. D. James y Tom Critchley, *The Maul and the Pear Tree* [*El mazo y el peral*] (nueva edición del año 2000), deja entrever que, en realidad, Williams era inocente. ¡Una teoría que habría encandilado a los miembros del Club de los Crímenes! <<

[14*] Nombre con el que se conoce el museo de objetos utilizados por asesinos, instalado en el edificio principal de la Policía Metropolitana de Londres, para uso interno del cuerpo. Abierto al público en 1948, sus instalaciones se trasladaron a New Scotland Yard en la década de 1980. <<

[15] Fueron devueltos de forma anónima en el otoño de 1988. <<

[16*] Frustrado vendedor de mangos de paraguas, ejecutado en la horca en 1887, tras el asesinato de una compañera de pensión a la que obligó a ingerir ácido nítrico. El caso levantó una oleada de antisemitismo. <<

[17] Jubelo, Jubela y Jubelum, que, en la época en que se erigió el Templo de Salomón, asesinaron al gran maestre Hiram Abiff, y a quienes se designa más frecuentemente como «rufianes» que como «Juwes». <<

[18*] Personaje de La tempestad, de William Shakespeare. <<

[19] No era hindú, pues, como muchos han afirmado. La comunidad parsi está formada por seguidores del profeta Zoroastro que se refugiaron en la India huyendo de Irán, y se asentaron especialmente en Bombay. En sus templos adoran el fuego sagrado, símbolo de su dios del bien, Ahura—Mazda. El principal precepto de su religión consiste en hacer el bien y realizan muchas obras de caridad. En 1901, en la India, eran unos noventa y cuatro mil. <<

[20] Beck era judío circunciso. Cuando se procedió a la detención de su doble, éste no estaba circuncidado. Pero nadie reparó en aquella diferencia sustancial entre ambos, un ejemplo más de los deficientes métodos policiales de aquel tiempo. <<

[21] No hay que perder de vista que, a pesar de lo que algunos afirman, estas evisceraciones ocurridas en Staffordshire no constituían un hecho aislado. Uno de los habituales en la sección de Cartas al Director de The Daily Telegraph aseguraba que era una de las formas de pasar el rato que tenían los paletos de las zonas rurales. Charles Fort y otros se han ocupado de documentar esas sorprendentes agresiones registradas en Inglaterra desde fecha tan temprana como 1810. Como en Ennerdale on the Borders, contra ovejas. En 1874, también se registraron en Irlanda, cerca de Cavan y en otras localidades. Si nos aproximamos a la época de Edjali, hechos similares ocurrieron en 1904 en Newcastle, Hexham, Falkirk, Tyneside, Tunbridge Wells y Sevenoaks, y en 1905 cerca de Badminton, Hinton y Gravesend; en 1906 en los alrededores del Royal Windsor Park, y en 1925 en Edale, en Derbyshire. Se dijo que algunos de esos ataques eran obra de animales: ¡incluso en Liverpool se atribuyeron a manadas de perros de trineo canadienses! Otros quizá fueran consecuencia de perversiones sexuales. Los ataques más llamativos y más recientes contra animales se han observado en el continente americano. <<

[22*] The Office of the Chief Herald of Irelandes, la autoridad suprema de la República de Irlanda en cuestiones de heráldica. Es el departamento más antiguo de la administración del Estado (establecido en 1552) y tiene su sede en la Biblioteca Nacional de Irlanda. Hasta el 1 de abril de 1943, la denominación oficial de dicho organismo fue Ulster King of Arms. <<

[23*] Que concluirían con la firma del Acta de Gobierno de Irlanda, que dividía la isla en dos jurisdicciones, Irlanda del Norte y del Sur, división confirmada en el Tratado Anglo—Irlandés de 1921, por el que se creaba un Estado Libre Irlandés, que no alcanzaría la soberanía completa hasta 1949 con la proclamación de la República de Irlanda. <<

[24*] Charles Hoy Fort (1874—1932), escritor estadounidense con diez novelas en su haber, e investigador de hechos paranormales, desde asuntos relacionados con ciencias ocultas o sobrenaturales hasta fenómenos como la levitación o la existencia de seres extraterrestres. <<

[25*] Líder religioso (1801—1877) de la Iglesia mormona tras el asesinato de Joseph Smith. Él fue quien dirigió el éxodo de sus fieles desde Illinois a Salt Lake City. <<

[26*] Agencia privada de seguridad y detectives fundada en Chicago en 1850 por Allan Pinkerton, famoso por haber desbaratado un plan para asesinar al presidente Abraham Lincoln. <<

[27] El texto de la nota decía: «Señora, el negro que acechaba aquí es quien lo hizo, cuando vine a hacer pis ese hombre negro fue quien me empujó a este agujero y me dio una buena paliza ese hombre alto y negro y escribo esto mientras abusa de mí». <<

[28*] Terrenos de titularidad pública en Elk Hills y Buena Vista Hills, en el condado de Kern, California, y en Tea Pot Dome, en el condado de Natrona, Wyoming. Se trataba de campos de petróleo reservados para la explotación por la Marina estadounidense en caso de que escaseasen las reservas convencionales, limitación a la que se oponían muchos políticos y las compañías petrolíferas privadas. <<

[29] Además de haber atrapado a Butch Cassidy y a Sundance Kid, Winston Churchill, ministro del Interior en aquellas fechas, había encargado a la empresa de su viejo amigo Williams la seguridad durante los fastos de la coronación de Jorge VI, en 1911. La empresa fue la responsable también de la custodia del príncipe de Gales en el viaje que hizo por Estados Unidos, para protegerlo de los republicanos irlandeses. <<

[30*] Serie de cinco fotografías tomadas por las primas Elsie Wright y Frances Griffith, en Cottingley, cerca de Bradford. En aquella fecha, 1917, ambas tenían dieciséis y diez años, respectivamente. Conan Doyle publicó un artículo en *The Strand* explicando las dos primeras fotografías. En una entrevista que concedieron a la revista *The Unexplained* en 1981, las primas confesaron que se trataba de fotos trucadas. <<

[31] No se han conservado las actas de aquel juicio pero, a pesar del escepticismo generalizado, hay pocas dudas en cuanto a los hechos en sí, que eran de dominio público ya en fecha tan temprana como el año 1835, mucho antes de que Lang escribiera su versión semificticia. <<

[32*] En relación (en francés en el original). <<

[33] «The Sussex Vampire» (*The Strand*, enero de 1924), si bien este relato parece haber sido concebido mucho antes de 1916. <<

[34] Aunque muchos estudiosos lo pasen por alto, el general de división Drayson era un intelectual excéntrico, pero muy maduro. El espiritismo era sólo uno de sus intereses. Tenía opiniones llamativas acerca de la lengua que había hablado Jesucristo, y estaba convencido de que nuestro planeta estaba en continua expansión. Barajaba, asimismo, una panoplia de teorías astronómicas. Pueden encontrarse referencias críticas sobre este personaje en *Fads and Fallacies in the Name of Science* [*Modas y falacias en el nombre de la ciencia*], de Martin Gardner, y en *Budget of Paradoxes* [*Colección de paradojas*], de Augustus De Morgan. <<

[35] En la carta que Irving Wallace tuvo a bien enviarme (12 de enero de 1985), comenta: «Me habría gustado haberle sido de más ayuda con Doyle y Bonnot, pero no sé nada más, porque mi fuente era el propio Locard y me lo dijo de palabra». <<

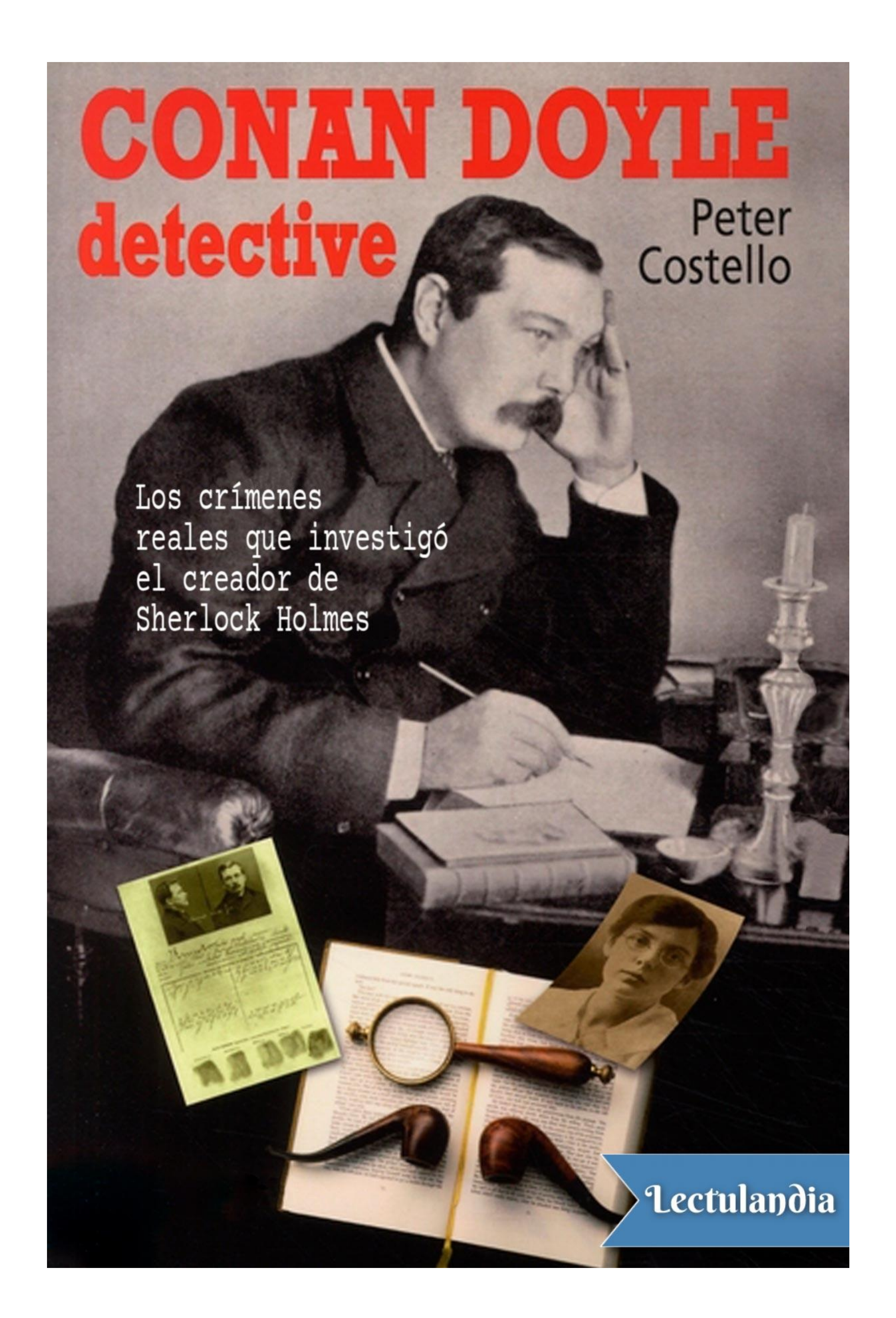
[36] En un lugar llamado Silent Pool, según los periódicos; Jared Cade sostiene, sin embargo, que el vehículo fue hallado un poco más al oeste. <<

[37*] En secreto. <<

[38*] Conspirador inglés (1570—1616), ejecutado por intentar el derrocamiento de Jaime I y tomar las Cámaras del Parlamento. En el aniversario de lo que se denominó el motín de la pólvora, se quemaba una efigie de Guy Fawkes. <<

[39] De forma especial 5 Geo. IV c. 83 (sección IV), que establecía que aquellos que «se decían adivinadores del futuro, o que recurrían a astutos encantamientos […] para estafar y embaucar a los súbditos del rey» eran «vagos y maleantes», y podían ser condenados hasta un máximo de tres meses de cárcel con trabajos forzados. <<

[40] Tras la venta de Windlesham en julio de 1955, sus restos fueron trasladados al cementerio de la iglesia de All Saints, en Minstead, cerca de Bignell Wood, donde había comprado una casa en 1925. Allí permanecen hasta el día de hoy, al pie de un enorme roble sobre el que han caído no uno ni dos, sino hasta tres rayos, lo que ha llevado a algunos lugareños a pensar que una persona tan aficionada al reino de lo oculto como el difunto nunca tendría que haber sido enterrado en aquel lugar. <<


CONAN DOYLE
detective
Peter
Costello
Los crímenes
reales que investigó
el creador de
Sherlock Holmes
Lectulandia